This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

CONSTITUYENTE 1428
MONTEVIDEO

THE LATIN AMERICAN COLLECTION
of
THE LIBRARY
THE UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN

THE SIMON LUCUIX
RIO DE LA PLATA LIBRARY
Purchased
1963

G
860
N7918
LAC
v.1

LATIN AMERICAN COLLECTION

LAC

D. 26

VIAJE AL POLO SUR

BODMAN SKOTTSBERG K. A. ANDERSSON
OHLIN NORDENSKJÖLD LARSEN EKELÖF

Compañeros de la expedición polar en el momento de marchar de Gotemburgo.

OTTO NORDENSKJÖLD
J. Gunnar Andersson, C. A. Larsen y C. Skottsberg

VIAJE
AL POLO SUR

EXPEDICIÓN SUECA Á BORDO DEL

"ANTÁRTICO,,

CON 350 ILUSTRACIONES, 4 MAPAS Y 5 LÁMINAS TRICOLORES

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL SUECO POR

ROBERTO RAGAZZONI

TOMO PRIMERO

BARCELONA
Establecimiento tipográfico de la Casa Editorial Maucci
Gran medalla de oro en la Exposición internacional de Viena de 1903
CALLE DE MALLORCA, 166
1904

Es propiedad de la Casa Editorial Maucci, de Barcelona.

DEDICATORIA

A los ilustres marinos de la República Argentina y á los distinguidos jefes, oficiales y tripulantes del "Uruguay" dedica esta obra,

El Autor.

Joh. Gunnar Andersson.

Grupo de indios *Ona*.

CAPÍTULO PRIMERO

De Gotemburgo á Buenos Aires

Despèdida de la tierra natal.—Faltmouth.—San Vicente.- Viaje á través de los trópicos.—Llegada á Buenos Aires.

El 16 de octubre de 1901 presentaba Gotemburgo (*) un aspecto otoñal característico, poco común en aquellas latitudes: una ligera neblina matinal flotaba sobre las calles y edificios de la ciudad de Gustavo Adolfo, ocultando con su tenue velo los árboles de las avenidas que ostentaban las últimas hojas de un verdor amarillento. El sol se abría paso poco á poco á través de los vapores, y con sus dorados rayos acentuaba el aspecto otoñal de la ciudad.

Cuantos formábamos parte de la expedición al Polo Sur, habíamos dormido bien poco la noche última, im-

(*) Capital de la provincia de Göteborg y Bohus, en la Suecia meridional.

pacientes porque llegase la hora de la partida, y bien temprano nos dirigimos al «Antártico», que, empavesado como para una fiesta, se gallardeaba en el puerto entre multitud de embarcaciones, mientras en el muelle se aglomeraba por momentos el público que acudía pre-

La última despedida.

suroso á darnos el adiós de despedida. Nuestros amigos y parientes más próximos nos acompañaron á bordo, donde todo estaba ya dispuesto para el viaje.

Tiempo hacía que yo deseaba llegar á este solemne instante, ansiado coronamiento de largos años de trabajo, pero no presumí nunca, que al dejar la patria por largo tiempo, para emprender un viaje del que tal vez

alguno no volvería, se experimentase la honda emoción que todos sentíamos.

La hora de levar anclas se acercaba rápidamente, y sólo faltaban cinco minutos para verificarlo, cuando subió á bordo un diligente fotógrafo que deseaba hacer un grupo de los expedicionarios. Nosotros, en tanto, contábamos los segundos; no queríamos retardar la partida un solo instante. Cerca de las diez, las amarras comienzan á aflojarse, y nos separamos lentamente de los muelles, estrechamos por última vez la mano de nuestros más próximos amigos y parientes, óyense breves y claras palabras de mando desde el puente, y poco á poco el «Antártico» se pone en movimiento, mientras resuena entre la multitud, un entusiasta viva por el feliz éxito de la expedición, grito repetido por miles de voces, á las cuales nosotros, por nuestra parte, contestábamos con un último viva á la patria. Del lugar donde hacía poco estábamos atracados, ibase poco á poco retirando la muchedumbre, tomando el muelle su aspecto ordinario; pero aun quedaban algunos que nos seguían con un interés del que participábamos también nosotros. Los últimos espectadores desaparecieron por fin de nuestra vista, y dirigimos nuestras miradas á nuevos espectáculos.

Las embarcaciones ancladas en la rada, izadas sus banderas, nos saludaban y despedían aquí y allá, á lo largo de las escolleras, mientras nos alejábamos lentamente hacia alta mar, cuyas aguas durante largo tiempo había de surcar nuestro buque.

Esta era la primera vez que una expedicion polar sueca se dirigía á las regiones antárticas. Siguiendo una antigua costumbre, comenzamos nuestro viaje en direc-

ción al norte, porque debíamos tomar parte de nuestros aprovisionamientos en Sandefjord (*), hasta donde nos acompañaban la señora é hija mayor del capitán Larsen, que nos habían visitado durante nuestro aprovisionamiento en Gotemburgo y ahora regresaban á su casa. El tiempo era hermoso, y á pesar del oleaje, el «Antártico» navegaba tan fácilmente como si lo hiciera dentro de un puerto.

En Sandefjord.

Huelga decir que se pronunciaron entusiastas discursos durante la primera comida á bordo, que fué animadísima. Al anochecer, empezó á cambiar el tiempo, lo que no nos causó inquietud, pues el capitán se encontraba en aguas que conocía muy bien, y á las primeras horas de la mañana siguiente entramos en Sandefjord, donde nos aguardaban numerosas ocupaciones.

(*) Capital del distrito de Jarlsberg—et—Laurvig, Noruega.

Teníamos necesidad de embarcar ocho grandes cisernas de hierro, de las usadas generalmente en los buques de pesca, y muchos artículos indispensables de fabricación noruega, entre ellos una sonda de 8.000 metros de largo. Estos quehaceres nos ocuparon durante dos días y medio en fatigosos trabajos. Además, todos aprovechamos la ocasión para comprar algunas de las mil chucherías que se necesitan para un largo viaje, y que hasta entonces habíamos olvidado, ó que, por falta de lugar no nos habíamos procurado. Con esto el tiempo no se nos hizo largo; sobre todo encontrándonos entre buenos amigos, que nos demostraron, bajo todos conceptos, el interés que sentían por nuestra expedición. También recibimos allí muchos regalos, entre los cuales citaré uno que no debe olvidarse por su originalidad: un precioso gatito, regalado por unas señoritas de la ciudad. Algunos de los expedicionarios y tripulantes que eran noruegos, tenían allí sus familias, cuya cordial despedida, cuando por la tarde del 19 salimos de Sandefjord, nos hizo recordar la que dos días antes se nos hizo en Gotemburgo. No era solamente de los amigos de quienes nos despedimos allí, sino también de uno de los propios expedicionarios: un buen compañero que me auxilió en la confección del mapa y demás estudios análogos, el escritor Juan Gunnar Andersson, que había tomado parte en todos nuestros trabajos en Gotemburgo, y que nos abandonaba tan sólo por tres meses para concluir sus estudios académicos, debiendo después marchar á las islas Falkland para, á su llegada al puerto de invernada, encargarse del mando de la expedición. En este momento empezó el verdadero viaje hacia el sur. De los fríos inviernos que empezaban ya en el norte

pasamos entonces al clima de regiones más cálidas, al verano de los trópicos, hasta que dejamos el sol tras nosotros, acercándonos á las regiones donde el invierno es perpetuo.

En el mar del Norte, aunque tuvimos un tiempo malo, pesado y sin viento que nos ayudara, todo era á bordo alegría y júbilo, y los que no conocían aún nuestro buque, se familiarizaron con él poco á poco.

Alrededor nuestro, no había por entonces nada interesante que contemplar. El primer día, después de la salida de Noruega, gozamos de una pequeña distracción: encontramos un gran crucero dinamarqués que se dirigía hacia el Skagerrack. Apenas nos vió, desvióse de su rumbo y se dirigió hacia nosotros. Todos nos encontramos reunidos sobre cubierta, extrañando este cambio de rumbo y dirigimos los anteojos hacia él, viendo que, por medio de las banderas, nos deseaban un feliz viaje.

Si este saludo no fué contestado, sírvanos de excusa que era el primer día en que nos encontrábamos en alta mar, y que una expedición como la nuestra, necesitaba tiempo para que todo estuviese en orden; primero debía buscarse el libro de señales con banderas, y cuando hallamos éste, nos encontramos con que las banderas estaban en desorden. Más tarde supe que aquella embarcación era el crucero «Heimdal» que, al mando del célebre explorador polar, comandante Hovgaard, y de regreso de Islandia, donde yo había estado con el «Antártico», nos dirigía un cortés saludo de despedida.

El 23 de octubre, desembarqué á hora avanzada de la noche en el puerto de Dover, mientras el «Antártico» siguió su viaje á Falmouth, donde debía yo de nuevo encontrar el buque.

En vez de hacer el largo viaje del canal de la Mancha quería pasar un par de días en Londres, donde tenía que adquirir algunos instrumentos y donde deseaba, antes de mi salida, encontrarme con algunos amigos entusiastas. Fuí recibido con la acostumbrada hospitalidad inglesa, y la dirección y miembros de la sociedad Geográfica nos obsequió con un *lunch*, bajo la presidencia de sir Clements Markham. Allí tuve ocasión de encontrarme con los más sabios exploradores de las regiones del Polo Sur que me suministraron datos numerosos referentes á la expedición de descubrimientos polares salida á primeros de agosto.

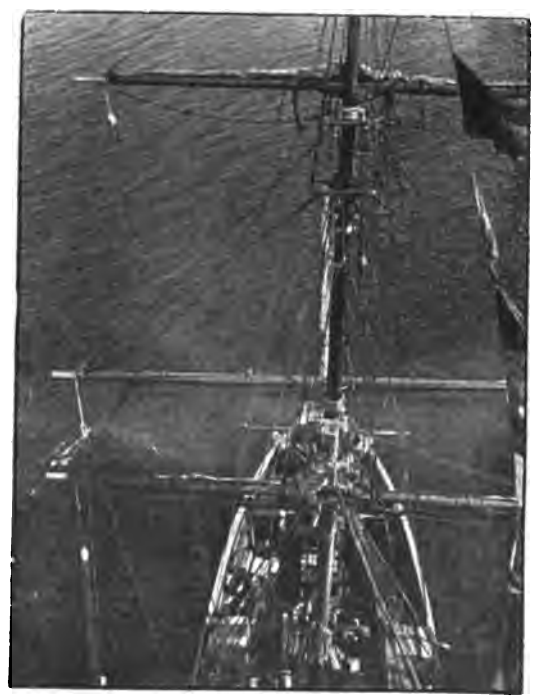
Me encontré también con Mr. Bruce, director de la expedición escocesa en proyecto. Según la proposición formulada poco después de haber yo hecho el primer plano oficial de nuestro viaje, aquella expedición debía dirigirse próximamente á las mismas regiones que nos proponíamos visitar.

La primera intención de Mr. Bruce, fué partir al mismo tiempo que nosotros, pero varias dificultades le obligaron á aplazar su viaje durante un año. Así es que no se realizaron nuestros proyectos primitivos que eran practicar juntos nuestras investigaciones. Ahora, mi principal interés consistía en dejarlo todo arreglado de una manera tal, que en caso de que sufriéramos algún contratiempo, Mr Bruce pudiera venir en nuestro auxilio.

¿Quién había de presumir que este arreglo se haría preciso más pronto de lo que me había figurado y que ambos, durante un invierno entero, habíamos de llevar á cabo trabajos y observaciones en puntos que distaban solamente un par de grados, observaciones que precisa-

mente por eso tienen interés especial para fijar las circunstancias meteorológicas de la región?

En compañía de Bruce, hice después el viaje á Falmouth, donde llegué el 26 de octubre por la mañana, algunas horas después de haber anclado el «Antártico»



Desde un lugar elevado.

en la rada exterior. Nuestro propósito, al hacer este viaje, era tomar una provisión de 125 toneladas de carbón de Cardiff. Al mismo tiempo debía estibarse la carga, de modo que tuvimos, otra vez, un par de días de trabajo. También los expedicionarios debíamos tomar parte en este trabajo, por ser preciso cuidar de que nada de lo que debía estar á mano se estibara, como instru-

Algunos de nuestros visitantes en el puerto de San Vicente.

mentos y demás objetos que fueran necesarios durante el trayecto.

El cartógrafo de la expedición, teniente señor Duse, que no pudo juntarse con nosotros en Escandinavia, nos encontró allí, y yo creo que no le satisfizo mucho la confusión que reinaba á bordo. Lo mismo sucedió seguramente con los demás visitantes, entre ellos el cónsul sueco con su familia. La cubierta estaba negra y sucia á causa del polvo de carbón, atestada de cajas, con el timón de reserva y otros grandes aparatos depositados sobre cubierta aquí y allí; tablas, tablones, material para los observatorios, tarros é infinidad de efectos colocados uno encima de otro en la estantería, casi nuevos; cargadores de carbón; los mismos expedicionarios en traje de trabajo, cubiertos de negro polvillo, y por último catorce perros groenlandeses, aullando continuamente, contribuían á hacer desagradable la visita al buque. La mayoría de los que nos vieron á bordo debieron pensar que necesitaríamos semanas enteras para quedar listos.

Para nosotros, que teníamos prisa, era, sin embargo, cuestión primordial perder el menos tiempo posible, que necesitaríamos allá entre los hielos, y gracias á la energía del capitán, pudimos hacernos á la mar durante la tarde del día siguiente: tal vez no completamente listos para ello, lo que era imposible, pero en estado de no correr peligro alguno.

El «Antártico» había tenido un viaje pesado desde que yo lo dejé en Dover, y sus tripulantes me decían, bromeando, que en lo sucesivo no debía de abandonarlos. En el Canal tuvimos un fuerte viento contrario y tempestuoso, de modo que durante muchas horas no se pudo adelantar, y la mayor parte de los expedicionarios tuvieron

ocasión de hacer su primer conocimiento con el mareo. Esto, que es siempre inevitable, fué causa de ciertas chanzas entre los camaradas más antiguos, y los pacientes no tuvieron más remedio que sufrir las corrientes bromas.

Falmouth, es una ciudad particular en lo que concierne al clima, y es difícil presumir que en un país tan al norte pueda haber una vegetación de exuberancia meridional. Debe su clima, húmedo y templado en invierno, á la corriente del golfo Mejicano, y para los expedicionarios que no habían visitado antes regiones meridionales, era completamente nuevo poder andar entre hermosos jardines plantados de arbustos, que en el norte solamente existen en los invernaderos.

Recibimos también, en este nuestro último puerto europeo, como en todos durante nuestro viaje, muchas pruebas de interés por nuestra expedición. Muchos telegramas de felicitación se recibieron de las Sociedades Geográficas, que simpatizaban con la expedición, y de hombres de ciencia que se interesaban por ella. S. M. el Rey se dignó felicitarnos telegráficamente. Por la noche nos convidaron á una fiesta á bordo del acorazado dinamarqués «Valkyrian», que se hallaba en el puerto.

Por la tarde llegó un yate de recreo perteneciente á Mr. Coats, el primero entre los protectores de la expedición Bruce. Mr. Coats visitó con gran interés, acompañado de Mr. Bruce, el «Antártico», cuya desordenada cubierta, de popa á proa, como ya he dicho, difícilmente podía llenar el ideal de un buque expedicionario.

Cuando partimos, el domingo, ya anochecido, se oyeron salir del yate vivas á la expedición, que fueron contestados con fuertes hurras por nuestra parte, y el

«Antártico» puso su proa al Océano. Durante los primeros días que siguieron, hubo todavía mucho trabajo con el arreglo del cargamento, pues una fuerte tempestad podría ocasionarnos daños irreparables. Era casi imposible poder pasar por encima de los numerosos objetos que, juntamente con cien sacos de carbón, estaban sobre cubierta. Sin embargo, nuestro aspecto era inmejorable:

El calor empieza á sentirse.

y en todos los departamentos del buque se empleó el tiempo en estrechar más y más nuestras relaciones entre los que serían por largo tiempo nuestros camaradas. En la sala de reunión se trocaron á menudo la lectura y el trabajo nocturnos en bromas y charlas, funcionando de vez en cuando el fonógrafo que llevábamos. Los oficiales subalternos tenían cuarto de reunión en la popa. Yo les indiqué, desde un principio, si querían comer con nosotros, pero la falta de sitio disponible y la dificultad de

encontrar horas hábiles para todos, hizo que ellos prefiriesen hacerlo por separado, régimen seguido aún actualmente.

El 30 de octubre, por la noche, sucedió un incidente que hubiese podido ocasionar un terrible é inesperado final á la expedición. Nos encontramos en el golfo de Vizcaya, y aunque el viento no fuera muy fuerte, teníamos mucho oleaje. Estábamos sentados en la sala de reunión, jugando á las cartas y entregados á otros pasatiempos semejantes, cuando de repente se sintieron algunos bruscos balanceos que, en un momento, arrojaron de la mesa cuanto sobre ella había. Dado el buen humor que reinaba entre nosotros, esto sólo produjo un aumento de alegría de que participaron cuantos vieron su pasatiempo tan bruscamente interrumpido, cuando de pronto fuímos sorprendidos por el grito de «¡fuego!». Inmediatamente desapareció nuestra alegría y todos subimos á la cubierta, con el capitán al frente. En la bodega se observaban algunos resplandores entre los barriles, pero el fuego estaba ya casi extinguido con trapos mojados que se habían tirado desde arriba. Los expedicionarios subieron de la sala de reunión, cada uno con algo en la mano, para contribuir á apagar el fuego. Uno de ellos llevaba la palangana, cuyo contenido tiró á la bodega, salpicando la cara al marino velero que acudía también para ayudar á la extinción. Pasada la alarma, pronto hubiéramos vuelto á nuestro buen humor, cuando observamos que el fuego había prendido en un gran barril de alcohol; alrededor había muchos otros barriles del mismo líquido y de petróleo. Si solamente se hubiese tardado dos minutos más en apagarlo, hubiera explotado todo aquel combustible, y seguramente nadie de nosotros se hubiera

salvado. El fuego había sido provocado por haberse desatado un barril durante el balanceo y chocado contra el farol que había en el techo, de modo que éste cayó, incendiándose el petróleo.

Nos acercábamos cada vez más á las regiones cálidas. Poco á poco habíamos empezado nuestros trabajos científicos, que entonces se concretaron á emplear cuatro ó seis veces diarias la red de bauprés, para recoger muestras de los tesoros marinos, de ese tan inmensamente rico reino animal y vegetal, casi imperceptible para la vista humana, y que flota sobre la superficie del mar, siguiendo las corrientes del agua de un lado para otro. Muchos de ellos no son visibles de día; pero por la noche, desprenden una luz que constituye lo que llamamos fosforescencia del mar, cuyo magnífico resplandor nunca se puede admirar mejor que en un viaje como el nuestro. Contemplando el mar sobre cubierta, durante una de esas noches benignas en los trópicos, mientras los dulces alisios rizan las olas, vense avanzar lentamente, coronadas á menudo de una espuma de fuego, mientras el mar, alrededor del buque que navega, se convierte en una masa chispeante, que excede en esplendor al del magnífico cielo estrellado. También se ven en el agua innumerables animalillos parecidos á estrellas; hay, asimismo, grandes espacios relucientes como espejos, y á veces, el agua cortada por la quilla, parece estar convertida en una masa de fuego. Cuando se tira la red en el agua, los animalillos cogidos parecen formar una concreción fosforescente. En el laboratorio podrá luego el zoólogo examinar y clasificar concienzudamente el producto de la redada, que servirá de estudio á los expedicionarios. Estas claras noches de verano, eran para nosotros las

horas más agradables: durante ellas, desde la cubierta, observábamos el cuadro admirable desarrollado alrededor nuestro. Sobre nosotros teníamos el cielo estrellado de los trópicos, el más claro de la tierra, donde las mismas estrellas, conocidas en el norte, brillan con un esplendor inmenso. Pero lo que más atraía nuestra atención, era una magnífica y rara combinación de los grandes plane-

Tipos de los trópicos.

tas Venus, Júpiter y Saturno, encontrándose muy cerca unos de otros.

No se puede evitar la tentación de pensar en los tiempos pasados, en que generalmente se creía que las estrellas dirigían el destino de los hijos de la tierra, y nos inquietábamos de lo que estas estrellas tal vez nos pronosticaban, pues habíamos empezado nuestro viaje bajo sus auspicios.

¿Nos predecían buenos acontecimientos, ó querían, por ventura, únicamente decir que nos esperaban peligros

extraordinarios, apuros y fatigas? Pero nosotros habremos de dejar la pregunta sin contestación; no podíamos descifrar los acontecimientos que nos aguardaban.

A la vez que avanzaba nuestro viaje, empezábamos á sentir un calor cada vez más pesado. Durante todo nuestro recorrido, nos había ayudado muy poco el

Vista de una calle de San Vicente.

viento; el carbón tampoco era de inmejorable calidad, y nuestra provisión se iba agotando muy deprisa. El 6 de noviembre pasamos á la altura de la isla de Madera, á unas 70 millas de distancia, sin divisarla. Comenzamos ya todos á desear ver tierra de nuevo, lo que, junto con la escasez de carbón, nos movió á hacer rumbo hacia San Vicente, donde debíamos pasar algunas horas.

Al amanecer del día 14 de noviembre, pudimos divisar, á través de la nebulosa atmósfera, la parte alta de San Antonio, y entonces caminamos con celeridad hacia nuestro destino. Vimos gran cantidad de peces voladores,

en tal número, que nunca habíamos visto tantos. Un poco antes de la entrada al puerto, nos encontramos con un gran buque de guerra alemán, con el cual cambiamos saludos con banderas, y hacia la una, el «Antártico», con todas las suyas desplegadas, echó anclas en el puerto. Era un cuadro atrayente de actividad meridional el que entonces presenciamos. En pocos minutos nos vimos rodeados de numerosos botes, que solamente esperaban la visita sanitaria para echársenos encima: gritaban sus tripulantes en todos los idiomas conocidos. Cuando la entrada fué libre, la cubierta se vió invadida por un tropel de mulatos, blancos y negros; los cuales ofrecían sus mercancías, mareándonos á todos y haciendo perder la cabeza al capitán con sus desentonados gritos.

—¡Cómpreme á mí, señor!

—¡No hagan caso á ese, que es un embustero!

—¡Yo vendo más barato!

Estas y otras parecidas exclamaciones, amontonándose y empujándose unos á otros, se escuchaban sin cesar.

Sin embargo, no teníamos que hacer grandes compras; solamente necesitábamos carbón, agua y algunas provisiones frescas, frutas, carne y verduras, y decidir dónde teníamos que comprar, poco nos costaba.

Echamos al agua uno de nuestros botes tripulado por cuatro hombres, llevando bandera sueca, y así nos acercamos á la orilla, donde fuímos rodeados por nuevos grupos tan bulliciosos como los primeros. Esta vez la mayoría eran jóvenes, principalmente muchachos, con trajes muy ligeros, que nos gritaban en los mismos oídos, á fin de ser ellos los preferidos para enseñarnos lo más notable de la ciudad. No nos costó poco trabajo poder

pasar en medio de esta turba, lo que al fin y al cabo logramos.

Nuestra primera visita fué para la Casa de Correos. Habíamos sabido que debía salir el mismo día un vapor con rumbo á Europa, y no es de extrañar que uno de nuestros más apremiantes propósitos, al hacer allí escala, fuese el deseo de escribir á todos los que en nuestro país aguardaban noticias de la primera etapa de nuestro viaje. El capitán Larsen y yo hicimos alguna visita comercial, y después nos paseamos por la ciudad guiados por un par de chiquillos, como cicerones. Cuando se sabe que se está en camino para puntos donde el hielo nunca se derrite, es un goce especial poder disfrutar antes de la vida libre de los trópicos: nosotros sentimos este goce. La capital está únicamente compuesta de casas bajas de un piso, en su mayor parte chozas de barro, en las cuales se ven hombres y mujeres ligeramente vestidos: los pequeñuelos van casi siempre completamente desnudos. El clima de la isla es muy seco y la vegetación pobre, á pesar de que se ven aquí y allí algunas palmeras y otros árboles tropicales.

En el mercado del pescado recogimos una colección completa de todas las clases que había, para el zoólogo de la expedición; el mercado de frutas también fué visitado por nosotros, aunque perdimos el tiempo, porque, prescindiendo de bananas y naranjas, casi no había nada que pudiera incitarnos á efectuar compras.

Pronto tomamos el camino del muelle, donde nos reunimos todos, teniendo lugar una escena animadísima, cuando habiéndose juntado cuantos muchachos nos acompañaran por las calles de la ciudad, nos rodearon gritando y haciendo piruetas para que les diésemos pro-

pinas. Los que nada esperaban de nosotros, por no habernos prestado servicio alguno, se tiraban al agua desde donde nos pedían monedas; si les echábamos una, se sumergían como peces, no tardando en aparecer con ella. Todo era vida y animación, gritos y risas, pero el tiempo volaba y habíamos de proseguir nuestro viaje.

Poco después estábamos sentados en el bote, mientras nos envolvía bruscamente la obscuridad de las noches tropicales. Pronto estuvimos á bordo del «Antártico» y á las siete horas de nuestra llegada á San Antonio, el ancla era de nuevo recogida y el viaje proseguía nuevamente hacia el sur. Ante nosotros veíamos en lontananza un largo y monótono mes. No es lo mismo hacer un viaje á través de los trópicos en un buque sucio y de poco andar como el nuestro, que en un vapor correo moderno. Los únicos que tal vez son indiferentes á ello son los pobres maquinistas que en ambos casos han de vivir en un atmósfera de 50° aproximadamente. En la sala de reunión y en los camarotes no teníamos más de 30° pero era ya lo suficiente. Se bebían cantidades increibles, pero no podíamos apagar nuestra sed, no teniendo hielo ni modo de refrescar las bebidas. Las noches eran magníficas, pero el sueño era imposible.

La mayoría intentaba dormir sobre cubierta, ó allí donde encontraba algún sitio conveniente, bien en el puente, entre las tablas ó en las estanterías, pero de esta manera nos exponíamos á un chubasco y si el agua no venía de las nubes, corríamos riesgo de recibir una ducha inopinada cuando se limpiaba la cubierta por la mañana. Estos inesperados baños hacían un efecto tan desagradable como grato era el producido por los baños

Sobre cubierta del «Antártico» bajo el sol de los trópicos.

voluntarios, cuyas molestias compensaba el traje, por regla general muy ligero y sencillo.

Había, no obstante, á bordo quienes lo pasaban aún peor que nosotros, no teniendo á su disposición los medios de poderse acercar á su acostumbrado clima y estos eran los perros de Groenlandia.

En un principio eran catorce, algunos de ellos muy pequeños, que fueron miserablemente magullados durante la primera tempestad en el Canal.

Fuimos también desgraciados con los más grandes, pues más de la mitad se murieron en esta etapa del viaje y los que quedaron se encontraban en un estado lastimoso. Ya antes de la salida de Falmouth se observó una enfermedad entre los perros, y dos de ellos murieron el 30 de octubre. De modo que no se debía culpar únicamente á la diferencia de temperatura, sino á la enfermedad del moquillo ú otra parecida que los animales habían cogido durante la estancia en Suecia. Cuando llegaron á los trópicos, se agravó el mal, y lo que en otras circunstancias se hubiera podido curar, resultó entonces una enfermedad mortal, que atacó casi á todos. Cuando por fin llegamos á regiones más frías, no nos quedaban más que cuatro perros vivos, aunque también habían sufrido por el calor que nunca habían conocido hasta entonces.

Supongo que los perros siberianos, que están acostumbrados á estíos calurosos, hubieran salido mejor librados que los groenlandeses. Mientras nos encontrábamos en regiones frías, estaban continuamente ladrando, cuando las olas cubrían la cubierta; mientras que, cuando atravesábamos regiones cálidas, estaban siempre quietos, ánguidos, con la lengua fuera de la boca. Como animal

doméstico nos quedó también el gatito noruego que se hallaba muy bien y gustaba estar siempre en los camarotes.

Para evitar los efectos de la monotonía del viaje, nos distraíamos lo mejor que podíamos.

Como es natural, uno de los días festivos más señalado, fué el día en que pasamos la línea, es decir el 23 de

Vista del puerto de Buenos Aires

noviembre. Para nosotros empezaba entonces la entrada en las regiones, donde se encontraba nuestro campo de exploración. El viento era casi contrario, y la marcha escasa, de modo que, en realidad, no pasamos el Ecuador hasta la noche siguiente, pero ya á las dos de la tarde se presentó sobre cubierta el propio Neptuno, vestido de dios marino con una larga y blanca barba, coronada la cabeza, y el tridente en la mano, acompañado de un brillante estado mayor, cuyos trajes se

Ekelöf mirando con el microscopio.

Andersson. Wennersgaard. Modesto. Anikin.

Hasta el lago Fagnano.

distinguieron sobre todo por su ligereza, aunque no dejaban por eso de ser relumbrantes y espléndidos.

El teniente Duse se disfrazó de peluquero, y como tal, llevaba una enorme navaja de madera cubierta de papel de estaño. De una en una fueron sacándose las víctimas que todavía no habían pasado la línea; un marinero estaba preparado para enjabonarlas con una brocha

En territorio argentino.

de grandes dimensiones, y fueron luego sumergidos dentro de una tina que estaba dispuesta como fuente bautismal. Una vez acabada la ceremonia ordinaria, empezó una ducha general, pocos se libraron de visitar el interior de la tina, donde á veces estaban tres ó cuatro juntos agitándose en el agua. Mientras tenía lugar la farsa, sobrevino un violento chubasco, que si no interrumpió por completo la fiesta, nos impidió sacar una

fotografía de la tripulación con sus llamativos disfraces. A las cinco celebramos una espléndida comida, la más suculenta que hasta entonces habíamos dispuesto á bordo del «Antártico», y que fué amenizada con música de fonógrafo, durando el jolgorio hasta muy entrada la noche.

Después de pasado el Ecuador comenzaron los días de verdadero trabajo para almacenar el carbón, estibar el cargamento, y separar los objetos y utensilios que habían de usarse en la estación invernal de los que debían quedar en el buque. Todos participamos de esta labor, que no era de las más agradables, dado el calor sofocante y la estrechez de la bodega; de donde subimos casi desconocidos, llenos de telarañas y sucios de polvo de carbón.

Si como estábamos entonces nos hubieran visto nuestros más íntimos amigos, estoy seguro de que les costara trabajo reconocernos, pero aun debía llegar tiempo en que habíamos de sufrir mayores transformaciones. Cuanto más avanzábamos hacia el sur, más nos dedicábamos á trabajos científicos, durante los que, siempre que la ocasión se presentaba, intentábamos matar delfines, tiburones y otros animales con arpones, cosa que, á pesar de nuestros buenos deseos, no tuvimos nunca la suerte de lograr. Mas la recolección de muestras acuáticas se hacía con toda regularidad, y alguna vez hicimos también sondeos de profundidad. El primer sondeo se hizo el 12 de diciembre, cuando nos encontrábamos cerca de la embocadura del río de la Plata.

Hubiéramos gustosamente dedicado más tiempo á tales trabajos, pero era más importante llegar á nuestro campo de operaciones antes de que acabara el verano.

Llevábamos rumbo hacia Buenos Aires, donde teníamos que proveernos de todo lo necesario para la

expedición. El 14 de diciembre empezamos á ver la costa baja y arenosa del Uruguay y al día siguiente, muy temprano, nos hallamos en la embocadura del río de la Plata donde hubo momentos en que corrimos peligro de encallar sobre unos bancos. Por la tarde pasamos ante Montevideo, que divisamos, y poco después llegó á bordo el práctico.

El tiempo, durante el día, fué en extremo variable, tan pronto soplaba un viento contrario fresco, como sobrevenían chubascos violentos en todas direcciones. Por la noche, gozamos de uno de los más hermosos cuadros que jamás habíamos visto. El cielo se cubrió de pronto de nubes amontonadas, representando figuras las más variadas, que resplandecían con todos los colores; amarillo, pardo y gris azulado; en la atmósfera brillaban incesantes relámpagos que alumbraban el buque y sus cercanías, como si fuera mediodía. Esto duró algunas horas, pero todavía después continuó sin cesar el relampagueo en el horizonte.

La mañana siguiente nos levantamos temprano para presenciar la entrada de nuestro buque en el puerto de Buenos Aires. A las cinco pasamos ante la ciudad de La Plata, y poco después vimos aumentar por momentos el número de botes que iban y venían. Delante de nosotros había un buque de mástiles, detrás de los cuales se erguían casas y campanarios. A las ocho de la mañana se alcanzó la rada exterior, donde nos encontró el remolcador. A través del largo canal hecho con grandes gastos que llega á la entrada de la capital del hemisferio meridional, llegamos por fin, al cabo de una hora ó poco más, y poco después quedamos amarrados en un lugar provisional en la parte exterior del puerto.

CAPITULO II

De Buenos Aires á las islas del Sur. Shetlands

En Buenos Aires.—Personal de la expedición.—Fiesta de Navidad. —Islas de Falkland.—Estación argentina en la isla de los Estados.—Paso de Drakesundet.

Buenos Aires, la ciudad más populosa del hemisferio meridional, con cerca de 900.000 habitantes, me era bien conocida desde mi última visita. Su situación cosmográfica se opone á que pueda merecer el nombre de ciudad hermosa, mas todo lo que pudo hacer el arte y el trabajo humano, ha sido llevado á cabo para lograrlo.

Magníficas y modernas calles y palacios, preciosas torres, grandiosos parques con abundante vegetación meridional, monumentos artísticos de todas clases, forman el marco de un cuadro encantador, al que presta animación la multitud que circula por las calles, los coches y tranvías eléctricos que cruzan la ciudad en todas direcciones, los lujosos coches particulares, los menos elegantes coches de alquiler y los numerosos ca-

rros de transporte, y vehículos de todas clases. A cada paso se puede observar que se habita en una ciudad donde hay acumuladas grandes riquezas, y se puede asegurar que el lujo es más ostentoso que en cualquier ciudad europea de igual importancia. Así resulta curioso y agradable mezclarse entre la multitud que circula por sus principales calles y observar el elegante público que desfila en sus coches. Las señoras de Buenos Aires no solamente son elegantes, sino que pueden también competir en atractivos personales, con las más hermosas de cualquier país.

En las circunstancias en que nos encontrábamos, se comprenderá cuáles pudieron ser nuestras impresiones al meditar que nos despedíamos, quizá por durante largo tiempo, de todas las comodidades que proporcionan el lujo y el confort, pues estábamos á punto de dejar todo lo que no fuese lo más indispensable para la vida.

Pero, no obstante, faltábanos tiempo para pensar tranquilamente en cosas semejantes; á través de las calles llenas de gente, nos apresuramos todos para llegar al Consulado de Suecia y Noruega, donde fuímos recibidos cariñosamente por el Cónsul general, señor Christopherson, que en seguida nos invitó á todos á comer. Tanto el capitán Larsen como yo, teníamos necesidad imprescindible de trabajar para que la expedición pudiese dejar lo antes posible la ciudad. Nuestros camaradas disponían de más tiempo libre para disfrutar de todo, y se hicieron planes sobre la marcha, por los amigos improvisados, entre compatriotas y naturales del país, para aprovechar el corto tiempo de nuestra estancia del modo más práctico posible, para ver la ciudad en todas sus fases, para hacer excursiones á los alrededores y conocer el campo

argentino, con su vida y naturaleza tan distinta de nuestra patria.

Mi primer cuidado fué tratar de ponerme en relación con un nuevo expedicionario, que allí debía agregarse á nosotros. Era el artista Mr. E. W. Stokes, súbdito de la república norteamericana, que ya formó parte de la expedición invernal de Pearys del 1893 al 1894, que debía acompañarnos con sus propios recursos. Tiempo hacía que uno de mis grandes deseos era que un artista nos acompañara, y por eso sentí gran alegría cuando mister Stokes me escribió ofreciéndonos su concurso, que pareció eficacísimo, pues su experiencia de la vida invernal ártica debía sernos provechosa. Mi intención fué que desde un principio formase parte del grupo de invernantes, pero, como veremos luego, este proyecto no se realizó.

En el plan de la expedición entraba el adquirir aquí, varios artículos de aprovisionamiento; ante todo, harina, manteca, tasajo y conservas de carne, todo lo cual produce la Argentina en gran abundancia para la exportación y que resulta económico, tanto por dicha circunstancia, como porque tomándolo entonces, evitábamos su transporte perjudicial á través de los trópicos. La adquisición de esos artículos no presentó dificultad alguna, como tampoco la de muchos otros que necesitábamos. No con tanta facilidad logramos aprovisionarnos del más importante de todos, es decir, de carbón. La causa de esta dificultad era la huelga general de los trabajadores del puerto, en su apogeo entonces, pero, así y todo, conseguí vencer esta dificultad, dirigiéndome directamente á los jefes de los huelguistas, que en seguida, en virtud de las circunstancias especiales de nuestra expedición, nos

prestaron su necesario auxilio, y así logramos embarcar el carbón sin más obstáculos. Había, además, otra cuestión que revestía aún mayor importancia, y que fué uno de los motivos que nos impulsaron á escoger Buenos Aires como uno de nuestros puntos de escala. Ya en el

Alferez de navío J. M. Sobral.

mes de julio había yo recibido una carta del director de Observatorio Argentino, instalado en la isla de los Estados, que debía cooperar con las tres expediciones sudpolares, carta en que se me preguntaba si sería posible que un oficial de marina se incorporase á nuestra expedición, en calidad de representante del gobierno argentino;

contesté que procuraría conseguirlo, precisamente porque realizaba uno de mis antiguos deseos, que era procurar interesar en tales expediciones á las naciones sudamericanas que, por motivos fáciles de comprender, tienen en estas regiones más interés geográfico que nosotros los

El jefe en tortura. — Una vista fotográfica tomada en Buenos Aires.

europeos, para que ayudaran en lo que fuera posible nuestra expedición. Había creído yo en un principio que el oficial argentino debía de seguirnos con la expedición en el mismo buque, pero supe, durante mi estancia en Buenos Aires, de boca del ministro de Marina, señor Betbeder, que el deseo particular del Gobierno era que el oficial que nos acompañara pudiera quedarse en

la estación invernal; lo que en un principio me hizo titubear sobre las consecuencias de admitirlo como expedicionario. Comprendí perfectamente la gran responsabilidad y las dificultades que podrían surgir al admitir en nuestra compañía á un nuevo compañero, completamente extraño á nosotros, que no sabía de antemano lo que significaba invernar en el hielo. Pero no quise contestar con una negativa, sin antes aguardar la visita del joven oficial que nos proponía el Ministro.

El 17 de diciembre, por la mañana, ví por primera vez al entonces subteniente, don José M. Sobral. Me pareció tan sencillo, tan simpático, tan entusiasta y tan valiente, que, dejando de lado todas mis vacilaciones, me decidí á admitirlo definitivamente, y el mismo día quedó arreglada la cuestión.

Agradeciendo mi aceptación, el Gobierno prometió ayudar nuestra expedición bajo todos conceptos, y aunque, por de pronto, no pusimos á prueba sus buenos deseos, la brillante manera con que el Gobierno argentino cumplió más adelante su palabra, es hoy conocida por el mundo entero.

Naturalmente, todas estas diligencias necesitaron algunos días, durante los cuales el «Antártico» estuvo anclado en el puerto, atrayendo la atención de multitud de espectadores de todos los países y condiciones sociales. No necesitamos decir que los representantes de la prensa desempeñaron, entre aquéllos, un papel importante; fuímos visitados, además, por fotógrafos que deseaban retratarnos formando distintos grupos y equipados con nuestros característicos trajes polares. Procuramos salir del buque por la mañana, tan temprano como nos fué posible, no siéndonos, con todo, tarea

fácil evitar el encuentro de los que nos asediaban de continuo.

De todos modos, hay que reconocer, con sincera gratitud, que todo esto era consecuencia de la general simpatía que despertábamos en Buenos Aires, donde el 20 de diciembre, por fin, habíamos terminado la mayor parte de nuestros trabajos. Recibimos, la última noche, invitaciones de muchas partes: todos los que pudimos aprovechamos esta última ocasión para despedirnos de tan importante capital, y cuando, por la mañana, llegué á bordo, con el capitán, estaban acabando de almacenar el carbón.

Procedimos en seguida á la liquidación de nuestras cuentas; no debía perderse sin provecho ni una hora. Apenas los últimos trabajadores dejaron el buque, la máquina se puso en movimiento y, á las seis de la mañana, empezó el «Antártico» su viaje hacia los hielos del Polo, saludado por multitud de gente que, á pesar de la hora intempestiva, se había reunido en el muelle. Salimos á través de la embocadura estrecha del puerto y de su canal, de cerca de una milla, cortando el agua amarillenta del caudaloso río.

El personal reunido á bordo, y que por consiguiente había de tomar parte en los variados trabajos antárticos, era el que sigue:

—N. Otto G. Nordensjöld, nacido en 1869, profesor de geología de la universidad de Upsala; jefe de la expedición.

—Carlos Antonio Larsen, capitán del «Antártico», nacido en Noruega el año 1860, que había mandado durante muchos años buques de pesca en el mar Glacial y últimamente dirigió una estación de pesca de la ballena

en Finnmarken, y que había adquirido celebridad por sus dos viajes de pesca y de exploración en los mares glaciales del sur durante los años 1892 y 1893.

—Axel Ohlin, nacido en 1867, profesor de zoología desde 1896 en la universidad de Sund.

El profesor Ohlin, de privilegiada inteligencia y muy buen compañero, antes había tomado parte en viajes de exploración á la Groenlandia, Tierra del Fuego y Spitzberg, pero, por causas de salud, se vió obligado á dejar la expedición en 1902 y murió en Suecia en julio de 1903.

—S. A. Duse, nacido en 1874, y desde 1898 teniente del regimiento de artillería de Norrlands, donde actualmente es capitán; acompañó la expedición como cartógrafo y llevó á cabo á bordo los trabajos meteorológicos é hidrográficos.

—K. A. Andersson, nacido en 1875, estudiante de filosofía; ayudó al profesor Ohlin en los trabajos zoológicos.

—Gösta Bodman, nacido en 1875, licenciado en filosofía; dirigía á bordo del «Antártico» los trabajos hidrográficos y meteorológicos y acompañó la expedición, especialmente para hacerse cargo en la estación invernal de los trabajos de observación magnética y meteorológica.

—Erik Ekelöf, nacido en 1875, desde 1898 estudiante de medicina, médico de la expedición, á la vez que bacteriólogo.

—Carlos Skottsberg, nacido en 1880, estudiante de filosofía, botánico.

—E. W. Stokes, norteamericano, pintor paisajista, que había acompañado la expedición de Groenlandia de Pearys en los años 1893-94.

Port Stanley.

—José M. Sobral, nacido en la Argentina en 1880, de padres españoles, alférez de la flota argentina. Participó de los trabajos meteorológicos, magnéticos, astronómicos é hidrográficos.

—F. L. Andreassen, nació en Noruega en 1858, primer piloto del «Antártico». Navegó como piloto y como capitán de buque en todos los mares del globo, y últimamente, en 1901, acompañó al buque polar «Bélgica» en su viaje á Groenlandia occidental; casado.

—H. J. Haslum, nacido en Noruega en 1856; se embarcaba por vigésima octava vez en expediciones al mar Glacial, aunque por vez primera en el del Sur: embarcó á bordo del «Antártico» en calidad de segundo piloto, aunque en otros viajes había ocupado el primer lugar.

—Anders Karlson, nació en 1864 y desde muchos años residente en Noruega; primer maquinista.

—Jorge Karlson, hijo del anterior, nacido en Noruega el año 1883; segundo maquinista.

—Axel R. Reinholdz, nacido en 1873; tercer piloto.

—G. F. Schönbäch, nacido en 1889; mayordomo: acompañó como cocinero la expedición polar del «Antartico» de 1898.

—Antonio Olsen Ula, nacido en Noruega el año 1861; botero: viejo expedicionario al Polo, había acompañado también al capitán Larsen en sus viajes al mar Glacial Antártico. Casado.

—Ole Johnsen Björnersud, natural de Noruega; nació el año 1868: herrero.

—Ole Jonassen, nacido en Noruega el 1874; había tomado parte en varios viajes de pesca, entre ellos al mar Glacial Antártico en los años 1892-93. Había también servido como fogonero á bordo del «Estrella Polar»

en su expedición polar, durante la cual tomó parte en muchos viajes en trineo. Formaba parte del grupo que debía invernar.

—Toralf Grunden, nació en Noruega el 1874; había

El gato del buque dando un paseo.

hecho largos viajes, muchas veces como pescador, en los mares glaciales.

—Ole Olausen, nació en Noruega el 1880; marino velero.

—Ole Cristian Wennersgaard, nació en Noruega el 1881; había sufrido los exámenes de piloto y era muy buen marinero: empleóse en todos los trabajos que se ofrecieron durante la expedición. Enfermó durante la

invernada en la isla de Paulet y murió el 7 de junio de 1903.

—Gustavo Akerlundh, nacido en 1883; fué uno de los que invernaron en Snow-Hill.

El «Antártico» en el puerto de Port Stanley.

—Axel Andersson, nació en 1876; cocinero.

—Carlos Johanson y Guillermo Holmberg, fogoneros.

Además nos acompañaron dos marineros que vinieron de Suecia, y un carpintero, embarcado en Buenos Aires, quienes al regreso del primer viaje de verano fueron desembarcados. De modo que, entre todos, éramos, al salir de Buenos Aires, 29 personas.

Nuestros trabajos científicos debían empezar seriamente á partir de nuestra salida de Buenos Aires, procurando que adelantasen rápidamente.

El 23 de diciembre, antes de haber rebasado el banco que á flor de agua hay delante de la embocadura del río de la Plata, hicimos un dragaje á unos 50 metros de profundidad.

Expediciones anteriores que allí habían trabajado, consiguieron resultados extraordinariamente lisonjeros; también nosotros lo tuvimos satisfactorio, dando bastante que hacer á nuestros zoólogos. Un par de días después, cuando llegamos á unos 47° de latitud sur y á 58° de longitud occidental y nos encontramos en agua profunda, tomamos una serie de muestras de agua con indicaciones de temperatura hasta la profundidad de 1.000 metros. Llevábamos dos sondas, modelos del profesor O. Petersson, con las modificaciones propuestas por Nansen. Las muestras de agua se sacaron en un cilindro, rodeado de varias tapaderas aisladas, para que el agua, al pasar á través de las distintas capas ó estratos, no variase lo más mínimo en su temperatura. Esta era indicada por un termómetro que descendía en el cilindro y la indicaba con mucha precisión, hasta en centésimas de grado.

En esta nueva forma el aparato en cuestión apenas había sido empleado antes en gran escala, y ahora queríamos hacer una comparación entre los valores que estos termómetros señalan con los sistemas Negretti y Zambra, los cuales están construidos de manera tal, que al empezar la ascensión del tubo conteniendo el agua, caen de un marco oscilante y dan la vuelta de arriba abajo, de modo que el mercurio que sube por un estre-

cho paso á la parte superior del tubo, queda situado en su parte alta, donde luego se puede cómodamente observar. Hicimos en el mismo sitio una serie de experimentos simultáneos en profundidades de 10, 20, 40, 60, 100, 150, 300, 500, 700 y 1.000 metros. En general, las temperaturas obtenidas de diferentes maneras resultaron iguales.

Advirtiéronse, sin embargo, algunas anomalías, mas eran necesarias aun, hasta explicarlas, muchas otras investigaciones indispensables, para poder familiarizarnos con nuestros instrumentos. El tiempo fué espléndido durante el viaje hacia el sur, con viento seguido del norte que nos permitía avanzar velozmente, aprovechando, á menudo, solamente las velas. Los días pasaron en general tranquilos y monótonos; hubo tan sólo, uno, que fué una excepción, el de la víspera de Navidad. Habíamos hecho grandes preparativos para celebrarla á bordo, pues fácilmente observamos que nadie tenía su pensamiento fijo exclusivamente en nuestro viaje, sino que, sin darnos cuenta, volaba hacia nuestra patria y nuestras familias. ¡Cuán distinto era lo que nos rodeaba, del ambiente de que hubiéramos gozado en nuestro país! ¿Qué no hubiéramos dado en aquel momento por poder trasladarnos á nuestros hogares aunque sólo fuese por unas horas, mientras se iluminaba el árbol de Navidad, y ver reunida toda la familia alrededor de las temblorosas luces, que despiertan un mundo de recuerdos?

Entonces, cuando los regalos de Navidad se repartían profusamente, cuando al amanecer, miles y miles de personas acudían á la misa de Navidad al toque de las campanas, cruzando en largas filas entre pinos cubiertos de nieve ó caminando en grupos por las calles de la

capital entre hileras de casas iluminadas; entonces hubiéramos deseado, cuando menos, que aquellos cuyos pensamientos nos seguían en nuestro camino al sur, nos viesen allí reunidos, celebrando la Pascua.

Con suave brisa y bajo un cielo sereno, navegaba el «Antártico» empavesado con todas las banderas nacionales: la sueca en la verga de mesana, la noruega en su tope, la americana sobre el palo mayor y la argentina en el mastil delantero. El salón estaba ricamente adornado con banderas, luces y faroles de colores, y nuestras más selectas provisiones de dulces, frutas, cigarros y bebidas estaban sobre la mesa de la cámara, á donde podían acudir todos para pasar la velada; se pronunciaron brindis entusiastas y se hicieron votos por el feliz éxito de la expedición y por la salud y la felicidad de los ausentes queridos. En vez de los regalos de Navidad improvisamos una lotería con numerosos premios, consistentes en objetos útiles, comestibles y juguetes. La animación era grande, nunca como entonces, habíamos conocido que formábamos, por decirlo así, una sola familia cuyos intereses eran comunes. A media noche se sirvió la comida, la cual, según vieja costumbre de nuestro país, consistió en pez palo y arroz con leche. Después de la cena permanecí largo rato sobre cubierta, contemplando la tranquila noche, abismado en mis recuerdos de navidades pasadas para siempre, sin olvidar las de los días de mi niñez; recordando siempre escenas nuevas y queriendo penetrar cómo sería la próxima navidad y las que seguirían luego, mas quizás lo mejor era no contestarse á tales preguntas, y dando tregua á mis ensueños, bajé á mi camarote.

Al dejar Buenos Aires, no nos habíamos despedido

por completo del mundo habitado: se había decidido hacer escala en la isla de los Estados, cerca de la tierra del Fuego, para rectificar con los instrumentos del Observatorio argentino, allí establecido, los que llevábamos. Por lo demás, era de mucho interés é importancia para nosotros el ponernos en contacto con aquella estación.

Bahía de desembarque en la isla de Año Nuevo.

Según el plan de cooperación internacional, del cual nuestra expedición formaba parte, debía cada una pasar á una estación fija: hasta los alemanes habían establecido una estación *ad hoc* en Kerguelen. Dentro de los límites de los mares americanos, donde funcionaba la expedición sueca, se había encargado la Argentina de

todo lo necesario en este sentido, y bajo la dirección del capitán Ballvé estaban construyendo un observatorio ricamente provisto, cerca de la tierra del Fuego.

Era muy importante que nuestros trabajos fuesen ejecutados de una manera uniforme, y nuestra visita al personal científico del Observatorio era indispensable. A pesar de nuestra prisa, y aunque temíamos que la instalación de los instrumentos no hubiera todavía adelantado bastante para poder hacer alguna comparación, decidí, con todo, visitar á los sabios argentinos.

Durante la travesía de Buenos Aires empezamos á reflexionar sobre otra cuestión: casi frente á nuestro rumbo teníamos las islas Falkland, cuya investigación científica entraba en nuestro programa.

Durante el próximo invierno, sería el punto principal de parada de la expedición del buque y allí se uniría á á ella el Dr. Juan Gunnar Andersson. Todos los expedicionarios demostraban interés por visitar las islas y por mi parte tenía un vivo deseo de estudiar sus estratos geológicos para compararlos con los de la tierra del Fuego. Había otro motivo más imperioso para dedicar algún tiempo á la visita de estas islas: el procurarnos algunos perros que queríamos probar como animales de carga en las regiones antárticas, juntamente con nuestros perros groenlandeses. De éstos, como anticipé, no quedaban ya más que cuatro, si bien hallábanse fuertes y sanos. Se discutió á bordo qué convenía hacer, y el capitán manifestó que debía visitarse también Port-Stanley. Como el tiempo era bueno y nuestro consumo de carbón inferior á lo que habíamos calculado, me decidí, por último, á desviarme algo en dirección de aquellas islas.

Debíamos haber llegado allá el 30 de diciembre, pero

Vida animal en la isla de Año Nuevo (cuervos marinos, para los y volando.)

desgraciadamente el tiempo no nos favoreció, debiendo navegar el último día con viento de proa, y mucha marejada. La noche del 31 de diciembre se vió por fin el faro de Port-Stanley, y el día siguiente muy temprano todos estábamos reunidos sobre cubierta para presenciar la

Avanzamos con brisa suave por una mar casi calma.

entrada. Era una bella mañana con tiempo fresco que nos pareció hasta frío, después de nuestro largo viaje por regiones cálidas.

En el agua había muchos pájaros bobos aquí y allá, y vimos también un león marino que nos siguió nadando largo trecho. En una palabra, era una naturaleza nueva

la que nos rodeaba. La entrada del puerto estaba formada por un estrecho paso entre dos penínsulas alargadas.

El suelo presentaba poca vegetación, algunos árboles y arbustos, cubiertos de hojas amarillentas, muy distintos de los que vemos en nuestras campiñas, y semejantes, según recuerdo, á los existentes en las regiones septentrionales de la tierra del Fuego. A las seis de la mañana echamos anclas en el puerto, no muy resguardado por la configuración de la tierra, que no lo protege contra los vientos dominantes, no pudiendo por lo tanto considerarse muy seguro.

Las autoridades tardaron algo en visitarnos y cuando vinieron, por fin, hubo alguna discusión antes de concedernos entrada libre, porque habíamos olvidado proveernos de patente limpia en el último puerto. No habíamos pensado en que pudiéramos necesitar tan pronto ese documento. Todo, empero, arreglóse á entera satisfacción de ambas partes y nos apresuramos á echar el bote al agua para desembarcar en la ribera, que presentaba larga y múltiple hilera de pintorescas y bien construídas casas, en general sencillas, como es costumbre en los países situados en los extremos límites del mundo civilizado. Muchas estaban rodeadas de jardines poblados de flores en aquella época. Tal es Port-Stanley, única ciudad de la isla de Falkland, de unos 900 habitantes, y uno de los numerosos puntos de escala para buques mercantes y de guerra, que los ingleses han sabido adquirir en todas las partes del globo. Más adelante tendremos ocasión de hacer la descripción de esta ciudad, su historia y población.

Después de visitar al consul de Suecia, hice, junto

con el capitán Larsen, una visita al gobernador de esta pequeña colonia, mister Grey Wilson, que nos recibió muy cortesmente y nos convidó á pasar en su casa la víspera de año nuèvo. Después visité también el buque de guerra anclado en el puerto que nos había encontrado por la mañana temprano, y por uno de sus oficiales nos había ofrecido cuantos auxilios necesitáramos. Mientras que mis compañeros se ocupaban de las compras que debían hacerse allí y procuraban recoger todos los datos concernientes á la adquisición de perros, dí un pequeño paseo á caballo hacia el interior del país para estudiar su naturaleza. Me interesaron mucho los depósitos pedregosos que tanto caracterizan estas islas y para cuya descripción todos los hombres de ciencia que, desde Darwin, las visitaron, sentaron nuevas teorías. Parecen ser restos de un primitivo período frío, aunque no producto directo de una capa de hielo local, pues no hay prueba ninguna que lo atestigüe.

A la comida en casa del gobernador siguió una agradabilísima velada que se celebró en honor nuestro, y que sería seguramente la última de que disfrutásemos en largo tiempo.

Cuando terminó la fiesta, el tiempo había cambiado, reinando un fuerte aguacero acompañado de un terrible viento, que tuvimos que aguantar esperando en el muelle á que alguien comprendiese nuestras señales y nos enviaran un bote del «Antártico», á bordo del cual, cuando llegamos, reinaba la más franca alegría. Todos los que no habían bajado á tierra se habían reunido en la cámara de reunión para festejar el año nuevo del que tanto esperábamos: se pronunciaron brindis y se cantó con acompañamiento de música, aunque más sencilla

que la que acabábamos de oir. Participé un rato de la fiesta retirándome luego á mi camarote para escribir mi correspondencia. Pocas veces había experimentado tal emoción como en aquella hora, tan animada para todos los tripulantes, que estaban celebrando alegremente el año nuevo, mientras yo, solo en mi camarote, escribía á mis allegados, pensando que, cuando mis cartas llegasen á su destino, nos hallaríamos encerrados por un tiempo indefinido entre los hielos.

El día de año nuevo de 1902 amaneció sereno y hermoso, y todos nos encaminamos bien temprano á tierra, para poder estar prestos á continuar el viaje por la tarde. Uno de nosotros se encargó de reunir cierto número de perros que habíamos encargado, para elegir entre ellos; pronto oímos á cierta distancia los ladridos y vimos una trailla de veinte mastines de raza escocesa entre los que podríamos escoger. Uno de ellos, llamado *Yim*, era un magnífico perro de caza que mordía á cuantos se ponían á su alcance, sin distinguir hombres de perros; y, sobre todo, parecía guardar un odio mortal hacia otro perro negro que se llamaba *Tom*. Nos llevamos estos dos, confiados en que, por su carácter salvaje, podrían sernos útiles, pues nos era difícil escoger, al tun tun, no teniendo ninguno de nosotros el firme convencimiento de que fuesen los restantes de buena casta. Los dueños aprovecharon la oportunidad para pedirnos un precio elevadísimo, si se tiene en cuenta que aquellos animales sólo podrían servir como perros de guarda. De todos modos, aunque desconfiaba de la utilidad de esa raza de perros, compré ocho, que después llevamos á bordo del «Antártico.»

Por la mañana invitamos al gobernador y á su se-

ñora, al cónsul y personas más notables de Port-Stanley para que pasasen á bordo á visitar nuestro buque, que pronto se llenó de muchas señoras y caballeros que demostraron un vivo interés por nuestra expedición. De todas las maneras imaginables se esforzaron en demostrarnos su simpatía, deseándonos felicidad y suerte en nuestro viaje, y fuimos obsequiados con muchas flores procedentes de los jardines de la ciudad. En el salón de reunión se sirvió vino, frutas y dulces, y el gobernador interpretó en un brindis entusiasta los fervientes votos por nuestro éxito, de todos los convidados. Aun mucho después, cuando nos encontrábamos en alta mar, recordábamos con agrado las muestras de simpatía que nos prodigaron nuestros huéspedes, que parecían pesarosos al dejarnos para seguir nuestro viaje. Pero todo tiene fin, y, á pesar de todas las persuasiones, no queríamos perder un solo momento. Nuestros convidados volvieron á tierra y con los últimos botes regresaron los expedicionarios que, por un motivo ú otro, habían quedado rezagados en tierra.

El último de todos en regresar fué el carpintero recientemente admitido en Buenos Aires y que era, por cierto, un tipo original como él solo. Había viajado por todos los mares del globo, había naufragado en todas sus costas, por todas partes tenía amigos y antiguos conocidos, sobre todo en Port-Stanley, de donde, según las muestras, le costaba mucho marcharse. A las tres y media se levaron anclas y proseguimos de nuevo nuestro viaje.

Pronto sentimos no habernos quedado aquella noche en el puerto: en alta mar reinaba un huracán contrario á nuestra ruta, y á las ocho de la mañana siguiente nos

hallamos aún, después de una noche penosa, que nos costó muchísimo carbón, cerca del faro del cabo Pemhoke. Pero después mejoró el viento, y con buena velocidad pudimos hacer rumbo al sur, siguiendo la costa; este viento favorable duró hasta el día siguiente, en que soplaron fuertes ráfagas del oeste que nos impidieron adelantar gran cosa. Aquellos parajes son los peores del Océano á causa de los vientos, de las corrientes, de lo borrascoso del clima y del nebuloso cielo, siendo preciso por ello cuidar de no acercarse demasiado á tierra. Nuestra provisión de carbón mermó considerablemente, pues tuvimos que navegar á toda máquina sin adelantar gran cosa á pesar de todo.

El 5 de enero tuvimos tierra á la vista y vimos el faro de San Johns, el más meridional del globo. Por fin se calmó el viento por la noche y luchando contra una fuerte corriente, navegamos hacia la isla de Año Nuevo, donde el Observatorio estaba situado y adonde llegamos al amanecer. A las cuatro de la mañana se echó el bote al agua; y llevando conmigo los magníficos instrumentos, bajé á tierra acompañado de Bodman y demás compañeros. La isla, muy pequeña, es una meseta abierta de forma semicircular, cubierta de turba: carece de toda clase de vegetación, sus orillas son acantiladas y con pequeñas ensenadas semicirculares, que son los únicos sitios aptos para saltar á tierra. Hasta entonces, la isla no había sido habitada, pero recientemente se había construído un pequeño puerto en una de las bahías. Por un camino tortuoso se escalaba el acantilado pudiéndose izar objetos pesados por medio de un cabrestante. Todo estaba aún quieto y silencioso, todos estaban acostados, y cuando saltamos á tierra vimos algunos soldados que

venían hacia la playa. Sobral se encargó de hablar con ellos y de decirles quiénes éramos. En su compañía nos dirigimos á los edificios del Observatorio, que se hallan construídos sobre la meseta. Durante el trayecto pasamos por las barracas que encerraban cierto número de deportados y prisioneros, ocupados actualmente en los trabajos del Observatorio y del nuevo faro que se construye en la isla.

También allí todos estaban durmiendo. Sobral llamó á la puerta pero tardamos largo rato en obtener contestación. Un joven oficial que se despertó al oir la voz tan conocida de un compañero suyo, á quien creía muy lejos, se figuró que todo era una continuación del sueño y volvió á dormirse. Por último, nuestros esfuerzos tuvieron éxito, y pronto pudimos entrar en relación con todo el personal científico, incluso el jefe, capitán Ballvé. Lo primero que vimos fué que nuestro viaje aquí resultaba inútil, por no haber podido instalarse aún en la estación los instrumentos magnéticos de variación. Ninguna comparación podía hacerse, y habíamos de conformarnos con discusiones referentes á la labor cooperativa internacional y á observaciones no comprendidas en el programa oficial.

Además, visitamos el grandioso Observatorio meteorológico con todos sus costosos aparatos, pero no pudiendo hacer otra cosa, no quisimos demorar más nuestra partida. Después de haber dejado nuestras cartas y telegramas, á las ocho nos dirigimos al buque. Skottsberg había durante este tiempo hecho una larga excursión para recoger muestras de la vegetación local. La isla posee también una rica fauna que hace recordar los países no pisados aún por el hombre. Hacia el noroeste

se divisaba un lugar donde había un buen número de cuervos marinos que viven junto con infinidad de pájaros bobos. Obscurece su vuelo la atmósfera cuando se les acerca y se les espanta. Entre las rocas, cerca de la orilla vivían grandes grupos de magníficos leones marinos de poblada melena y mugido atronador. Precisamente tenían entonces crías, lo que nos impulsó á bajar para observarlos: no demostraron tener mucho miedo. Comparada con la pequeña y casi destruida isla de Año Nuevo se distingue la de los Estados por su excelente vegetación, con sus bosques muy poblados é impenetrables, donde crece entre otros la siempre verde *fagus betuloides*, la magnolia de la tierra del Fuego *(drymus winteri)* con sus grandes flores blancas, el cactus con sus magníficos racimos de flores amarillas y encarnadas. Pero no podíamos ver nada de ello esta vez.

Mientras estuvimos en tierra, los zoólogos hicieron con buen éxito un dragaje en un banco de arena poco profundo, muy característico por su riqueza en algas encarnadas.

Continuamos la marcha hacia el sur, por fin nos íbamos á despedir del último lugar habitado que hallaríamos á nuestro paso, de los últimos hombres extraños á la expedición, que veríamos durante largos meses y años.

Seguimos la costa, y con cierta emoción, pensamos que aquellas alturas bruscamente elevadas, de forma puntiaguda, cubiertas aquí y allá por las nieves, forman el último extremo de la cadena de montañas más larga del globo, que desde allí, casi sin interrupción, atraviesa todas las zonas para no morir hasta muy cerca del Polo Norte, región de donde saliéramos.

Doblamos la última punta y navegamos con brisa fresca hacia el sur, entrando en el Drake-Sundet, bautizado por sus descubridores con el nombre poco adecuado de *Aguas-Anchas*, que divide la América de las regiones antárticas. Estas aguas puede decirse que forman la frontera entre dos partes del mundo y entre dos mares del globo.

Vista de la isla Nelson

Gustosamente nos hubiéramos entregado allí á trabajos científicos, pero en los parajes que recorríamos había hecho la expedición belga una serie de sondeos y trabajos hidrográficos: además el tiempo nos apremiaba demasiado para poder dedicarnos á investigaciones en aquel lugar.

Disfrutábamos de un magnífico tiempo, raro en aquellas regiones tan mal renombradas. El 8 de enero tuvimos, á los 58° de latitud sur, un día de verano, de los más agradables; estábamos sentados sobre cubierta y tomamos al sol café y una copa de ponche, brindando

por el éxito de la presente etapa, y después nos reunimos en varios grupos para jugar á las cartas, lo que hicimos hasta muy entrada la noche.

Tuvimos el día siguiente un tiempo totalmente distinto: la temperatura del mar no había cambiado mucho, siendo aún de 3° sobre cero, pero la atmósfera era fría y pesada, con densa neblina matinal; por la noche nevó un poco, haciéndonos ver que el largo viaje que hasta entonces habíamos hecho, á través de las regiones cálidas del globo, cambiaba ahora de aspecto al penetrar en las regiones donde los hielos y las nieves aparecen por todas partes, hasta durante el verano.

CAPITULO III

Primeros dias en los hielos antárticos

Islas del Shetland meridional.—Los pájaros bobos.—El cónsul de Orleans.—En aguas desconocidas.—Regreso hacia el este.

El 10 de enero habíase de nuevo serenado la atmósfera, y todos estábamos sobre cubierta mirando con atención si á simple vista podíamos divisar las islas de Shetland meridional. Por fin á la una y diez minutos de la tarde se oyó desde el puente el grito tan esperado: «tierra á proa», y efectivamente, en el horizonte, en el cual se reflejaban los hielos de la tierra fría, se veían sombras que eran la isla del Rey Jorge, nuestra primera escala en las regiones antárticas.

Antes de que otros detalles fijasen nuestra atención, fué esta atraída por algo que también veíamos por primera vez: «el hielo antártico.» Allá en la verde agua flotaba una masa blanca y cuadrada de hielo, una verdadera montaña, que, sin ser una de las más grandes, por nuestra falta de costumbre y experiencia, nos parecía enorme. Aquel bloque de hielo atraía nuestras miradas y nuestro pensamiento; toda nuestra atención

se dirigía hacia la masa brillante y colosal, que, á medida que avanzábamos, empezaba á crecer delante de nosotros y pronto llenó todo el horizonte. Fué el cuadro más hermoso que jamás contemplé. Había visitado la Groenlandia hasta 8° de latitud más al norte del círculo polar, pero la diferencia entre lo que ví entonces, y el panorama que se nos ofrecía ahora, era mayor que la existente entre dicho paisaje de Groenlandia y una región cualquiera de Suecia.

En la Groenlandia hay, sin embargo, extensas costas que durante el verano están libres de hielo y que, de cerca, se ven recubiertas de verdor, y á menudo de una magnífica vegetación. Allí puede uno, en un día de verano, sentarse en la fresca hierba, entre flores de varios matices, rodeado de innumerables musgaños que ramonean por la pradera, y procurando ponerse á salvo de los mosquitos, las montañas cubiertas de nieve no impiden hacerse la ilusión de hallarse en un país meridional.

En cambio, ¡cuán árido es el cuadro que aquí encontramos! La vasta isla se compone de parajes montañosos y yermos, de agudas cimas. En cualquier parte de las regiones antárticas, veríanse seguramente los más vivos contrastes y las escenas más variadas, pero allí todo estaba sepultado bajo nieve y hielo; hielo que desde los valles sube hasta los puntos más elevados, cubriéndolo todo y creciendo hasta formar una enorme y compacta capa, de modo que el suelo parece una reluciente bóveda. Sólo en contados lugares aparecen, á través del blanco sudario, negros peñascos, obscuras porciones de montañas, que contrastan de muy extraña manera con la compacta masa de hielo, y forman algunas pequeñas islas, de formas irregulares, completamente libres de

Nuestro primer desembarco en los hielos antárticos.

nieve. Por la parte del mar, la tierra acaba en un acantilado de hielo alto, vertical y resplandeciente, que más tarde pudimos contemplar. Entre los hielos aparecen algunas montañas de menor elevación, que parecen sumidas entre las gigantescas moles que las rodean.

No se puede describir la viva impresión que me produjo aquella tierra tan deseada, que se ofrecía de repente ante mis ojos. Ví rápidamente que allí reinaba una monotonía árida y salvaje, como tal vez no exista en ninguna otra parte de la tierra: sentí la misma impresión de desaliento que cuando se está solo y aislado, en poder de las grandes fuerzas de la Naturaleza. Aunque yo, por mi parte, nunca había visto semejante espectáculo, podía ser que en la parte interior de las regiones polares del norte, hacia la parte septentrional de la Tierra de Francisco José, verbigracia, hubiese regiones que recordaran éstas; pero si se considera que estábamos más cerca del Ecuador que lo están otras ciudades tan grandes como Trondhjem y Sundswall, y que habíamos ya llegado en la época más cálida del verano austral, entonces fácilmente se comprenderá la impresión por mí escrita en el libro Diario, de que «no me hubiera figurado encontrar tanta nieve y tanto hielo».

Hace poco, comparaba las regiones que visitábamos con Groenlandia, pero había otra comparación más á mano: al otro lado del Drake-Sundet, habíamos dejado atrás, hacía tan sólo cuatro días, con nuestro buque que no se puede llamar de mucho andar, la Tierra del Fuego, con sus bosques impenetrables y siempre verdes, en los cuales hallábanse árboles de tipos casi tropicales, verdes loros y pequeños colibrís, y con un clima tal, que sus habitantes pueden vivir allí casi desnudos. Difícilmente

se encuentra en el globo un cambio tan rápido entre dos costas cercanas la una de la otra, como la tierra en cuestión y el desierto que teníamos delante; una inmensa aglomeración de hielo que hacía desvanecer toda probabilidad de vida vegetal y animal.

Cuando nos aproximamos más á tierra, enfilando hacia el oeste con poco andar, navegamos cerca de la isla del Rey Jorge, y al acercarnos á su costa, observamos que de vez en cuando aparecía un estrecho istmo al pie de la alta muralla de hielo. Aquí y allá vimos algunas focas y una verdadera colonia de pájaros bobos; por lo demás, el cuadro era igual por todas partes, y solamente las obscuras islas con sus montañas de irregulares formas le daban alguna variedad.

El pensamiento se vuelve forzosamente hacia el tiempo en que los países del norte, y hasta la misma Escandinavia, estaban envueltos en una parecida capa de hielo.

Pocas teorías pueden interesar más que las que nos den una explicación razonada de estos raros fenómenos en la historia de la formación de la Tierra.

En la extremidad meridional de la citada isla, pudimos observar un paisaje que nos daba una idea más clara de esto que la que se pueda imaginar en las regiones árticas.

Así como la isla del Rey Jorge en nuestros días, algún tiempo estuvo Noruega envuelta en los hielos, cuya masa, en su formación, había aguzado y recortado toda la parte baja del país, mientras las cimas más altas, aunque cubiertas de nieve, todavía estaban visibles en su conjunto, al par que allá, en alta mar, había una infinidad de islas y peñascos, que se elevaban mostrando sus ásperas

y puntiagudas formas, parecidas á altas torres erizadas de puntas y partes salientes. Todos estos peñascos, como Lavunden y Tränen en el Nordland, y otros muchos que los turistas admiran y que los hombres de ciencia estudian con especial atención, por sus diferencias con las islas interiores, se parecen á estas islas con sus montañas sin nieves, fuera de la costa antártica, y señalan, cuando

Una foca

menos durante un largo período de tiempo, la frontera del desenvolvimiento del hielo.

Estuvimos reunidos sobre cubierta hasta muy entrada aquella noche, la primera pasada en el Antártico, clara y tranquila. Mucho trabajo nos costó abandonar la cubierta y la contemplación de tan delicioso paisaje, pero decidí bajar á tierra temprano al día siguiente, necesitando, por lo tanto, acostarme un poco antes. No podía desechar

del todo mi sentimiento de inquietud y de zozobra; si la Naturaleza tan al norte, donde debía ser más hospitalaria, resultaba así, ¿qué nos esperaba entonces en las regiones más al sur, allá donde queríamos penetrar? Era, sin embargo, tan grande la alegría y satisfacción que sentíamos por haber llegado á nuestro destino, para, por fin, empezar nuestros trabajos, que mi impaciencia sólo me permitió acostarme un par de horas, y vestido, en mi camarote.

Ya á las dos de la mañana siguiente estábamos en el puente, en el momento en que entrábamos en el estrecho que separa la isla de Nelson de la de Roberts. Pronto alcanzamos á ver una extensa costa sin nieve, donde, con los anteojos de larga vista, pudimos divisar focas y pájaros bobos. Me decidí á desembarcar allí: nos detuvimos fuera de una pequeña bahía, que en el mapa lleva el nombre de Harmony Cove, y tres botes fueron echados al agua.

Decidióse que mientras el personal científico se entregaría á sus investigaciones, los demás aprovecharíamos la oportunidad para cazar algunas focas.

Junto con Duse, Andersson, Bodman, Ekelöf y Skottsberg, me dirigí en el bote «Nordland», hacia la pequeña bahía que debía formar un puerto bien protegido para embarcaciones pequeñas. Desembarcamos en una orilla llana y arenosa al pie de unos altos peñascos, pisando entonces por vez primera el hielo antártico, que si nos pareció el día antes un vacío desierto de hielo, prodújonos entonces otra impresión, pues pude ver á la sazón que existía también en él una agitada vida.

Toda la costa estaba cubierta de grandes focas, cuyo singular aspecto nos impulsó á observarlas de cerca.

Eran de un color gris verdoso, con manchas claras, y pertenecientes á la clase *Leptoni Weddelli,* la más común de las de estas regiones.

Encontramos, además, nuevas especies de animales que hubieran ocupado nuestra atención, de no necesitar el tiempo para ver otras cosas: los pájaros bobos; esos seres tan extraños; pájaros que no pueden volar, pero que nadan lo mismo que peces.

Había yo visto muchas veces pájaros de esta clase en la Tierra del Fuego y en las islas Falkland; también los hay en la costa occidental de la América del sur y del África, hasta pasado el trópico. Pero allí se encuentran tan sólo especies enanas; aquí únicamente es su verdadera patria, entre los hielos sudpolares, donde se hallan en su mayor desarrollo estos representantes tan particulares del reino animal antártico.

Ya en el agua habíamos encontrado estos seres extraños, que, no conociéndolos de antemano, es difícil descifrar á distancia su naturaleza. En largas hileras van nadando á centenares, uno tras otro, y sacan del agua sus cuerpos fusiformes, negros y relucientes, para después sumergirse á grandes profundidades, lo mismo que si fueran peces.

Al ver sus grupos, recordábamos los peces voladores que habíamos observado tantas veces en los mares tropicales; nadie diría que son pájaros, sino peces: de vez en cuando, se veía alguno nadando á flor de agua, de la que sobresalía poco más de la cabeza, redonda, negra y luciente.

Se puede decir de los pájaros bobos, que forman, hasta cierto punto, un eslabón intermedio entre los pájaros y los peces, ocupando la misma situación que las

focas entre éstos y los mamíferos. Encontramos, con todo, que en tierra es donde los pájaros bobos ofrecen mayor interés. Viven en grandes colonias de muchos miles de individuos, en tan apretados grupos, que apenas dejan un vacío por donde se pueda caminar entre sus nidos. No se mostraron muy sorprendidos de nuestra presencia, y permanecían completamente indiferentes mientras no se les incomodara; pero al acercarse demasiado á sus nidos, prorrumpían en ruidosos gritos que duraban largo tiempo. Despiden un característico olor al guano que cubre el hielo de espesas capas, en el sitio donde habitan, y causa cierta repugnancia acercarse á ellos. En cada nido veíamos una, dos y rara vez tres crías; sucias, cubiertas de plumaje, parecidas á pequeñas bolas de lodo, sin forma, y á las que sus padres defendían con tanto cariño contra los nuevos ocupantes de la isla, que, en verdad, debían considerar como peligrosos parientes desconocidos y gigantescos.

Cosa extraña parecerá á los que no conocen de cerca esos animales, su semejanza con los hombres, á pesar de notarse, al observarlos, su grotesca relación.

Raro es su aspecto: imagínese un sér pequeño y erguido, de altura poco mayor de un pie, con dos patas que sostienen un cuerpo mal proporcionado, cabeza redonda y dos alas estrechas y pequeñas que, cuando mueve en tierra, pueden tomarse por dos brazos con las manos metidas en los bolsillos de una americana blanca. Su dorso, negro y luciente, está terminado por una larga cola que recuerda los faldones de un frac. Su pecho es blanco, con una raya negra en el cuello, y su estómago algo saliente.

Todo esto forma la más cómica caricatura posible de

un caballero gordo, viejo y elegante, que, vestido de frac, con chaleco blanco y corbata negra, con andar algo vacilante y aspecto egoísta, pero á la vez respetable, se pasease por la playa.

La especie aquí descrita, la más común de aquellos lugares, lleva el nombre de *pygoscelis antartic*; pero, además de ésta, hay otra mayor, de pico ancho y encarnado, llamada *pygoscelis papua*. Fué casi la única vez que pude ver las dos citadas especies, que no se encuentran en la costa oriental de la Tierra de Graham, y por esto la atención que las dedicaba no era del todo superflua para que pudiera atreverme á describirlas. Existe también, aunque en muy escaso número, otra especie, caracterizada por unos grandes penachos amarillos en la cabeza, y es una variedad de la familia de las fúlicas *(catarractas)*.

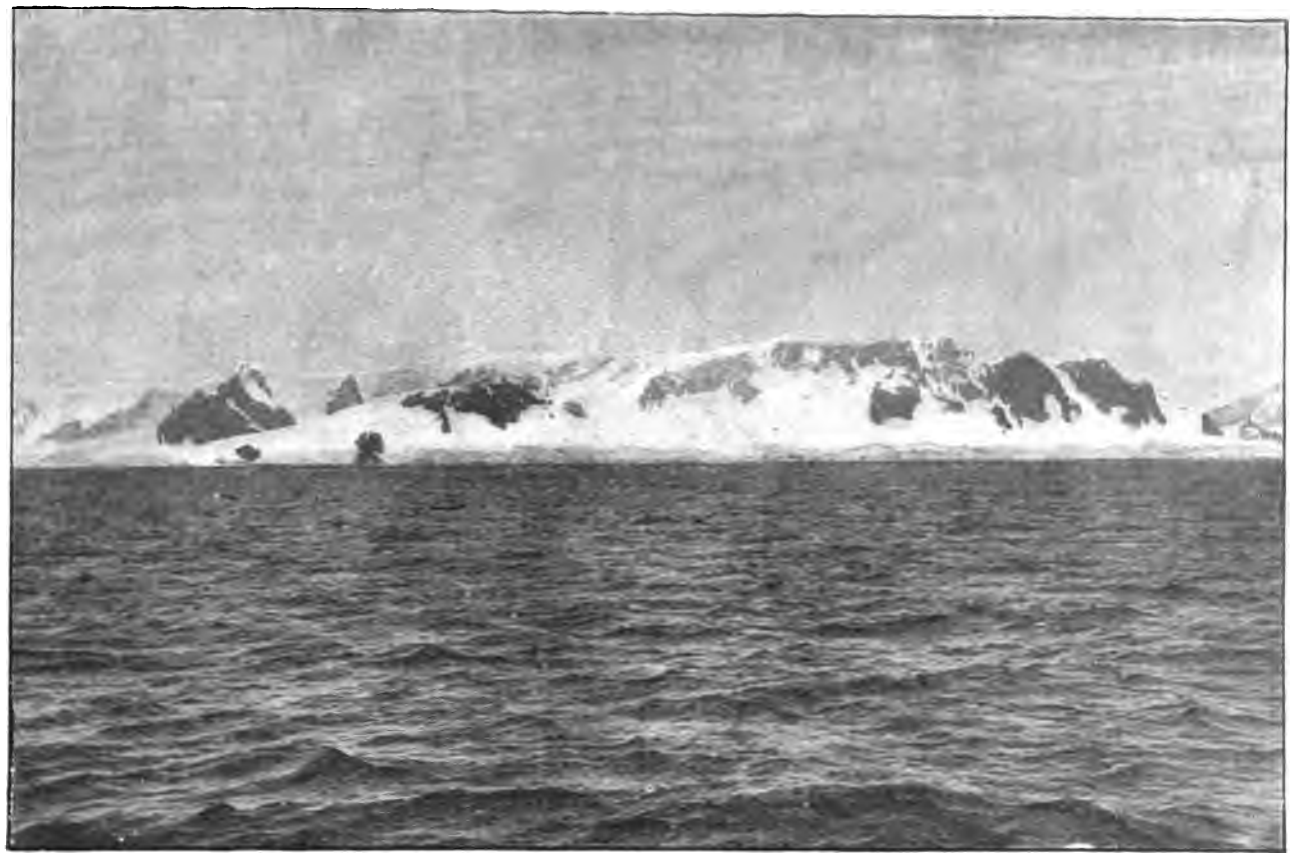
Nos costó trabajo dejar esta compañía tan extraña, pero había muchas otras cosas que ver, también por primera vez, como por ejemplo, la interesante clase de pájaros que habitan especialmente cerca de las colonias de pájaros bobos y que viven en gran parte de los excrementos de aquellos: aludimos al pequeño y vivo *chionis*, parecido á una paloma blanca como la nieve, que la hace recordar por su estructura anatómica, pero que se alimenta de carne y de huevos, y se ve á menudo picoteando cuerpos inanimados de pájaros bobos. Además, se veían palomas del Cabo, á pesar de que no habitaban en el país. Merece especial atención el grande y obscuro *megalestris*, pájaro parecido á una gran mano, con pico muy agudo y uñas parecidas á las de las aves de rapiña. Alrededor de focas muertas y descompuestas estaban reunidos grandes grupos de esta especie, que no se

movieron hasta hallarnos tan cerca de ellos que podíamos golpearlos con un palo; pero volaron tan sólo alrededor de nuestra cabeza, sin demostrar miedo alguno, y llegó un día en que esos pájaros fueron casi nuestros animales domésticos y nuestro principal alimento de caza, aunque entonces creyera imposible que me viera obligado algún día á comer la carne de animales tan asquerosos.

Después de contemplar los pájaros, pènetré por el interior de la isla para estudiar los fenómenos geológicos y observar la vida vegetal. Las montañas estaban formadas en todas partes por una porfirita verde que me hacía recordar ciertos riscos de la Tierra del Fuego, y que muy bien podrían ser de la época mesozoica, por más que es difícil poder dar pruebas de ello. Desgraciadamente, perdiéronse con el «Antártico» las muestras recogidas en esta isla, como también todas las otras colecciones geológicas formadas durante el primer verano.

Las montañas eran rudas y ásperas, y en ellas se encontraba la mayor parte de las producciones vegetales de la isla; mucho más rica por lo que vimos, que otros lugares que después visitamos, donde hallamos únicamente musgo y liquen en abundancia, sin traza alguna de hierba ú otras fanerógamas.

Si los pájaros bobos estaban descontentos de nuestra visita, mayor motivo de protesta tenían aún las focas: para ellas fué un verdadero día aciago el de nuestra llegada, porque nada menos que noventa fueron muertas y descuartizadas; sus pieles fueron estibadas en el buque. Uno de los botes condujo al buque cincuenta y nueve pieles, unas como carga y otras á remolque. Al regresar de caza estuvo á punto de acaecernos una des-



La tierra de Danco cerca de la bahía Guillermina.

gracia. Buscando uno de los zoólogos un envase conveniente para conservar algunas magníficas especies animales, habíase apropiado en el buque del achicador que había en el bote, y cuando, por la mucha carga, empezó á hacer agua, no hubo medio de vaciarlo; el bote empezaba á hundirse, mas uno de los tripulantes tuvo la feliz idea de quitarse una bota y hacerla servir de achicador.

Paisaje de nieve en la tierra de Luis Felipe.

Así pudimos conservar la barca á flote, aunque con mucho trabajo, y llegar al «Antártico».

Era un cuadro magnífico contemplar el bote desde la cubierta del «Antártico»: alrededor de las pieles llevadas á remolque, volaban miles de preciosas palomas del Cabo, ostentando sus colores obscuros de magníficos matices, mientras muchas de ellas, formando nutridos grupos, cansadas de volar, nadaban en torno de la barca.

El descubrimiento más notable de aquel día, fué el de una foca pequeña y rara, que encontró el capitán Larsen, allá á lo lejos en la playa, y que durante muchos

kilometros llevó delante de él, como si fuera un animal doméstico; la pobre víctima andaba despacio á lo largo de la orilla, y cuando el capitán la fustigaba demasiado, se paraba y miraba desesperadamente á su perseguidor. Una vez llevada al bote, mataron la foca y la piel sirvió para disecarla. No tuvimos tiempo de examinar esta foca detenidamente, pero probablemente era un león marino joven y en tal caso pertenecía á una especie que hasta entonces era desconocida en el territorio glacial antártico.

A la hora de comer estábamos á bordo de regreso de nuestra excursión y se hizo rumbo al sur. El viento fué refrescando, transformándose por la tarde en un huracán del sur que duró toda la noche. Avanzábamos poco, y no había medio de emplear aún las pieles de foca que estaban sobre cubierta estorbándonos.

Cuando al día siguiente me levanté, soplaba fuerte viento, y habíamos adelantado tanto, que nos vimos de nuevo rodeados de tierra. Habíamos esperado llegar á la isla de Astrolabe y teníamos delante la tierra de Luis Felipe, verdadero paisaje antártico, con tiempo verdaderamente polar; veíamos á babor una colina alta y desnuda, con cimas aisladas y puntiagudas, entre las cuales descollaba principalmente el monte d' Urville. A estribor divisábamos una isla mediana, que precedía á otra mayor: estas dos islas forman la llamada «Trinity land» desde mucho tiempo conocidas con este nombre. En otra ocasión volveré á hablar sobre esta interesante cuestión histórico-geográfica.

Nos encontrábamos entonces en la embocadura del canal de Orleans que llamó d' Urville la *bahía ancha*, por estar entre la tierra principal y la tierra Trinidad. Como

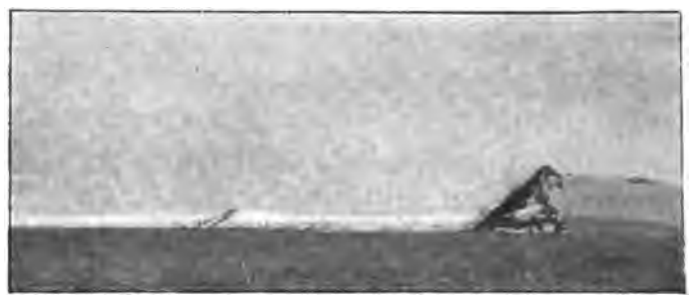
primer objeto de nuestra expedición había yo indicado una investigación en esta bahía. Según su situación, que fué fijada por Larsen, y más tarde aceptada por los geógrafos alemanes que habían trabajado en el material cartográfico de su expedición, debía este canal inclinarse al sur y separar la tierra de Luis Felipe de la de Graham.

Otros opinaron que solamente era una pequeña bahía y otros que era un canal, con dirección sudoeste. Se vió después que la útima suposición era la verdadera.

Nos encontrábamos por fin surcando aguas no visitadas todavía por hombre alguno. El tiempo cambió como por encanto; parecía que el mundo antártico se arrepentía de la manera poco hospitalaria con que nos había recibido: proponíase tal vez atraernos más y más hacia su interior para poder en sus últimos ámbitos acabar más fácilmente con los osados exploradores que violaban sus nunca holladas soledades. De todos modos, nos encaminamos apresuradamente hacia adelante, presa de esa actividad febril que solamente se siente á la puerta de lo grande y desconocido. Todos queríamos ver, todos los aparatos fotográficos estaban en movimiento, y Stokes estaba continuamente ocupado en sus cálculos. El paisaje se levantaba en cimas elevadas y desnudas separadas unas de otras por heladas llanuras poco extensas que formaban junto al mar un escarpado acantilado de hielo del que tan sólo sobresalían aquellos picos. No era solamente un nuevo panorama el que se desarrollaba á nuestros ojos, sino un mundo extraño, difícil de describir, distinto en absoluto de cuanto habíamos visto antes.

Si antes fuimos recibidos por pájaros bobos, ahora

fueron las ballenas, las que nos dieron la bienvenida. Por centenares podíamos ver esos monstruos marinos nadar alrededor de nuestro buque, al que tomaron probablemente, como los pájaros bobos á nosotros, por un



La primera lengua de tierra conocida por nosotros, llamada cabo Murray.

colosal individuo de su misma especie. Oíase á menudo sordos ronquidos al lado del buque: una columna de agua surgía sobre el mar, seguida de la aparición del dorso obscuro y deforme de una enorme ballena que probablemente nos observaba con desdén, viendo que no podíamos seguirla en su rápida carrera á través de las olas ó hacia las profundidades del mar. Según opinión de los sabios competentes, pertenecían todas ellas á una especie parecida ó idéntica á la megapterigia de los mares del norte. Si el tiempo nos lo hubiese permitido, hubiésemos, con sumo gusto, ensayado sobre ellas nuestros aparatos de pesca para poder estudiarlas más de cerca: no podíamos, afortunadamente para los mamíferos, disponer de lugar necesario. En otras ocasiones, observamos también en distintos parajes numerosas ballenas azuladas de grandes aletas.

Hacia la noche, tuvo lugar nuestro segundo desembarco en la bahía de una isla pequeña y montañosa,

rodeada de costas bajas. Había gran marejada y nos fué difícil hallar un lugar á propósito donde atracar. La isla estaba completamente desierta, pero era interesante como lugar habitado por numerosos cormoranes ó pájaros *calvos* (phalacrocorax). También vimos que algunas focas y una infinidad de pájaros bobos se cobijaban en sus montañas: con todo, no nos detuvimos mucho rato, y seguimos pronto nuestro viaje.

Todo estaba tranquilo á nuestro alrededor y los magníficos paisajes de nieve, que se extendían por doquier, resplandecían con la luz pálida de una media noche del verano antártico. Ahora no sólo nos encontrábamos en aguas por nadie visitadas, sino que empezábamos á no saber siquiera dónde nos hallábamos, aunque debíamos ya haber penetrado en regiones que se pudiesen, cuando menos, identificar con alguna tierra ya entrevista. Con nuestro rumbo al sudoeste no po-

Una vista del canal de Guerlache.

dríamos salir al Atlántico, y esto lo habíamos comprendido desde luego conociendo claramente que la tierra de Luis Felipe debía estar unida con la de Danco. Podíamos, pues, decir desde entonces que habíamos lo-

grado el más importante de los resultados geográficos que durante la expedición se consiguieron. ¿Pero en dónde podrá desembocar ese canal tan extraño y misterioso? ¿Desembocaba en la bahía descubierta por los belgas, terminaba antes de llegar á ella, ó era tal vez el principio del canal de Guerlache? Esta cuestión se tendría que aclarar algún día. Hasta después de media noche no bajé á mi camarote y á las cuatro y media estaba ya sobre cubierta, donde Duse estaba aún dibujando y midiendo, sin haber descansado un solo momento: el rumbo era el de siempre y nos encontrábamos aún en el mismo largo canal con islas y más islas á estribor. Era imposible saber dónde nos hallábamos, pero seguramente habíamos entrado en una bahía que corre paralela al canal de Guerlache, ó habíamos, sin darnos cuenta, lo que no era tan probable, entrado en dicho canal. Tratábase, pues, de aclarar esta cuestión, para lo cual fuí en busca del relato de la expedición belga del Dr. Cook para ver si sus descripciones y datos nos indicaban nuestra posición. Comparé primero una elevación particular de forma cónica que veíamos debajo del monte Allo, pero no se parecían exactamente. Entonces busqué su diseño del cabo Murray y bahía Brialmont y de repente me sorprendió su semejanza con una lengua de tierra obscura que teníamos á babor y me convencí en seguida de que nos encontrábamos en el canal de Guerlache, ó como lo llamaron anteriormente, el canal de Bélgica.

Comuniqué inmediatamente á Duse mis opiniones, y á pesar de que no ajustaban del todo con el mapa que de aquella expedición teníamos, admitió interinamente mi opinión. Para el que está acostumbrado á orientarse

La montaña de Bransfield, vista desde el norte.

en las altas montañas nevadas ó en las regiones polares, es de especial interés fijarse atentamente en las manchas de nieve que se observan en las laderas de las montañas, y que, regularmente de un año á otro, toman una forma más ó menos determinada que conservan todo el verano. Es casi imposible que en dos lugares distintos se encuentre una combinación de manchas de nieve exactamente

El cabo Roquemaurel.

iguales, y así como un criminal se identifica por las rayitas del pulgar, se distinguen las montañas polares unas de otras por las manchas de nieve que presentan. El cabo Murray estaba ya reconocido; las líneas generales del terreno que nos rodeaba eran parecidas á las del mapa de los belgas, pero diferían los detalles. Todos los expedicionarios se iban reuniendo sobre cubierta, entablando animada discusión respecto al punto en que nos

encontrábamos, y decidióse continuar el viaje con la esperanza de reconocer más adelante otros puntos nuevos. En un principio todo fué bien; la bahía de Charlotte se parecía algo al dibujo en el mapa, pero luego entramos en la de Guillermo donde volví á mis vacilaciones, pues no era posible, con el mapa en la mano, poder reconocer los lugares con precisión.

Continuamos hacia el cabo Anna y después á través de la bahía hacia el cabo de Ryswyck, con la bahía Schollaert delante. Todavía seguía á bordo la misma duda: ¿estábamos ó no en el canal de Bélgica? Duse, que antes estaba convencido, empezaba ahora á creer que era muy extraño que el mapa pudiese encerrar tan grandes discordancias. Era, sin duda, de desear que pudiésemos fijar nuestra opinión por medio de algunas pruebas decisivas; pero el tiempo transcurría, y habíamos ya llegado más al sudoeste de lo que nos proponíamos. Según mi criterio el problema era este: por un lado discordancias muy comunes cuando se trata de diseños levantados por expediciones descubridoras que no tienen por objeto principal la formación de mapas; por otro, concordancia de las líneas principales; la imposibilidad de concebir que una bahía tan grande y ancha como esta, con varios canales situados al este del canal de Bélgica, no fuera señalada por los belgas, y sobre todo, las manchas de nieve enteramente idénticas en el mapa á las del cabo Murray. Por todo esto me pareció imposible que pudiese subsistir duda alguna. Mas esta cuestión quedaría completamente aclarada el verano siguiente, durante el cual teníamos la intención de hacer una descripción detallada del territorio sobre el mapa: por lo tanto, ordené que tomara el buque rumbo hacia

nuestro verdadero campo de operaciones, en la costa oriental del país.

No debía ya volver más á estas regiones, pero en otra parte de esta obra consignaré la segunda visita del «Antártico», durante la que quedó confirmada mi opinión de que el canal Guerlache es tan sólo una continuación del canal de Orleans, visitado por d' Urville. En el curso de nuevos desembarcos, estudiamos con más detención la naturaleza de este territorio por medio de sondajes y dragajes: daremos más adelante una descripción detallada de esta región. Nunca olvidaré la disposición de ánimo que reinó á bordo durante aquellos dos días de viaje y durante los dos siguientes; era una actividad febril producida por nuestro viaje en un paraje desconocido, donde nadie podía sospechar las sorpresas que nos esperaban. Todos teníamos el presentimiento de algo grande que la vida usual no podía ofrecer, dándonos nuevos bríos para proseguir nuestro trabajo, sin que nadie mostrase desaliento ni los más vagos deseos de retroceder ante nuestra empresa.

Mi deseo hubiera sido poder permanecer allí algunas semanas más, y empezar nuestras faenas levantando el plano de aquella región. La verdad es que este trabajo se hizo luego, pero hubiera resultado muy distinto si se hubiera podido llevar á cabo entonces. Pensé en Guerlache que, desde un principio, trabajó en la costa oriental, y que, engañado y seducido por las ninfas del agua de la bahía, donde había llegado buscando un paso hacia oriente, quedó encerrado durante un largo y triste invierno en la cárcel de los hielos.

No debíamos caer en la tentación; era cosa más que dudosa poder realizar lo que yo hubiera deseado. Con-

tinuó, pues, nuestro viaje retrocediendo por la misma ruta que acabábamos de correr, lo que hizo que por algún tiempo pudiéramos descansar con toda tranquilidad y estudiar el plan de nuestros trabajos. La mañana siguiente apareció espléndida, con el sol; parecía que las regiones antárticas no querían mostrarse más inclementes que las del norte. Hicimos rumbo hacia una bahía siguiendo la costa de muy cerca, al pie de una montaña de hielo cortada á tajo, que relucía al sol, despidiendo blancos y azulados rayos. El hielo estaba lleno de grietas profundas y excavaciones que parecían grutas: veíanse negras montañas salientes y perpendiculares cubiertas de una delgada capa de hielo, que ofrecían un aspecto admirable. Poco cuesta acostumbrarse á un mismo estado de cosas, y si en un principio nos fatigaba la vista de tanto hielo y nieve, empezábamos ya á familiarizarnos con tal espectáculo.

A medio día hicimos nuestro tercer desembarco en el cabo Roquemaurel, así llamado por d'Urville, en la punta oriental de la entrada del canal de Orleans, formada por una hilera de montañas salientes y en parte sin nieve, de vertientes escarpadas y desiguales, pero sin puntas agudas, que resguardaban un pequeño puerto natural, una honda ensenada donde el bote pudo atracar. Desembarcamos en una ribera cortada á pico, aunque de poca elevación, donde se veían multitud de charcas de agua salada donde crecía una especie de algas que llamaron la atención del botánico. Las montañas escarpadas son traidoras; Stokes cayó, haciéndose daño en un dedo, lo que durante algún tiempo sosegó su actividad artística. En la orilla había algunas focas tomando el sol: una de ellas era casi completa-

mente de un blanco plateado; pertenecía probablemente á la raza de las que comen cangrejos *(lobodon)*. Por esta vez las dejamos en paz.

Las montañas estaban formadas por un granito gris de particular aspecto, y compuestas de muchos estratos de una especie de roca obscura eruptiva que contiene numerosos pedazos de cuarzo. Se observa la misma especie de rocas en varias alturas cercanas, pero forman en general las masas de rocas salientes dentro del canal una especie de roca obscura, cuya naturaleza no pude descifrar.

Como allí no teníamos gran cosa que hacer, regresamos al cabo de dos horas á bordo, donde se había mientras tanto tomado una serie de temperaturas del agua hasta una profundidad de 200 metros. El viaje continuó siguiendo la costa de la tierra de Luis Felipe, sorteando un archipiélago de peligrosas rocas submarinas, haciéndonos observar el capitán que no era tan fácil navegar en tales aguas como en un mapa; pero todo salió bien gracias al tiempo tan favorable de que gozamos.

La tierra iba perdiendo bastante en elevación, resultando por lo general en tales casos más compacta la capa de hielo y en algunos sitios se hubiera podido hacer un viaje en trineo con relativa facilidad. Veíanse, no obstante, elevadas cumbres aisladas, de forma cónica regular, completamente distintas de la alta cordillera situada más al sudoeste. No se sabe aún si hay alguna explicación geológica que ocasione este cambio. De todos modos, había allí campo interesante para trabajos venideros de investigación; los resultados tan inesperadamente prácticos que un año después se obtuvieron en

el lugar de invernada de la bahía de la Esperanza, hacen aún más atractiva esta región.

También aquella noche el tiempo fué verdaderamente hermoso, principalmente durante la puesta del sol que reflejó sus rayos de azul violeta con fuerte resplandor encima de las masas de nieve. Fué la noche fría y serena; únicamente á lo lejos, hacia oriente, se divisaba cierta neblina sobre las cumbres de la isla de Joinville.

CAPITULO IV

Nuestros trabajos en la costa oriental

Estaciones de invernada en perspectiva.—En camino hacia el sur. El hielo nos obliga á retroceder.

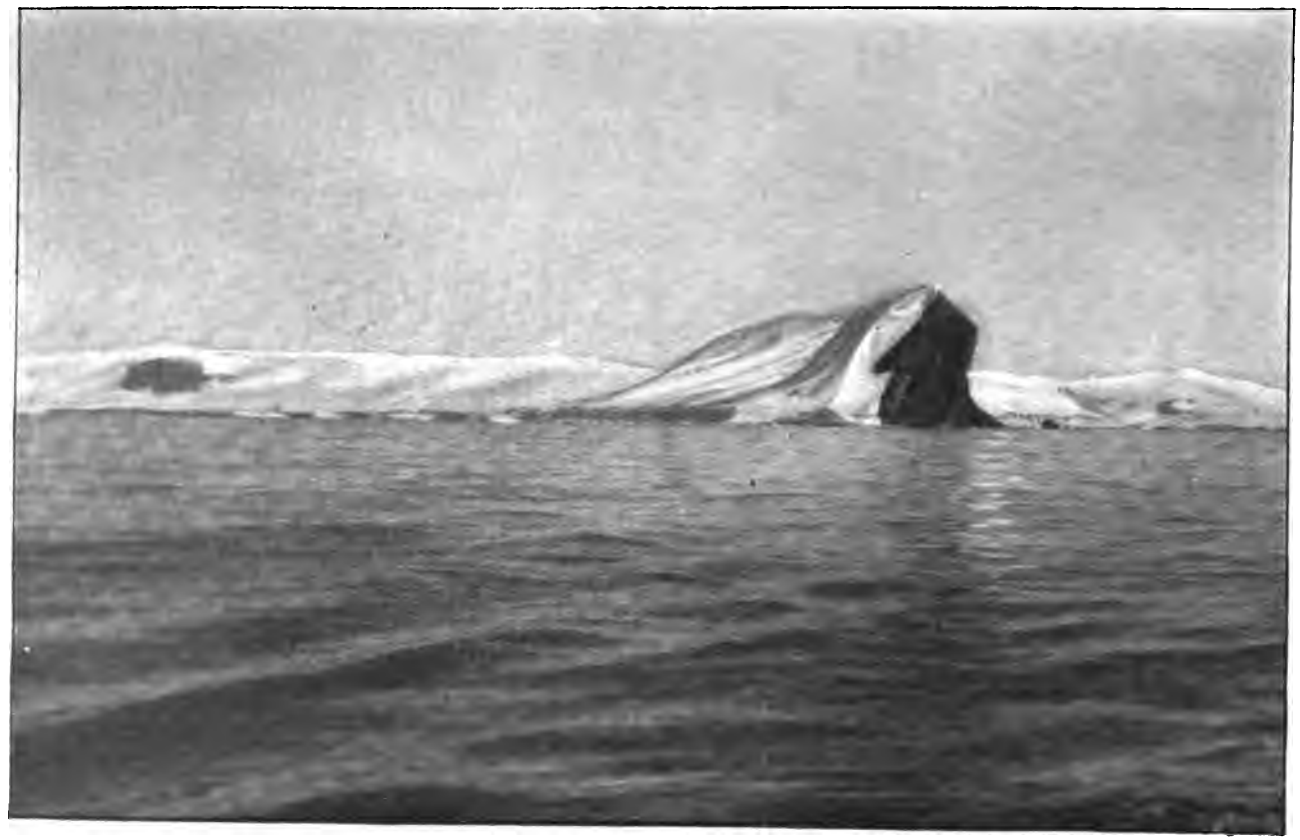
NUESTRO primer objeto estaba ya realizado; habíamos seguido la tierra de Luis Felipe al oeste para buscar un canal que la atravesara y habíamos visto que no existía, á lo menos de posible navegación para buques. Así, pues, estábamos prontos á dedicarnos á otras investigaciones. D' Urville había visto desde el norte, una bahía donde ahora nos encontramos, pero no se sabía aún cómo era. Uno de los buques escoceses de pesca de la ballena, que pudo llegar cerca de ella, dejó informes de tal índole, que casi se podía dudar de todo. Esta duda era, sin embargo, fácil de aclarar.

A las cuatro de la mañana del 15 de enero estaba yo de nuevo sobre el puente; la bahía aparecía entonces ante nosotros con una grande isla en su centro, tal como

había sido dibujada por d' Urville. El sol salió claro y brillante, haciendo relucir el blanco paisaje de hielo que nos rodeaba. La isla Joinville es, por esta parte, baja y cubierta de hielos; en tierra firme la montaña Bransfield levanta su cumbre de forma redonda que domina los alrededores. El agua, en donde navegamos, estaba libre de hielos y no hallábamos dificultad notable en nuestro camino. Consideramos esto tan natural, que no sentimos por ello el debido agradecimiento: después comprendimos que las circunstancias no son siempre tan favorables.

Poco después de las seis, pasamos cerca de un lugar que llamó particularmente mi atención.

Como este lugar resultó más tarde ser uno de los más conocidos en la historia de las investigaciones polares pasadas y seguramente lo será también en la de las venideras, quiero citar textualmente algo de lo que escribí en mi diario: «... Es un puerto muy hermoso que podría servir perfectamente como estación invernal y que provisionalmente bauticé con el nombre de *depósitos glaciales*, mientras lo indicaba á Duse y á Larsen para el caso en que más tarde se llegase á decidir, para utilizarlo una vez que yo hubiera dejado el buque. Se ve desde la costa un magnífico valle en forma de círculo, rodeado de pendientes escarpadas, pero el interés principal que ofrece la isla, consiste en un ventisquero muy particularizado que posee dos hermosos depósitos de piedras erráticas, únicas que he visto hasta la fecha en tales regiones. Finalmente debo llamar la atención sobre la extensa costa desprovista de nieve. No sé qué clase de roca la forma; puede ser un sedimento, pero también existen allí algunos basaltos y rocas eruptivas».



Vista del estrecho «Antártico» cerca de las islas Argentinas.

Este mismo lugar que acababa de fotografiar y dibujar y que indiqué á Duse y Larsen como sitio muy oportuno para depósito, empleóse para tal objeto antes de acabar el año por John Andersson, Duse y Grunder, antes de emprender el viaje en trineo hacia nuestra estación. Allí pasaron luego los tres un pesado y largo invierno de fría y desapacible temperatura, encerrados en una pequeña cabaña, donde apenas cabían, echado el uno al lado del otro sobre las piedras del suelo, después de haber antes, durante largas semanas, trepado por las vecinas alturas para ver si divisaban el buque, en el cual, ahora dejábamos tan orgullosamente atrás este lugar. En las más penosas circunstancias y ante un inseguro porvenir, tomaron allí valiosos apuntes científicos que dan todavía mayor interés á aquel lugar, que la descripción de los sufrimientos que padecieron. Por todo esto, el nombre de «*Hoppet vik*» (Bahía de la Esperanza) es el más adecuado de cuantos pudieran habérsele dado.

Encontramos en sus alrededores un estrecho, que es lo único de la comarca que se señalaba en los mapas que llevábamos. Identifiqué la gran isla situada ante nosotros con la «Rosamel» de d' Urville; y había otra, quizás más notable, hacia oriente; ¿por qué no la señalaron en el mapa? Las observaciones que se hicieron durante el verano siguiente desde el buque, hacen más creíble que sea esta otra isla la que corresponde á la llamada por d' Urville «Rosamel», y como no se podrá nunca aclarar este punto, dejé en el mapa el mismo nombre. Vimos, al acercarnos, que la isla primeramente mencionada estaba dividida en dos, la de Frizars y la de Uruguay.

La isla grande, situada al norte de la de Joinville,

cuya existencia hasta más tarde no fué del todo comprobada, la llamé isla d' Urville, nombre del famoso explorador francés, que se puede considerar como el principal descubridor de esta región.

En cuanto al estrecho mismo no fué descubierto por nosotros, pero éramos los primeros que navegamos á través de él, y por consiguiente, se puede decir que lo abrimos á la navegación. No es esta, naturalmente, muy animada en aquellas regiones; si lo fuera, este estrecho que divide, como el de Magallanes, extensiones de país importantes, sería uno de los principales caminos de gran movimiento marítimo. Muchos buques pasarán seguramente por allí en el transcurso de los tiempos, y en tal creencia, creí obrar con justicia dándole el nombre del buque que por primera vez surcaba sus olas, el del «Antártico», que tantos servicios prestara á la expedición polar, y que entre las masas de hielo fué nuestro hogar y refugio, hasta que desapareció para siempre entre las olas.

Continuamos, sin pararnos, nuestra ruta, y desde el puente del buque pude observar un marcado cambio de naturaleza del terreno, presentando las montañas un nuevo modo de formación muy característico é importante en toda la costa oriental, y que ya habíamos observado primeramente en un cabo saliente, al sur del Hoppet vik. Consistía tal disposición en bancos obscuros de color rojizo, colocados unas veces en capas horizontales y otras en masas muy irregulares.

No podía entonces cerciorarme de si era un basalto ó una ganga extraña sedimentaria, aunque se adivinaba la existencia de una toba volcánica asociada con lavas basálticas. Estas mismas rocas se encuentran también en

Un cabo en la tierra de Luis Felipe al sur del «Hoppet vik.»

gran parte del territorio de Haddington, así como también en algunas islas formadas de un modo muy peculiar, pues siendo en la parte central llanas y lisas, sus costas se elevaban verticalmente.

Una de las más típicas es la que bien pronto hallamos, y que, según nuestros mapas y apuntes, se llamó primeramente «Sin nombre», luego «d' Urville», más tarde de «Navidad» y hoy de «Rosamel». El mapa existente de aquellas regiones era bastante inexacto. Observamos que la costa de la tierra de Luis Felipe, se inclinaba muy rápidamente al oeste, donde parecía existir una bahía muy profunda; si nos hubiésemos dirigido allá, habríamos entonces descubierto el canal del Príncipe Gustavo. No tomamos tal dirección, sino que seguimos la costa sur de la isla Dundee en dirección á la de Paulet, que se alzaba más sobre el mar, haciéndonos recordar, con sus laderas escarpadas, la isla de Rosamel y otras del tipo que acabo de citar.

Larsen, que había ya desembarcado allí durante una de sus visitas anteriores, había descrito la isla de Paulet. Producía la impresión de un volcán apagado, vista desde el mar.

A las cuatro de la tarde dí unas vueltas alrededor de la isla; en su costa oriental se abría una ensenada separada del mar por una orilla baja y arenosa, hacia la que descendían las rocas en suave pendiente: allí debíamos desembarcar.

El médico botó al agua su canoa: los demás expedicionarios embarcaron en el bote «Nordland», pero como vimos hacia la orilla algunas focas, enviamos, además, algunos de nuestros tripulantes á tierra, repartidos en dos botes, para probar suerte en la caza. Durante los

últimos días habíamos encontrado poco rastro de la vida animal antártica, pero lo hallamos en esta isla tan abundante cual nunca nos lo podíamos haber figurado.

Ya de muy lejos se vieron en el agua gran número de pájaros bobos, nadando á miles, con los movimientos singulares ya descritos. Sólo cuando después de luchar largo rato contra la marejada muy fuerte, á pesar del buen tiempo reinante, logramos llegar á tierra, pudimos formarnos una idea de la multitud de pájaros bobos que allí había, formando á nuestro entender, la más nutrida colonia que jamás habíamos visto. Una vez que llegamos á la orilla pudimos contemplarlos en numerosos grupos que sumaban más de diez mil individuos, algunos de ellos recién salidos del agua, observando el choque de las olas contra la orilla antes de decidirse á hacer una nueva excursión acuática, hasta que, de pronto, alguno de ellos, tal vez guía de los demás, daba el ejemplo, y moviendo las alas descendía por la playa poco profunda, hasta sumergirse casi por completo en el agua, seguido en un momento por todo el grupo.

En la parte alta de la costa donde no podía llegar el agua, ni aun durante las tempestades, refugiábase la colonia de pájaros, que continuaba en todas direcciones, tan lejos como podía alcanzar la vista, hasta muy arriba de las rocas.

Y es particular que estas aves, de torpes y pesados movimientos, y que no son trepadoras, cuando están en tierra, no escojan otro sitio para habitar y colocar sus nidos, más accesible y cercano á la orilla, pues inspira casi lástima ver con cuántas dificultades luchan cada vez que, al cuidado de sus pequeñuelos, van y vienen de la orilla á la cima del escarpado peñasco.

La visita á la colonia es quizás todavía más desagradable para el que, por querer recoger nidos entre los peñascos ó por otro motivo, tiene que cruzar la llanura entre los pájaros bobos, pues antes de penetrar siquiera entre los apretados grupos, se encuentra con centinelas que no tardan un instante en atacarle. La especie que

Los pájaros bobos conversaban á su modo durante el crepúsculo.

ahora teníamos ocasión de conocer, era distinta de la de las islas Shetland; una clase que solamente se encuentra muy cerca de los hielos antárticos *(pygoscelis adeliae)*, algo más pequeña que la raza *papera*, de la que se distingue por su valor y mal genio. De repente, veía el intruso un pájaro corriendo hacia él, con las plumas de la cabeza erizadas y gritando su ca-ca-ca, picando y dando fuertes golpes con sus rudimentarias alas. Contra individuos aislados es fácil guardarse; pero contra

un grupo de ellos, al llegar á su punto de reunión, es ya muy distinto. De centenares de gargantas sale el grito de alarma cada vez que el curioso inadvertido da un paso, y está á merced de multitud de picos que le embisten con furor. A duras penas puede librarse de pisar á los pequeñuelos, y antes de haber dado algunos pasos, está cansado del poco hospitalario recibimiento. Si prueba á correr, empeora la situación: á cada paso se hunde en el lodo hasta las rodillas, los picotazos se hacen más frecuentes y al cabo de pocos momentos, curado de toda curiosidad y deseo de observación, se apresura desesperadamente por el camino más corto para alejarse del furioso enjambre y substraerse á aquel ruido atronador.

Yo permanecí bastante lejos de los pájaros, paseándome á lo largo de la playa y estudiando las rocas de las montañas. La isla está compuesta exclusivamente de basalto y de olivino ó peridoto de diferentes variedades. La ensenada que he mencionado encerraba un pequeño mar circular que, cuando nuestra visita, estaba aun helado en parte, constituyendo agradable estancia para multitud de pájaros bobos.

En sus orillas hallé muchos trozos de lava y piedras volcánicas con una costra exterior vidriosa. No pude, pues, dudar de que en realidad nos encontrábamos ante un antiguo cráter, y que la isla está formada por un volcán actualmente apagado. Paseé alrededor del pequeño mar, mirando y haciendo compañía á los pájaros, que sobre el bloque de hielo, conversaban á su modo á la luz del crepúsculo y discutían seguramente el acontecimiento del día: la llegada de nuevos seres que afortunadamente no habían conocido antes.

Me llevé algunos trozos de basalto cubiertos de una costra delgada y reluciente, que pudo rayarse con el cuchillo; pero lo más probable era que esta capa exterior estuviese compuesta de fosfato de cal, como resultó con otras piedras de la misma clase tomadas cerca de lugares donde había gran aglomeración de pájaros.

Cargados de botín, satisfechos del buen resultado de nuestra excursión, volvimos hacia media noche al buque. Habíamos cogido varios nidos y ejemplares de todas las clases de pájaros que pudimos conseguir. Además, Bodman y Sobral, habían hecho una serie de observaciones magnéticas. La tripulación había matado unas cuarenta focas y con esto terminaban, casi, por aquel verano, la pesca y la caza.

Tampoco habían estado ociosos los de á bordo. Hiciéronse dos dragajes, uno á la profundidad de 50 á 100 metros y el otro á unos 150. El fondo á profundidades considerables parecía muy inclinado. Los geólogos, contrariados hasta entonces por no haber podido hallar la oportunidad de practicar dragaje alguno durante los cuatro días primeros del viaje por los mares antárticos, rebosaban ahora satisfacción, pues habían alcanzado resultados más halagüeños de lo que podían haberse figurado.

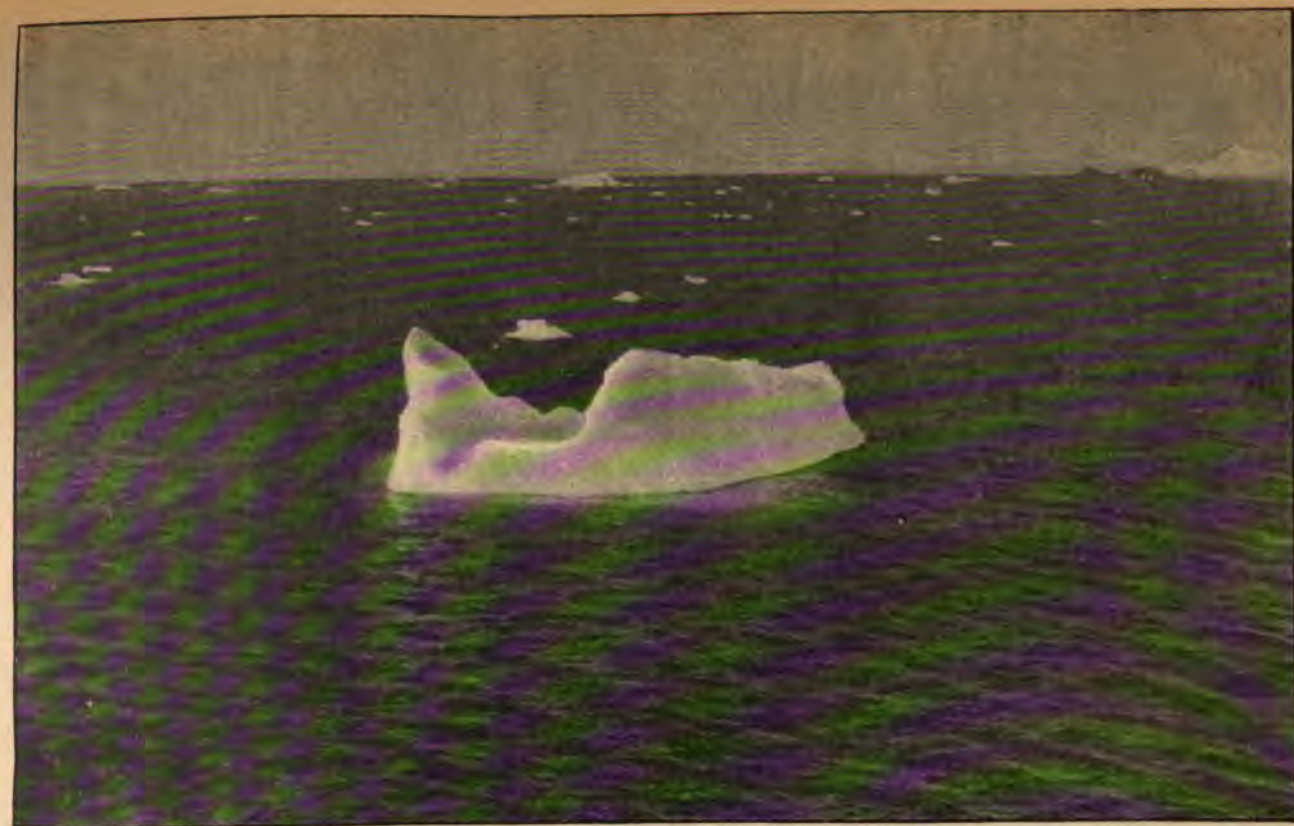
La traína subió casi llena, por decirlo así, de una masa viviente; no siendo sólo la cantidad de los individuos y variedad de clases lo que llamó la atención, sino su tamaño y extrañas formas. Ascidias de los tipos más variados, políperos y anélidos, eran las formas más características; las estrellas de mar, eran las más ricamente representadas: también se cogió un pez. El animal que despertó mayor interés fué uno muy singular,

del que sacamos varios ejemplares, y que pertenecía á dos especies de la familia *cephalodiscus;* más adelante tendremos ocasión de ocuparnos en esta obra de este animal poco conocido.

Cuando, no sin sentimiento, dejamos tras nosotros la isla de Paulet, pudimos recordar con orgullo el trabajo de los últimos días. En este corto lapso de tiempo, habíamos resuelto el problema geográfico más importante de aquel territorio; habíamos reunido grandes y valiosas colecciones botánicas y geológicas, y podíamos decir que habíamos descubierto el inmensamente fértil reino animal que encierra aquellos mares.

Los cambios que sufre el desierto son admirables, y aquella mañana había yo dibujado el lugar, hasta entonces desconocido, que había de ser la estación invernal de uno de nuestros grupos; cuando veintidós meses más tarde, el 11 de noviembre de 1903, regresara á la isla de Paulet para buscar á bordo de un buque extranjero, un grupo de mis compañeros que habían pasado largos meses solos y sin saber dónde se hallaban.

Los pájaros bobos y focas, que al principio observábamos únicamente como curiosidad científica, fueron durante todo un invierno utilísimos para los invernantes; pues cada foca que se procuraban, significaba para ellos la posibilidad de comer caliente unos días más. Aquella fauna recién descubierta, aunque no muy variada, tenía para todos un interés práctico, y la captura del único pez que cogimos con la traína fué seguido de la pesca de más de 1,000, que sirvieron durante el invierno para dar variación á la comida, que estaba formada ordinariamente por carne de foca y pájaros bobos. El pequeño mar, cuya agua me parecía antes viscosa y verde, les dió



Trozos de hielo diseminados y flotantes.

agua potable, sin que tuviesen necesidad de emplear materia combustible para derretir el hielo.

Cuando después hicimos rumbo desde la isla de Paulet hacia el cabo de Seymour, llevábamos á cabo el viaje directo al lugar donde debía yo pasar dos años.

Las dos próximas estaciones invernales eran visibles en tiempo sereno, desde las alturas que dominaban la nuestra en la isla de Snow-Hill. A menudo dirigiría ansiosas miradas hacia ellos, durante el segundo año, pensando que tal vez tendrían alguna noticia para nosotros, pero nunca hubiera podido figurarme que aquellas dos estaciones estuvieran destinadas á resguardar cada uno de los grupos de nuestra expedición.

La navegación prosiguió hacia el sur, pasando la gran bahía del Erebus y del Terror, que sir James Ross llamó así, tomando el nombre de sus buques.

Hasta entonces no habíamos visto mucho hielo en el mar Antártico, pero ahora notábamos su cercanía. Había por todas partes enormes montañas de hielo, flotantes unas, y otras fijas: al sur se podía ya divisar á distancia una muralla de hielo compacto tras la costa de la isla de Seymour.

La mañana del 15 de noviembre, habíamos llegado á la parte septentrional de esta isla y nos abrimos camino entre el delgado hielo para llegar hasta el cabo, donde, según lo convenido en Falmouth con Bruce, se debía construir un depósito y dejar para lo sucesivo comunicaciones y notas con nuestros planes.

La isla de Seymour es uno de los puntos más notables del territorio antártico, descubierto por Ross, quien no pudo, sin embargo, averiguar si constituía ó no una isla suelta.

Según observaciones hechas entonces desde el buque, consideróse que podía estar formada por lavas volcánicas recientes. El primero que desembarcó fué Larsen, el 2 de diciembre de 1892, y donde recogió algunas petrificaciones areniscas de madera y moluscos, las primeras encontradas hasta entonces entre los hielos antárticos. A causa del marcado interés geográfico de este hallazgo, pensé, desde un principio, en esta isla para centro de operaciones, y era mi opinión instalar allí nuestra estación invernal, caso de no encontrar lugar más meridional. Ante todo, decidí dejar instalado un bien provisto depósito que pudiésemos utilizar en caso de vernos obligados á retroceder, cuando continuáramos nuestro viaje al sur. Como á este propósito uníase el de realizar trabajos científicos, puede fácilmente comprenderse el deseo que nos impulsaba á efectuar un desembarco en dicha isla, y sentí una verdadera contrariedad cuando el capitán declaró que, dadas las condiciones de ciertas masas flotantes de hielo que se veían, era difícil, ó cuando menos muy expuesto, intentarlo por entonces. Rodeaba, en efecto, la costa una ancha faja de hielo que flotaba á merced de una fuerte corriente, y que difícilmente habrían permitido sortearlo nuestros botes.

El mar era en aquellas costas muy poco profundo, de modo que, sólo con grandes precauciones pudo el buque acercarse á tierra; así y todo nos aproximamos tanto, que la hélice empezó á revolver el lodo del fondo, viéndonos obligados á parar. Mientras tanto, se hicieron un par de dragajes con el mismo resultado que en la isla de Paulet. Dimos luego durante algunas horas un pequeño paseo hacia el sur para ver la situación del hielo que hallamos muy mala, y después de haber

vuelto sobre nuestros pasos, nos mantuvimos la noche cerca de la costa caminando con poca velocidad y esperando que el cielo se abriera algo, pues al anochecer apareció densa neblina que duró toda la noche.

Había todavía mucho hielo en nuestro camino cuando se dispersó la niebla durante la mañana siguiente, pero decidimos, con todo, conducir el depósito á tierra. Echa-

La bahía de los pájaros bobos en la isla de Seymour.

mos dos botes al agua, y además de proveernos de un palo de cuatro metros de largo provisto de una banderita, nos llevamos algunas tablas, las herramientas necesarias para clavarlas, y un cajón grande, que con otros menores encerraban las siguientes vituallas y pertrechos que habían de constituir el depósito: 75 kilos de galleta para los perros, 50 de harina de trigo, 20 de margarina, 10 de azúcar, 10 de sal, 12 de patatas, 12 de legumbres

secas, una caja de conservas, un poco de carne seca, te, café, chocolate y tabaco, cerca de 30 litros de petróleo, fósforos y espíritu de vino, hormas, clavos y suela para zapatos, un asador de hierro, tablas, unos metros de lona para vela y 150 cápsulas cargadas para escopeta.

Sin mayores contratiempos llegamos á tierra y desembarcamos nuestra impedimenta. El desembarcadero estaba situado en la parte meridional de una bahía muy pronunciada que después se llamó la bahía de los Pájaros bobos, porque allí se halla una colonia de esos animales, que, además de la gran importancia que tuvo para nuestro aprovisionamiento durante el invierno siguiente, es interesante como la situada más al sur que hemos conocido durante nuestra expedición á aquella costa. Más tarde tendré á menudo ocasión de hablar de esta colonia, que ahora, al llegar de la isla de Paulet, nos pareció bastante insignificante. Sin embargo, no presté atención ni á los pájaros, ni al trabajo de construcción y emplazamiento del depósito: me apresuré á emplear el corto rato que durante esta operación podíamos permanecer en tierra para hacer una excursión hacia el interior de la isla. Era la primera vez que un geólogo tenía ocasión de poder coleccionar petrificaciones antárticas, y mi amor propio estaba interesado hasta el último grado. Pero como muchas veces acaece en casos semejantes, saliéronme fallidas por completo mis esperanzas. Sólo encontré algunos fósiles sencillos y mal conservados, impresiones de moluscos y además numerosos y grandes troncos de madera petrificados, pero nada de verdadero valor científico, nada diferente de lo que Larsen hallara. No podía entonces sospechar que fuese precisamente aquella parte de la isla la más pobre

bajo este concepto, y que hubiese podido conseguir un resultado muy distinto si hubiera andado un kilómetro más en cualquier dirección. No cabe duda que la impresión que saqué de este desembarco fué parte para decidirme á no emplazar la estación invernal en la isla de Seymour.

Como observamos que el hielo se iba juntando y que el buque se alejaba forzosamente, habíamos de procurar ir á bordo lo antes posible. Cuando para tal objeto me reuní con mis compañeros estaba ya izada la bandera sobre el depósito y las cartas introducidas en una botella bien tapada. Nuestro depósito contenido en la gran caja de madera y en otras más pequeñas fué cubierto por una tela impermeable y protegido contra la intemperie con piedras sobrepuestas. Lo colocamos en medio de la colonia de los pájaros bobos. Por fin, y tras un regreso bastante dificultoso, llegamos al «Antártico». En esta ocasión conocí por primera vez de cerca el hielo flotante antártico; los trozos eran generalmente pequeños y de poca elevación, mas se encontraban tan juntos, que á veces resultaba muy difícil hacerse camino entre ellos.

Llegados á bordo, oimos en seguida hablar de un hallazgo raro: el de una gran langosta. Su presencia, difícil de explicar en una costa completamente desprovista de ellas, dió lugar á que nos extrañásemos de tal hallazgo, pero como se había encontrado en uno de los botes del buque, lo más probable era que hubiese sido transportada desde otro punto por el «Antártico» á estas regiones.

Nuestro plan primitivo era intentar entonces dejar otro depósito, bien en la isla de Christensen ó en el cabo de Framnas; una vez hecho esto, podríamos internarnos

en lo desconocido. Habíamos ya alcanzado entonces el punto más meridional, á donde nadie hasta entonces había llegado, á excepción de Larsen durante su célebre

Depósito en la isla de Seymour.

viaje, en 1893. Ross se había visto obligado, después de algunas semanas de trabajo estéril, á retroceder al sur de la tierra de Snow-Hill, de modo que no podíamos quejarnos de haber elegido un año anormal, aunque á decir verdad, no eran entonces nuestras esperanzas muy halagüeñas.

Marchamos hacia el sur utilizando las velas y el vapor entre una neblina cada vez más densa y entre imponentes montañas de hielo que producían una impresión espantosa, cuando con su masa gigantesca, escarpada, blanco azulada, se presentaban de repente

cerca del buque. No encontramos obstáculos hasta el día siguiente, en que penetramos en una ancha faja de hielos flotantes; pero poco después, nos encontramos en un mar casi despejado. A pesar del estado del cielo, pudimos conseguir precisar en qué punto nos hallábamos: 65° 18' latitud sur, y 57° 30' longitud occidental. No podíamos distinguir tierra por ninguna parte, pero mientras el paso estuviera tan libre no creimos necesario interrumpir nuestro viaje. Durante la tarde, tomamos una serie de temperaturas del agua é hicimos alguna pesca con red hasta la profundidad de 30 metros sin hallar fondo. Al anochecer empezó nuestra lucha con el hielo que flotaba en enormes trozos de kilómetros de largo y que tendían á juntarse, de modo que nos vimos obligados á alejarnos de nuevo de la costa. Todavía no

Cuanto más al sur llegábamos más compacto encontrábamos el hielo.

había perdido yo la esperanza de avanzar; y de conseguir mediante nuestros esfuerzos tocar de nuevo tierra, acabaríamos por hallar de un modo ú otro un camino

hacia el sur. La suerte nos había favorecido bajo todos conceptos hasta entonces, por lo cual, no era extraño que nuestros sueños para más adelante fuesen algo ambiciosos.

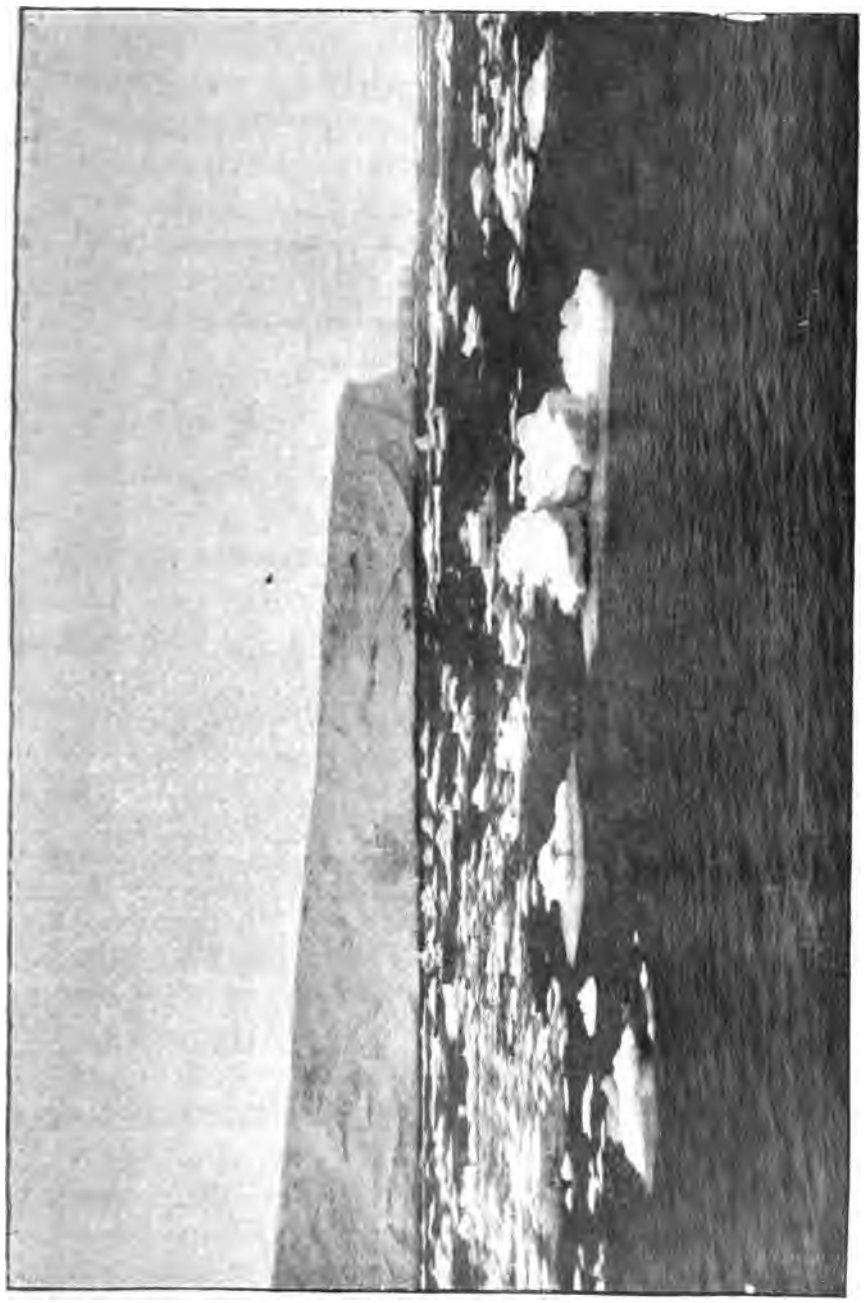
Recibí, sin embargo, un rudo golpe cuando la mañana siguiente nuestro segundo piloto bajó á mi camarote á las cuatro, por orden del capitán, despertándome para decirme que subiese á cubierta para ver las condiciones del hielo antes de que nos viésemos obligados á retroceder; corrí al punto sobre cubierta y trepé para unirme al capitán que estaba en el puesto de vigía del tope del palo mayor. No había ya la menor esperanza de poder penetrar más al sur; por todas partes se alzaba el hielo tan compacto como si no hubiese estado nunca el paso libre, por el oeste se levantaba muy próxima á nosotros una barrera vertical de hielo que calculé de unos 40 metros de altura y se extendía cuanto alcanzaba la vista de norte á sur. Apenas pudimos desde nuestra atalaya divisar algunas cumbres de tierra sin nieve elevándose encima de la barrera, á la distancia de algunas millas suecas. Difícilmente puede contemplarse un cuadro más grandioso que el formado por aquella enorme muralla de hielo con sus sencillas líneas, su monótono color blanco azulado, interrumpido solamente por el cielo y el mar y sus hielos flotantes. Unicamente en las regiones antárticas es donde se ve tal cantidad de hielo: constituye en ellas una atracción característica, se halla casi en todas partes y acaba por ejercer una obsesión deslumbrante.

Haré observar que no se conocía antes con seguridad la presencia en estos lugares del hielo antártico del oeste en tan enormes proporciones que cierran el paso para

llegar á tierra. Era de todos modos un descubrimiento interesante; y además, tuve ocasión de reconocer más de cerca aquellas murallas de hielo. Sentí entonces una poderosa impresión que me hizo dejar de momento á un lado todos los planes científicos y sofocar todas las sensaciones que la hermosura que este panorama me produjera; ví que mi primer plan de penetración hacia regiones desconocidas á lo largo de la tierra del Rey Oscar estaba irremisiblemente destruído por las fuerzas de la Naturaleza, contra las cuales toda lucha era inútil. Si hubiera estado menos adelantado el verano, hubiésemos podido atrevernos á esperar que el hielo se derritiera poco á poco, mas entonces era imposible tal cosa y aunque el hielo nos permitiese penetrar más tarde hacia el sur, no sería ya tiempo de resolver allí nada importante.

Dos horas permanecimos quietos en aquel punto para poder reflexionar más detenidamente sobre todas las contingencias, y por fin, á las seis, dí orden de retroceder. No es fácil indicar exactamente el punto en que entonces nos hallábamos: según los instrumentos náuticos debíamos estar á lo sumo á 15 minutos al sur de los 66°. No era fácil cambiar de una vez todos los planes trazados para la labor del verano, y bien se me alcanzaba que, antes de empezar nuevos trabajos, debíamos examinar la extensión comprendida entre el sitio de donde nos vimos obligados á retroceder y la isla de Seymour, para ver si podíamos desembarcar en algún otro sitio. Hicimos nuevo rumbo abandonando la muralla de hielo que pronto perdimos de vista en la niebla. A medio día aclaró de nuevo, y nos acercamos otra vez á la costa; nos extrañó no encontrar allí ninguna barrera:

tan lejos como pudimos distinguir, se extendía una superficie de hielo baja y lisa. Entonces me persuadí del todo de que esto se transformaría más adentro en otra capa más elevada y que la superficie que veíamos estaba formada por hielos de reciente constitución, todavía sin romper, y situada fuera del verdadero hielo de tierra. A bastante distancia hacia el interior vimos algunas cumbres salientes sin nieve que, según Larsen, eran las mismas que él llamó rocas de Jason é isla de Väderön. Por lo que pude ver, eran todas bajas é insignificantes y es probable que dicho territorio sea de una composición geológica análoga á la de las islas de las Focas. Era evidente que no podíamos soñar en internarnos hasta tierra para dejar depósito alguno. Quería yo, sin embargo, aprovechar la coyuntura para examinar la disposición de los hielos en estas regiones, é hice atracar el buque á su orilla, desarrollándose á poco un animado cuadro al desembarcar la tripulación del «Antártico» en aquellos solitarios lugares, sin que nos hubiéramos olvidado de los perros, que nos acompañaron para hacer una excursión en trineo. No pude tomar parte, sin embargo, en tal excursión, porque una vez que me ví pisando la llana superficie de hielo, calcéme los patines, y me fuí solo hacia el interior. El camino era penoso: la nieve se pegaba á los patines y á pesar de la ayuda que éstos me prestaban, me hundía á veces bastante en la primera capa de nieve que cubría otra de hielo blando, hasta encontrar la capa sólida. Aquí y allá veíanse grandes lagos de agua dulce cuyo descubrimiento me interesó en sumo grado, pues todas las anteriores descripciones del país afirmaban que apenas existían tales lagos en las regiones polares del sur.



Entre los hielos flotantes se ven á veces formidables montañas de hielo.

Estos lagos, cuando estuviesen helados, debían formar una superficie excelente para viajar en trineo. Durante un par de horas fuí internándome en la isla, hasta que encontré una gran montaña de hielo, desde cuya cima pude dirigir mejor mis investigaciones. Entonces comprendí que, á pesar de lo mucho que había andado, no me encontraba allí más cerca del interior que al empezar mi reconocimiento; así, pues, no me atreví á ir más lejos, y regresé al buque, donde ya empezaban á inquietarse por mi prolongada ausencia, tanto más, cuanto que el hielo flotante se acercaba por momentos al borde del banco fijo.

Habían mis compañeros, durante mi paseo, efectuado algunos trabajos científicos y cogido un pájaro bobo, que era, sin duda, uno de los mayores ejemplares existentes de su raza, y el primero que habíamos visto hasta entonces: pesaba treinta y tres kilos.

Comenzamos á navegar poco á poco, entre témpanos de hielo, con las debidas precauciones, y á la mañana siguiente pude contemplar, bien temprano, una cadena de islas que empezaban á divisarse entre la neblina: eran seguramente las llamadas islas de las Focas; nos separaba de ellas una ancha faja de hielo desigual y disgregada, que sería difícil atravesar, á no efectuar una expedición llevando trineos y botes.

Continuamos, pues, hacia el norte, esperando encontrar un paso, cosa que logramos efectivamente aquella misma mañana, al hallar un estrecho canal de varias millas de longitud, abierto entre dos enormes masas de hielo y que, al parecer, se prolongaba hasta tierra. Tal vez era navegable, pero los témpanos estaban entonces en movimiento, y á veces chocaban entre sí con tal

fuerza, que hacía peligrosa la travesía, por lo que decidimos aplazar nuestro propósito hasta encontrar una entrada más favorablemente dispuesta, é hicimos rumbo al noroeste, siguiendo siempre la dirección que nos permitían las grandes masas heladas.

Durante todo este tiempo, pasado en busca de un paso entre los hielos, habíase presentado la atmósfera nebulosa y pesada; ahora, de repente, como si se descorriese una cortina, se dispersó la niebla y se presentó ante nuestros ojos un cuadro que, en grandiosidad y magnificencia, sobrepujaba cuanto hasta entonces habíamos visto. Iluminado por los dorados rayos del sol, extendíase ante nosotros el mar azul, de cuya superficie sobresalían enormes montañas de hielo, y allá, en el fondo lejano, distinguíase vasta extensión de tierra, en cuyo centro se alzaba una altísima masa cónica, mientras obscuras rocas aparecían diseminadas á lo largo de la costa.

Como habíamos navegado largo espacio entre la niebla y en zig-zag, nos costó trabajo orientarnos y determinar el paraje donde nos encontrábamos.

Examinada la tierra que teníamos á la vista, me convencí pronto de que no podía ser sino la montaña Haddington; pero el capitán no compartió mi opinión en un principio, sino que supuso que formaba parte de la tierra del Rey Oscar. De todos modos, la contemplación de aquel cuadro nos hizo renunciar á ulteriores intentos de penetrar hasta las islas de las Focas, y en vez de esto, nos decidimos averiguar si podría encontrarse paso hábil para llegar á los territorios desconocidos situados en el interior. A toda máquina continuamos avanzando, pero la tierra era tan elevada y grandiosa, que apenas se nota-

ba que nos fuésemos acercando á ella. Al anochecer hicimos alto, junto á las masas de hielo, precisamente en el punto donde su dirección doblaba hacia el sur. Mientras los zoólogos hacían un dragaje con el excelente resultado de costumbre, pues pescaron muchos peces, desembarqué con algunos compañeros para averiguar si el hielo se prestaba para realizar un viaje en trineo hasta tierra, que sobresalía ante nosotros, pero estaba aquél tan lleno de grietas y desigualdades, que evidentemente sería muy penoso arribar á una tierra que, estando situada muy cerca del cabo de Seymour, no desempeñaría, después de todo, un notable papel como depósito de víveres.

Después de este desembarco, dejamos la costa oriental de aquel territorio, donde habíamos pasado casi una semana y hecho varias observaciones interesantes, pero comparando los resultados con los que obtuvimos durante nuestra estancia en la costa norte, no podíamos estar satisfechos con lo alcanzado hasta entonces, y nos decíamos, para consolarnos, que la culpa no era nuestra, sino del desfavorable estado del hielo, que había hecho irrealizable gran parte de los trabajos que nos proponíamos.

Hicimos, sin embargo, durante este desembarco, un descubrimiento que, aun cuando no pudo ser estudiado detenidamente, debía tener, seguramente, especial importancia: vimos hacia occidente un lejano paisaje montañoso y agreste. La distancia era tan grande, que no se podía distinguir detalle alguno ni ver si se trataba de una tierra aislada; pero, desde luego, supuse que era la costa oriental de aquella tierra firme que Larsen no pudo ver en su anterior viaje, y cuya costa opuesta

habíamos distinguido en el canal de Guerlache, tanto la expedición belga como nosotros; esta suposición fué confirmada más tarde durante mis viajes en trineo.

A las once de la noche hicimos rumbo hacia oriente, pero apenas habíamos llegado á la punta extrema de Snow-Hill, nos sorprendió un fuerte viento del norte. El buque tuvo, por consiguiente, que mantenerse lejos de la costa, buscando el abrigo de tierra en cuanto fué posible.

Iceberg antártico.

CAPITULO V

Algunos apuntes sobre la historia de los descubrimientos

La tierra antártica y su división: antártica oriental y occidental. —Dirk Gherritsz.—Guillermo Smith.—Palmer.—Morrell, Bellingshausen, Weddel, Biscoe, Dumont d' Urville y Ross.—Dallmann, Larsen.—Guerlache.

Sir James Ross.

El gran interés que durante los últimos años han despertado en el mundo entero las regiones polares del sur, ha dado lugar á la aparición de varias narraciones más ó menos populares de los descubrimientos realizados en dichas regiones. Aunque la presente no contenga relatos de esas tragedias que abundan en las narraciones de los viajes antárticos de exploración, que tampoco arrojan mucha luz sobre los grandes problemas y cuestiones cuya solución, durante siglos, vienen persiguiendo una tras otra las expediciones verificadas, ofrece, sin embargo, bajo varios puntos de vista, un gran interés, y en otras circuns-

tancias, hubiera tratado más á fondo algunas de estas cuestiones. Tampoco cabe duda de que un estudio más detenido acerca de las anteriores expediciones, llevaría al ánimo el convencimiento de que aun queda un gran campo de actividad para la exploración histórica de las regiones antárticas, pero en esta ocasión, me es imposible tratar detalladamente estas particularidades.

Nos concretamos, pues, en este capítulo, á hacer una breve relación de los descubrimientos más importantes, que esté de acuerdo con los trabajos ya publicados sobre los territorios donde la expedición sueca ha efectuado los suyos.

Debo tratar antes de una cuestión á que doy especial importancia y que de nuevo viene á ser de actualidad, desde que, precisamente por medio de nuestra expedición, se ha conseguido determinar la configuración de las costas de aquellos territorios. Es costumbre que los nombres geográficos se tomen de cosas accidentales, sin conexión directa con la historia del descubrimiento del territorio, ni con su naturaleza: tal procedimiento no es laudable, y cuando se trata de poner nombre á tan vastas extensiones, es de innegable interés que esta cuestión sea considerada en su relación histórica. Conócese la existencia de tierras situadas alrededor del Polo Sur, y siendo aún dudoso si estas tierras realmente tienen conexión unas con otras, lo que tal vez nunca se sabrá con toda seguridad, por encontrarse en su mayor parte cubiertas por una formidable capa de hielo, hace que tenga esta cuestión mucha importancia.

Existe, pues, una parte del mundo separada de todas las demás por su situación y naturaleza, que necesita un nombre propio, prescindiendo de si se compone de una

En la orilla, donde empezamos nuestros trabajos, rodeáronnos millares de pájaros bobos.

colección de grandes islas, ó si, en unión de muchas de ellas, forma un territorio continuo, de análoga extensión á alguna de las demás partes del mundo. Se propuso darle el nombre de «Las Antárticas» ó «Antártica», y ambas denominaciones parecen oportunas.

Si supiera que todo él fuese un territorio sin solución de continuidad, preferiría tal vez el último nombre; mas como por ahora se trata solamente de designar en conjunto grandes y pequeños territorios, paréceme que el nombre de «Las Antárticas» será el más adecuado para nuestro idioma.

Una rápida mirada sobre el mapa de las regiones sudpolares nos demuestra ya que los territorios allí conócidos se agruparán alrededor de dos centros. A un lado aparece la Tierra Victoria y la de Wilkes con sus subdivisiones; al otro las meridionales de la América del Sur. Si estos dos territorios están unidos ó no, es todavía un enigma, pero aunque tarde ó temprano quedase este descifrado, tendrían, no obstante, cierta independencia entre ellos, por ser más accesibles para nosotros que los territorios que, en tal caso, los habrían de unir.

Sería, por lo tanto, de desear que se designase cada uno de estos territorios por un nombre en el mapa; ya durante largos ratos, allá entre los solitarios hielos polares, había yo meditado sobre esta cuestión. La solución más adecuada que pude encontrar, fué la de llamar al primer territorio, «Antártica Oriental», y al segundo, «Occidental», en conformidad con las denominaciones vulgares de los hemisferios en que estas extensiones de tierra están situadas, aunque no ignoro que las denominaciones este y oeste, basadas en el tiempo, tienen en estas regiones poquísima importancia.

A mi vuelta supe que un explorador americano, E. S. Balch, propuso durante nuestra ausencia esas mismas denominaciones, con la sola diferencia de emplear la fórmula inglesa «Antartika», por lo que, ya sin vacilar, denominaré en lo sucesivo al territorio que nos sirvió de base á nuestros trabajos, con el nombre de Antártica Occidental.

Desde tiempo remoto existe la singular teoría, que desde un principio sólo se basó en motivos de especulación, pero que, con todo eso, ha quedado en pie durante centenares de años, de que, alrededor del Polo Sur, debe existir una importante extensión de tierra.

Después del descubrimiento de la Tierra del Fuego, y más tarde de Australia, hubo un período, durante los siglos XVII y XVIII, en que generalmente se creía encontrar en el Polo austral tierra rica y habitada. El célebre marino James Cook, fué el que con su segundo viaje (1773-75) desvaneció para siempre este sueño: dió la vuelta á casi toda la tierra austral, desde los 50° de latitud sur, penetrando en un punto hasta los 71° 10', y encontrando una extensión situada entre los 115° de longitud y los 60° de latitud sur. Durante su viaje por estos prodigiosos territorios, encontró únicamente algunas pequeñas islas diseminadas, las llamadas de Sandwich-Sur; al mismo tiempo fueron por él reconocidos algunos territorios ya descubiertos, pero muy poco conocidos, como la Georgia del Sur, y más tarde Kerguelen.

Sin contar con la existencia de tales islas oceánicas, las cuales no ofrecen gran importancia en la cuestión de la Antártica, propiamente dicha, no faltan, sin embargo, en la literatura las alusiones respecto á que se había descubierto tierra mucho antes en estas regiones.

A decir verdad, fundábanse en una narración aislada, aunque durante mucho tiempo fué considerada como cierta.

En el año 1598, salió de Holanda una escuadra de cinco buques para atacar las posesiones españolas del Mar Pacífico. La expedición sufrió toda clase de contratiempos y los buques se separaron pronto: uno de ellos, bajo el mando de Dirk Gherritsz, fué apresado por los españoles en noviembre de 1599, siendo herido y hecho prisionero el capitán, que no dejó ninguna noticia sobre su viaje. En las relaciones de viajes anteriores no se menciona ningún descubrimiento más al sur de los países ya conocidos. Pero en 1682, apareció en Amsterdam una traducción de una obra del español Herreros, y en ella se encuentra un apéndice donde se menciona que Gherritsz, arrojado por la tempestad fuera del estrecho de Magallanes, alcanzó el grado 64 de latitud sur, donde descubrió una tierra montañosa cubierta de nieve, que se parecía, por su aspecto, á Noruega. Debían ser, por lo visto, las islas de Shetland meridional, ó más bien, una parte de la tierra firme que se halla al sur, probablemente la tierra de Luis Felipe. Cuando por algún tiempo se creyó probable, según los descubrimientos de Dallman y Larsen, á últimos de 1800, que la tierra de Luis Felipe, con sus alrededores, estaba separada de la propiamente llamada de Graham, se propuso llamar á este grupo de islas septentrionales con el nombre de su primer descubridor: archipiélago de Dirk Gherritsz. Sin embargo, se probó últimamente, casi con completa seguridad, que Dirk Gherritsz nunca visitó las regiones antárticas. Las primeras relaciones de viajes no mencionaron, como hemos dicho, ni una palabra de ello, pero

la prueba decisiva se alcanzó por la circunstancia de que en el archivo holandés encontróse un manuscrito de uno de los exploradores que dice claramente «que durante la tempestad, fueron arrastrados, dos veces hasta el 55° y una vez hasta el 56°» y podría, por lo tanto, ser posible que Balch tuviera razón al decir que algún otro marino ha descubierto lo que se atribuye á Dirk Gherritsz. En todo caso, á pesar de la mucha exageración existente en las descripciones de estos descubridores, hay en ellas una verdadera prueba del descubrimiento ya efectuado entonces de una parte de la Antártica Occidental, pues la Tierra del Fuego se parece mucho á Noruega sucediendo lo mismo con la Tierra de Luis Felipe, pues son ambas montañosas. Pero prescindiendo de esta semejanza, estas dos tierras situadas á la misma distancia del Polo, presentan más diferencias que la que existe entre Noruega y una cualquiera de las costas antárticas. Aunque yo no quiera negar la posibilidad de que tal comparación pudiese hacerse en aquel tiempo, paréceme sin embargo, mucho más probable que fué otra tierra más al norte la que descubrieran.

No habiendo, pues, Dirk Gherritsz visitado la Antártica y habiendo nuestra expedición probado que el territorio que tomó su nombre no existe como grupo de islas independientes, parecerá natural que borremos totalmente del mapa tal nombre. No es extraño que los descubrimientos hechos durante el viaje de Cook produjeran una reacción y que en vez de considerar el Polo Sur como tierra firme, se cayese en la opinión opuesta, considerándole como un inmenso mar de hielo, con algunas pequeñas islas diseminadas, que formaban sus únicos territorios. Consecuencia de esto fué que cesa-

ron por entonces los viajes de exploración á estas regiones, y si alguna vez se hizo allí algún descubrimiento indiscutible de tierra, fué debido únicamente al azar.

Tal sucedió al capitán William Smith. Durante un viaje de Buenos Aires á Valparaíso en el bergantín inglés «Williams» intentó, para evitar los fuertes vientos del oeste, tomar un rumbo excesivamente meridional, al sur del cabo de Hornos, descubriendo entonces, el 19 de febrero de 1819 á los 52° 40' de latitud meridional, y á unos 60° de longitud oeste, un nuevo territorio. No podía detenerse Smith en aquella ocasión, ni tampoco pudo visitar como deseara aquellas tierras á su regreso en el mes de junio, en medio del rigor del invierno, pero durante un viaje posterior, en octubre del mismo año, dedicó algunos días á explorar dicho territorio, al que dió el nombre de Nueva Shetland meridional. El 18 de octubre llegó, por primera vez en la historia de la Antártica, al lugar que llamó Foreland del Norte, en el ángulo nordeste de la isla del Rey Jorge, tomando posesión de ella en nombre del rey de Inglaterra.

Este descubrimiento de William Smith no pudo ocupar el lugar que merecía en la historia de las exploraciones geográficas. Sea que ya antes se conocían algunos grupos de islas oceánicas de completo carácter antártico, sea probablemente que tanto Sheffield como Bellingshausen, prescindiendo de Smith, descubriesen poco después el mismo territorio, lo que no está aún probado, sea que se pudo testificar que algún marino hubiese visto estas regiones, ó que pescadores de focas americanos habían trabajado allí anteriormente, sin haber dejado huellas, cosa que no parece imposible cuando se sabe el corto tiempo que se necesita para

llegar á ese territorio con buques de pesca, no alcanzó Smith tanta gloria como debiera aunque es, sin embargo, indudablemente, el primero que, de una manera indiscutible, dió á conocer una parte del mundo antártico. Seguramente las islas de Shetland meridional forman sólo un grupo, pero an próximo á tierra firme,—cuyas cumbres en ciertos puntos, como nosotros mismos pudimos observar, son visibles en tiempo sereno—que el primer buque de pesca que trabajara algunas semanas alrededor de aquellas islas debía orzosamente descubrir la tierra en cuestión. Sin querer por esto amenguar el valor de las observaciones que durante los años sucesivos se hicieron ue estas regiones, quiero, no obstante, expresar mi opinión: ninguna de las expediciones de aquel tiempo puede en lo más mínimo compararse por la importancia de sus descubrimientos con la hecha por Smith.

Hay, con todo, en la narración de su viaje algunas páginas que no deben pasarse aquí por alto.

En la orilla, donde desembarcó, encontró una multitud de focas y nutrias de mar y además un animal muy grande de raro aspecto (¿elefante de mar?) Esto puede ser si confundió las nutrias con las focas peladas.

Pero además habla también de bandadas de pájaros silvestres y de grupos de patos, y en una de las islas occidentales creyó haber visto con el anteojo de larga vista, árboles que se parecían á abetos. También compara, lo mismo que el anteriormente citado narrador del viaje de Gherritsz, esta nueva tierra con Noruega.

Parece difícil suponer que un explorador que realmente había desembarcado allí, hubiese podido abrigar semejantes ideas respecto á aquella tierra, pero como

Hasta los perros bajaron voluntariamente sobre el hielo.

Smith no describió él mismo su viaje, pudo ocurrir que una parte de los informes fuesen alterados, ó que en un principio no fuesen destinados á ser transmitidos á la posteridad.

No se puede tachar á Smith de haber demostrado poco interés en la exploración del territorio que descubrió: esto se demuestra no sólo por la relación de sus tres primeros viajes, sino también porque en Valparaíso consiguió que el comandante de la escuadra inglesa anclada en aquel puerto se interesara en el asunto, hasta el punto de que consiguió fletar un buque para un cuarto viaje, en el que, un joven oficial de marina, Edward Bransfield, recibió el encargo especial de hacer una exploración minuciosa de los países recién descubiertos. Este levantó el mapa de las islas de Shetland meridional, pero parece que no encontró la tierra firme propiamente dicha, por haber, en su intento de penetrar más al sur, verificado su viaje demasiado al este hacia los 52° de longitud.

Durante el mismo verano en que se hicieron esos descubrimientos fueron también visitadas las islas de Shetland meridional por el pescador de focas americano Sheffield, que mató allí gran número de magníficas focas peludas.

Lo cierto es, que debido á sus informes, ó á consecuencia de otras circunstancias, Bellinghausen encontró ya allí, durante el verano siguiente, cerca de cincuenta buques de pesca americanos é ingleses, aunque, según otros, no pasaban de dieciocho. No se tienen detalles respecto al viaje de la mayor parte de ellos: los patronos de algunos adquirieron allí, sin embargo, por sus trabajos un nombre célebre en la historia de las exploraciones,

particularmente el capitán americano Nathaniel Palmer que durante los últimos años ha sido considerado por algunos como el verdadero descubridor de la tierra firme antártica, aunque esta opinión puede considerarse algo exagerada. Según la relación de Fanning, la misma de que nosotros nos hemos servido, Palmer no fué el primero que vió la tierra antártica, pues tal honor corresponde al comandante de la flota americana Pendleton Palmer que desde la isla de la Decepción vió á lo lejos, hacia el sur, una tierra montañosa y elevada á donde fué más tarde enviado para su exploración, pero tampoco se le deben atribuir ciertos trabajos geográficos ó indicaciones más detalladas sobre aquella tierra que en varios mapas de la época llevan su nombre. Además, debemos hacer constar que apenas cabe duda de que esta costa fué visitada hacia la misma época por otros buques. También se encuentran en mapas anteriores otros nombres, como por ejemplo, la denominación de Weddel, de Trinityland en lugar de Palmerland. Los dos nombres citados han tenido una historia muy accidentada en la designación de esa tierra firme, y durante mucho tiempo estuvieron casi desterrados del mapa. Después de haber examinado la costa norte de la tierra antártica occidental, se presenta la cuestión de los nombres que deben dársele en adelante. Gerlache propuso dar á todo este archipiélago occidental el nombre de Palmer, mientras que otros exploradores deseaban que una parte de la misma tierra firme llevase dicho nombre. Al escoger entre estas dos designaciones, adopté la última, y propongo, por lo tanto, que la extensión de la costa reconocida por nosotros entre la Tierra de Luis Felipe y la Tierra de Danco, que es una parte de la que fué vista por

Pendleton, desde la isla de la Decepción, lleve el nombre del que, cuando menos por los datos que poseemos, fué el primero que hizo un largo viaje por ella. La Tierra Trinity pierde su nombre, y como recuerdo de esta denominación, llamé isla Trinity á la mayor de las islas que se encuentran delante de la Tierra de Palmer. Como consecuencia de las exploraciones hechas, especialmente por Balch, se ve de una manera más evidente los grandes resultados obtenidos por los buques de pesca americanos en lo referente á la exploración del territorio en cuestión, y no puede dudarse de que mucho antes de Biscoe descubrieron la tierra de Graham, propiamente dicha.

Por otra parte, no hay motivo fundado para suponer que ninguno de ellos haya visitado la costa oriental. Por eso, debe considerarse como un exceso de celo patriótico el querer defender una narración de viajes tal como la expuesta por el americano Morrell, que entre otras cosas, describe una tierra «Nueva Groenlandia meridional» cuya punta norte está situada á los 62° 41' de latitud sur y á los 47° 21' de longitud oeste. Que tal tierra no existe en ese punto, lo demostró nuevamente nuestra expedición y en el próximo capítulo recordaré algunos momentos de expansión pasados precisamente cerca de este lugar. Se supuso que la nueva Groenlandia meridional sería la costa este de la Antártica Occidental y que Morrell habrá incurrido en un error de 10° (!) en su cálculo de longitud. No puede comprenderse la posibilidad de tan grande equivocación y si se añade á esto los muchos otros informes de la relación de Morrell, cuya inexactitud es evidente, como para citar un solo ejemplo, su afirmación de haber hallado una temperatura del

agua de 40° F (6° 7' Celsius) á mediados de marzo al sur del 70° de latitud, parécenos que no será una exigencia injusta proponer que los informes que proceden de ese explorador se rechacen por completo. Al hablar de estas expediciones de pesca á las que debemos agradecer las primeras informaciones que tenemos sobre las regiones en cuestión, no debe olvidarse al inglés Powell, quien, en diciembre de 1821, descubrió las islas de Orkney meridional dejando un mapa bastante completo y valiosas informaciones sobre esta región. Antes de esto, en el mismo año que Palmer llevó á cabo sus primeros trabajos, se verificó en esta región otro descubrimiento no menos importante.

El 21 de enero de 1821, una expedición rusa de exploración bajo el mando de Bellinghausen, encontró hacia los 69° de latitud sur, un extenso territorio, el más meridional conocido hasta entonces, que se llamó Tierra de Alejandro I. La misma tierra fué vista años después por Evensen y Gerlache, pero hasta ahora nada se sabe de cierto sobre ella, ni si está unida con la de Graham situada más al norte. Como ya hemos indicado antes, hizo Bellinghausen más tarde una corta visita á la isla de Shetland meridional, donde ejecutó trabajos cartográficos.

Antes de pasar adelante en la historia de esta parte de la Antártica, sería interesante recordar un viaje de exploración que, aunque no llegó á estas latitudes, constituye una de las más célebres expediciones que se realizaron en las regiones sudpolares, y sus datos nos sirvieron de mucho al hacerse el plano para la expedición sueca. James Weddel, que se dedicaba desde 1820 á la pesca de focas cerca de las islas de Shetland meri-

dional, partiendo en enero de 1823 de las islas Orkney meridional, fué en busca de tierra en dirección sur. Sin encontrar ninguna faja de hielo, pero continuamente rodeado por innumerables bloques gigantescos, llegó al grado 70 de latitud sur, á través de un mar que encontró casi sin hielo, alcanzando después, el 20 de febrero, hasta el 74° 15' de latitud sur, punto el más meridional donde hasta hoy ha podido nadie llegar, excepción hecha de las expediciones que trabajaron cerca de la costa de la Tierra Victoria.

El viaje de Weddel ha sido muy discutido, no faltando quien dude de la exactitud de sus informes. Por mi parte, no abrigo ya ninguna duda sobre el particular. Con las inmensas variaciones que sufre la situación del hielo de un año para otro, y que nosotros mismos pudimos observar, parece muy probable que las grandes escotaduras que en masa del hielo antártico encontraron Ross, y luego Bruce más hacia el este, pudieron cambiar de lugar hacia el oeste, permitiendo así la entrada á una agua libre situada más al sur de lo que esos dos exploradores la encontraron.

Varias otras expediciones verificadas en 1820 merecerían ser aquí nombradas. Pero como no me propongo hacer una relación muy detallada de la historia de los descubrimientos en dichas regiones, paso al viaje de Biscoe en el año 1832. Al ir de Australia á las islas de Shetland meridional desvió intencionadamente su rumbo al sur, esperando encontrar allí tierra. El 15 de febrero encontró á 67° 15' de latitud sur y 69° 29' de longitud oeste una isla que llamó de la Reina Adelaida.

Durante los días siguientes observó varias nuevas islas, y el 21 de febrero pisó lo que según su propio cri-

terio era tierra firme, aunque quizás sólo fué la isla llamada por Gerlache de Antwerpen. Biscoe tomó, sin embargo, posesión del país en nombre del rey de Inglaterra. A su regreso, se dió á aquel territorio el nombre del entonces jefe de almirantazgo inglés, sir James Graham, nombre que poco á poco vino á ser denominación común de la totalidad de la tierra firme. Como los nombres de tierra de Palmer, de Trinity y de Alejandro I, si no designan islas propiamente llamadas, como muchas otras, son indudablemente nombres más antiguos que el de Graham, debieran prevalecer á la adopción de éste, pero, por otra parte, creo que es muy difícil por ahora ponerse de acuerdo sobre la elección de uno de los nombres aquí citados. En mi opinión, sería mejor dar á esta extensión de tierra el nombre de Smith, pero en cambio debe hacerse observar que si la denominación de Antártica ó Antárticas Occidentales, fuese introducida, no sería necesario de momento un nombre especial para dicha región.

Por lo tanto, debe dejarse al explorador que á su tiempo tenga la suerte de determinar su extensión hacia el sur, y sus proporciones en relación con los países antárticos orientales, el cuidado de darle un nombre. Sigue al viaje de Biscoe un intervalo de cuarenta años, durante los cuales apenas ninguna otra expedición exploradora visitó las regiones antárticas, á excepción de los grandes viajes, casi simultáneos de Wilkes, Dumont d'Urville y de Ross. Todos ellos se hicieron célebres por sus investigaciones en las regiones orientales, pero todos hicieron también descubrimientos y algunos muy importantes en las Antárticas Occidentales. Podemos pasar por alto la expedición de Wilkes que no propor-

cionó grandes datos para la formación del mapa de esta última región. Un año antes que Wilkes, en enero de 1838, había ya d' Urville, tomado como punto de partida la Tierra del Fuego, visitado las islas Orkney y examinado toda la extensión de la costa de Shetland meridional, conocida entonces muy superficialmente, hasta la Bahía Grande que él llamó canal de Orleans.

Hizo un mapa relativamente bueno de este terreno, y no podemos vituperarle por haber dado á estas extensiones de tierra nuevos nombres, tomados de personalidades de su país. Llamó únicamente Tierra Trinity al territorio situado al oeste del canal de Orleans. La grande isla que según lo que él descubrió, forma la parte oriental de esta porción de tierra, recibió el nombre de isla de Joinville, mientras que la tierra firme se llamó, tomando el nombre del rey de Francia, Tierra de Luis Felipe.

El viaje d' Urville hizo adelantar considerablemente nuestro conocimiento de estos parajes, no siendo de menor importancia y provecho los resultados conseguidos por la expedición de James Ross en 1843. Tanto aquí como en la Antártica oriental no se contentó con explorar la costa norte, á la que se llegaba con relativa facilidad, sino que penetró más al sur á lo largo de la costa oriental que representó en el mapa tan exactamente como le fué posible hacerlo desde el mar.

Encontró ya á los 64° y medio, hielo impenetrable y compacto, y después de ensayos infructuosos para penetrar al sur, tuvo que hacer rumbo á oriente. Sería muy interesante referir en esta ocasión más detalladamente los descubrimientos de Ross en su célebre viaje, porque éste se relaciona muy inmediatamente con nuestra expedición: entre otras cosas resulta característica la com-

pleta igualdad de nuestros planes desde un principio, y la mayor parte de nuestros trabajos tuvieron por teatro las cercanías de las regiones que Ross visitara ya. En lo sucesivo se me presentará ocasión repetidas veces de volver á hablar de este explorador. Si pasamos por alto la visita de Smiley en 1842, sigue un largo período de tiempo sin intentarse nuevas exploraciones, y cuando volvemos á oir hablar de una expedición al Polo antártico, nos encontramos ya cerca de nuestra época. El año 1874 una casa armadora de Hamburgo mandó bajo el mando del capitán Dallmann el vapor «Grönlad» para dedicarse á la pesca de la ballena y de las focas en los mares del sur. Los descubrimientos de Dallmann llamaron mucho la atención en su tiempo, sobre todo, porque hacía largos años que se había roto toda comunicación con aquellos territorios. Sin embargo, ni siquiera intentó levantar un mapa de las regiones que visitó, no quedando otros datos de su viaje, que los de su libro de á bordo; por lo que se comprende fácilmente que al estudiarlos minuciosamente costase bastante trabajo compulsar debidamente sus observaciones. No se le puede negar, sin embargo, un mérito: demuestra por primera vez, clara y evidentemente, que la costa occidental se encuentra dividida en islas hasta el canal de Orleans. Es interesante su afirmación de que en la parte oriental de la bahía de Hugues se abren varios estrechos canales, y aunque no es seguramente fácil comprender lo que quiere decir en este caso, no se puede dudar que observaría la embocadura occidental del canal de Orleans en el lugar donde separa la isla Trinity de la Tierra de Palmer.

El viaje de Dallmann fué desgraciado bajo el punto de vista comercial, y por este motivo pasaron cerca de

veinte años sin que las regiones sudpolares fueran visitadas de nuevo por el hombre, pero poco después, alentándose nuevamente los exploradores durante el último período abierto entonces y que se extiende hasta nuestros días, las expediciones fueron muy frecuentes.

Entre otras, envióse una flota de 40 buques en septiembre de 1892 al mando del capitán Fairweather, que partió de Dundee, para buscar en la bahía del Erebus y del Terror las ballenas de Groenlandia, de que Ross había hablado varias veces en su relación. A bordo de estos buques fueron como encargados del estudio de la Naturaleza W. S. Bruce y el doctor Donald, á quienes tenemos que agradecer muchas relaciones interesantes. Geográficamente no se lograron grandes resultados, y la principal novedad fué el descubrimiento del estrecho que separa la llamada isla de Dundee de la de Joinville. Se dió la vuelta á esta última, pero la representación en el mapa del estrecho, que yo llamé «Antártico» y que debieron ver por su parte meridional, es bastante incorrecta. A la vez que estos buques, salió hacia la misma región, por encargo de una casa armadora de Hamburgo, el capitán C. A. Larsen, al mando del buque noruego de pesca «Jason». Tampoco esta expedición logró ningún resultado geográfico de importancia, pero durante su estancia en la isla de Seymour, hizo Larsen un descubrimiento que no se olvidará nunca por su importancia para la historia de la investigación de la Naturaleza: encontró los primeros fósiles antárticos. Mientras los armadores escoceses encontraban que los trabajos emprendidos eran muy poco lucrativos, la expedición de Larsen conseguía un éxito tal en la parte económica, que repetía el viaje al verano siguiente, al mando de

tres buques, logrando, además, esta vez importantes resultados geográficos. Aprovechando el estado extremadamente favorable del hielo (*), penetró hasta un mar casi libre al sur de la bahía del Erebus y del Terror y descubrió, el 1.° de diciembre de 1893, una tierra elevada que recibió el nombre de Tierra del Rey Oscar. Denominó cabo de Framnäs á una parte de tierra que tomó por un cabo muy saliente; después vió una gran extensión de mar rodeado de tierra elevada, visible á distancia, que fué llamada Tierra Foyns, hallando por fin una barrera de hielo saliente y lisa que era sin duda la meseta de hielo que yo ví posteriormente durante mi paseo en trineo.

No viendo allí tierra alguna libre de nieve, siguió Larsen la orilla del hielo hasta los 68° 10' latitud sur, donde el infranqueable hielo de invierno le obligó á retroceder. Durante su regreso, descubrió más al norte una cadena de islas y tuvo también la suerte de llegar andando con patines sobre el hielo hasta una de ellas, que recibió el nombre de Christersen.

Es extraño que no viese entonces la tierra elevada que hacia el oeste prolonga la Tierra del Rey Oscar y forma la orilla occidental de la grande bahía, donde se hallaba entonces; yo mismo pude observar desde el propio lugar la tierra señalada con todos sus detalles. En un principio se creyó que esa tierra estaba dividida por un estrecho, y la parte norte de su territorio fué llamada Tierra de Dirk Gherritsz.

(*) Por una rara coincidencia los primeros años de la década de 1890-1900 son conocidos por haberse presentado en las partes meridionales de los océanos Antártico é Indico extraordinarias montañas de hielo que debían proceder de las regiones sudpolares, lo que seguramente debía tener relación con un gran deshielo producido por causas que escapan á toda explicación.

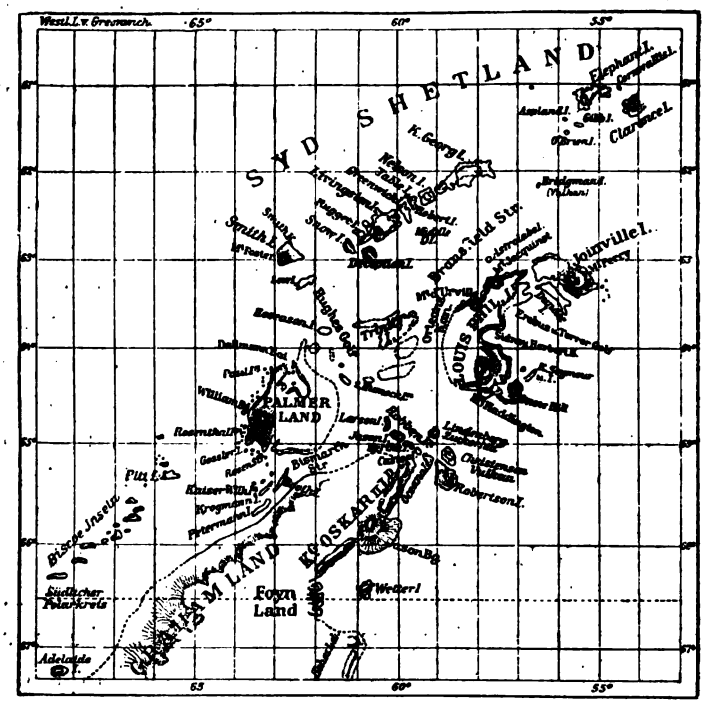
Esta expedición de Larsen se relaciona tan intimamente con la nuestra, que no debería aquí mencionar más que algunos de sus detalles. Bajo el punto de vista geográfico, puede ser ventajosamente comparada con otras y considerarse como una de las que dieran mejores resultados entre cuantas se llevaron á cabo, tanto en las regiones polares septentrionales como en las meridionales, y los nuevos descubrimientos que Larsen hizo, pueden equipararse perfectamente con los logrados por exploradores como Palmer, Biscoe y Weddel; el mapa que trazó exagera indudablemente las distancias y dimensiones, pero da no obstante, una idea exacta de las situaciones. Además, merecen particular mención sus observaciones y colecciones científicas naturales, aunque desgraciadamente se perdieron en gran parte, porque después de haber surcado felizmente todos los mares del globo, naufragó el buque que las conducía á su punto de destino, en el canal inglés, fuera de Dover. Investigadores posteriores han propuesto llamar la gran bahía que descubrió Larsen y cuya extremidad meridional se ve desde la isla de Christersen, con el nombre de aquél. La investigación minuciosa de esta bahía hecha por la expedición sueca y los grandes merecimientos de Larsen contribuirán á hacer todavía más afamado su nombre.

Las expediciones que acabamos de mencionar fueron seguidas inmediatamente por la expedición antártica á la Tierra Victoria mandada por Bull y Christersen con la cooperación de Borchgrewingk.

Mientras volvía esta expedición, habíanse empezado seriamente en el mundo científico los trabajos preliminares para la gran cooperación internacional de investi-

gaciones, que con el regreso de las expediciones alemanas, suecas é inglesas acaba felizmente de quedar realizada.

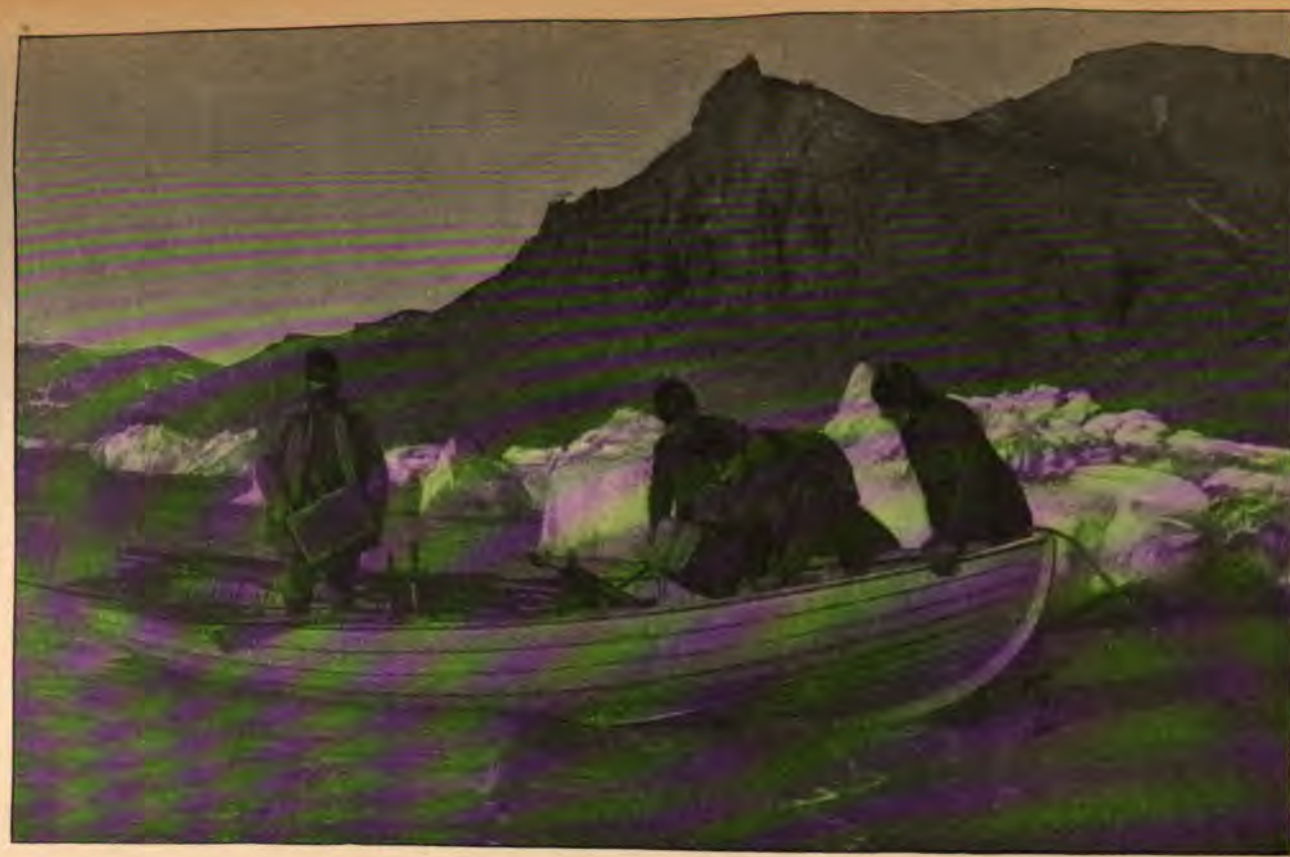
Pero antes de salir estas tres últimas, el año 1901, habíanse verificado á las regiones antárticas otros dos



El último mapa de la Antártica occidental antes de las expediciones belga y sueca, (por Fricker.)

grandes viajes, con los cuales se puede con razón decir que la exploración científica del Polo Sur se reanudó de nuevo, después de medio siglo de descanso.

De estas dos expediciones, una nos interesa más por ocuparse de las regiones que estudiamos preferentemente en este trabajo: la de Gerlache. Salió Adrián de Ger-



Entre los embarrancados bloques de hielo buscábamos paso hacia la orilla.

lache en 1897 á bordo de un vapor belga, al frente de una expedición científica que debía reconocer las regiones sudpolares siendo la Tierra del Fuego su punto de partida.

El plan del viaje no debió ser fijado de antemano, y varias contrariedades impidieron á Gerlache dejar la isla de los Estados antes de mediados de enero de 1898. Los principales trabajos de investigación se iniciaron en la bahía de Hugues, desde donde se levantó el mapa del ancho canal, que separa las islas ya vistas de Smiley y Dallmann, de lo que se llamó desde entonces Tierra de Danco.

Después de investigaciones en este territorio que duraron tres semanas, la expedición hizo rumbo hacia el oeste y el sur, donde el buque quedó pronto aprisionado por el hielo, permaneciendo así durante más de un año.

Los resultados de esta expedición son de importancia, ya por confirmarnos casi con seguridad la existencia de una extensión de costas al sur del Océano Pacífico, como por las admirables observaciones científicas hechas: entre ellas debe recordarse en preferente lugar la primera serie de observaciones meteorológicas invernales que jamás fueron ejecutadas en la Antártica. Unicamente como resumen, quiero consignar aquí, que de las expediciones que salieron simultáneamente con nosotros, la inglesa, al mando del capitán Scott, pasó dos inviernos en la parte sur de la Tierra Victoria llegando á los 77° 50' de latitud sur, desde donde una expedición en trineo llegó al grado 82 con 17', mientras que la alemana, al mando del profesor von Drygolski, invernó durante el año 1902 en la recién descubierta Tierra del emperador Guillermo

á los 66° 2' de latitud sur y los 89° 48' de longitud este. La expedición escocesa de Bruce, que salió de Europa en 1902, estuvo durante el invierno de 1903 en la isla de Orkney meridional, es decir, dentro de nuestro territorio aunque en una latitud más septentrional: faltan todavía detalles precisos sobre su resultado.

CAPITULO VI

Viaje de descubrimiento en el mar de Weddel

Discusión de varias proposiciones acerca de los trabajos que deben llevarse á cabo durante el verano.—El 21 de enero de 1902.—La vida á bordo del «Antártico».—Trabajos científicos.—Una montaña de hielo en vez de una nueva isla.—El hielo antártico.

Ya desde que nos vimos obligados á volver atrás desde la costa oriental antártica, antes de haber logrado pasar el círculo polar, se habían dirigido todos los pensamientos á bordo del «Antártico» á estudiar cómo emplearíamos mejor lo que quedaba aún de verano, siendo muy distintas las opiniones: algunos compañeros propusieron no retroceder, y quedar parados esperando que mejorase el estado del hielo, empleando el tiempo de espera en la instalación de la estación de invernada en un lugar cercano al punto más meridional á que habíamos llegado. Rechacé esta proposición que tenía por irrealizable, pues era imposible, con los recursos de que disponíamos, conducir hasta la tierra más cercana todo nuestro aprovisionamiento, incluso el material necesario para levantar nuestros edificios y nuestro almacén de carbón. Siendo así, sólo nos quedaba elegir

entre los dos caminos siguientes: regresar á las regiones que habíamos visitado recientemente con buen resultado, el canal de Orleans y las bahías del Erebus y del Terror, y continuar allí nuestros trabajos geográficos y científicos hasta la llegada del tiempo favorable para la instalación de la estación invernal en la isla de Seymour, ó, de acuerdo con el plan por mí presentado en Suecia, seguir bordeando el hielo hacia el este, esperando en-

J. L. Andreassen,
primer piloto del «Antártico.»

H. J. Haslum,
segundo piloto del «Antártico.»

contrar en él una abertura, por la cual consiguiéramos penetrar en el mar libre de hielo que Weddel vió una vez y por el cual navegó.

Precisamente en la posición en que ahora nos encontrábamos, podíamos ver de la manera más palpable, cuán difícil es llevar á cabo una empresa como la nuestra sin tener los recursos económicos que uno mismo considera precisos. Si hubiéramos podido salir de Suecia

un mes antes, si hubiéramos siquiera podido llenar nuestro buque de carbón en las islas de Falkland, no hay duda que la última proposición nos hubiera convenido bajo todos conceptos. Pero tal como se presentaban las circunstancias, era fácil hacerse cargo de que sólo nos quedaba el primer camino que escoger. Así lo comprendí yo mismo, dudando si realmente sería práctico renunciar á esfuerzos ulteriores penetrando en territorios completamente desconocidos, después de un somero y apremiante ensayo. Además, no podía disponer con libertad completa en esta cuestión. Cuando vimos que los recursos recogidos en Suecia para realizar nuestro viaje eran insuficientes, con objeto de procurarlos y hacer posible la salida de la expedición, había prometido en varias ocasiones hacer un ensayo para penetrar en el mar de Weddel, donde, según opinión de Larsen, se encontrarían probablemente ballenas de Groenlandia en considerable número. Este era también el deseo de la misma tripulación; hubiera podido tomar esta resolución porque concordaba precisamente con mis planes primitivos y tenía entonces la esperanza de penetrar en las tierras polares por algún camino á lo largo de la costa.

Era, por otra parte, conveniente quedarse aquel verano cerca de tierra y aplazar para el año siguiente el viaje al mar de Weddel. Este arreglo presentaba, sin embargo, algunos inconvenientes y era el principal, que una expedición organizada con tal idea, debe estar preparada para poder invernar, y como llevábamos tan sólo aprovisionamiento bastante incompleto para el segundo invierno, un cambio en nuestro plan hubiera ocasionado gastos considerables, no pudiéndose negar, además de esto, que tal ensayo de penetración debía hacerse con

más probabilidad de éxito al empezar y no al acabar una expedición. Discutióse también á conciencia otra solución, que consistía en desembarcar primeramente el grupo de invernantes, y marchar después con el «Antártico» al mar de Weddel, con lo que se alcanzaba una

Extracción de la red, balanza automática.

enorme ganancia de tiempo, no teniendo que pensar, al concluir los trabajos, en regresar hacia el oeste. Mas á este plan podían, sin embargo, hacerse dos reparos. Por un lado, opinaba yo que el intento de penetración al sur debía hacerse con la mayor energía posible, teniendo, sobre todo, la esperanza de descubrir en ese reconocimiento algún territorio nuevo: en tal caso, era de gran

Focas sobre el hielo flotante.

importancia que se incorporase el personal científico, que de otro modo, debía quedar en la estación invernal, para que tuviesen ocasión de trabajar allí, siendo además muy probable que se pudiese encontrar un lugar conveniente para invernar, lo que ya sería de gran interés geográfico.

Además, debe presumirse que no hubiéramos quedado muy tranquilos si desde nuestra estación hubiésemos visto desaparecer el «Antártico» en el horizonte, sabiendo que, antes de que pudiese llevar al mundo civilizado noticias de nuestro punto de desembarco, debía el buque llevar á cabo una expedición difícil y peligrosa; debíamos, además, tener siempre presente la posibilidad de que el «Antártico» quedase prisionero en el hielo ó naufragase, y consideré que no debíamos exponernos á un riesgo tan grande sin motivos imperiosos.

Ocurrió más tarde, en otra forma, no muy lejos de nuestra estación, una desgracia, pero fué cosa imposible de prever. En vista, pues, de aquellas circunstancias, tomé la resolución de que todos seguiríamos hacia el este. Esperaba, si el tiempo era favorable, tener la suerte de poder penetrar bastante lejos, antes de que fuera necesario desembarcar el grupo de invernantes, y dí mis órdenes en consecuencia. Cuando volví sobre cubierta habíamos ya navegado un buen trecho mar adentro. Era el día sereno y brillante, uno de los más hermosos que disfrutamos, de lo que felicitámonos todos porque teníamos intención de celebrar el cumpleaños de su majestad el Rey, con una gran fiesta á bordo. El mismo día, hacía ocho años, había estado la bandera noruega izada muy cerca del sitio donde ahora nos encontrábamos: el viento agitaba ahora tanto la enseña

noruega como la sueca con sus tres puntas amarillas y azules y sus cifras reales.

A las doce nos reunimos todos sobre cubierta brindando por el Rey y lanzando vivas que fueron contestados con fuertes hurras.

En la proa teníamos dos cañones, y lanzados los vivas, empezaron, una tras otra las descargas, que se sucedieron hasta el número de veintiuna. Estas descargas, aunque débiles, no fueron por eso menos solemnes en aquel grandioso desierto en que se oía el eco producido por la superficie de los hielos. Siguió después en el principal departamento del buque, la comida, con entusiastas discursos y brindis: creo que fué la única vez en todo el viaje en que nos obsequiamos con champagne en el salón de reunión.

Un *menú* especial había sido dibujado por Stokes con los colores de la bandera de la Unión. Después de la comida fueron invitados los pilotos y maquinistas á acudir al salón, y entregados á la más agradable expansión estuvimos reunidos todos hasta muy avanzada la noche.

Nos hallábamos entonces, bajo todos los puntos de vista, perfectamente en nuestro pequeño buque, y aunque no fué posible durante el viaje por mar tener en muchas ocasiones trabajo en abundancia para todo el personal científico de las diferentes categorías, no nos podíamos quejar de que el tiempo resultase demasiado largo. Durante el día estábamos generalmente sobre cubierta mirando y observando la monótona, pero siempre interesante Naturaleza que nos rodeaba: era sobre todo uno de nuestros más especiales placeres mirar cómo nuestro buque forzaba las masas de hielo. Los perros eran tam-

bién una buena compañía y paulatinamente habían empezado á acostumbrarse al mar; mientras los de Falkland estaban todavía bastante tristes cuando hacía frío ó tempestad, los groenlandeses estaban alegres pues entraban entonces en un clima de condiciones favorables para éstos. Cuando se les dejó sueltos, apresuráronse á acudir sobre cubierta, alegres y contentos, levantando la cola como si presintiesen que pronto bajarían á tierra para comenzar su trabajo. Cuando no estábamos sobre cubierta, permanecíamos sentados, cerca de la mesa del salón de reunión, trabajando, ó en nuestros camarotes leyendo ú ocupándonos en cualquier quehacer. Gracias á la amabilidad de editores suecos, teníamos una escogida biblioteca para cuya lectura se necesitaría mucho tiempo. Los camarotes eran estrechos, y lo que es peor, casi obscuros, porque la pequeña abertura del techo no dejaba entrar mucha luz á través de su grueso cristal, y además, á menudo había sobre él algo que quitaba la luz, ó venía un perro á colocarse precisamente encima, quedando entonces de repente en tinieblas el camarote. Pero aparte de esto, eran buenos y cómodos y estábamos todos contentos con tener un cuartito propio, del que podíamos disponer libremente.

No era solamente sobre cubierta donde estábamos estrechos entonces, sino en todas partes á bordo. A la hora de comer éramos diez en la mesa del salón y por consiguiente, tantos como disfrutábamos de camarote. El mayordomo, que hasta Buenos Aires ocupaba uno de ellos, se instaló después en el cuarto obscuro fotográfico.

Las horas de comer estaban dispuestas poco más ó menos como si hubiéramos estado en Suecia, y por lo que á esto respectaba no podíamos quejarnos. Las con-

servas y demás provisiones que llevábamos eran excelentes y el cocinero cumplía su cometido con verdadero interés, no dejando que nada se perdiese. Antes de la comida, siempre se encontraba una mesa bien provista de selectos fiambres de todas clases, pero se había concluído la cerveza que nos hubiera agradado más que en los países cálidos, donde, yo por lo menos, hubiera cedido mi parte. Tampoco faltaban viandas frescas en la mesa. Habíamos hecho varios ensayos para podernos alimentar con la carne de los animales propios de aquellas latitudes, y casi unánimemente se convino en que eran platos suculentos los pájaros bobos, las focas y los leopardos marinos, cuando estaban preparados con buenos ingredientes y según todas las reglas del arte culinario. Puede, naturalmente, suceder que á ciertos individuos les repugnen estos platos de un modo invencible, pero son realmente peregrinas las críticas que en ciertas relaciones de viajes se hacen sobre estas comidas polares, leyéndose en algunas, que toda una tripulación declara que prefiere continuar comiendo conservas medio pasadas y exponerse al peligro de morir de escorbuto, á probar la carne de foca y pájaros bobos. Al leer esto, apenas se puede evitar el pensamiento de que tales personas obrarían más cuerdamente quedándose en su casa que emprendiendo expediciones invernales á través de los hielos polares. Durante las tardes, y sobre todo por las noches, hacíase el trato más íntimo y familiar entre los que íbamos á bordo: nos reuníamos todos alrededor de la mesa de la sala de reunión, donde, durante los momentos en que había poco quehacer ó en que la monotonía del paisaje era mayor de lo ordinario, aparecía por regla general un buen ponche ó cosa parecida.

Trabábanse animadas conversaciones, bromeábamos todos y contribuía el funcionamiento del fonógrafo á animar aún más la reunión. Además de este ameno aparato, Sobral llevaba otro, cuyos cilindros estaban impresionados con una variada colección de trozos de óperas españolas é italianas. Desgraciadamente no había nadie entre nosotros que fuera verdaderamente filarmónico, y si queríamos oir alguna canción popular, no nos quedaba otro recurso que rogar al piloto Haslum que nos cantase una copla acompañándose con su acordeón.

Generalmente aparecían después los naipes, y pronto estábamos todos entretenidos en varios juegos: los días de gran festividad se jugaba con las fichas llamadas de gala y los jugadores cruzaban con la mayor sangre fría respetables sumas que los más escrupulosos declaraban ya de antemano que no podrían jamás satisfacer. Nos pareció, con todo, la vida que llevábamos bastante monótona, monotonía más acentuada, después de la agradable impresión que causara en nosotros los positivos resultados científicos que obtuvimos en las costas australes, contagiándonos á todos de cierta impresionable curiosidad y un deseo constante de ver algo nuevo: afortunadamente teníamos trabajos científicos en que ocuparnos.

El 22 de enero hicimos un sondeo de una profundidad de cerca de 1.000 metros, tomándose al mismo tiempo temperaturas y muestras de aguas: arrojamos después al agua la red de fondo que arrastramos durante dos horas de marcha á poca velocidad. Cuando debíamos empezar á izarla, paró del todo el buque y el torno debió dar toda la fuerza posible, hasta tal punto, que á cada momento parecía que la cuerda iba á rom-

perse. Al aparecer la red en la superficie, sintióse una repentina sacudida que produjo la rotura de la parte del aparato que contenía nuestra pesca, que hubiese sido nula, si no hubiéramos por fortuna unido á la grande traína una pequeña draga de fondo, en la que recogimos algunos ejemplares de las especies que viven en aquellas profundidades.

Para obtener este resultado, habíamos trabajado cerca de seis horas.

No se efectuó el sondeo siguiente hasta el 20 de enero, alcanzando una profundidad de unos 3.750 metros, que se mantuvo casi invariable durante nuestro viaje hacia el este.

No se puede pretender que esta observación fuese singular, pero no dejaba de tener su importancia, encontrándonos en un mar, donde aun nadie había hecho ni sondeos, ni observaciones sobre la relación existente entre la profundidad y la temperatura de sus aguas. Para dar á conocer los resultados que obtuvimos, transcribo á continuación la siguiente serie de temperaturas tomadas algo más al este, el día 2 de febrero:

Profundidad	20 m.	— 1,57°	Profundidad	200 m.	+ 0,20°
»	40 m.	— 1,60°	»	300 m.	+ 0,31°
»	70 m.	— 1,67°	»	500 m.	+ 0,37°
»	100 m.	— 1,30°	»	1.600 m.	+ 0,0°
»	150 m.	+ 0,29°	»	3.700 m.	— 0,4°

El estudio de estas series nos hace ver una capa característica de agua caliente á cierta profundidad, en gran parte del Mar Glacial. Por lo demás, se puede decir que el mar que cruzábamos es bastante frío, más frío que, por ejemplo, los puntos al sur del Océano Pacífico que fueron examinados por la expedición belga.

Es evidente que después de haber entrado en una zona de mar tan profundo no podíamos pensar en hacer dragajes zoológicos de fondo, sin contar que, caso de no existir otros inconvenientes, nuestra cuerda no era bastante larga para ello; en substitución de este medio, recurrimos á la pesca con redes que hicimos descender hasta las capas profundas del agua, sistema de investi-

Se ve la supuesta isla, que resulta una gran montaña de hielo.

gación que ha dado lugar últimamente á descubrimientos sumamente interesantes, entre ellos, el de todo un mundo animal desconocido hasta ahora, que vive nadando libremente en las grandes profundidades, sin llegar jamás al fondo, ni subir á la superficie.

Llevábamos para estos trabajos varias traínas diferentes, una, pequeña, llamada traína para cerrar, construída de tal modo, que por medio de un mecanismo especial, se cierra por sí misma, cuando al izarse ha subido hasta cierta distancia de la superficie; teníamos otra, sumamente grande, de malla clara, construída ex-

profeso para nuestra expedición, según un nuevo sistema, pero que no habíamos podido hacer funcionar aún de un modo satisfactorio, y por último, disponíamos de varias grandes traínas comunes y abiertas, que nos dieron los mejores resultados.

Por medio de la pesca con estas redes no se consiguen seguramente tan abundantes resultados como empleando dragajes de fondo, pero en cambio, los ejemplares obtenidos son muy variados, y de las más delicadas especies del reino animal que entusiasmaban siempre en alto grado á los zoólogos, cuando subía la traína después de haber sido arrastrada á través de aguas profundas durante un par de kilómetros. En cambio, la fauna que nos rodeó fué siendo poco variada, y nada abundante: encontrábamos de distancia en distancia pequeños grupos de focas, en su mayoría leopardos de mar, pero nunca en tal abundancia que resultase práctica una expedición de pesca en estas regiones.

Además, no teníamos ni tiempo ni interés en apoderarnos de tales animales. En cambio, abundaban á menudo las ballenas, y hacia el este, dirección en que viramos, fuimos rodeados por grandes grupos de enormes ballenas azules que rara vez se acercaron al buque.

También los pájaros se dejaban ver en gran número á nuestro alrededor, aunque no siempre eran de la misma clase: los pájaros bobos que con tal profusión existen cerca de tierra, no eran tan numerosos en nuestro nuevo camino hacia el este; con todo, casi siempre podían verse individuos aislados entre los hielos flotantes, donde permanecían sentados, mirándonos con aire sorprendido, hasta que el buque rozaba el borde del hielo. Otro pájaro que encontrábamos de cuando en cuando sobre el hielo,

era el magnífico pagodroma blanco, que es tal vez el más hermoso de los seres alados de estas regiones. En el mar de Weddel hallamos, en cambio, numerosas palomas del Cabo y muchas golondrinas, vimos además el gigantesco osífrago ó quebrantahuesos, y algunas otras especies de aves que no pudimos clasificar. Algunos ejemplares tanto de focas como de pájaros fueron cazados para ser preparados y figurar en nuestras colecciones. No puedo olvidar un extraño encuentro que llamó nuestra atención al llegar el 7 de febrero, hacia el grado 52 de longitud, durante nuestro regreso: vimos flotando sobre el agua gran número de peces muertos, de un decímetro de longitud á lo sumo, pertenecientes á una pequeña especie de escolopendráceos, precisamente una de las clases de animales de que ya he hablado y que viven generalmente á gran profundidad entre dos aguas. No era fácil explicar cómo tal fenómeno se podía haber producido en el mar, y aunque pensamos que podía ser efecto de una erupción volcánica submarina, era más probable que el fenómeno reconocía como causa las corrientes submarinas. Costeando el borde del hielo ó pasando á través de él, no se ofreció á nuestros ojos nada que rompiera la monotonía de nuestro viaje á no ser lo que voy á referir. Al pasar cerca de una punta de hielo compacto vimos á lo lejos, detras de ella, masas negras de gran tamaño que aunque podían ser focas, recordaban más bien por su tamaño grandes bloques de piedra; aparecieron además en el mar algunos fucos flotantes, y por la tarde el capitán llamó mi atención hacia una masa alta é irregular situada al sudeste que parecía ser tierra. Nos encontrábamos entonces hacia el grado 48 de longitud, en el punto preciso donde Morrell

indicó estar situada la nueva Groenlandia meridional y en que indicó en su mapa «vista de tierra».

Todo esto hacía probable en tal lugar la existencia entre los hielos de alguna isla desconocida hasta entonces: tomamos un rumbo que aunque no nos conducía exactamente hacia la tierra que creíamos divisar, debía acercarnos, sin embargo, á ella. Cuando más tarde, á las nueve de la noche, nos reunimos después de cenar todos sobre cubierta, y nuestras miradas se dirigieron hacia aquella tierra enigmática, notamos que conservaba absolutamente el mismo aspecto, viéndose tan confusa y lejana como antes, por lo que pensamos que debía estar situada mucho más lejos de lo que habíamos creido en un principio. Acrecentó esto marcadamente nuestro interés: empezamos á creer en un descubrimiento importante y se resolvió inmediatamente hacer rumbo directo hacia la supuesta tierra, esto es, en dirección del hielo compacto, cuyos trozos produjeron á bordo fuertes sacudidas, hasta que, encontrándolos en menor número y de no tanta consistencia, pudimos pasar entre ellos sin dificultad.

Permanecimos todos sobre cubierta durante aquella noche á la luz creciente del crepúsculo, con mar en calma y tiempo sereno. Nuestro interés aumentaba por momentos, pero nadie se atrevía á afirmar rotundamente que tuviésemos tierra ante nosotros. Nuestras opiniones cambiaban á cada momento ante los nuevos aspectos de lo que veíamos: tan pronto aparecía una mole de agrestes formas, como un extenso paisaje circular de nieve con algunas cumbres de montañas, nevadas unas y desnudas las otras. Cuando creíamos poder apreciar ya detalladamente los accidentes de aquella tierra, un nuevo

juego de luz sobre el mar hacía que lo que antes tomáramos por tierra, nos pareciese tan sólo una enorme montaña de hielo, y aunque indudablemente avanzábamos, aparentemente nos hallábamos siempre á la misma distancia del lugar que de tal modo nos intrigaba. Con todo, ganaba terreno visiblemente la opinión de que llegaríamos á una tierra y no á una mole de hielo que, según discurríamos, no hubiera sido visible á una

En el hielo flotante.

distancia tan grande. El crepúsculo avanzaba cada vez más, y cuando por fin llegamos cerca del límite de nuestro viaje, era casi media noche. Observamos entonces que la probable isla en cuestión no parecía ser muy grande, y pensamos que era menos probable hallar tan cerca del rumbo de Ross una isla montañosa suelta, que una tierra situada más lejos, y que no descubriera aquél durante su visita por estar oculta entre las nieblas. Estos pensamientos excitaron grandemente nuestra curiosidad y nuestras esperanzas en el último momento. Los bruscos cambios de luz reflejada sobre la supuesta isla al

ponerse el sol, presentando puntos ya obscuros, ya claros, las formas suavemente redondeadas que presentaba en su punto más elevado aquella masa esfumada, asemejábala con una de tantas tierras sudpolares como habíamos visto, y era casi imposible ante tales hechos creer que tuviésemos tan sólo delante una simple montaña de hielo. Llegamos por fin cerca de la discutida isla y viramos á su alrededor, para con gran desencanto nuestro, poder por fin cerciorarnos de que era realmente una alta montaña de hielo, de muy extraña forma, y las manchas que habíamos tomado por partes salientes resultaron ser masas de hielo desprovisto de nieve. La respetable profundidad del mar en aquellas regiones no indicaba tampoco la probabilidad de encontrar cerca una grande masa de tierra, y aparte de la ilusión que acabábamos de sufrir, no hallamos durante aquel viaje señal alguna que nos diese á conocer la existencia de islas ó territorios en la proximidad de nuestro rumbo.

El 22 de enero por la tarde llegamos al banco de hielo compacto que se extendía desde el sudoeste al nordeste, tanto como podíamos alcanzar con la vista. En su orilla había una estrecha faja compuesta de trozos muy pequeños, como si el hielo hubiera sido triturado, que rodeaba una escarpada y gruesa masa muy compacta y bastante elevada de hielo. La niebla, que era muy espesa, nos impedía ver desde lejos: no tuvimos más remedio que seguir el hielo hacia el norte durante dos días, recorriendo una especie de golfos que formaba el mar en el mismo hielo, á menudo tan entrantes, que la niebla no permitía distinguir su límite hacia el sur. Para no desperdiciar probabilidad alguna de hallar tierra, procuramos seguir la orilla de dichos golfos lo

más cerca posible, siendo verdaderamente trabajoso y lento avanzar de ese modo, sobre todo cuando no teníamos viento favorable. Seguimos así hasta el 24, día en que decidimos intentar el paso entre los hielos á consecuencia de haber observado claramente al noroeste el color negruzco y peculiar que toma el cielo, cuando en un mar cubierto de hielo se avecinan grandes espacios de una mar libre. Empezamos á trabar verdadero conocimiento con el hielo compacto de los mares antárticos. Era en un principio bastante delgado, pero pronto fué haciéndose tan grueso, que nos costó mucho trabajo abrirnos camino. Era un espectáculo en realidad hermoso contemplar desde cubierta lo gallardamente que nuestro buque se abría paso entre las masas de hielo. El capitán estaba arriba, en el barril del vigía, desde donde dirigía las maniobras: oíanse, sin cesar, voces de mando, dando no poco quehacer al timonel con los continuos y necesarios cambios de rumbo. En algunos trayectos se adelantaba con bastante facilidad; cuando el hielo era delgado se podía, por medio de cambios incesantes de dirección, encontrar un camino entre los trozos de hielo, pero pronto venía una faja más tupida, y era necesario sostener una verdadera lucha para salvarla. Desde su observatorio, escogía el capitán los puntos de ataque, á corta diferencia según los mismos principios de que se vale un jugador de billar, para que el trozo de hielo que cortaba el paso, no sólo fuera desviado al ser impelido hacia una dirección en que hubiera lugar para él, sino para que, además, el trozo inmediato, de rebote, abriera camino libre al buque. Precipítase para tal maniobra el buque violentamente contra el hielo: se para la máquina: se siente una fuerte sacudida: crujen todas las junturas

del buque, y el que no se haya visto en tales lances, creerá seguramente á cada instante llegado su último momento.

Pero nada sucede: el colosal bloque de hielo empieza poco á poco á moverse y adelanta despacio el buque mientras que por ambos lados roza el hielo sus costados produciendo un prolongado ruido que nos hacía recordar el del trueno. A veces el hielo nos permitía pasar pronto, pero cuando los trozos eran grandes, debíamos generalmente retroceder y renovar varias veces el ataque hasta abrirnos paso: necesitábamos en ocasiones muchas horas para poder cruzar á embestidas una faja de hielo de menos de un kilómetro. Era maravillosa la soltura con que el buque soportaba tales choques; pero debe tenerse en cuenta que los buques destinados á los mares glaciales están construídos muy sólidamente y se hallan protegidos en la línea de flotación contra el roce de los hielos por medio de un revestimiento especial de fresno, madera la más adecuada que hay para este objeto, y en la proa, por medio de gruesas planchas de hierro. Con todo, observóse que á menudo hacía agua, como todos los buques similares, y hacía bastante más, después de la campaña estival entre los hielos.

El hielo contra el que ahora teníamos que luchar, se componía en general de trozos muy grandes y salientes, casi sin base, y que nos hacía recordar los hielos invernales que habíamos logrado romper.

En general, el hielo ya no se presentaba como anteriormente en forma de grandes montañas, y raras veces observábase que fuese muy marcado su movimiento. A pesar de esto, por el espesor y consistencia de sus trozos, resultó á mi juicio aquel hielo más difícil de pene-

Cautiva ver como el buque pasa entre los hielos.

trar que otros, á través de los cuales, intenté pasar en la costa oriental de Groenlandia, y después de haber luchado á conciencia por espacio de 24 horas, nos convencimos de que, efectivamente, no lograríamos abrirnos camino por aquel lugar. Decidimos entonces hacer rumbo hacia el mar abierto que vimos al nordeste, después de pasar la noche al abrigo de una inmensa montaña de hielo en previsión de que estallase una tempestad que nos amenazaba, y lo que en efecto sucedió.

Por esta causa nos vimos en la necesidad de aguardar en dicho refugio todo el día siguiente, viendo desfilar ante nosotros grandes témpanos de hielo arrastrados por la marejada que se dejaba sentir con toda su fuerza.

Tempestades y nieblas fueron desde entonces nuestros más fieles compañeros durante todo el tiempo que permanecimos en aquellas regiones. Iba el buque avanzando hacia el este poco á poco, pues el viento era contrario y nuestra existencia de carbón, ya bastante reducida, se iba agotando velozmente. El viaje prolongóse también á causa de los numerosos y grandes golfos que encontrábamos, pues la operación de cortar las puntas de hielo saliente, era cosa aventurada rodeados de aquella atmósfera nebulosa, que no nos permitía ver claramente el camino que teníamos delante. Maniobrar con tal tiempo, y en aquel mar, era un trabajo ímprobo para el capitán y los pilotos, tanto más, cuanto que, en aquella estación, obscurecía muy pronto. Con tan mal tiempo y tan fuertes marejadas, algunas veces, mientras se hacían esfuerzos para desviar algún pequeño trozo de hielo flotante, veíamos delante de nosotros un débil reflejo, y de repente, aparecían en medio de la niebla los espectrales contornos de una masa de hielo blanco-azu-

lada, mucho más alta que nuestros topes, contra cuya base las olas rompían, arrojándose con el ruido fragoroso de una cascada. Entonces, era cuestión de maniobrar rápidamente, porque si hubiera sobrevenido un choque, no hubiera librado el «Antártico» tan felizmente como cuando luchaba contra el hielo en témpanos, y en el caso más afortunado, su aparejo hubiera caido á la primera sacudida. Esas montañas de hielo son por su número y forma lo que más caracteriza la naturaleza del mar Glacial del Sur. Cuando el tiempo no está obscuro ni ruge la tempestad, cuando está sereno el día y luce alegre el sol, presentan tales masas un cuadro cuya magnificencia no se olvida nunca. Las montañas de hielo del Polo Norte son por regla general desiguales y puntiagudas, á menudo, altas, pero nunca muy extensas, por proceder de ventisqueros que se mueven deprisa y tienen abundantes hendiduras. Las de los mares del Sur, con su forma típica, causan una viva impresión, principalmente por su gran mole, aunque, sin embargo, nunca tienen un carácter tan imponente como el que presentan aquellas con las líneas cortadas y agudas que limitan su superficie.

Su altura llega á menudo á 60 y 70 metros, mientras que su extensión, se calcula por kilómetros, observándose montañas de hielo que tienen una superficie de varios miles de kilómetros cuadrados. Cuando veíamos agrupadas ante nosotros, una cerca de otra, las montañas de hielo antárticas, con sus superficies iguales y azuladas y sus vertientes escarpadas, nos parecía que todo el horizonte estaba cerrado por una muralla coherente y firme, y así, los antiguos datos sobre la existencia de barreras de hielo en aquellos mares, procedieron

tal vez de una mala interpretación de este hecho. El modo como esas montañas han surgido y se han formado, sigue aún siendo una cuestión no resuelta, pero á mi entender, no se deben considerar siempre como formadas directamente por el hielo de la tierrra interior, cosa creida generalmente hasta hoy. La gran meseta de hielo existente cerca de la tierra del Rey Oscar ha aclarado muchos pormenores; más tarde tendremos ocasión de volver á tratar sobre este particular.

CAPITULO VII

Llegada á la estación invernal

Vuelta hacia el oeste.—Preparativos para el desembarco.—Nuevo descubrimiento en la bahía de Sidney Herbert.—Costosa penetración entre los hielos.—Nuestra llegada á Snow-Hill.—Aprovisionamiento del grupo de invernantes.

Continuó de nuevo nuestro viaje de retroceso, y decidimos desembarcar tan pronto como fuese posible todo lo necesario para instalar la estación invernal, después de lo cual, pocos trabajos más podíamos pretender llevar á cabo durante aquel verano. El 1.° de febrero llegamos al 63° y 30' de latitud sur y al 45° y 7' de longitud oeste. Durante la noche había caido una mezcla de nieve y agua, de modo que todo el aparejo parecía escarchado; el tiempo seguía tan encapotado, que sólo podíamos ver á pocos centenares de metros; la marejada era fuerte y el viento arreciaba de momento en momento. Me convencí, pues, de que la posibilidad de poder en tales circunstancias lograr otros resultados hacia el este ó hacia el sur, era muy pequeña y el riesgo muy grande,

pues nuestra existencia de carbón podía acabarse antes de desembarcar el grupo de invernantes. Por consiguiente, reuní á los expedicionarios, á quienes expuse la situación, invitándoles á emitir su opinión sobre el asunto.

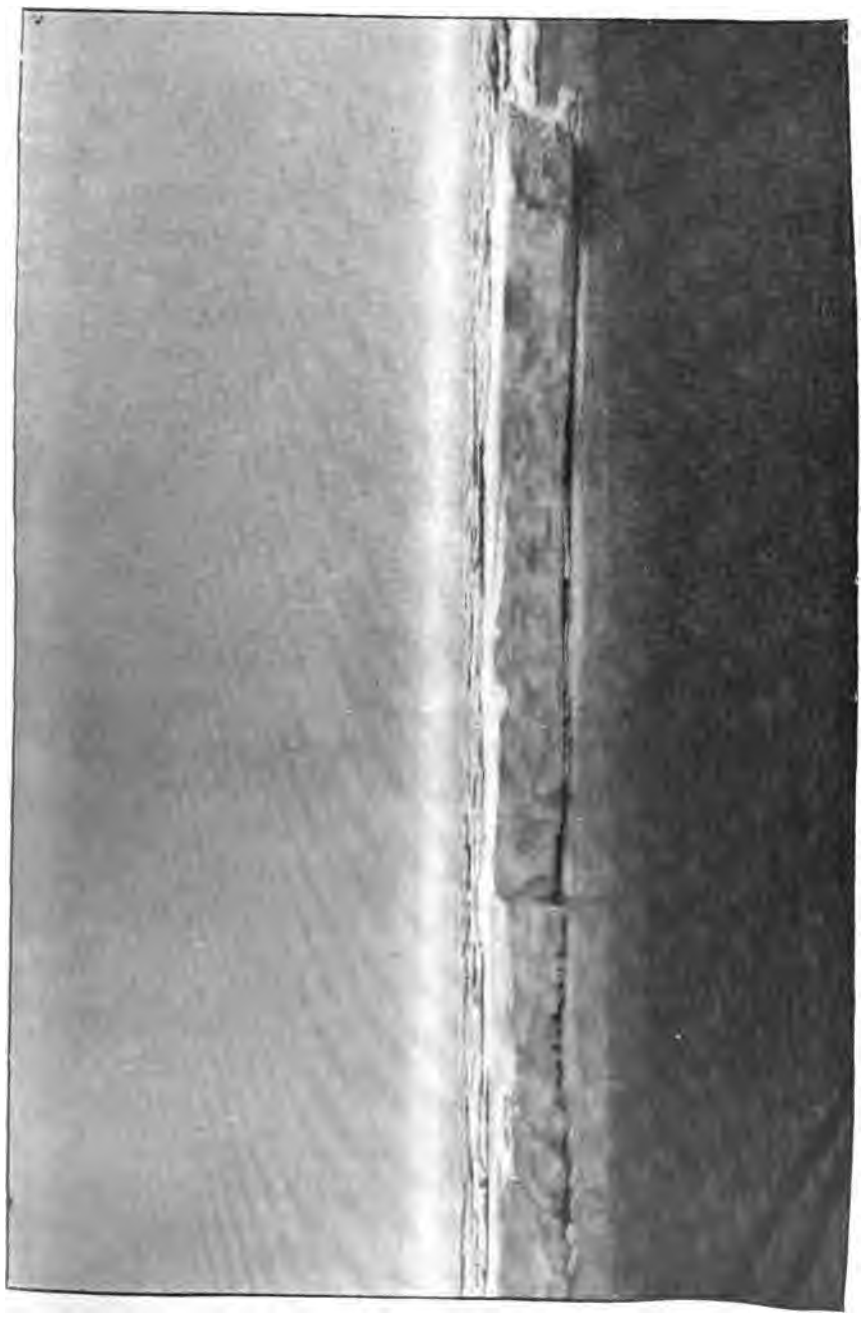
Todos, naturalmente, sentíamos hallarnos en una situación en que no nos quedaba más remedio que virar,

Atracamos junto á un trozo de hielo para llenar las cisternas.

después de haber sacrificado tanto tiempo é invertido tan constante trabajo en este viaje hacia el mar de Weddel.

Votaron casi todos en pro del regreso inmediato, aunque, con todo y eso, no pudimos retroceder hasta la noche siguiente, pues queríamos antes hacer un detenido examen hidrográfico y zoológico del agua en este punto, el más oriental que habíamos alcanzado.

En un principio adelantó muy poco nuestro viaje, pues el 3 de febrero sopló fuerte viento del sudoeste que silbaba en el aparejo del buque, que bailaba como una



Grueso hielo compacto el 25 de enero.

pelota sobre las olas, siendo á veces arrojado contra algún bloque de hielo que pasaba. Estaba el mar tan agitado, que su espuma mojaba la cubierta; el frío era lo bastante intenso para hacer desagradable todo trabajo allí, donde era penosa la simple permanencia.

Nos vimos entonces obligados á interrumpir nuestro viaje y dejar que la máquina se apagara para limpiarla, antes de emprender el regreso. El 7 de febrero, con densa niebla, atracamos al lado de un grande y elevado trozo de hielo con la intención de llenar en él las cisternas, aumentando así nuestra provisión de agua, pues no pudimos, á lo menos en esta estación del año, encontrar entre los hielos flotantes ningún estanque de agua dulce, como los que casi siempre se encuentran en las montañas de hielo del mar Glacial del Norte.

Con cierta prisa terminábamos la primera parte de los trabajos de la expedición, y se acercaba el momento en que debía yo dejar el mando á bordo y bajar á tierra para invernar.

Había decidido definitivamente establecer nuestra estación cerca del cabo de Seymour, con preferencia en el estrecho del Almirantazgo, donde esperaba encontrar más abrigo contra los vientos. No podíamos conseguir establecernos más al sur; y el terreno escogido debía ser favorable bajo el punto de vista magnético y reclamaba por su interesante geología algunos meses de estudio.

Una cuestión importante que no fué decidida hasta el último momento, era decidir qué personal debía invernar en la estación. Se había resuelto ya en Suecia que Bodman debía quedarse conmigo, como compañero de confianza; respecto á Sobral, habíamos resuelto con el

ministro argentino de Marina lo mismo, y Jonassen, el exfogonero del «Estrella Polar», había sido contratado para invernar. Deseaba yo, además, que un médico nos acompañara durante la invernada, por lo que, antes de la salida de Suecia, había propuesto para ello á Ekelöf, sin acabar de decidir la cuestión, pero por fin recibí con gusto la oferta de quedarse éste con nosotros. Además de Jonassen, debía acompañarnos otro individuo de la tripulación. Todos los marineros, sin excepción, se prestaban á ello, alguno hasta con verdadero entusiasmo; escogí por fin el más joven de á bordo, Akerlund, elección de que no tuvimos que arrepentirnos luego.

Mr. Stokes no se pudo decidir hasta el último momento entre quedarse con nosotros en la estación invernal ó no. Había tenido desde un principio la intención de invernar con nosotros, y llevaba al efecto, entre otras cosas, una casa construída exprofeso, para poder armarla en tierra, donde debía vivir é instalar su taller, pero en los últimos días comenzó á titubear. Parecióle por una parte que nos instalaríamos demasiado al norte, por lo que tendría pocas probabilidades de pintar nada notable ni desempeñar un papel importante y por esta y otras razones, tomó por último la decisión de proseguir el viaje á bordo del «Antártico».

Todas las horas libres durante aquellos días fueron empleadas en preparativos preliminares de desembarco y me invirtió bastante tiempo la tarea de repasar las listas de objetos que debíamos llevar á tierra, para ver si todo estaba en regla. Trabajábase en la cala sacando y marcando las cajas y utensilios destinados á la estación invernal: dos hombres estaban ocupados en subir barriles y llenarlos de galleta para nuestro aprovisionamiento.

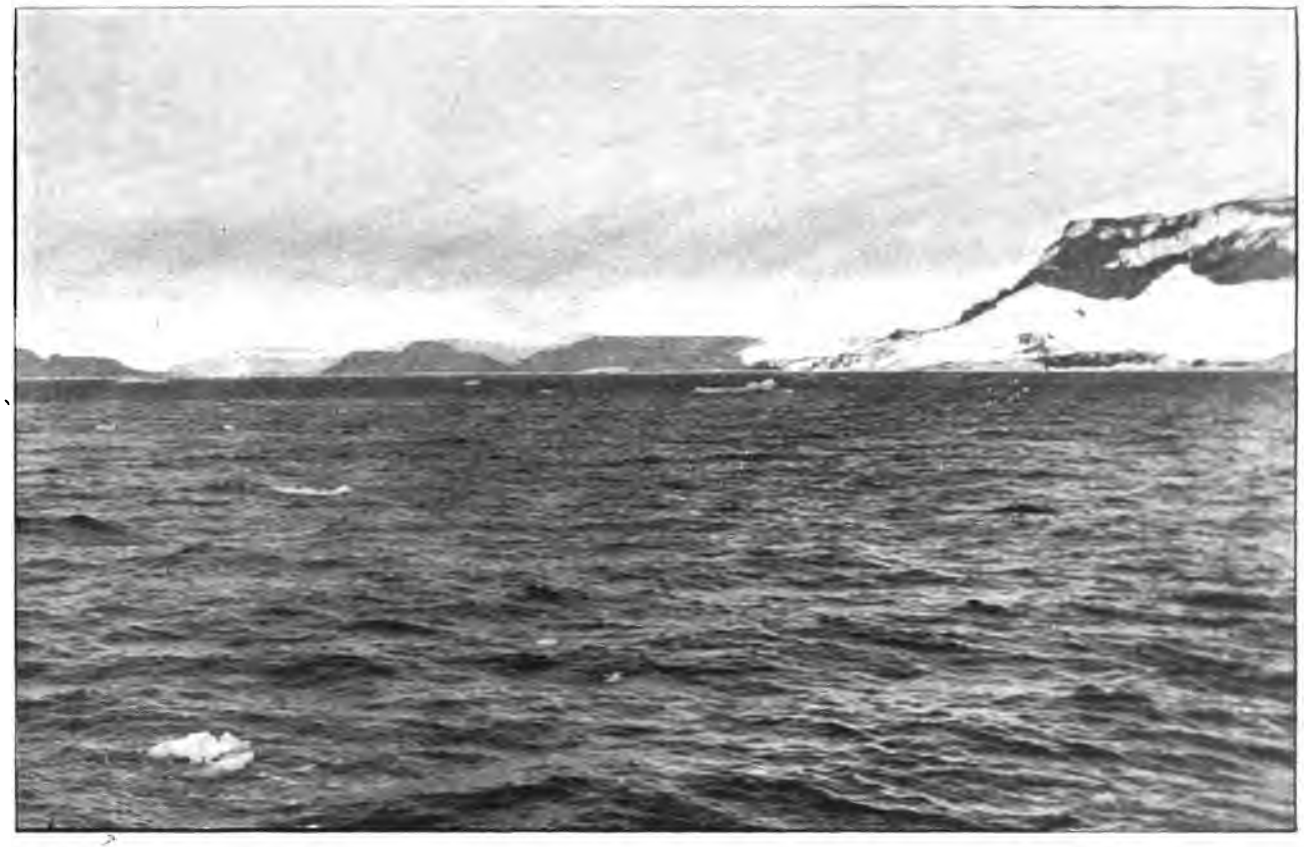
Por nuestra desgracia, no pesamos su contenido, sino que lo calculamos por el volumen, lo que hizo que la existencia de este artículo de primera necesidad fuese algo menor de lo que era menester. Otros tripulantes llenaban sacos de carbón ó estaban ocupados en otros de los muchos preparativos necesarios.

El día 9 por la mañana divisamos otra vez tierra y á medio día estábamos á la altura del cabo de Seymour. El viento había arreciado tanto, que no podía pensarse en desembarcar y pronto aumentó de tal manera, que llegó á ser un verdadero huracán: una fuerte ráfaga nos rompió el foque. Para evitar daños más graves, fué necesario hacer rumbo mar adentro y buscar abrigo detrás de la isla de Cockburn que conocíamos entonces por primera vez, y que debía ser muy nombrada por nosotros en adelante. Su forma es característica y perfectamente singular: su parte baja está formada por unas capas oblicuas y friables, sobre las que se levanta una cima casi vertical que tiene la forma de un tronco de cono, rematado al norte por una cumbre en forma de tetraedro. Esta isla tiene especial interés histórico por ser el único lugar de estas regiones donde desembarcó Ross, que en nombre de Inglaterra, tomó posesión de esa tierra que fué durante algún tiempo el punto más meridional donde se conociera alguna vegetación.

No podíamos ver gran cosa de la isla que nos ocultaba la furiosa tormenta de nieve que había estallado y que aumentaba el trabajo del capitán, obligado á dirigir el buque entre montañas flotantes de hielo con poco fondo y á tan corta distancia de tierra. Las grandes montañas de hielo son verdaderamente peligrosas, porque á causa de su gran profundidad debajo de la super-

ficie, se mueven independientemente del viento y á menudo marchan en dirección opuesta á él. Fué aquella noche la peor que habíamos pasado hasta entonces: las olas llegaron hasta los topes de los mástiles, blanqueando el aparejo con cristales salinos y una capa de hielo. La temperatura había descendido á varios grados bajo cero. Era realmente trabajosa la tarea del marino en tal ocasión; á uno de los tripulantes se le helaron las manos durante la noche, que le quedaron completamente cubiertas de sabañones confluentes.

Por fortuna se calmó el temporal durante la mañana siguiente, lo que nos permitió ver que habíamos sido arrojados á lo lejos hacia el norte, y que teníamos delante de nosotros la bahía de Sidney Herbert, cuya parte interior ó bahía del Erebus y del Terror no había sido visitada, hasta entonces, por nadie. Una vez allí, decidimos sacrificar algunas horas en un corto viaje para hacer un rápido examen de la región. El tiempo, que se había serenado poco á poco, era magnífico; parecía que la naturaleza quería concedernos un último día espléndido y provechoso en resultados prácticos para acabar dignamente los trabajos del estío. Veíamos á nuestro alrededor un hermoso cuadro, un espectáculo grandioso; las orillas casi libres de nieve aparecían matizadas de varios colores entre ellos el morado y el rojo vivo. Las montañas, que no parecían de mucha elevación, estaban visiblemente compuestas de capas volcánicas: entre ellas había grandes ventisqueros que llegaban hasta el mar, mientras que el monte Haddington levantaba á lo lejos en el fondo su cumbre blanca azulada. La observación más interesante que hicimos, y que después comprobamos, fué la de que la bahía con-



Es interesante observar que la bahía de Sidney Herbert está mucho más lejos de lo que marcan los mapas.

Vista del lugar de invernada con el «Antártico» y la isla de Cockburn al fondo.

tinúa mucho más adentro de tierra de lo que los mapas indican, y de deducción en deducción, sospechamos entonces la posibilidad de que la bahía de Sidney Herbert formase un canal, que probablemente desembocaba en alguna otra. En la confianza de poder descifrar por completo este enigma, hicimos rumbo hacia un cabo arenoso y bajo, pero de repente cambió el color del agua y poco después notamos que la hélice empezaba á remover el lodo del fondo. Dióse inmediatamente orden de virar, pero antes de haberlo logrado completamente, estaba el buque varado. Afortunadamente no hubo grandes dificultades para ponerlo á flote, porque en cuanto las velas fueron izadas y dada toda velocidad á la máquina, resbaló paulatinamente el buque, y salió del banco. Este accidente se repitió otra vez, pero también entonces pudimos escapar, haciendo rumbo hacia el sur. Después de haber pasado á través de una espesa faja de grueso hielo y cuando nos acercábamos por segunda vez á la isla de Cockburn, un fuerte viento empezó á soplar de nuevo obligándonos á barloventear.

La tempestad continuó durante toda la noche, pero por la mañana, lo mismo que el día anterior, tuvimos buen tiempo. Desgraciadamente habíamos sido arrojados de nuevo bastante lejos hacia el norte, y enormes masas de hielo que indudablemente habían sido desprendidas más al sur, cerraron nuestro camino hacia el estrecho del Almirantazgo. Hicimos una pesca con balanzas y luego comenzamos á luchar otra vez con el hielo. Fué esta nueva lucha muy penosa, la peor en su clase que habíamos sostenido hasta entonces; más de una vez temimos que nos íbamos á ver obligados á virar en espera de más propicia oportunidad, que tal vez no se

presentaría ya en aquella estación. Pero gracias á la energía del capitán y á las buenas condiciones del «Antártico» vencimos todos los obstáculos, y aquella misma noche pudimos felicitarnos por haber salido con bien de tan ardua prueba: teníamos por fin abierto el camino hasta el territorio donde debíamos establecer nuestra estación.

A las cuatro de la mañana del siguiente día, 12 de febrero, estaba ya de nuevo sobre cubierta. Hacía un frío tremendo, á pesar de lo cual, no me cansaba de contemplar aquellas islas y aquellas costas destinadas á ser nuestra residencia. Apenas puede nadie figurarse tierra alguna tan distinta de la que en aquella región existe, como la isla de Seymour, con su superficie libre de hielo, con hondos valles y singulares elevaciones. Abundaban cerca de nosotros costas accesibles, propias para desembarcar, pero proseguimos navegando en espera de encontrar otras mejores todavía. Habiendo pasado el estrecho que al sur limita la isla de Seymour, alcanzamos un nuevo territorio libre también de hielo, que formaba un llano mucho más extenso, pero cuyas costas eran altas y escarpadas, sin que en ninguna parte ofreciesen lugar conveniente para atracar.

Siguió á este paisaje una vasta y no interrumpida extensión de hielo, que concluía hacia el mar por una muralla cortada á tajo. Delante de nosotros teníamos el Snow-Hill, el mismo grandioso ventisquero que habíamos visto ya en otra ocasión por su cara meridional.

La masa de hielo acababa hacia nordeste en un cabo estrecho, y entre este y la tierra alta veíase una reducida extensión de costa que por su situación y condiciones parecía hecha expresamente para el estableci-

miento de una estación. Deseaba examinar minuciosamente aquel lugar y pronto fué botada al agua una embarcación, en la que bajé á tierra con los más directamente interesados en hacerlo: tuvimos que abrirnos camino entre bloques de hielo soldados entre sí. La costa formaba un estrecho triángulo cuyo lado mayor tenía una longitud de algunos centenares de metros: estaba abrigada de un lado por una tierra elevada y del otro por una muralla vertical de hielo. A nuestros ojos inexpertos pareció aquel el mejor de los abrigos contra los fríos vientos del sur, y las cimas en forma de meseta de los montes inmediatos, debían proporcionarnos cómodos lugares de esparcimiento.

Las capas del terreno eran arenosas y contenían una vena de basalto, pero tan estrecha, que según todas las probabilidades, no debía ejercer influencia alguna en las observaciones magnéticas.

Todo esto me inclinaba á mirar favorablemente aquel lugar, pero lo que me hizo decidir por él, fué el gran número de fósiles que, desde luego, encontramos.

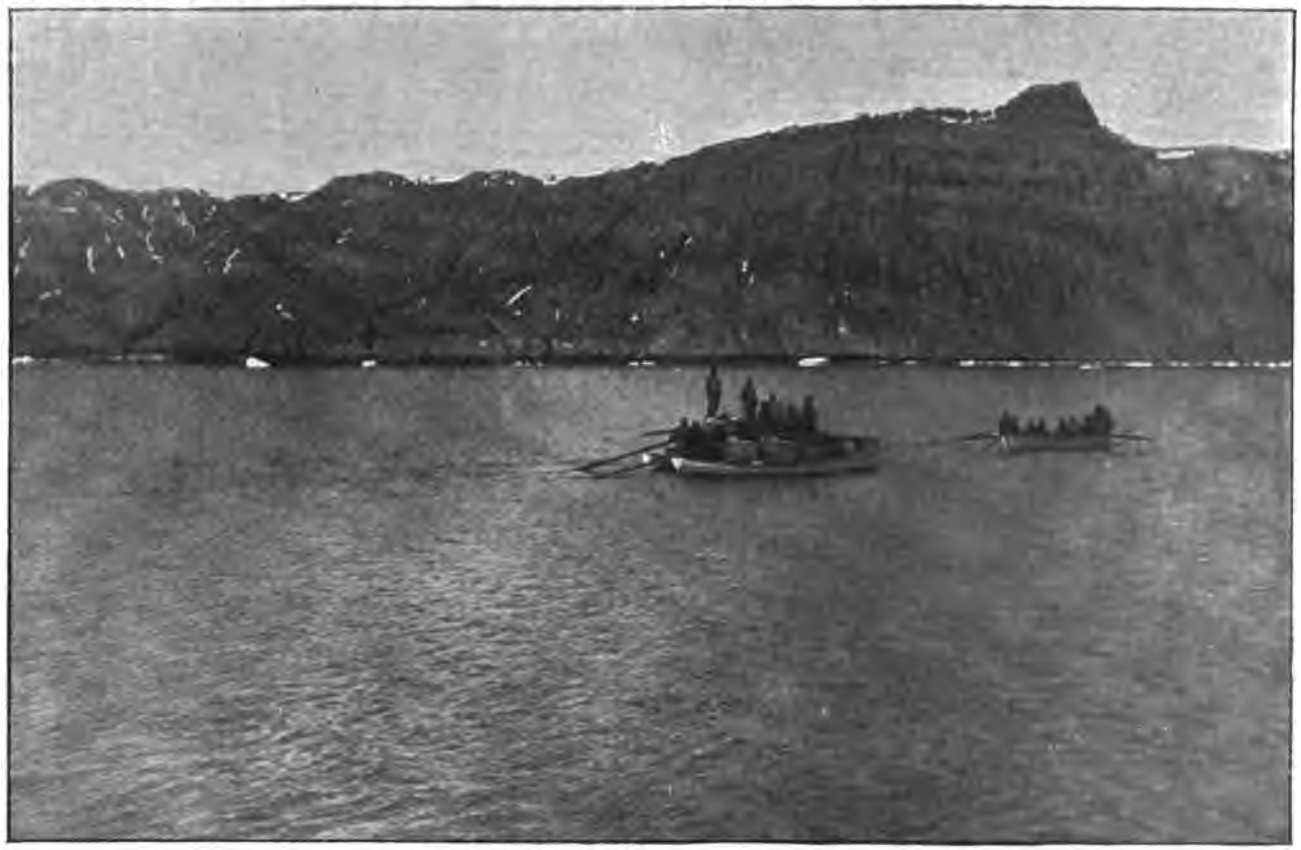
Eran allí mucho más numerosos que en el interior de la isla de Seymour, que ya había visitado, y de clases muy diferentes: encontramos numerosas anconitas que jamás se habían hallado aún en los territorios antárticos. Ví, pues, claramente que un detenido reconocimiento de aquel lugar ofrecía gran interés para nosotros, y después de una corta estancia, regresamos al buque para empezar inmediatamente la descarga: era, pues, cuestión de trabajar asiduamente y de un modo rápido. Poco conociamos todavía aquellas regiones, pero presentíamos la violencia que debían tener las tempestades y la rapidez con que podían unirse las casi impenetrables masas

de hielo, y nos hubiéramos encontrado indudablemente en una situación muy comprometida si de repente una tempestad, sobreviniendo antes de haber concluído la descarga, hubiese obligado al buque á apartarse de aquella orilla, donde tal vez no hubiera podido acercarse tan fácilmente.

No era pequeño el aprovisionamiento que debía llevarse á tierra para poder permanecer allí durante dos años, y como dato interesante, voy á reproducir una breve relación de lo que desembarcamos. Primeramente debemos citar los materiales para edificar nuestra casa, que era lo más pesado y voluminoso de los objetos que debíamos transportar; los necesarios para edificar dos observatorios, de los cuales el magnético era bastante grande, y por último, algunas tablas de reserva.

Debíanse descargar, además, nuestros enseres domésticos, una estufa con sus accesorios, una crecida cantidad de ropas de cama, mantas, utensilios de cocina, un reloj de pared, quinqués, velas, etc... Como combustible debíamos proveer la estación de unas veinte toneladas de carbón, pero por motivos que explicaré pronto, tuvimos que conformarnos con una bastante inferior cantidad, llevándola en cambio mayor de petróleo: unas 40 latas de 36 litros de capacidad.

Nuestro aprovisionamiento estaba calculado para que durase veinte meses: nos habíamos provisto de una reserva de regular importancia de varios artículos indispensables que no se podían substituir de ningún modo. Nuestras principales provisiones eran las siguientes: Pan, unos 570 kilos, 465 de galleta, 80 de un pan característico de nuestro país llamado *knäckebröd*, 1 200 kilos de harina, 200 de avena decorticada, más de 200 de carne



Nuestros enseres fueron llevados á tierra sobre una balsa compuesta de dos botes, remolcada por un tercero.

Nuestro primer ensayo para hacer tirar á los perros del trineo.

salada, unos 160 de tocino salado y jamón, 2 barriles de arenques, uno de pescado salado, unos 50 kilos de pescado seco, 100 de garbanzos, 100 de judías, 60 de patatas secas, 140 de legumbres secas, 320 de azúcar, 60 de café, 240 de manteca y margarina, 30 de queso, 3 barrilitos de mermelada de zarzamora y 100 kilos de fruta seca. Á esta lista debía añadirse toda nuestra existencia de salsas y conservas de carne, pescado y legumbres variadas; estas últimas especialmente abundaban mucho. También había bastante cantidad de te, chocolate, cacao, leche condensada, morcilla, macarrones y otros comestibles. Á estas provisiones se unían las destinadas á las excursiones en trineo que se componía de un *stock* ó depósito suficiente para seis personas durante 70 días y abundantes provisiones para los perros, consistentes en *pemmican* (*) para los viajes en trineo, pan, pescado seco y desperdicios de carne aderezados con grasa, para su alimentación en circunstancias ordinarias.

Desembarcamos además nuestro equipaje personal y objetos destinados á nuestras distracciones, entre otros la biblioteca; ropa de reserva para vestir y material para recomponerla; nos llevamos para uso de todos, seis fusiles con suficientes municiones, cohetes y luces de Bengala, muchas cuerdas, utensilios de herrero, y por fin, una buena colección de herramientas de carpintero finas y ordinarias. Finalmente, no olvidamos importantes accesorios del aprovisionamiento científico de la expedición: hemos de citar entre ellos un meridiano para la longitud, un compás prismático, dos cronómetros grandes y uno de bolsillo, una serie completa de aparatos magnéticos de variación, instrumentos para determina-

(*) Substancia compuesta de carne y grasa mezcladas en partes iguales.

ciones fijas, un pequeño teodolito magnético, una sencilla colección de accesorios indispensables para dibujar mapas, dos cajas de termómetros para encerrar los instrumentos meteorológicos, un doble juego de aparatos registradores para observar la temperatura y la humedad, dos barómetros marinos, un barógrafo, dos anemómetros para medir la fuerza del viento, un aparato para registrar la fuerza luminosa del sol, un psicrómetro de aspiración según el modelo de Assmanns, seis cámaras fotográficas con sus accesorios, un rico aprovisionamiento de productos para conservar las colecciones botánicas y zoológicas, y por último, una completa serie de aparatos bacteriológicos para el médico.

Aunque la lista anterior es incompleta, da, sin embargo, una idea del cúmulo de objetos diferentes que debíamos llevar á tierra. Para su transporte uniéronse por medio de una cubierta de tablones dos balleneras, formando así una especie de almadía que podía soportar bastante carga y que fué remolcada hasta tierra por un tercer bote. Estuvimos todos ocupados con este transporte hasta muy entrada la noche y pudimos, al concluir este largo día de trabajo, felicitarnos al ver que gran parte de las provisiones invernales estaban ya almacenadas en la orilla.

Sin dejar de vigilar la descarga, estuve aquellos días ocupado en la redacción de notas é instrucciones para uso del personal que debía quedar en el buque; habíase decidido que el «Antártico», concluído nuestro desembarco, debía partir tan pronto como fuera posible hacia el sur para buscar un sitio oportuno donde dejar un depósito de provisiones que debía servirnos durante nuestros viajes en trineo.

Hubiera deseado acompañar el buque durante este viaje, pero en el último momento renuncié á ello, comprendiendo que al llevarme otra vez al punto de invernada, se expondría el buque á muy grandes riesgos si empeoraban las condiciones del hielo. Consecuencia de este cambio en mis planes, fué que muchos proyectos

Subiendo al barril del vigía.

que hubiera podido llevar á cabo á bordo, se aglomeraron ahora de pronto en espacio de tiempo tan corto, que varios trabajos importantes hubieron de descuidarse.

En virtud de un documento redactado en regla, dejé al capitán Larsen la dirección del buque hasta que pudiese reunirse con el doctor Juan Gunnar Andersson. En

extensas instrucciones procuré anotar las más importantes reglas á que debía sujetarse la expedición, tanto durante el próximo invierno, como durante el verano siguiente en que el llevar auxilios á los invernantes debía constituir el trabajo preferente. Estaban, sin embargo, redactadas las instrucciones en tal forma, que dejaban en completa libertad de acción á los dos experimentados y célebres exploradores que debían encargarse de la dirección á bordo y ser responsables del modo que llevasen á cabo su cometido.

Los trabajos de descarga continuaron todo el día siguiente, en que no tuve tiempo de ir á tierra, donde, con la ayuda de algunos tripulantes, empezó el carpintero del buque la construcción de nuestra casa de invernada. Mientras tanto, salían los botes uno tras otro con su carga, y por la noche ya estaba en tierra la mayor parte de nuestro aprovisionamiento. Lo que faltaba transportar, además del equipaje particular de cada invernante y varios efectos que intencionadamente se habían dejado para el último momento, era gran parte del depósito de carbón. El día siguiente debía ser, pues, el último que pasáramos á bordo, donde deberíamos estar aún, para concluir los trabajos necesarios, gran parte del día.

Yo estuve escribiendo hasta las tres de la madrugada, y antes de acostarme, dí un vistazo sobre cubierta. La noche era magnífica, y ni antes ni después, creo haber visto en las regiones australes tan acentuada coloración del cielo. Comenzaba á amanecer y la mañana se anunciaba espléndida y tranquila. Cambié algunas palabras con el piloto Reinholdz que prestaba servicio paseando de arriba abajo y que observó entonces que algunos témpanos de hielo empezaban á penetrar dentro de la bahía,

sin que parecieran todavía peligrosos. Apenas, sin embargo, me hube dormido en mi camarote, cuando el capitán me mandó decir que el viento del norte empezaba á arreciar y que masas de hielo comenzaban á venir hacia nosotros. Volví de nuevo sobre cubierta, y bien pronto nos pusimos todos en actividad. Tratábase de llevar á tierra lo más importante de lo que faltaba transportar. Sólo pudimos desembarcar una parte del carbón, pero en su lugar decidimos dejar en la estación invernal el depósito de petróleo que Mr. Stokes había llevado para calentar su cabaña. El hielo venía flotando en grandes trozos, y era preciso evitar que no chocasen demasiado fuertemente contra el buque. En un principio, temíamos que algún gran témpano de hielo rompiese la cadena del ancla y nos llevase directamente contra el ventisquero de Snow-Hill.

Teníamos, como es natural, mil cosas en qué pensar en aquel momento; encargos y advertencias personales que debían aclararse y órdenes que debían darse á los que marchaban con el buque; mientras tanto, salían los últimos cargamentos para la estación de invernada.

Las horas pasaban rápidamente y pronto vimos los botes de carga dejar por vez postrera la costa, encaminándose hacia el buque. Para los que debíamos quedarnos en tierra sólo nos restaba la despedida y la separación.

CAPITULO VIII

Primeras semanas pasadas en la estación invernal

Nuestro desembarco.—Trabajos de construcción.—Primera tempestad sufrida.—Nuevas tempestádes.

Las masas de hielo no eran arrastradas con la velocidad que creíamos, pero los trozos que venían flotando, presentaban mal aspecto, y el capitán deseaba con ansia que desembarcásemos. Regresaron por fin los botes vacíos, faltando sólo que llevar á tierra, aparte de nuestras personas, los perros y algunos instrumentos y pequeños objetos olvidados. Debíamos también desembarcar los dos botes destinados á la estación, uno viejo llamado *Tromsö* magnífico velero, en el cual había yo efectuado más de un paseo á remo y á la vela en la costa de Groenlandia, y otro pequeño para la navegación entre los hielos, construído exprofeso para la expedición según

el modelo que el teniente Amdrup empleó durante su célebre viaje; los materiales que habían servido para su construcción eran de la mejor clase, resultando sumamente ligero, para en caso de necesidad, poder ser arrastrado sobre el hielo.

Estos dos botes pusiéronse á flote atracados al costado del buque que levó anclas, y muy despacio empezó á salir fuera del estrecho. Hicimos embarcar los perros que veían con suma intranquilidad este arriesgado viaje, pues la espuma levantada por la marcha del «Antártico» anegaba el bote donde iban. Después de una breve despedida, nos embarcamos nosotros, y nos apartamos del costado del buque, no siendo, aunque parezca extraño, la separación muy solemne. Unicamente desde el navío nos saludaron con la bandera nacional izada en el cangrejo, mientras nos alejábamos poco á poco. Había que recorrer al remo largo trecho y cuando llegamos á la costa, el «Antártico» se encontraba ya muy lejos.

Quedábamos, pues, solos y abandonados los seis compañeros que debíamos ser en aquella desierta orilla los primeros moradores.

La marea estaba baja y una regular cantidad de grandes bloques de hielo llevados por el viento del norte, habían embarrancado en la orilla, de suerte que nos fué difícil llegar á ella y nos costó mucho trabajo poder llevar nuestro cargamento hasta el gran depósito que habíamos instalado. Tan pronto como pude, me dirigí al punto donde comenzaba á alzarse la armazón de nuestra vivienda; mas no habiendo podido explorar de antemano el terreno donde había pensado elegir un sitio elevado en el interior para su edificación, al estudiar detalladamente la posición escogida, me pareció que estaba demasiado

expuesta á los vientos; pero ya no había remedio, y sucesos posteriores nos demostraron que tampoco hubiera sido más á propósito cualquier otro sitio que hubiéramos podido habilitar para tal objeto. Sentados entre el material desembarcado, pasamos un momento contemplando los alrededores y reflexionando en el orden que debíamos guardar en nuestros trabajos. Decidimos empezar por la construcción del observatorio magnético cuyas piezas, ya preparadas de antemano, sólo necesitaban juntarse, por lo que, con poco trabajo, pudimos á la par encontrarnos con un excelente refugio.

A pesar de estar embebido en mi trabajo, no podía por menos de contemplar con marcado interés los que debían ser mis compañeros durante la invernada. Procedían de distintos países; algunos tal vez hasta entonces no habían cambiado entre ellos más que las precisas palabras, y todo lo más, habían trabado á bordo un conocimiento superficial. Mis dos más íntimos compañeros, Bodman y Ekelöf, y yo, éramos los únicos que, habiendo habitado en Upsala, nos habíamos conocido durante nuestras largas conferencias antes de emprender la expedición. Pero el teniente Sobral, que era hijo de un país meridional, hablaba todavía difícilmente nuestra lengua y debía acostumbrarse desde entonces á expresarse en ella. Debía, además, acostumbrarse á un clima que por su temperatura, hielos y nieve era diferente en absoluto de cuantos había conocido, y debía, en fin, atemperarse á una manera de vivir completamente nueva para él.

Jonassen era el prototipo del pescador noruego, trabajador, enérgico, incapaz de darse por vencido cuando trataba de vencer una dificultad, conocedor de toda clase de trabajos que pudieran presentarse y muy experimen-

tado en viajes. A bordo de buques de pesca por ambos mares glaciales estaba familiarizado con el frío, había formado parte del grupo de invernantes de la expedición del duque de los Abruzzos, durante el invierno de 1899-900; tenía sobre tales viajes experiencia propia y una naturaleza á prueba de bomba. El quinto de mis compañeros era Akerlund, de Estocolmo, joven de diecinueve años, que llevé conmigo impulsado por sus vivas súplicas y el interés y buena voluntad de aprender que demostraba. Parecía difícil que naturalezas tan distintas armonizasen, pero todos trabajaron animosamente, penetrados de que perseguíamos el mismo objetivo y habíamos de interesarnos por igual.

Nuestro primer trabajo consistió en llevar al lugar destinado para su edificación las diecinueve grandes piezas de que se componía el edificio destinado á observatorio magnético; debía instalarse en una meseta baja y llana, á unos cien metros de nuestra vivienda, en una situación preservada de la influencia de cualquier utensilio de hierro. Cuando todos los accesorios estuvieron preparados y en orden, se aceleró el trabajo, y al crepúsculo, las piezas del edificio estaban provisionalmente unidas de manera suficiente para refugiarnos durante la noche.

Nadie había tenido tiempo siquiera de pensar en comer, y cuando ví que la casa estaba medio concluída, me encaminé, en compañía de Ekelöf, hacia la orilla para buscar un emplazamiento donde preparar algún alimento. Pensamos levantar un pabellón, pero fué imposible encontrar lo necesario entre nuestro aun desordenado material, por lo cual, preparamos provisionalmente un pequeño comedor, especie de tinglado cerrado por medio

Sobre la colina se levantaron ya los postes de nuestra futura vivienda.

de unas cuantas cajas y mal cubierto por un lienzo encerado, para en caso de necesidad poderlo transportar todo á otro sitio ó desarmarlo fácilmente. En este lugar comimos durante los días siguientes, expuestos tan pronto á la nieve y á las tempestades como al sol, según las circunstancias. No se hicieron economías ahorrando los manjares delicados mientras fué pesado el trabajo.

Los perros participaron de nuestra comida, acercándose á menudo para beber en nuestras mismas tazas.

Había bastante espacio para todos en el observatorio magnético, donde disfruté, después del trabajo del primer día, de un tranquilo sueño tal como no había disfrutado hacía mucho tiempo. Cuando nos despertamos la mañana siguiente, el tiempo era frío y desapacible y el suelo estaba cubierto de nieve recién caída, cosa que yo no esperaba en tal latitud durante la estación de verano. No conocíamos aún todas las sorpresas de aquel clima. Hubiera sido quizás prudente haber concluído en primer lugar el observatorio por completo, pero no pensamos en ello; teníamos entonces más prisa en preparar nuestra morada, para cuya instalación había contado hasta los últimos momentos con el auxilio de la tripulación del buque, pero desgraciadamente, como se ha visto, mi proyecto no pudo realizarse. Sobral y yo estuvimos ocupados durante casi todo el día en transportar desde la orilla el material necesario, mientras que los demás se dedicaban á la construcción de nuestra casa, cuyos trabajos habían adelantado tanto al llegar la noche, que ya se podían empezar á clavar las tablas que debían componer la techumbre, y pudimos contemplar con orgullo nuestra tarea del día cuando, al hacer alto en la faena, regresamos al observatorio magnético.

Fué una gran fortuna para nosotros que el tiempo fuese tan hermoso el día siguiente; era domingo, circunstancia de que entonces debíamos prescindir; así, después de haber trabajado mucho durante toda la mañana y pasado durante más de ocho horas clavando las tablas que debían formar las paredes y el tejado de nuestra casa, me pareció que podíamos dejar el trabajo y dar un paseo hacia la parte elevada de la isla, para contemplar

Había baja marea y grandes bloques de hielo habían embarrancado.

nuestro territorio y formarme una idea aproximada de las condiciones del hielo y de las probabilidades de regreso del buque.

La parte superior del escarpado declive hacia donde me encaminé, adonde más tarde he trepado tantas veces, estaba sembrada de los más hermosos ejemplares fósiles que jamás había visto.

Pero no podía detenerme entonces, ya tendría en lo

Bodman trabajaba en la mesa del comedor.
En la pared se ven el barógrafo, el aparato registrador para la fuerza del viento, papel para un aneroide, etcétera.

sucesivo ocasión de examinarlos. Después de haber franqueado la última pendiente, llegué á la más alta meseta, que hasta entonces no había sido hollada por sér humano. Diversas curiosidades llamaban mi atención, pues tenía ante mi vista un verdadero muestrario de los terrenos de la isla; aquí y allí sobresalían extraños bloques, cuya presencia necesitaba especiales estudios para su explicación. Cien veces me hubiera detenido, pero preferí internarme aún más, y seguí explorando, no sin precauciones, pues atravesaba entonces un terreno profundamente socavado en algunos puntos. Ante mí se elevaban imponentes montañas que parecían unas veces fortalezas con sus torres y murallas almenadas, y tomaban otras, fantásticas formas de gigantescas esfinges que se destacaban arrogantes sobre el firmamento, mientras que á mi alrededor se extendía un desierto más pavoroso que el de Sahara; en parte alguna había rastro de vegetación; ni aun la arena había podido permanecer en aquel lugar, de donde las tempestades la habían barrido, quedando el suelo compuesto tan sólo de informes masas de piedra, agrestes rocas que por la influencia del viento y la humedad habían tomado extrañas formas.

Seguí avanzando hacia el interior de la isla, donde contemplé una ilimitada extensión algo prominente cubierta de hielo y nieve. Era Snow-Hill (loma de nieve), que ha dado su nombre á toda la isla, nombre en verdad impropio, pues no por estar cubierta de nieve, sino por hallarse en gran parte libre de ella, fué elegida por nosotros como estación de invierno, que había de ser célebre en lo sucesivo.

Desde Snow-Hill, emprendí mi regreso, encaminándome hacia un lugar desde el cual pudiera contemplar el

panorama: tenía ante mis ojos el inmenso mar cubierto de hielo muy dividido, entre el cual hubiera podido, sin dificultad, abrirse camino nuestro buque, pues no había mucho hielo en el estrecho del Almirantazgo, resultando que la prisa con que hicimos salir el «Antártico» no era justificada; pero no conocíamos antes tal circunstancia.

Presentaba la naturaleza en aquel momento un aspecto grandioso: poníase el sol detrás de la arrogante cumbre cubierta de hielo del monte Haddington, haciendo resplandecer el campo de hielo allá á lo lejos, al este del horizonte: no oía á mi alrededor ruido alguno: no podía encontrarme más aislado y solitario.

Tan agreste territorio debía ser durante largo tiempo mi residencia y la de mis compañeros: era nuestro dominio, donde lucharíamos cara á cara con una naturaleza de imponente majestad, para arrancarle sus secretos en empeñada lucha. ¿Podríamos lograrlo? En aquel momento creí firmemente en el porvenir, que se me presentó despejado y lleno de esperanzas; me sentí sobremanera contento de poder, por fin, comenzar un trabajo determinado que seguramente no produciría el descubrimiento de ningún extenso país, pero que debía sentar firme base para la exploración científica que formaba precisamente el principal objeto de la expedición.

Cuando regresaba á la estación ya empezaba á obscurecer; contemplé un momento desde la cima del más cercano peñasco el hondo valle, donde se levantaba nuestra vivienda, y apenas pude distinguir á mis compañeros, aunque oí los martillazos que indicaban que no habían interrumpido aun su trabajo.

Pronto me encontré de nuevo entre ellos.

Los tres días siguientes pasaron sin que ocurriera

ningún acontecimiento de importancia, aunque, á la verdad, ofrecíase á cada momento algo nuevo á nuestra vista. El día 17, habíamos adelantado tanto en la construcción de nuestro edificio, que pudimos llevar á él todos nuestros utensilios de cocina y celebrar nuestra primera comida en la nueva morada, acontecimiento que solemnizamos tomando un vaso de ponche. No pronunciamos muchos discursos durante el tiempo que pasamos reunidos en Snow-Hill, pero en esta ocasión quise expresar á mis compañeros, en pocas palabras, mis sinceros votos por el buen éxito de nuestra empresa, brindando porqué, unidos todos por las mismas aspiraciones, reinase siempre bajo aquel techo la mejor armonía, quedando convencido de que todos harían lo posible para que así fuera.

La casa inaugurada entonces, estaba construída según el plano que fué hecho para la primera expedición invernal de Amdrup á la Groenlandia oriental. Formaban aquella expedición cinco individuos, y como nosotros éramos seis, aumenté algo el espacio é introduje algunas modificaciones y mejoras. Las dimensiones exteriores de la casa eran: 6 metros 30 decimetros de largo y 40 de ancho; tenía dobles paredes, formadas de tablas de $^3/_4$ de pulgada de grueso, con un vacío intermedio para la ventilación; el techo era sencillo y su cara exterior estaba cubierta de cartón embreado, lo mismo que las paredes. El suelo, entarimado y con una capa de cartón en su interior, estaba cubierto con una alfombra de grueso fieltro, cubierta á su vez de linoleum.

Al entrar en la casa, se encontraba primero un pequeño vestíbulo que impedía que la nieve y el viento frío penetrasen en el interior de la habitación al abrir la puer-

ta. Observamos más adelante que hubiera sido más conveniente en su lugar un corredor á lo largo de toda la fachada, pues semejante espacio nos hubiera sido muy útil y provechoso en muchas ocasiones.

El departamento de mayor capacidad era el que estaba situado entre la techumbre y el tejado, que formaba un desván abohardillado, que cubría gran parte del área de la casa: hacía en él bastante frío, pues el techo era sencillo, contribuyendo con todo á evitar que irradiase fuera el calor producido en el interior. En este desván habilitamos lugar adecuado para cada una de nuestras distintas clases de materiales, ropas, comestibles, libros, colecciones y cosas parecidas, que necesitábamos tener siempre á mano y que nos hubiera sido muy molesto, con aquel clima, guardar fuera de casa.

Contábamos, además, con otros cinco departamentos bastante reducidos; el mayor de ellos, situado en medio del edificio y que ocupaba todo su ancho. Los restantes estaban situados en los ángulos; uno de ellos era la cocina y los otros tres los dormitorios. Describiré más adelante nuestro modo de pasar el tiempo en nuestra vivienda.

Como todas las piezas sueltas de que se componía la casa estaban exactamente ajustadas de antemano, avanzaron los trabajos rápidamente; no pudimos, sin embargo, evitar que algún detalle nos causara quebraderos de cabeza, tanto más, cuanto que no teníamos ningún diseño exacto para regirnos. Intentábamos á veces introducir algunas mejoras en el plano, pero desgraciadamente no disponíamos de medios para ello. Hubiéramos querido también, para resguardarnos del frío en aquel clima tan crudo, rellenar de virutas ó hierba seca las dobles paredes de la casa, pero carecíamos de ambas cosas.

El 19 de febrero, después de concluir nuestro trabajo diario, habíamos bajado como de costumbre al observatorio magnético, donde dormíamos mientras se terminaba la construcción de la casa, cuando á media noche, me despertó el estruendo de la tempestad; no me inquieté por ello, sino que me introduje más profundamente en mi saco para continuar durmiendo.

A las seis y media, empeoró más el tiempo y la nieve penetraba por las rendijas de la puerta. Jonassen se levantó, dirigiéndose á la casa en construcción para ver si ocurría alguna novedad en la vivienda. Bodman y Äkerlund siguiéronle al poco rato, quedándonos los demás en el observatorio, pero yo ya no pude conciliar el sueño. Observé entonces, que parte de la techumbre correspondiente al sur, se levantaba violentamente á impulso de las fuertes ráfagas de viento, y de pronto, comprendí claramente que el observatorio estaba á punto de derrumbarse.

Me levanté rápidamente y desperté á Ekelöf y á Sobral, diciéndoles que si no querían quedar sepultados bajo las ruinas, habían de levantarse inmediatamente. Después de vestido, salí del observatorio y pude darme cuenta de toda la furia del imponente temporal.

Más adelante sufrimos otros, tanto ó más terribles que éste, que se reproducían con harta frecuencia, y llegó una época en que apenas nos fijábamos en tales pequeñeces, pero en esta ocasión, hay que confesar que experimentábamos por primera vez la crudeza inmensa del clima antártico. La fuerza del viento era de unos 20 metros por segundo, y el termómetro señalaba 10° bajo cero; costaba grandes esfuerzos poder caminar, y parecía rodearnos una nube tupida y oscilante; era una

tromba de nieve que corría con la velocidad de un tren expreso; el ambiente era tan obscuro, que ni siquiera podíamos ver, desde el observatorio, nuestra vivienda, situada á una distancia de cien metros. Me encaminé

La primera comida en el comedor improvisado en la orilla.

hacia ella y los cuatro trabajamos para cerrar herméticamente puertas y ventanas, adoptando toda clase de precauciones para guarecernos lo mejor posible. Ekelöf y Sobral llegaron poco después, diciendo que el observatorio magnético aguantaba aún; pero cuando Jonassen fué á

Estación invernal y jaula del termómetro.

verlo, media hora después, habíase hundido el techo y una de las paredes. No nos quedaba otro remedio que dejar por de pronto nuestro trabajo de construcción de la casa, abrigarnos lo mejor posible y encaminarnos hacia el observatorio, para salvar y resguardar los instrumentos que pudiésemos, costándonos bastante recorrer aquel trayecto, á causa de la terrible tempestad. Afortunadamente, hallamos los instrumentos casi intactos: un par de relojes de bolsillo que había colgados en la pared, parecieron entre las ruinas, y un farol que también estaba colgado y había sido arrastrado fuera por el viento, se encontró después, pudiendo seguir prestando servicio.

Mientras aun estábamos trabajando, se derrumbó lo que quedaba de las paredes y todo el observatorio quedó convertido en un montón de madera que cubría el suelo. No había, de momento, remedio, y después de salvar cuantos objetos pudimos, nos encaminamos hacia la vivienda para continuar allí nuestro trabajo. Acabamos de revestir las paredes interiores y terminamos de clavar el techo de cartón en todo el lado norte, donde las dos habitaciones quedaron listas. Se taparon también con cartón las aberturas de las ventanas. Fué aquel un día largo, de pesado trabajo, pero cuando, mucho después de media noche, estábamos á punto de acostarnos, pudimos felicitarnos por haber adelantado tanto y poder descansar aquella noche bajo un techo que podía protegernos contra la crudeza del clima: no hay que decir que dormimos perfectamente.

Habíamos hablado varias veces durante aquellos días de la posibilidad de un regreso del «Antártico», y aunque nadie quería creer en ello, dirigíamos todavía el día 19

involuntarias y ansiosas miradas hacia la bahía. Durante el día siguiente, que fué muy tempestuoso, no tuvimos ocasión de observar el mar. El 21 fuí el primero en levantarme, aunque lo hice á las diez de la mañana, y al trasponer el umbral de nuestra habitación, ví con gran alegría y sorpresa el «Antártico» que, corriendo rumbo hacia nosotros, estaba ya cerca de la orilla. Llamé á Ekelöf, que era mi compañero de cuarto, para que saliese á ver el buque, suplicándole que despertara á nuestros demás compañeros, quienes, medio dormidos y dudando aún, se apresuraron á reunirse con nosotros en la costa. Traté en seguida de saltar á nuestros botes, con Jonassen, para salir al encuentro de los que llegaban, pero no hubo necesidad, pues vino á tierra una lancha con Larsen y los demás expedicionarios, seguida inmediatamente de otras dos embarcaciones cargadas con unos treinta sacos de carbón. No me es fácil describir con qué alegría recibí á los recién llegados, y dí las más expresivas gracias al capitán por aquella nueva muestra de su previsión y por el interés que demostraba por la expedición.

Una vez todos en tierra, nos encaminamos primeramente á la casa, cuyo aspecto demostraba claramente nuestra aplicación al trabajo durante toda la semana anterior, aunque su estado actual no era lo bastante confortable para que fuesen envidiados los que en ella debían invernar. Todos los tripulantes demostraron su satisfacción al ver que estábamos bien, y de todas partes recibimos parabienes y pruebas de amistad.

Bodman, Ekelöf y Sobral fueron en seguida á bordo del «Antártico», mientras los expedicionarios del buque se quedaron algunas horas en tierra, paseando por los alrededores.

Yo escribí apresuradamente dos cartas, y acompañé al capitán y á sus compañeros cuando regresaron al buque. Era cosa singular que tras una ausencia tan corta nos pareciese que tenía todo un aspecto diferente: nuestro reducido buque, sobre todo, nos parecía entonces tan grande y espacioso, tan lleno de comodidades y *confort*, que apenas podíamos darnos cuenta de que era el «Antártico»; ¡qué gozo era poderse lavar bien! Tenía bastante

La casa estación de Snow-Hill en construcción.

qué hacer á bordo, donde varios de los tripulantes me habían hecho preguntas que requerían contestación.

Tomamos deprisa un bocado, presentando en la mesa lo mejor que poseíamos: nos bebimos luego una taza de café y una copa de ponche, se cambiaron algunos saludos de despedida y nos separamos, deseando á cada uno la mejor suerte durante los meses venideros. Nuestros pensamientos tomaron, á nuestro pesar, melancólicos rum-

bos, pero, afortunadamente, no podíamos sospechar entonces que había de pasar tanto tiempo hasta que supiésemos que nuestro viejo buque no regresaría, y que ninguno de los que allí quedábamos lo volvería á ver jamás. El pabellón izado nos saludó al alejarnos en nuestro pequeño bote; yo dí un ¡hurra! que fué contestado desde el buque, con el pito, y quedamos separados del mundo definitivamente.

No hay, á buen seguro, muchos hombres que hayan estado tan aislados como nosotros, si se considera cuán pocos éramos y la imposibilidad absoluta de salvarnos ni ponernos en comunicación con el mundo exterior, sin auxilio ajeno á nuestros recursos.

Nuestro equipo era bueno y completo, pero estaba persuadido de que no llegaba ni con mucho á ser inmejorable, como lo hubiera sido á permitirlo las condiciones económicas.

Mis impresiones escritas en el diario, inmediatamente después de habernos dejado el buque, tal vez sean poco halagüeñas, pero sin mostrar temerosas inquietudes, y concluí reflexionando que era nuestro deber sacrificarlo todo para dejar colocadas en buen lugar las tradiciones de los antiguos viajes suecos de exploración, debiéndonos siempre servir de estímulo el ejemplo de nuestros predecesores.

Nos fué muy conveniente esta última visita del «Antártico», pues nos sirvió de agradable interrupción en nuestra monótona vida, que recordamos durante largo tiempo. Tanto la provisión de carbón que entonces recibimos como varios efectos que habíamos olvidado ó que no tuvimos antes tiempo de llevarnos, podían haberse guardado en la isla de Seymour, por ejemplo; pero entre

los objetos dejados á bordo había algunos en que no fijaron la atención los compañeros del buque. Eran estos, en primer lugar, una caja entera de instrumentos meteorológicos, que no hubiéramos recuperado á no haberlos buscado nosotros mismos, y de los que difícilmente podíamos prescindir para nuestros trabajos.

Desgraciadamente, la expedición del buque había hecho estériles esfuerzos para dejar un depósito en regiones más meridionales. El 16 de enero se había acercado el «Antártico» á unas veinte millas de la isla de Christensen, hallando ante la costa una barrera de hielo tan compacto, que sólo podía franquearla una expedición en trineo, en que no podían pensar dadas sus circunstancias. Encontraron que el hielo era mucho más espeso y ofrecía más peligro que cuando lo habíamos visto un mes antes. Las montañas de hielo eran también muy numerosas, y, á pesar de sus deseos, consideraron que no debían aventurarse más hacia el sur. Además, la insignificante existencia de carbón que llevaban, hacía imposible forzar aquellas compactas masas de hielo.

Habían hecho los expedicionarios de á bordo algunos dragajes y sondeos, y habían encontrado grandes grupos de pájaros bobos imperiales, que en aquella época del año venían seguramente de regiones más meridionales.

Solos de nuevo, dimos inmediatamente principio á nuestros trabajos, que consistieron principalmente en la instalación de nuestra vivienda. Colocamos esteras en el suelo y montamos el hornillo, arreglándolo para poder guisar convenientemente. Trabajamos en el montaje de las camas y empezamos á colocar las ventanas.

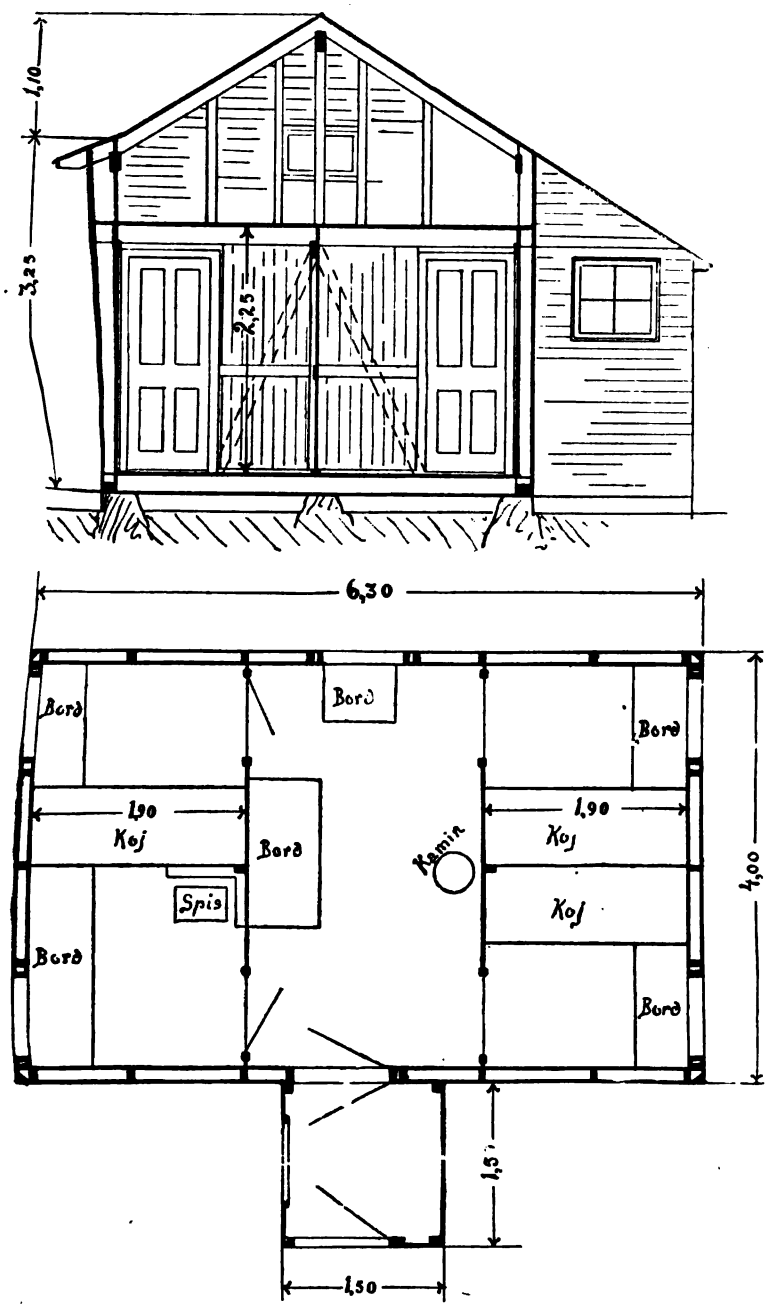
No pudimos, por desgracia, estar mucho tiempo tranquilos: durante la noche del 24, estalló un nuevo huracán,

y por la mañana, al despertar, marcaba el termómetro en nuestros dormitorios, 7° bajo cero, estando las paredes cubiertas interiormente de hielo. El tiempo se parecía al del día 20, pero como estábamos mejor abrigados, tomamos la cosa muy tranquilamente y nos ocupamos en una serie de pequeños trabajos, en colocar ventanas y en cosas parecidas. El viento continuaba tres días después, y empezamos poco á poco á considerar la situación más seriamente.

Realmente fué ésta la primera vez en que hicimos conocimiento con los tan terribles huracanes antárticos, cuya cualidad más saliente es la persistente y larga duración. La temperatura osciló, durante aquel tiempo, entre 10 y 12° bajo cero, y la fuerza del viento fué de cerca de veinte metros por segundo.

Al pensar que estábamos en el mes de agosto del hemisferio del Norte, aquel tiempo nos causaba extraña impresión. El tiempo transcurría pesadamente, pero todo era aún nuevo para nosotros; hubiera sido verdaderamente triste que nuestro humor se hubiese abatido por tan poca cosa. El huracán hacía temblar la casa; teníamos algunos grados bajo cero dentro de las habitaciones, no podíamos salir y no teníamos apenas en qué ocuparnos.

Esta tempestad nos ocasionó un lamentable suceso. El día 24 por la noche, había instalado en el comedor á la perra de Falkland con sus cachorros: los de Groenlandia, que tenían entonces ocho días, se habían dejado fuera en su cajón, porque pensábamos que, estando á mitad del verano, no era necesario ocuparse de ellos. El día siguiente, bajó Jonassen á darles agua, pero regresó en seguida cabizbajo, diciéndome que todos se habían



Corte transversal y plano del edificio.

muerto de frío. La madre se había cansado de estar encerrada, y como la puerta estaba clavada, salió destrozando el techo y dejando sus cachorrillos abandonados. Fué éste un rudo golpe para nosotros, pues esperábamos mucho de aquellos animalitos, y creo que si los hubiéramos podido conservar, nos hubieran servido mucho para el arrastre de los trineos durante los viajes de la primavera siguiente, que deberían emprenderse con sólo nuestros cuatro perros groenlandeses y el pequeño auxilio que podían prestar los de Falkland.

Empezamos entonces á conocer más de cerca á nuestros perros. A bordo solamente formaban un grupo, que visitábamos una vez al día en el lugar donde estaban atados, los acariciábamos en los momentos en que andaban sueltos sobre cubierta, pero, por lo demás, apenas nos cuidábamos de ellos.

Durante aquel tiempo formaron dos bandos, según la raza á que pertenecían, y luchaban uno contra otro. Los perros de Falkland dominaban entonces por su número y, sobre todo, por la rapidez de sus movimientos, que les servían admirablemente en medio del cúmulo de objetos situados á bordo, y entre los cuales podían refugiarse fácilmente. Cuando un perro de Groenlandia se atrevía á atacarlos, tenía generalmente que retirarse ensangrentado. En tierra fué diferente: los groenlandeses se juntaban en un grupo firme y cerrado: con un pronunciado instinto de animales feroces, atacaban juntos á cada uno de los pobres perros de Falkland, que estaban separados, no comprendiendo la inferioridad en que se hallaban por su falta de unión; cuando dos de ellos reñían, acudía apresuradamente todo el grupo para ayudar al más fuerte. Nunca se observó entre ellos lealtad

alguna; cuando un perro de Groenlandia mordía, lo hacía á traición.

Los dos antiguos enemigos, Jim y Tom, no habían olvidado sus rencillas. Primero fué Jim atacado un día, quedando en bastante mal estado; logramos aquella vez salvarle y permaneció varios días encerrado para curar sus heridas; pero siguió tan furioso como antes contra cualquier perro que se le acercase, y sobre todo, contra Tom. Este, en el que me fijé particularmente, era grande, hermoso, de largo pelo, manchado de negro y blanco; era el más fuerte entre los de Falkland y era mucho más inteligente que Jim.

Pero un día encontró la horma de su zapato. Jim empezaba á ponerse bueno, y comenzó, auxiliado por todo su bando, el ataque contra su antiguo enemigo. Antes que pudiésemos acudir, uno de los groenlandeses había causado á Tom una gran herida en el pecho. Hicimos lo posible para cuidarlo, y nos pareció que curaría pronto. Era curioso ver lo acobardado que había quedado un perro antes tan valiente. Cuando otro perro se le acercaba, se iba agachando poco á poco. Una mañana de marzo, al hacer yo una excursión por las inmediaciones, me siguió el pobre animal cojeando y sin querer de ningún modo separarse de mí. Como yo no podía renunciar á mi excursión, y temía que no podría caminar todo el trayecto, lo despaché, muy á pesar mío. Cuando regresé, el perro no había vuelto aún; le vimos después acurrucado contra un peñasco, de donde sólo el hambre le hizo volver dos días después. Murió al poco tiempo, siendo el primero de nuestra colección que sucumbió.

Catorce meses más tarde mataron los groenlandeses el último perro de Falkland.

Durante la tempestad estaban los pobres perros acostados en el mejor abrigo que podían encontrar, casi invisibles por la nieve que los cubría.

Durante los primeros días fué muy fuerte la tormenta de nieve; amenguó luego poco á poco y se hizo visible un pequeño trozo de cielo azul. Era magnífico contemplar durante la noche, mirando hacia el canal, aquel paisaje agreste, grandioso, desierto y de color amarillo

Los cachorros descansando.

claro, mientras la luz pálida de la luna alumbraba en el zénit entre masas nebulosas.

«¡Pobre «Antártico», que se había visto obligado á alejarse, sin lastre, de aquellas frías regiones!» escribí en mi diario, uno de aquellos días; y mucho después, cuando esperábamos nuestro buque, recordamos esta tempestad que, por decirlo así, formó la base de las diversas hipótesis funestas que emitimos acerca de su suerte. Llegaría un día en que veríamos confirmados nuestros presentimientos.

Después de un desgraciado intento de dar la vuelta á la isla de Joinville, había logrado el «Antártico» salir fuera del estrecho que lleva su nombre, el 24 de febrero; pero en el de Brandsfield cogióle la tempestad con toda su terrible fuerza, mientras la atmósfera se hacía tan opaca, que era imposible saber en qué punto se encontraba el buque. Intentóse apaciguar las olas con aceite, pero de nada sirvió: grandes golpes de mar cubrían sin cesar el buque; uno de ellos se llevó la nueva y magnífica ballenera, construída exprofeso para la expedición, y por fin, se juzgó imposible que aguantase el buque contra el viento. Todos á bordo conocían el peligro, todos sabían que era difícil salvarse en caso de ser arrojados hacia las islas del Shetland meridional. Después de increíbles y duros trabajos, lograron, el día 27 por la mañana, rebasar la punta extrema de la isla del Rey Jorge á una distancia de cuatro millas marinas: el buque estaba salvado y podía llegar á sitios más abrigados, llevando nuestras comunicaciones sobre los trabajos del primer verano y la noticia de nuestro desembarco al pie de la montaña de hielo de Snow-Hill.

CAPITULO IX

Un viaje peligroso en bote

Excursiones á los alrededores.—Otro viaje en bote hacia el oeste.—Nuestra primera excursión en trineo.—Situación arriesgada.—El regreso.

El mes de marzo empezó con el tiempo más hermoso que habíamos tenido desde que llegáramos á aquellas regiones. Nuestra vivienda estaba tan próxima á terminarse, que podíamos dejar su conclusión para más tarde. Jonassen tuvo que ocuparse aún durante algún tiempo en ultimarla, mientras los demás ayudábamos á Bodman en el arreglo de las observaciones científicas y de los aparatos. El primero de marzo se instaló el lugar de colocación de los termómetros, el día 2 los anemómetros y el 3 se levantó de nuevo el destruído observatorio magnético, orientado esta vez de modo que su entrada mirase hacia al norte, dirección en que calculábamos que estaría más abrigado, y así permaneció hasta el fin de

nuestra expedición. Tuvimos después días de tiempo variable; cuando había calma, se formaba por la noche, en el estrecho, hielo nuevo, que después se rompía á causa del viento. El 4 de marzo tuvimos tempestad; el

Subimos un trineo para emplearlo en el ventisquero.

5, un viento cálido que hizo subir el termómetro hasta 6° sobre cero, para después descender de nuevo á cero.

En mis ratos de ocio comencé las excursiones por los alrededores para estudiar la naturaleza del terreno y recoger fósiles. La excursión más importante la hice en compañía de Sobral el domingo, 9 de marzo: fué un paseo

Me vestí con prendas á propósito para resguardarme del viento.

de diez horas hacia el sur, en dirección á Snow-Hill. Nos pusimos en marcha con magnífico sol y regresamos de nuestra expedición á las alturas cuando ya anochecía, en medio de una espesa niebla, buscando nuestro camino sin otro guía que nuestros propios rastros.

Presentaba, en general, la nieve valles irregulares, de modo que no hubiéramos adelantado gran cosa sirviéndonos de patines. Las aberturas que se encontraban eran siempre muy angostas.

La mayor elevación que alcanzamos fué, según el barómetro, la de unos 300 metros, en vez de los 600 que indican los mapas. Descubrimos en tres lugares elevaciones sin hielo, rodeadas de otras cubiertas de él, que no son nombradas por Ross en su descripción de esta región. Nos inclinábamos á creer que la nieve había disminuído considerablemente durante los sesenta años que habían transcurrido desde su viaje, cosa que, naturalmente, era difícil de probar. Hemos de confesar, por otra parte, que es casi imposible que el deshielo haya podido ser tan grande. El hielo presenta varias elevaciones, separadas por hondas depresiones, que se relacionan claramente con la topografía del suelo inferior.

Mientras el tiempo permaneció bonancible, la marcha se hizo fácilmente sobre la blanca capa de nieve, viendo ante nosotros la arrogante montaña de Haddington y al este el mar, ahora casi completamente helado, flotando en su superficie grandes témpanos.

Volaban sobre nuestras cabezas bandadas de pájaros blancos, probablemente *pagodromas*. Habíamos visto, durante los últimos tiempos, muy poco rastro de vida animal á nuestro alrededor.

En la costa, á nuestra llegada, vimos una foca que

volvió á aparecer días después, y habíamos matado un pájaro bobo. Grupos de cormoranes nadaban sobre el agua durante los primeros días, pero ya habían desaparecido por completo, y únicamente se veía volar, entre las brechas de las rocas, de aquí para allá, una pequeña golondrina; era un pajarito muy atrevido que volaba descuidadamente alrededor de la cabeza del que se le acercaba, tan cerca, que se sentía el ruido de su vuelo y se recibía á veces la desagradable impresión de un aletazo.

El propósito de este singular pájaro era seguramente desviar la atención de su vecino nido y de su cría: no sé exactamente contra qué clase de animales puede haber adoptado, desde un principio, esta táctica de defensa. Seguramente contra alguna especie de pájaros, tal vez contra el *megalestris*, que se asemeja á las aves de rapiña.

Estas pequeñas excursiones eran tan sólo preparatorias de un largo viaje que tenía que emprender antes de helarse completamente las aguas á nuestro alrededor. La casa estaba ahora apuntalada y protegida, el cartón cuero clavado y lo más importante de la instalación terminado. En la casa sólo había entonces trabajo útil para Bodman, que montaba los instrumentos. Podíamos mirar el porvenir con tranquilidad; mas, por otra parte, era ya tiempo de ponernos en camino si queríamos emplear el bote para nuestro viaje, como era mi intención, desde que el «Antártico» no pudo lograr el emplazamiento de un depósito.

Solamente era posible la expedición llevando un bote y todo el equipo que necesitábamos, y esto era lo que íbamos á intentar. Supliqué á Sobral y á Jonassen que me acompañaran. El día 10 trabajamos todo el día para

alistar el bote y nuestro equipo, y nos marchamos el día siguiente temprano.

Dos eran mis aspiraciones durante este viaje: tratábase en primer lugar, como queda dicho, de emplazar un gran depósito tan al sur como fuera posible, y para tal objeto nos llevábamos, además de lo necesario para el

Una roca del ventisquero de Snow-Hill.

camino, siete cajas de provisiones especialmente dispuestas para viajes en bote y en trineo, y cerca de ochenta kilos de pemmican para los perros. Tenía además esperanza de llegar hasta tierra con nuestro bote, por lo que nos acompañarían el perro Jim y todos los groenlandeses, cuyas aptitudes queríamos examinar.

Tratábase de un verdadero viaje de exploración.

Habíamos visto, desde cerca de la estación, que los mapas que teníamos de la comarca no guardaban mucha relación con la realidad. Aunque tendríamos bastante

tiempo para examinar los más próximos alrededores, era muy grande el campo del trabajo, y en ciertas ocasiones debíamos alcanzar mejores resultados con un viaje en bote que con un viaje en trineo.

Aprovechando la más alta marea para poder salir con mayor facilidad en el bote «Tromsö», muy cargado, nos pusimos en marcha para aquella nuestra primera larga excursión. El día era hermoso, casi demasiado caluroso, pues soplaban algunas ráfagas de esos singulares y cálidos vientos del sur, cuyo origen nunca nos pudimos explicar satisfactoriamente. Estaba el canal cubierto de una delgada capa de hielo recién formado, que dificultaba bastante el manejo de los remos: espesas masas de hielo flotante nos impedían ver el camino y nos obligaban á desviarnos, por lo que, á menudo, teníamos que subir sobre las más altas de ellas para poder examinar nuestro alrededor. Veíamos de cuando en cuando, en el hielo, pájaros bobos que nos contemplaban con mucha curiosidad, ó alguna foca inmóvil, tomando el sol. Esta fué la única vez en que yo pude ver en toda su extensión, desde agua libre de hielo, el gran ventisquero de Snow-Hill.

Las paredes verticales, que se levantan considerablemente, se veían tan hundidas, que parecía casi que desde el bote se podía trepar á ellas; presentaban, además, relucientes colores azules y verdes, y se veían en el hielo grandes grutas y cavidades, especialmente en el límite de las altas mareas.

Paulatinamente íbamos acercándonos más á otra tierra, un cabo, que era probablemente el llamado por Ross cabo Hamilton. Con sumo interés observaba sus condiciones geológicas, sus bajas colinas, seguramente

Aprovechamos la alta marea para salir más fácilmente con nuestro bote.

Nieve depositada sobre los instrumentos del observatorio después de una fuerte borrasca.

formadas de piedras areniscas sedimentarias y de pizarras de igual clase que las de Snow-Hill, y sus altas rocas en extremo agrestes y muy diseminadas. En la parte superior sobresalía una estrecha cresta de roca perpendicular muy semejante á una gigantesca muralla, que de frente formaba una maciza y grande torre que llamé torre de Vigilancia, porque detrás de ella había regiones que aun nadie había visto. En aquel lugar pudimos observar que nos encontrábamos en un verdadero estrecho, partido en dos ramas á través de la gran isla de Lockyer, que teníamos delante. Ross dice, en la descripción de su viaje, que Snow-Hill parece estar unido con la tierra de enfrente por una masa baja de hielo, que él cree ser un ventisquero saliente.

Como no se había observado nunca, que yo sepa, nada igual, consideraba tal opinión inverosímil, pero después de conocer las condiciones del hielo en esta costa singular, no me parece imposible que tal masa de hielo haya existido en la época de Ross. Si esta suposición es exacta, es otra prueba más de que reina allí un período más templado que tiempo atrás.

Nuestro viaje adelantó rápidamente: durante algunos momentos pudimos hacer uso de la vela, y á las tres nos encontramos bastante cerca de la isla de Lockyer, donde había pensado instalar nuestros primeros depósitos. A distancia parecía la isla poco hospitalaria, con sus altas rocas casi verticales, de una materia parecida al basalto, separadas por grandes ventisqueros.

Parecía llegar el agua libre hasta su orilla, y que en algún sitio debíamos encontrar dónde poder dejar lo que deseábamos.

Pero, ¿qué era aquel extraño ruido que llegaba hasta

nosotros, á través de la calmada atmósfera? Parecía primeramente una trepidación ó crujido sordo y poco notable, cuya fuerza aumentó poco á poco, convirtiéndose por último en un fuerte y largo ruido, semejante al bramido de las olas al acercarse la tempestad. Miramos hacia adelante y vimos que el hielo se movía y venía hacia nosotros una enorme é irresistible masa parecida á una muralla: era una mole flotante de bloques de hielo acumulados, que desde nuestro pequeño bote parecían montañas que habían logrado abrirse camino en nuestra dirección, empujando ante sí fuertes olas, sobre todo hacia la tierra occidental.

No podíamos hacer otra cosa que virar inmediatamente y escaparnos rápidamente, lo que no era muy difícil, porque marchábamos con tanta velocidad como el mismo hielo. El flujo y reflujo formidable de la marea viva, había puesto en movimiento aquellas masas, formando una corriente en remolino que arrastró también nuestro bote. Intentamos primero remar hacia la tierra más próxima al oeste, pero el hielo tenía demasiada velocidad y no pudimos llegar adonde queríamos. Entonces viramos otra vez hacia el este, en dirección al otro lado de la isla, pero también había allí demasiado hielo, aunque su marcha hacia adelante perdía velocidad, pues la corriente se limitaba á comunicarle un movimiento giratorio. Empezaba á hacerse de noche y no era posible llegar á la isla con nuestro muy cargado bote; tampoco podíamos aguardar el cambio de corriente al próximo flujo y reflujo que se verificaría de noche.

Tuvimos que decidirnos á hacer de nuevo rumbo al oeste, y por fin, muy tarde, llegamos al pie de los hielos á algunos kilometros al sur del cabo Hamilton y á un

kilómetro de la orilla. Arrastramos el bote, montamos nuestra tienda y arreglamos una buena comida de pemmican y cacao, después de lo cual, pasamos una tranquila noche en nuestro triple saco de dormir.

El día siguiente nos levantamos muy temprano. Debíamos intentar por todos los medios penetrar entre las masas de hielo. Pero se vió que, desgraciadamente, las corrientes de la noche habían influido poco sobre ellas, que eran tan impenetrables como antes y se interponían entre nosotros y la isla, siendo aún muy difícil remar á través de la capa de hielo recién formada. Abrirnos camino con el bote, en estas circunstancias, era empresa para la que no estábamos preparados. Decidíme entonces á avanzar hacia la muralla oriental de hielo, que forma la continuación de la Tierra de Snow-Hill, por donde me parecía posible poder subir, y desde donde debíamos poder mirar hacia el sur. Ningún témpano nos cerró el camino y llegamos sin dificultad á un reborde de hielo alto de unos cinco metros. Prosiguiendo un poco hacia el interior, vimos que nos encontrábamos sobre un bloque de hielo aislado, separado del de la tierra por una estrecha grieta, encima de la cual se había formado un puente de hielo. Era evidentemente una montaña de hielo en formación, que alguna vez sería levantada y arrancada por alguna fuerte marea: ésta había formado seguramente la cavidad que observábamos. Desde aquella elevación se disfrutaba una hermosa vista de los alrededores, y pudimos ver que al interior se levantaba una pequeña prominencia libre de hielo.

Hubiésemos podido seguramente llegar hasta allí, mas nos hubiera servido de poco un depósito en aquel lugar.

El hielo parecía bastante dividido hacia la isla de Lockyer; pero seguramente nos hubiera costado mucho trabajo poder penetrar á través de él.

Hacia el oeste se extendía una lisa superficie de hielo que había de ofrecer un camino magnífico para nuestro trineo. La costa seguía, tanto como podía alcanzar con la vista, una dirección sudoeste. Lo más prudente sería encaminarnos hacia el hielo firme, para buscar después un sitio conveniente donde establecer nuestro depósito.

Mientras me paseaba por el hielo y acordaba esto con Jonassen, quedó al cuidado del bote Sobral, que pasó algunos momentos desagradables, pues cruzó á lo largo de la barrera de hielo una corriente, llevando grandes bloques que chocaron violentamente contra el bote. Nos habíamos llevado las hachas para hielo, y faltaba á Sobral lo necesario para asegurar el bote, que empezó á derivar entre las masas flotantes. No podía él solo salir del atolladero, pero inmediatamente bajó Jonassen de la muralla, donde nos encontrábamos, y saltando de trozo en trozo, logró llegar en auxilio de Sobral. Poco después llegué yo también, que me había rezagado un poco, y llevamos de nuevo el bote á su sitio primitivo. Remamos después lentamente en medio de los trozos flotantes, siguiendo primero el borde del hielo, y atravesando después el estrecho, sin haber experimentado aquel día el cambio de marea que el anterior. Una lenta corriente arrastraba, mientras tanto, hacia el norte el hielo, cuyos trozos eran cada vez más grandes. Trabajamos vigorosamente con los remos y las hachas para poder penetrar entre los bloques, y hasta alguna vez por encima de ellos.

A las tres, cuando por fin llegamos al borde firme de hielo, encontramos diseminadas á algunos pasos de

nuestro lugar de embarque, latas de conserva y trozos de papel, de modo que, después de tanto trabajo en que habíamos invertido desagradablemente un día entero, volvimos sin resultado al mismo lugar donde habíamos estado por la mañana.

No teníamos intención de hacer un largo viaje en trineo, para lo cual tampoco se prestaba aquella época del año, y para no perder el tiempo, decidimos emplear las horas que aun quedaban de día para transportar el depósito al lugar elegido, situado detrás de un peñasco muy saliente.

Apenas hubimos desembarcado, los perros corrieron desesperadamente hacia la orilla. Seguramente habían visto focas, y Sobral y yo nos apresuramos á hacerlos marchar detrás de nosotros. En efecto, encontrábanse allí hermosos ejemplares que se revolcaban sobre el hielo sin hacer el menor caso de los nuevos visitantes. En mi diario las llamé *leopardos marinos,* pero ahora no estoy seguro de si eran focas de Weddel.

Tuvimos que matar una de ellas para hacer venir con nosotros á los perros, y determinamos volver allí por la noche para preparar la carne.

Cuando regresamos al lugar del desembarque, había cargado Jonassen el trineo con lo que pensábamos llevar: pemmican para los perros, cuatro cajas de provisiones para paseos en trineo, una lata de petróleo, etc., en total unos 230 kilos. Comimos tan sólo un pedazo de chocolate crudo y marchamos en seguida, ensayando por primera vez los perros enganchados al trineo; todos tiraron bien sobre el hielo liso, hasta el mismo Jim, que no se mostró muy endeble, aunque probó dos veces durante el camino soltarse, mordiendo la cuerda que servía de tiro.

Cerca de la tierra se presentó una abertura bastante ancha con agua libre, que debíamos pasar sobre un pequeño trozo de hielo.

Más al interior estaba el hielo amontonado y era muy desigual, de modo que, por último, tuvimos que transportar nosotros mismos las cajas á través de las grietas y desigualdades de difícil acceso para el trineo. La costa

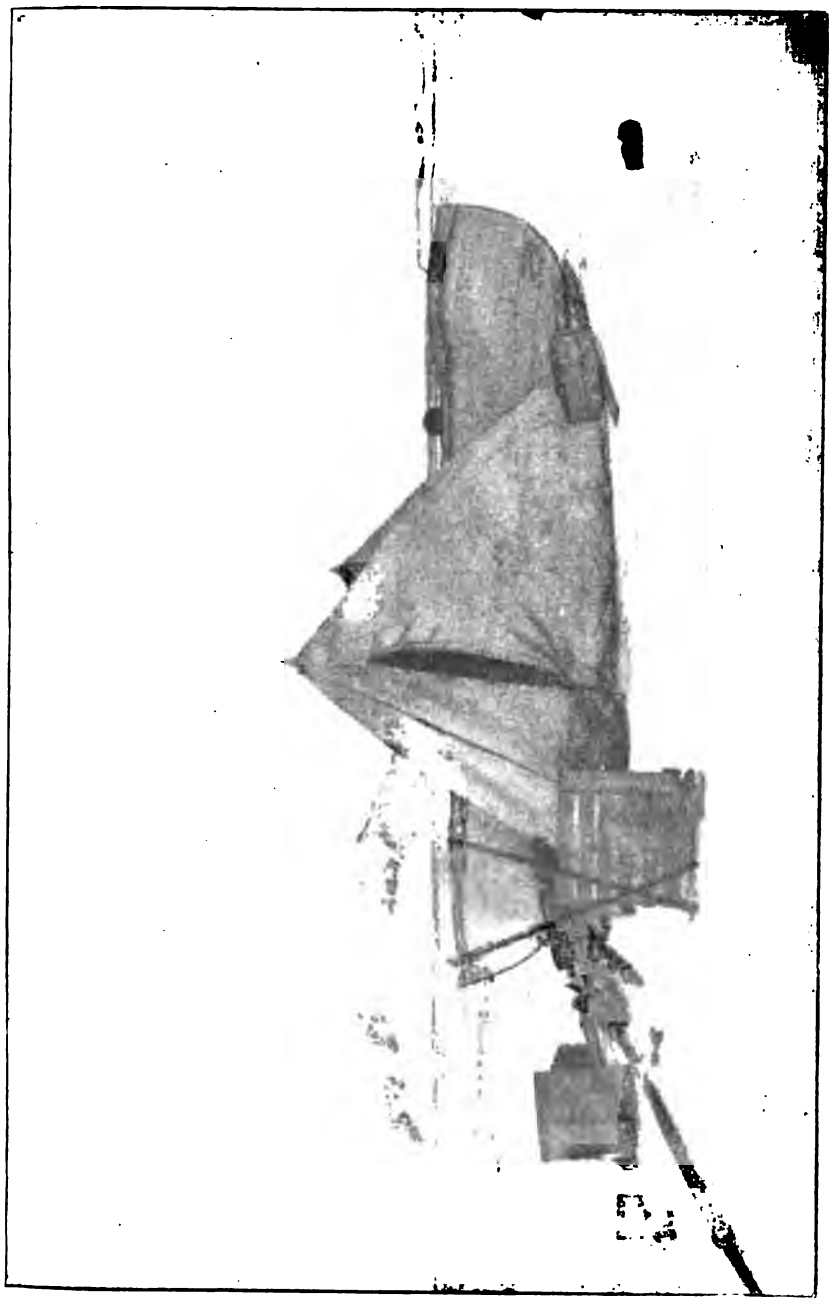
Torreón y cabo de Hamilton.

formaba un enorme acantilado casi vertical, que se componía de una extraña roca que veíamos por primera vez y que es muy común en esta región.

Es una toba gruesa sembrada de numerosos trozos de lava, y particularmente en aquel lugar, de multitud de bolas de olivina pura. Instalamos nuestro depósito en la misma pendiente y parecióme que habíamos dado buen remate á nuestro trabajo: si no sobrevenía algún derrumbamiento de la roca, seguramente encontraríamos siempre nuestro depósito.

Cuando estos trabajos estuvieron concluídos, subí á

Primeras tormentas.—Ante la isla de Joinville, en la tarde del 23 de Febrero de 1902.



Campamento sobre el hielo en la isla de Lockyer.

la cumbre de la montaña para poder extender la vista hacia el sur. La tierra seguía en dirección occidental, pero cesaba luego de repente, y ante nuestros ojos sólo se veía una superficie blanca de hielo ilimitada. El sol acababa de ponerse, pero todavía reflejaba sus rayos de color de rosa sobre el talud de hielo de Snow-Hill y sobre todo el horizonte sur y sus desconocidos territorios que se encontraban delante de nosotros, tan seductores como inaccesibles. Era aquella una luz singular: pesadas nubes de color plomizo y purpúreo, acumuladas en el sudoeste, me ocultaban parte del horizonte. Sobre los hielos había algunas focas que de vez en cuando dejaban oir un grito triste y lastimoso. Debíamos apresurar nuestro regreso para poder llegar antes que obscureciese del todo.

Tenía frío en el trineo, donde estaba sentado para que los perros no caminasen demasiado deprisa; marchamos, con todo, bastante rápidamente y pronto llegamos á nuestra tienda.

Afortunadamente, tuvimos la precaución de arrastrar el bote un poco más adentro, precaución que probablemente nos salvó la vida.

Al abrigo del bote montamos nuestra tienda; preparamos un poco de sopa y pronto nos metimos en el saco para dormir. Nada hicimos con la foca muerta; la dejamos hasta la mañana siguiente, pero no fué tocada, por fin, y probablemente está aún hoy en el mismo sitio. En lo futuro, durante nuestra estación en aquellas regiones, sabríamos á qué atenernos respecto á la significación de las señales de la Naturaleza, que ahora se presentaban alrededor de nosotros: los calurosos vientos del sur, el importante descenso del barómetro, la singular luz del

sudoeste, no sabíamos aún lo que todo esto significaba. Apenas llegamos á nuestra tienda, estalló la tempestad. Estábamos bastante bien abrigados por el bote y dentro del saco no sentíamos casi la tempestad; pero en la estación se había roto el tubo del anemómetro, que durante dos horas marcó una fuerza de viento de 26 metros por segundo: un verdadero huracán. Teníamos frío y no era muy fácil dormir tres en el mismo saco, para lo cual se necesita haber adquirido ya costumbre durante bastante tiempo.

Se conoce, sobre todo, la incomodidad de tal sistema cuando hace frío; cada cual quiere acurrucarse hacia el fondo para encontrar calor, molestando á los otros que, á su vez, han de estar inmóviles. No pudimos conciliar el sueño apenas, pero, á pesar de todo, nos parecía que estábamos en la gloria allí dentro, y cuando llegó el día estábamos encogidos, sin hacer el menor movimiento.

Nuestra quietud fué de repente interrumpida por Jonassen, que, encontrándose más alerta, se levantó de repente gritando que el agua empezaba á entrar en la tienda; así era: la tempestad había roto el hielo y las olas llegaban bastante cerca de donde habíamos instalado la tienda.

Nos pusimos al momento la poca ropa que nos faltaba para quedar vestidos, y salimos á toda prisa. Sacamos primeramente de la tienda los utensilios pequeños, cogiendo después el bote los tres á la vez y con gran esfuerzo logramos pronto arrastrarlo tan arriba como pudimos. Así á lo menos, estaríamos tranquilos por el momento.

De todos modos, tuvimos la gran suerte de que esto no sucediera durante la noche, porque no es fácil saber las consecuencias que hubiera tenido.

Durante largo rato no nos atrevimos á descansar, en lo que obramos cuerdamente, pues la tempestad rompió algunos minutos después el hielo, casi en el sitio donde nos encontrábamos. Arrastramos de nuevo nuestro bote unos trescientos metros más arriba, lo que nos costó bastante trabajo.

El hielo presentaba grietas que nos ocasionaban serias molestias; por lo demás, era muy firme. Vimos más tarde que la tempestad no nos había causado graves averías, pero esto no lo podíamos saber de antemano. No llevábamos ningún termómetro, pero en la estación, según vimos después, marcó 18° bajo cero, y la fuerza del viento fué la ya mencionada. La tempestad venía bramando con tremendas sacudidas desde el lado sudoeste, llevando consigo enormes masas de nieve, que sólo durante raros instantes nos permitía ver la tierra alta, que se hallaba solamente á un kilómetro de nosotros.

Tal vez nos hubiera sido posible montar nuestra tienda al abrigo del bote, pero no nos atrevíamos á ello, después de ver cuán fácil era que el viento se lo llevase todo y nos precipitase en el mar. No llevábamos ninguna ropa de invierno, pues íbamos aún equipados de otoño. Me puse debajo de la vela del bote para hacer la comida, pero así y todo, sentía mucho frío.

Jonassen estaba muy atareado haciendo un hoyo profundo á lo largo del bote, mientras Sobral andaba de un lado para otro, ordenando la impedimenta. Los perros se habían metido entre la nieve, después de escarbar cuanto pudieron. El día era largo, pero nuestras faenas acortaron, sin embargo, las horas. Estuve reflexionando cómo nos arreglaríamos durante la noche, pues no tenía-

mos más solución que refugiarnos detrás del bote y arreglarnos lo mejor posible, y esto íbamos á hacer cuando, después de larga deliberación, decidimos montar la tienda y extender el saco para dormir, pero estaba tan húmedo y helado, que nos tuvimos que acostar vestidos. Eran las siete y media de la noche.

A Sobral se le había helado un dedo que le dolía mucho; Jonassen, que tenía los pies mojados, se quejaba también y no podía descansar, y yo, que me encontraba más fuerte, hube de levantarme para quedar de vigilancia hasta media noche.

La tempestad arreciaba de tal modo, que salí fuera para ver si corríamos peligro. La obscuridad hacía el temporal más temible y espantoso. Reconocí el contorno: á cien pasos de distancia no se veía ni la sombra del bote, y no podía, por consiguiente, alejarme mucho, como era necesario, para estudiar el borde de hielo. Pero como desde el punto extremo hasta donde pude avanzar, no descubrí nada que inspirara seria inquietud, y como en todo caso ninguna vigilancia hubiera podido salvarnos á sobrevenir una repentina catástrofe, me fuí á dormir cerca de las doce, lo que conseguí sin grandes esfuerzos. Los compañeros, según me dijeron al día siguiente, no habían podido lograrlo.

A las cinco y media me despertó Jonassen para decirme que el viento iba disminuyendo y el cielo se serenaba; me quedé todavía una hora descansando, y después me levanté é hice café para todos. El sol brillaba en el horizonte, que estaba completamente despejado, y la fuerza del viento había disminuido mucho, en efecto, aunque todavía soplaba bastante fresco.

El mar, que por lo visto no había roto el hielo ni

llegado más cerca de nosotros, estaba libre hasta la isla. Si hubiésemos, desde un principio, tenido un mar y un tiempo semejantes, nos hubiera sido fácil llegar á ella y reconocer el terreno hacia el sur; ahora no podíamos ni pensar en esto. Nuestras ropas se habían ablandado dentro del saco, pero se volvieron á helar al contacto del aire.

La cocina sistema «Primus» no quería encenderse, y tuve que salir en busca de material para limpiarla. Tampoco pude lograrlo, y hube de hacer otra salida en busca de la lata del petróleo, enterrada bajo la nieve. Por fin, pude hacer fuego y pronto estuvo listo nuestro almuerzo. Jonassen, entretanto, había limpiado de nieve nuestro bote, pero nos quedó un penoso trabajo para llevarlo cargado con todos nuestros bártulos hasta la orilla, de modo que eran ya cerca de las diez cuando marchamos. Más trabajoso fué todavía ponernos en camino. El viento soplaba fuertemente hacia tierra y las olas barrían constantemente el bote. A Jonassen se le helaron los dedos, y sólo después de sobrehumanos esfuerzos pudimos, á fuerza de remo y pericia, doblar el gran ventisquero, al sur del cabo de Hamilton. Si hubiésemos navegado con este tiempo hacia la muralla vertical de hielo, nuestras probabilidades de salvación hubieran sido seguramente tan pocas, como si á media noche el hielo sobre que habíamos dormido en la tienda se hubiese roto debajo de nosotros.

Una vez nos hallamos en paso más libre marchamos velozmente. Habíamos tomado en nuestra vela tantos rizos como pudimos, pero presentaba todavía demasiada superficie y tuvimos que izar una parte, mientras que el extremo inferior se arrastraba detrás de nosotros en el

agua. Hubiéramos presentado singular aspecto á los ojos del que hubiera podido vernos en tal estado, impelidos con tremenda velocidad por el viento tempestuoso. Jonassen llevaba el timón, Sobral y yo cuidábamos de la vela. Sólo de vez en cuando nos detenía bruscamente alguna faja de hielos rotos. El regreso no duró mucho más de tres horas, y ya á medio día doblamos el extremo del ventisquero y vimos con júbilo la pequeña y negra casa, que, después de aquel corto viaje, representaba para nosotros la buena vida, lujosa y civilizada. La marea estaba baja, de modo que no pudimos entrar directamente y tuvimos que desembarcar nuestros efectos en el borde del hielo, donde pronto nos dieron la bienvenida nuestros compañeros, que habrían pensado seguramente con zozobra en nosotros durante los días que arreciaba la tempestad.

También allí habían sido tremendos sus efectos. La marea había estado tan alta el día 12, que se vieron obligados á sacar del depósito de la orilla muchas cosas delicadas. La casa se había, sin embargo, conservado bien firme, pero los cierres de las ventanas se habían desclavado por la parte inferior. Cuando el tiempo estuvo más tranquilo, descubrimos que faltaban varios efectos, entre otros la canoa de Ekelöf, construída en Upsala, una embarcación sólida y muy útil, que habíamos de echar mucho de menos.

El principal objeto del viaje en bote se había conseguido: habíamos instalado un buen depósito que nos serviría de base en las exploraciones sucesivas, que era lo que habíamos tratado de conseguir. Esto era muy importante para nosotros, que podíamos algún día estar incomunicados en nuestra isla. También se habían lleva-

Observatorio magnético.

do á cabo trabajos de reconocimiento; yo había podido estudiar el hielo liso sobre que se había de verificar nuestro viaje en trineo hacia el sur y que había de durar muchos días.

Sabíamos también, con seguridad, que la llamada bahía del Almirantazgo era un estrecho, y Snow-Hill una isla, y conocíamos los más importantes detalles de la geografía física de nuestros alrededores. Pero no estaba yo aun muy satisfecho de nuestra excursión. Hubiera deseado poder penetrar algo más hacia el sur con el bote, en el cual creía yo que era más fácil el transporte de los enseres, equipos, comestibles y colecciones que no en el trineo.

Era, sin embargo, un falso cálculo pensar que las más importantes y valiosas experiencias que yo hice no respondían al fin que perseguíamos. Ví de repente lo difícil y peligrosas que son en estas regiones las excursiones, á causa de las formidables tempestades que estallan de repente. Con entero conocimiento de las excelentes cualidades y buena voluntad que concurrían en los que habían de ser mis inseparables compañeros en los viajes de esta índole, comprendí, sin embargo, lo difícil que nos sería por muchos conceptos realizar todos nuestros planes.

CAPÍTULO X

Esperando el invierno

Concluyen los trabajos de construcción.—Investigaciones científicas.—Nuestra vivienda y su instalación.—Disposición de la comida.—Viaje en trineo á la isla de Seymour.

Tuvimos suerte de no dejarnos seducir por nada para continuar nuestro viaje, porque los días siguientes fueron también tormentosos, y no hubiéramos podido hacer cosa de provecho. Una vez en la casa, proseguimos nuestros trabajos de instalación para el invierno, pues lo más importante de nuestros trabajos exteriores estaba ya listo. Jonassen construyó una casita de tablas para los perros, muy necesaria en aquel clima, cuando menos para los de Falkland; luego se empezó á instalar el observatorio astronómico y á poner en orden nuestros efectos, en lo que yo también tomé parte. Prolongando la antesala de nuestra vivienda, colocamos una hilera de barriles de pan y construímos, con cajas de provisiones, un corredor, aunque no tuvimos sufi-

ciente material para disponer, además, una sólida barrera de defensa contra el frío, conforme hizo Peary. Logramos, sin embargo, á fuerza de cálculos y trabajo, disponer de un pequeño rincón bien abrigado, que tomó después el atractivo nombre de *Bersan*, y que fué luego tomado por asalto por los perros, que encontraron allí un buen abrigo contra la tempestad.

Además, se colocó la mayor parte de nuestros víveres en la parte norte del piso bajo de la casa. Pero para no perder todos los medios de subsistencia en caso de un incendio, dispuse á regular distancia dos depósitos: uno que contenía todo el aprovisionamiento, especialmente empaquetado, para el viaje en trineo, y otro en que guardamos multitud de víveres indispensables escogidos y otros artículos. También la existencia de petróleo fué depositado á alguna distancia de la casa.

Así pasábamos los días ocupados en diversos trabajos y nos acercábamos más y más al primer invierno que habíamos de pasar en tan inhospitalarios parajes.

Los días acortaban rápidamente; el sol se encontraba al mediodía cada vez más bajo en el norte del cielo; el frío aumentaba gradualmente. La latitud de nuestra estación era demasiado septentrional para que sufriésemos la propiamente llamada «noche polar», porque aun durante el invierno debía permanecer el sol sobre el horizonte cuatro horas. Pero si habíamos creído que por esta causa no sentiríamos las mismas impresiones que durante una invernada en las regiones polares del norte, empezábamos á sospechar que la Naturaleza, con la que tendríamos que luchar allí, nos ocasionaría en otras circunstancias enormes dificultades.

Habíamos, entonces, poco á poco y cada cual en su

esfera, entrado de lleno en los trabajos científicos, para cuyo feliz término habíamos tomado todas aquellas disposiciones y hecho todos los sacrificios que dieron origen á nuestra estación invernal.

Verdaderamente no debíamos hablar nunca de sacrificio en esta relación, porque, el que no lo haya experimentado, difícilmente puede figurarse con qué celo y con qué interés se llevan á cabo los trabajos, cuando se sabe que es la primera vez que se efectúan en un terreno desconocido, sea éste grande ó pequeño. Todo era nuevo, todo era interesante; el tiempo, la marcha de los instrumentos, la vida de los organismos, su desarrollo en las distintas épocas del año: no había necesidad de emprender largos viajes para poder hallar cosas nuevas, y no se sabía, en la misma estación, todo lo inesperado que nos aguardaría el acaso.

Con mayor actividad habíamos de emprender otros trabajos. Los más importantes, entre estos, eran las observaciones meteorológicas y magnéticas, que habían de efectuarse de acuerdo con el programa internacional. Bodman se cuidaba de ellos y Sobral se unió á él, como ayudante. Sin embargo, sólo tomó Bodman á su cargo los trabajos magnéticos durante los primeros días, pues durante el mes de marzo estuvo ocupado en la instalación de los instrumentos de variación.

Bajo el punto de vista magnético, son precisamente los territorios polares los que ofrecen mayor interés, pero el más meridional de ellos había sido muy poco estudiado hasta entonces. Las autoridades más salientes del mundo científico sustentaban cada vez más la opinión de que sin exploraciones minuciosas en las regiones antárticas, sería imposible adelantar nada en lo referente á la teoría

del magnetismo telúrico, y fuera vano por largo tiempo todo intento de cálculo respecto á la situación de las fuerzas magnéticas sobre la superficie terrestre. Sólo el

Caja del termómetro con el termógrafo, y el higrógrafo. En la techumbre se ve el recipiente para medir la evaporación.

conocimiento de estas tierras, cuando se trata de los errores de apreciación de la brújula, adquiere una significación práctica extraordinaria. El convenio internacional señalaba las observaciones pertinentes: las variaciones en declinación é inclinación y la intensidad magnética

Bloques de hielo fijos en la orilla.

horizontal, debían observarse con una serie de instrumentos, el primero y el 15 de cada mes y continuamente durante las veinticuatro horas, cada una de éstas según el meridiano de Greenwich.

Sabíamos, al ocuparnos en observaciones de esta naturaleza, que en el mismo momento eran efectuadas otras iguales, no sólo por nuestras dos expediciones gemelas en la isla de Kerguelen y en la de los Estados, sino en todos los observatorios del hemisferio sur y en algunos del norte.

Las expediciones alemanas é inglesas llevaron, además de los acostumbrados instrumentos de variación, una serie de aparatos registradores automáticos, con los que obtuvieron con poco trabajo una serie no interrumpida de observaciones. Gustosamente me hubiera procurado yo también una instalación igual, pero nuestro estado económico no nos lo permitió.

La cuestión no era solamente la de la compra de los instrumentos, sino también varias otras disposiciones que debían tomarse. Pero, en cambio, según acuerdo con el observatorio de la isla de los Estados, habíamos decidido redoblar nuestra actividad, y cada tres meses, empezando por abril, nos habíamos comprometido á hacer observaciones, además de las de los dos días ordinarios, cada martes y viernes.

A decir verdad, no debía cada observación necesitar más de dos minutos, pero como en un principio no estábamos completamente seguros del meridiano de Greenwich, debíamos extenderlas hasta ocho minutos.

Puede ser que á alguien le parezca, desde su casa, que no debía ser muy difícil para una persona, aunque estuviese al mismo tiempo ocupada en otros quehaceres,

dedicar á la lectura de los instrumentos algunos minutos cada cierto número de horas, así durante el día como durante la noche.

Para comprender la dificultad de esto, debe el lector hacerse cargo de la vida que llevábamos, y ante todo, es imprescindible conocer el clima antártico; es necesario pensar en que á menudo expone uno su vida encaminándose al observatorio magnético, arrostrando vientos y tempestades, para comprender y apreciar bien la energía que Bodman hubo de menester para llevar á cabo sus observaciones.

Durante el primer invierno rechazó nuestros ofrecimientos de ayudarle, no queriendo permitir que nadie tocase los instrumentos hasta que él hubiese acabado todas las determinaciones y trabajos de comparación. Unicamente yo, un par de veces, durante mayo y junio, coadyuvé á las llamadas observaciones voluntarias.

De mayor interés común fueron durante aquella época las observaciones meteorológicas, en las que podíamos tomar parte todos los más ó menos versados en asuntos científicos. Un par de resguardos para termómetros fueron erigidos sobre una loma fuera de la casa; en uno instalamos un termógrafo automático y un hidrógrafo para observar la temperatura y la humedad atmosférica; en el otro colocamos algunos termómetros de distintas clases. En un estante de la sala había un barógrafo automático y un barómetro de mercurio. Se había elegido una colina de unos 70 metros de altura sobre la estación para colocar el anemómetro (*), que por medio de un conductor eléctrico, registraba la fuerza del viento en

(*) Como se vió luego que este sitio no era conveniente, se trasladó después el anemómetro á una pequeña loma situada debajo de nuestra vivienda.

una tira de papel que rodeaba una rueda movida por un reloj que estaba colgado en la pared del comedor.

Teníamos además un aparato automático para medir la intensidad de la luz del sol, y cada hora se hacían observaciones sobre la dirección del viento y la formación de las nubes.

Al principio, como teníamos muchos quehaceres, nos

Un rincón del comedor con varios aparatos bacteriológico».

contentamos con efectuar estas observaciones tan sólo durante el día. Bodman y Sobral se relevaban entonces diariamente, haciendo cuatro lecturas completas de los instrumentos, á las siete y á las ocho por la mañana, y á las dos y á las nueve por la tarde y noche. Pero desde mediados de abril hiciéronse también observaciones nocturnas, y, alternando, debía entonces uno de nosotros estar levantado hasta las dos y otro desde las cuatro hasta las seis, en que se consideraba que empezaba el día.

Tan pronto como la casa estuvo dispuesta para ello, montó Ekelöf tres aparatos bacteriológicos y comenzó sus investigaciones relacionadas ante todo con la bacteriología de las capas geológicas, estudio que hasta entonces no había nadie hecho, ni siquiera en las regiones polares del norte. Obtuviéronse desde un principio interesantes resultados, que demostraron que la tierra de aquellas regiones debía casi considerarse como el punto de origen de las bacterias. Estas observaciones continuadas durante las distintas épocas del año con diferentes clases de tierra, han dado una idea completamente nueva sobre las condiciones vitales de las bacterias en las regiones polares. Yo fuí tal vez el que encontró mayores obstáculos para sus trabajos. Había por los alrededores crecido número de fósiles é hice entonces grandes colecciones de ellos, pero tenía, además, intención de examinar minuciosamente el terreno levantando mapas exactos y practicando otros trabajos cartográficos, para lo cual había contado con que dispondría de algunos hermosos días de otoño, y tal vez también, en una latitud tan septentrional, durante el invierno. Que no era esto mucho pedir, lo comprobamos después, durante nuestra segunda campaña de

invierno, pero entonces el tiempo, como veremos en el próximo capítulo, no fué muy oportuno para tales trabajos. Puede uno acostumbrarse al frío mientras se verifican las investigaciones, pero la tempestad es un obstáculo insuperable; el menor viento en tiempo frío imposibilita casi por completo todo trabajo de observación fuera de casa.

Durante el resto del mes de marzo no ocurrió nada de particular: hacía generalmente frío, y poco tiempo después de nuestro regreso del viaje en bote, empezó el estrecho á helarse completamente.

El 19 de marzo pude andar ya un poco sobre el hielo, hacia el borde del ventisquero, pero éste se rompió de pronto, haciéndome tomar un baño frío, y teniendo luego que quedarme en casa para secar la ropa. Cuando después sobrevino la tempestad, rompióse el hielo que se había formado. El mes terminó con algunos días tempestuosos en que la temperatura llegó á 20° bajo cero. Habíamos tenido buen tiempo hasta entonces, pero la víspera de Pascua fuí despertado muy de mañana por el tan conocido y ensordecedor ruido de la tempestad del sudoeste. La casa temblaba, los cordajes y cartones chocaban entre sí, y sentía la singular impresión que produce por una parte encontrarse al abrigo de los elementos y por otra la inquietud con que uno se pregunta cuánto durará aquella situación. Como prueba de la fuerza del viento, debe mencionarse que una caja grande completamente llena de fósiles, que se encontraba cerca de la escalera, fué arrastrada por el viento esparciéndose su contenido.

El barómetro había descendido á más de 715 milímetros, lo que no había sucedido hasta entonces; aun des-

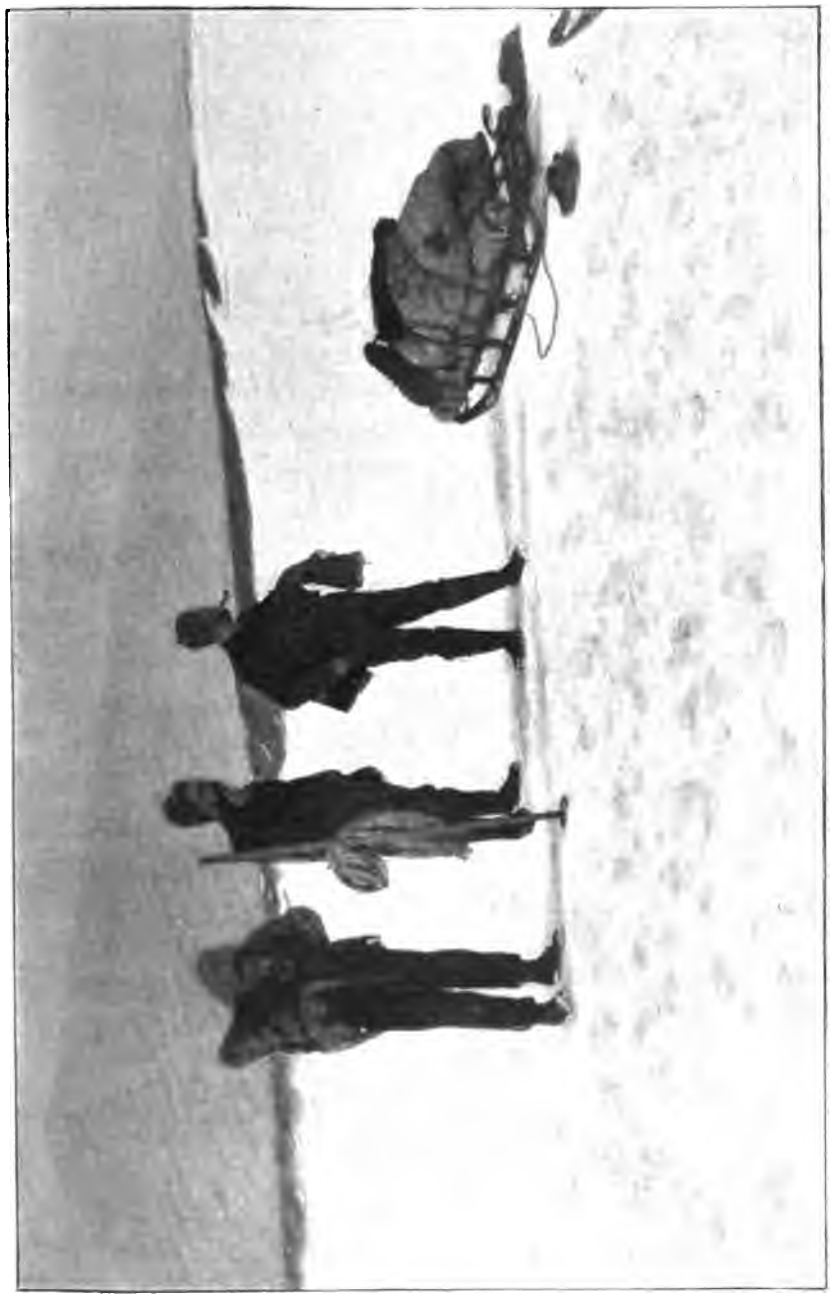
pués, tardó más de un año en presentarse de nuevo tan baja presión atmosférica. Arena y guijarros chocaron contra la techumbre, y el aire, como de costumbre, arrastraba torbellinos de nieve. La casa resistía bien, y poco á poco empezamos á considerarnos seguros dentro de ella.

Aquel día no nos aburrimos, sin embargo, encerrados en nuestra vivienda; pasamos el tiempo acostados, leyendo, ó conversando amigablemente. Por la noche, para celebrar la víspera de Pascua, hicimos arroz con leche, una tortilla con frutas en almíbar y una salsa de jarabe. Después tomamos café, dos clases de ponche bien cargado, agua carbónica y toda clase de dulces. Olvidamos la tempestad y el viento, mientras hablábamos de los recuerdos de anteriores vísperas de Pascua, y de otras muchas festividades pasadas en nuestros hogares. Sucedió, como á menudo ocurría durante las tempestades, que el anemómetro automático no quería funcionar, y nos decidimos á velar por turno y hacer las observaciones con un anemómetro portátil. Bodman estuvo levantado hasta las tres y yo le reemplacé á las cuatro. Marcaba el termómetro dentro de la habitación 1° bajo cero. Distraje mi turno paseando arriba y abajo, sin que se apartase de mi imaginación el recuerdo de mi familia, que en aquellos momentos seguramente nos dirigían sus cordiales felicitaciones, fijo el pensamiento en las regiones del eterno hielo.

El viento disminuyó bastante durante un rato; habíase despejado un tanto el firmamento y dejábanse ver la luna y algunas grandes estrellas. Al amanecer dí una vuelta por la orilla donde el hielo había sido roto, aunque formaba estrechas fajas.

C. A. Larsen.

Coral ramificado al exterior de la isla de Seymour, á 150 metros de profundidad.
9/10 de su tamaño natural.



De regreso.

Las olas, con sin igual estruendo, rompían contra la orilla, pasando entre los bloques de hielo que giraban ó se partían en pedazos. No era prudente entonces acercarse demasiado al borde de aquel hielo liso como un espejo. Veíase confusamente allá á lo lejos, fuera de la bahía, el agua agitada y las grandes montañas de hielo; en la otra orilla entreveíanse más montañas y ventisqueros que se cobijaban bajo un velo de nubes resplandecientes á la luz de la aurora. Era una mañana de Pascua tal como sólo se puede concebir en las regiones polares, en medio de las más indómitas fuerzas de la Naturaleza.

Así transcurría, un día tras otro, el tiempo que debíamos pasar en aquel destierro. La instalación de nuestra casa estaba terminada hacía tiempo, faltando sólo introducir algunas mejoras que la experiencia nos indicara. Habíamos distribuído las habitaciones de manera que Sobral y yo habitamos una de las piezas situadas al norte, Bodman y Ekelöf la otra; Jonassen y Akerlund tenían su cámara al lado de la cocina. No pudiendo tener cada uno nuestro cuarto independiente, era sin duda una gran ventaja que no fuese necesario habitar más de dos en cada departamento. Era así mucho más fácil que cada cual pudiera satisfacer sus propios gustos y disponer, alrededor suyo, las cosas con arreglo á sus costumbres individuales. Cuanto más solitarios y aislados nos hallábamos, más necesitábamos un lugar donde poder entregarnos á nuestros sueños, olvidando lo que nos rodeaba y sumirnos en el casi olvidado recuerdo de que había lejos un mundo civilizado, por el que luchábamos con fe, y donde algún día se cosecharía el fruto de nuestros esfuerzos.

Empezamos á arreglarlo todo de la manera más se-

mejante á nuestro país que pudimos. Había llevado yo, tanto por cuenta propia como por cuenta de la expedición, algunos objetos de lujo: cuadros, artículos de adornos, alfombras, pequeños manteles bordados, almohadas y algunos sencillos transparentes romboidales de color rojizo, los cuales colocamos en las ventanas sujetos con tiras de varios colores y cordones dorados. En aquellos lugares, donde la Naturaleza nos ofrece tan poca variedad de colores, estos son muy deseados. Pero cuantos ensayos hicimos para corregir esta falta de colores dieron mal resultado; no tardamos mucho en dejar por completo de interesarnos por ello. Tres cosas ocasionaron nuestra determinación: el humo de la cocina, la humedad y el moho. La lumbre que encendíamos para calentarnos con grasa animal, ó el hogar de la cocina, dió origen á una especie de hollín viscoso que se depositaba encima de todos los objetos, penetrando hasta los más apartados rincones; paredes y techo, fotografías y transparentes, los libros en los estantes, las ropas que llevábamos puestas, todo, en una palabra, tomó paulatinamente un color gris ó pardusco. Esta transformación se notaba poco, porque se producía el hollín lentamente y se depositaba de una manera tan uniforme, que no quedaba nada en la casa que pudiera servir como término de comparación, porque todo estaba sucio. Una sola cosa pudimos ver limpia un par de veces: las barajas de naipes sin usar que sacábamos de su precinto de dentro de los baúles. Entonces nos acordábamos de la palabra «limpieza», y disfrutábamos al observar las figuras pintadas como si fueran obra de algún artista célebre.

Más desagradables eran aún la humedad y el moho. En las paredes se condensaban los vapores del agua y

cuando nos despertábamos por la mañana estaban á menudo cubiertas de blancos y brillantes cristales de hielo. Durante el día se derretía el hielo y el agua penetraba en el cartón, que poco á poco se transformaba en una

Descansando sobre la nieve.

masa pegajosa. Lo mismo sucedía con los demás objetos que colgaban de las paredes. En su reverso acumulábase la humedad, y utensilios y cuadros amanecían completamente empapados. En algunos departamentos quitaron sus ocupantes el cartón, confiando en que así se notaría menos la humedad; yo hice todo lo contrario, intentando

cubrirlo con cuanto tenía á mano. El linoleum no servía para nada; los pedazos de fieltro y de alfombra eran más apropiados y daban á la habitación un aspecto más agradable y abrigado.

Desgraciadamente, no teníamos en gran cantidad estos materiales.

Si tal sucedía en las paredes libres, en peor estado se hallaban los rincones y el suelo. Allí se aglomeraba toda la humedad que rezumaba de las paredes y se helaba sin derretirse durante largo tiempo. Así se formaba una gruesa capa de hielo que se extendía cada vez más, y en la que todos los objetos pequeños, como zapatos, estuches para instrumentos, botellines de tinta, etc., quedaban incrustados desapareciendo á veces. Cuando después se necesitaban estos objetos, debíamos desenterrarlos con el hacha. Lo peor es que se formaron verdaderos montones de hielo debajo de las camas y de las llamadas mesas de escritorio. Para que el hielo no nos molestase demasiado, teníamos que romperlo de cuando en cuando y sacarlo á paletadas en grandes cubos.

A pesar de todo esto, no hay que creer que teníamos frío dentro de casa durante el día. El hornillo estaba encendido hasta la noche, y era nuestro principal foco de calor. En la sala teníamos una pequeña chimenea de hierro que encontramos muy práctica; era difícil encenderla, pero una vez encendida, pronto se notaba su efecto y hasta calentaba demasiado. Cuando se apagaba volvíase á sentirse el frío. Por eso empleábamos casi siempre, cuando queríamos hacer subir gradualmente la temperatura de nuestras habitaciones, la gran cocina sistema «Primus», que había llevado Ekelöf para sus trabajos de esterilización. De este modo señalaba por

regla general, el termómetro, dentro de casa durante el día, de 14 á 17°. Hay muy distintas maneras de apreciar lo que es el calor y el frío: por mi parte, debo decir que muy raras veces tenía frío en casa, y aunque la temperatura bajaba de noche á 6 y á 8°, no encontraba dificultad alguna en estar sentado á la mesa trabajando. Para ello era, con todo, necesario estar vestido y bien abrigado. No era nada agradable una temperatura tan baja, pero tampoco era agradable estar encerrado cuando el calor se elevaba á 20° ó más, lo que convidaba á aligerarse de ropa para verse uno obligado, poco después, á volverse abrigar cuando bajaba la temperatura.

Por lo demás, poco significaba el número de grados que indicaba el termómetro en el interior de la casa, porque, aunque en el suelo teníamos, como ya hemos dicho, siempre hielo, y cubría también á veces el techo, hacía muchísimo calor; así, cuando estábamos parados, había una diferencia de temperatura entre nuestro cuerpo y nuestros pies, de 10 á 12° generalmente. Por eso lo esencial era tener los pies calientes, lo que me esforcé en inculcar á los compañeros expedicionarios que conmigo debían vivir en tales condiciones. Yo llevaba, en vez de zapatillas, unos zapatos de piel de foca con su pelo y recias suelas de madera. Además, llevaba gruesos calcetines de pelo de cabra, que encontré excelentes como abrigo.

Cuando por la noche apagábamos la lumbre, descendía naturalmente la temperatura muy pronto, sobre todo durante las tempestades del invierno que iban acompañadas de un intenso frío. Había en las paredes y en el desván, bastantes aberturas y rendijas por donde se escapaba el calor, pero muy raras veces, á pesar de todo,

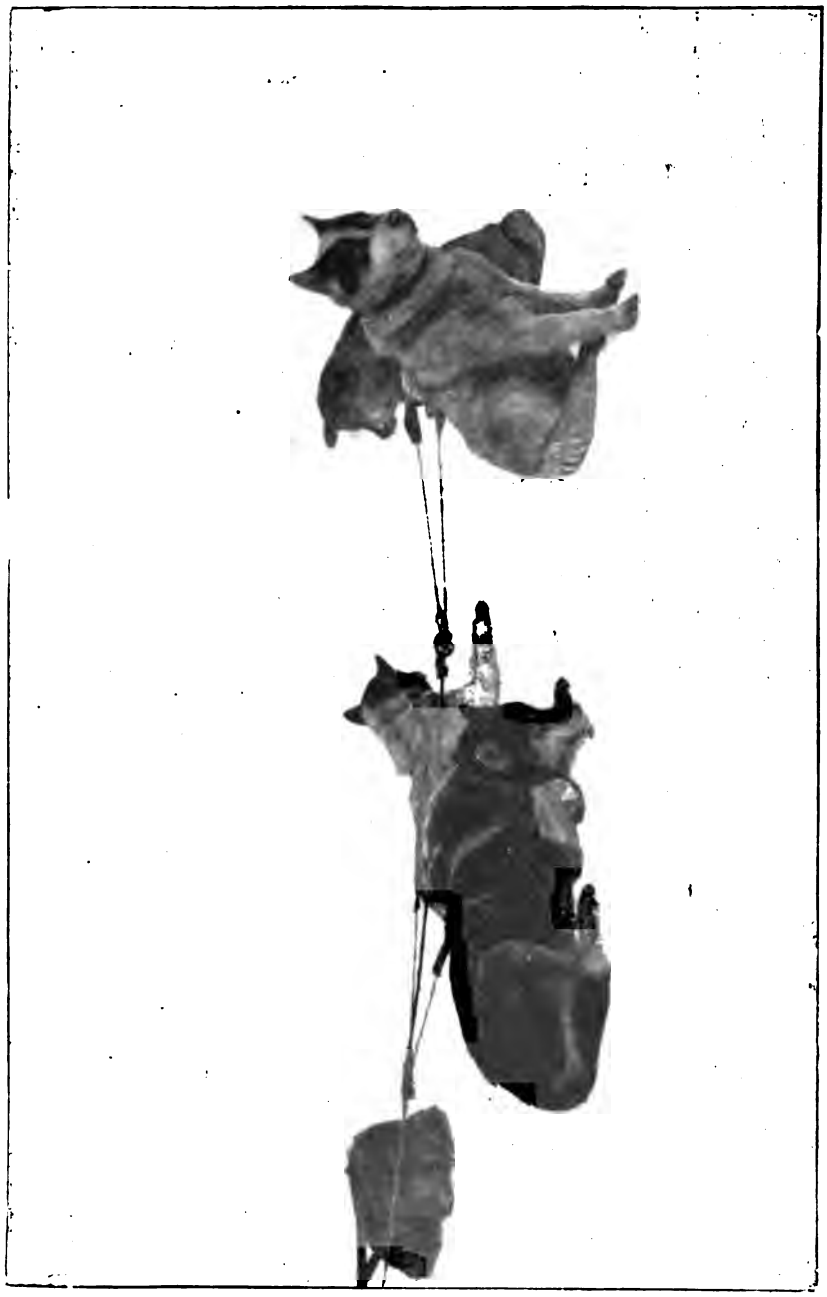
marcaba el termómetro por las mañanas algún grado bajo cero, y el mayor frío á que llegamos, después de habernos instalado completamente, fué el de 5° bajo

Akerlund en la glorieta.

cero, que ocurrió durante las tremendas tempestades del mes de julio.

Si disfrutábamos, durante la noche, de buena temperatura, era por el servicio de vigilancia que se hizo necesario para tener encendida la cocina «Primus.»

Aunque las paredes eran completamente permeables, habíamos cometido, en nuestra construcción, el error de no haber dispuesto un sistema conveniente de ventilación; se habían construído dos ventanas que podían



Nuestros fieles compañeros.

abrirse, pero no nos servíamos nunca de ellas, ni aun durante el verano, ni creo que hubiera sido posible hacerlo.

Tal como estaba dispuesta la casa, debíamos cuidar, cuando empezábamos á tostar café ó á freir buñuelos, de huir inmediatamente fuera, sin temor á la intemperie, ó abrir la puerta de par en par, lo que no era muy á propósito para conservar el calor en el interior de la casa.

Teníamos diferentes trabajos en qué ocuparnos, pero hemos de confesar sinceramente que las dos cosas que durante el invierno tuvieron para nosotros más importancia fueron dormir y comer.

Nuestro sueño era muy irregular á causa de la vigilancia nocturna; además, no era muy fácil poder descansar en nuestra pequeña vivienda, donde se oía cada palabra que se decía en el otro extremo de la casa, donde siempre se notaba algún movimiento, y donde la cocina, el despertador, los perros y la tempestad, rivalizaban en hacer ruido. Cuando los días eran cortos se dormía bien y nos quedábamos tanto tiempo como podíamos en la cama. La conveniencia de ello era que no podíamos descansar fácilmente durante la noche, y frecuentemente sucedía que no habíamos logrado aún dormir á las cuatro de la mañana, hora de levantarse alguno de nosotros para comenzar su servicio de vigilancia.

El arreglo de la comida era cosa que encerraba su interés. Akerlund se cuidaba sólo de la cocina, y por cierto que no tenía poco que hacer. Según lo dispuesto desde un principio, almorzábamos á las ocho, comíamos á la una y cenábamos á las ocho; pero al ir adelantando el invierno se retrasaron bastante las dos primeras comi-

das. La composición de la comida, durante la primera mitad de aquel invierno, fué la siguiente:

Domingo

Almuerzo: Gachas.
Comida: Carne en conserva con patatas y verdura.—Sopa de carne.—Postres.
Cena: Picadillo de carne.

Lunes

Almuerzo: Arenques con patatas.
Comida: Tocino con habichuelas encarnadas.—Sopa de harina de avena ó chocolate.
Cena: Buñuelos.

Martes

Almuerzo: Carne en conserva con patatas.
Comida: Pescado seco con patatas.—Sopa de pasta y postres.
Cena: Gachas.

Miércoles

Almuerzo: Arenques con patatas.
Comida: Carne en conserva con verdura.—Sopa de fruta.
Cena: Picadillo de carne.

Jueves

Almuerzo: Gachas.
Comida: Sopa de guisantes con tocino.—Buñuelos.
Cena: Picadillo de carne.

Viernes

Almuerzo: Arenques con patatas.

Comida: Puding ó embutido de sangre.—Sopa de hierbas.
Cena: Macarrones.

Sábado

Almuerzo: Embutidos de sangre.
Comida: Carne salada con patatas y verdura.—Sopa de fruta.
Cena: Crema de frutas.

Además, por las tardes y para almorzar, café, y por las noches, te ó chocolate.

Se sacaba de antemano para las comidas una cantidad suficiente de conservas, y de todo lo demás se podía, por regla general, comer á discreción. Como es natural, ninguno de nosotros pensaba, por entonces, que pudiésemos quedar encerrados allí durante un invierno, por lo cual no pensábamos en economizar nuestras provisiones, sobre todo, viendo que el estado del tiempo empeoraba más de lo que podíamos prever. Llegó una época en que nos arrepentimos de nuestra poca previsión, pero entonces, el orden y abundancia en la comida nos parecía excelente bajo todos conceptos.

Las conservas resultaron muy buenas, y se puede decir que no observamos en ellas alteración alguna, haciendo buen consumo durante aquel invierno, que casi no comimos otra cosa.

Tras las comidas tomaban, los que lo apetecían, una copita de licor, pero únicamente durante el invierno propiamente dicho. Además se sirvió, durante las comidas del domingo, vino tinto, y los jueves, ponche de vino caliente.

Siempre que se presentaba pretexto, y las oportunidades no eran difíciles de encontrar para los que las

buscaban, celebrábamos durante aquel tiempo comidas extraordinarias, y á veces se servía por la noche un vaso de ponche sueco ó *toddy* común. Tal vez parezca á alguien que hablo demasiado á menudo de nuestras libaciones, pero el que piense en criticarme, debe primero penetrarse bien de lo que significa vivir como nosotros. El que está en su casa, rodeado de las variadas comodidades de una vida culta, de periódicos, de libros, de amistosas relaciones, de teatros, de viajes y mil otras cosas tan comunes que ni siquiera atraen su atención, no puede figurarse lo que significaban para nosotros aquellos momentos de expansión que nos permitíamos después de haber concluído el trabajo del día. Olvidábamos entonces por un rato nuestros cálculos ó nuestras lecturas y empezaba la conversación á generalizarse, se contaban historias y recuerdos y se discutían planes y cuestiones referentes á nuestra vida y actividad.

No quiero decir con esto que no se pueda prescindir de los licores, sobre todo de los más fuertes, durante una expedición polar. Entre nosotros, el único que durante el viaje no probó los licores fué el teniente Sobral, que se encontró perfectamente bajo todos conceptos; pero de todas maneras, atendiendo al género de vida que se hace en climas tan extremos, de no llevar bebidas alcohólicas, creo que es indispensable algo que las substituya.

El fonógrafo nos proporcionó á menudo ratos de distracción, tanto más, cuanto que ninguno de nosotros se dedicaba á la música como ejecutante. Las antiguas y harto conocidas melodías volvíanse á oir con el mismo interés, y si conocíamos el artista que impresionara los cilindros del fonógrafo, entonces resultaban aquéllas tanto más graciosas.

Pero fué, sin duda, una suerte que nos faltase ocasión para establecer comparaciones, porque la humedad tenía también sobre nuestra música una influencia singularmente dañina, y mucho antes de que pudiésemos abandonar los hielos polares, había callado para siempre el fonógrafo.

A últimos de abril emprendimos nuestro primer viaje en trineo. Habíamos permanecido absolutamente encerrados en nuestra isla durante un mes entero, pues no había que pensar en viajes en bote, y el hielo no tenía fuerza aun para viajes en trineo. Hasta mediados del mes los vientos y las corrientes produjeron grandes aberturas en el estrecho, pero hacia el día 20 tuvimos unos cuantos días hermosos y tranquilos, algo nebulosos, pero tan fríos, que hizo endurecerse y trabarse el hielo.

Quería yo pasar á la isla de Seymour para observar si el *cairn*, donde habíamos puesto la botella, estaba en buen estado y buscar de paso petrificaciones, entonces que ya conocía algo la isla en que estábamos.

El día 24 estábamos listos para marchar, pero afortunadamente nos impidió salir uno de los huracanes acostumbrados, que fué el más violento del mes, y sopló furiosamente sin interrupción durante setenta y dos horas. Por fin, el día 27 pudimos empezar nuestro viaje, para el que habíamos hecho bastantes preparativos.

Desde que Jim fué muerto á mordiscos, poco después de nuestro regreso del viaje en bote, habíamos ensayado el arrastre con los perros de Falkland, para ver cuál de ellos era el mejor.

Con los datos de la experiencia adquirida, escogimos á Castor, perro grande, bueno, de color amarillo obscuro. Jonassen debía venir, cosa que también propuse á Ekelöf

que mostraba vivos deseos de acompañarnos en algún viaje en trineo para dedicarse á estudios biológicos, pues esperaba encontrar algún representante del reino animal. Cargamos nuestros enseres, que pesaban en junto unos 120 kilos, sobre el trineo y nos pusimos en camino á las nueve, acompañados por nuestros compañeros hasta la

De viaje en trineo.

punta norte. Este fué nuestro primer viaje en trineo por las cercanías. El hielo estaba bastante liso, pero se hallaba cubierto de arena en algunos sitios y á trechos humedecido por el agua del mar, lugares por donde fué muy penosa la marcha.

Antes de haber llegado á la punta norte de la isla de Snow-Hill, nos vimos envueltos en una niebla tan densa, que nos era completamente imposible distinguir nuestro camino. Esto nos hizo variar nuestra marcha, lejos de la costa, hacia el este; y cuando por fin, ya tarde, obser-

vamos que nos habíamos perdido, tuvimos que pararnos y esperar á que la niebla se dispersara. Por suerte pronto divisamos la tierra y conseguimos pasar el estrecho que separa las dos islas y continuar nuestra marcha.

Marchamos siguiendo la costa, pero pronto nos persuadimos de que hombres y perros estábamos aún poco acostumbrados á tales contrariedades. Nos paramos,

Formación del hielo en la orilla.

pues, un rato en busca del descanso tan necesario. Yo, sin embargo, me adelanté un buen trecho, deseando estudiar la configuración del territorio.

Al interior se extendía un hermoso valle que parecía abrir cómodo paso hacia la isla, y decidí ir hasta allá para establecer nuestro campamento. Confiados en nuestra práctica y experiencia, nos parecía cosa fácil arribar en tres jornadas al punto deseado, con nuestra pesada

impedimenta, pero luego nos pareció algo más difícil el último paso entre los bloques de hielo compacto. Finalmente, pudimos llegar desde la embocadura del valle hasta una pequeña llanura, donde levantamos nuestra tienda.

Los días eran cortos, y como desgraciadamente habíamos olvidado llevarnos velas, hicimos nuestra comida lo más pronto posible y nos metimos en nuestra bolsa-cama para dormir. La noche era hermosa y tranquila, pero se sentía el frío, y por este motivo dejó nuestro sueño bastante que desear. Yo, por mi parte, experimenté durante aquellos dos viajes lo molesto que era el empleo de un triple saco para dormir durante las excursiones en trineo, y no empleé más desde entonces tal sistema.

Puede pasar dormir juntos dos compañeros, pero casi es imposible, ó á lo menos se exige mucha costumbre, arreglarlo de modo que puedan compartir tres el mismo saco sin estar muy incómodos.

Ekelöf, que no había hallado ningún rastro de vida animal, y por lo tanto, no tenía nada en qué ocuparse, decidió regresar á la estación el día siguiente, con patines para nieve.

Envié á Jonassen hacia el norte para que buscase el *cairn* que habíamos erigido y cambiase las cartas que habíamos dejado en él por una relación que indicaba nuestro paradero, colocada en una caja de hojalata soldada. Yo me dediqué á estudiar el terreno y á buscar petrificaciones. Mi desembarco del «Antártico» había sido muy poco fructuoso bajo este concepto; ahora, sin embargo, me hallaba en terreno más propicio. Escribí sobre esto en el diario: «La isla de Seymour es induda-

»blemente una tierra maravillosa, y es decididamente »lamentable que nuestra estación no se hubiese establecido en ella.» La isla es más baja y mucho más dividida por valles que la isla de Snow-Hill, y se compone de piedras blandas areniscas que en muchos sitios contienen numerosos fósiles de moluscos admirablemente conservados, caracoles, amonitas, etc. Fué sorprendente para mí la presencia de los últimos, que yo creía que existían únicamente en Snow-Hill.

Entonces resultó comprobado que también, por lo menos una parte de la isla de Seymour, pertenece á la formación mesozoica.

Ocupados en estas investigaciones todo el día, vimos al regresar que los perros se habían introducido, durante nuestra ausencia, en la tienda, donde se comieron toda la provisión de mantequilla. A las seis nos metimos de nuevo en el saco, que nos pareció más caliente, aunque sólo éramos dos los ocupantes.

El día siguiente me marché con Jonassen en dirección al depósito. No era mi intención visitarlo, quería tan sólo determinar su situación en un mapa, pero como me sobraba tiempo, lo visité por fin.

Estaba en el mismo estado en que lo dejamos, sin haber sufrido ningún daño por las tempestades. Todo alrededor estaba muerto y tranquilo, contrastando notablemente el aspecto actual del país con el que presentaba durante nuestra última visita, en que éramos en tierra una docena de personas y estábamos rodeados de miles de pájaros bobos. Los perros descubrieron algunos polluelos, muertos, que se comieron inmediatamente: esto fué todo lo que presenciamos que nos recordase otros tiempos. Debemos citar que vimos aquellos días

un numeroso grupo de cormoranes, más de un centenar, que marchaban hacia el norte, probablemente al encuentro del agua libre.

Regresamos al campamento, y como ya había realizado el más importante de mis deseos, y el tiempo, á pesar de su tranquilidad, era demasiado frío para poder entregarse á pequeños trabajos científicos, dí orden de emprender la marcha. Llevamos nuestros enseres sobre el hielo, cerca de tierra, nos pusimos en camino, y tras una rápida marcha, estábamos al anochecer de vuelta en la estación.

Habíamos tenido aquella vez mucha suerte con el estado del tiempo, porque días más hermosos no se podían pedir durante el invierno en aquellas regiones. La puesta de sol del día 27 fué realmente magnífica; reflejaba al este, sobre la larga hilera de colosales montañas de hielo que á los últimos rayos del sol parecían blancos palacios de una capital mágica; sobre ellas se extendía una ancha faja de nubes matizadas de vivos colores: violeta y rojo vivo sobre fondo negro, que las hacían parecerse al espeso humo de un formidable incendio. Al obscurecer aparecieron las estrellas, mientras una faja que iba menguando surgía por el sudoeste, matizando sucesivamente el horizonte de púrpura y oro y luego de brillante plata. Contemplé tan soberbio espectáculo paseando un buen trecho sobre el hielo hasta perder de vista el campamento; sólo veía ya la obscura silueta de la escarpada costa, de las extensas montañas de nieve y de basalto y de los bloques de hielo.

No se notaba el menor soplo de viento, no se oía ruido alguno y la quietud apenas era interrumpida por el ladrido lejano de algún perro. Agobiaba el insignificante

papel que desempeña en aquel inmenso desierto de hielo la casual presencia del hombre. El país está allí muerto, y las intactas masas de hielo no dan la menor impresión de vida. Pero esta quietud no dura siempre: de vez en cuando se oye como un chasquido ó estallido y se siente moverse el hielo bajo los pies.

Lo que se oye son los fuertes golpes de un prisionero, prisionero, pero no muerto, y que á menudo sabe romper sus barreras. Debajo del agua hay, en cambio, vida, de eso podemos estar seguros. Si llegásemos tan sólo á los claros del hielo, ó al mar abierto alrededor de los inmensos bloques, veríamos más de una prueba de la existencia de un mundo viviente.

Si se puede hablar de otoño en aquellas regiones, donde bien mirado es invierno todo el año, el de éste había concluído con la excursión que acabo de relatar.

Nuestros equipajes para exploraciones en trineo se almacenaron en el sobradillo, y los perros pudieron descansar durante tres meses hasta emprender nuevos trabajos.

CAPITULO XI

Tempestades y frios

El primero de mayo.—Desagradable período de tempestades durante mayo y junio.—La mitad del invierno.—Observaciones sobre las mareas.– Paseo en trineo durante el invierno.—Nuestros días más fríos.

Nuestro anemómetro.

El primero de mayo! ¡Cuántos recuerdos no despierta este día!

Allá en mi patria, cerca de las fronteras del Polo Norte, se preparan precisamente ahora á recibir la primavera que se acerca. Alegres grupos salen á la calle y se encaminan á los prados y bosques, llenos de esperanzas primaverales, soñando en un halagüeño porvenir.

¡Cuán diferente es aquí la fecha del primero de mayo! No nos sobraban motivos para alabar el verano que nos ofreciera aquel ingrato clima; verano sin calor y sin verdor, pero que nos parecía, ahora que había pasado,

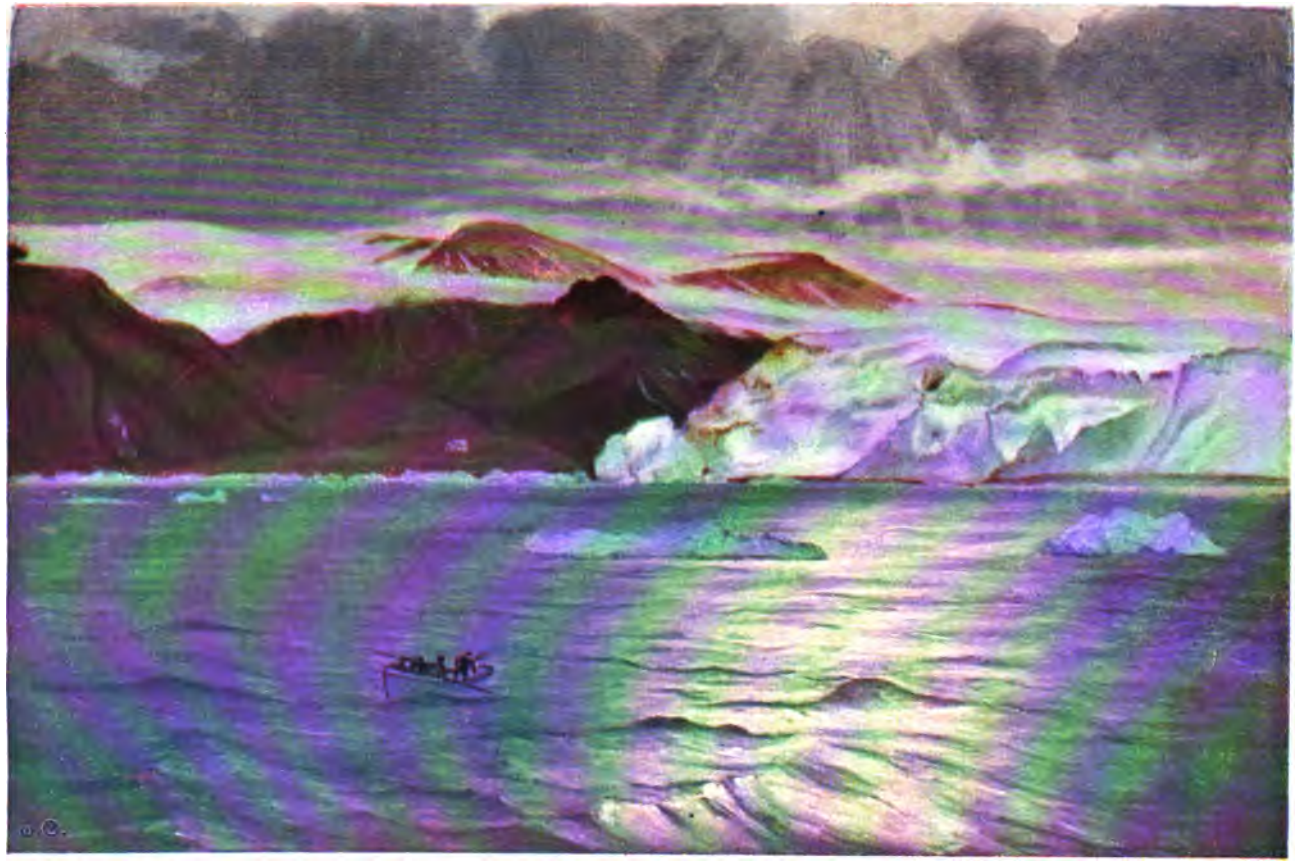
muy agradable cuando vislumbrábamos ante nosotros el interminable invierno con sus obscuridades y sus fríos.

Con todo, celebramos el día: teníamos especial interés en ello, porque era realmente el invierno la estación que habíamos anhelado, era sobre todo la que esperábamos para realizar el objetivo de nuestro viaje.

Se izó la bandera sueca por primera vez desde nuestra llegada á aquel sitio, y por vez primera también en un país antártico. Se preparó una espléndida comida que consistió en fiambres, langosta con setas, fricandó con coles, carne de vaca con patatas, jamón con espinacas, perdiz y postres, consistentes en fresas confitadas, quesos y pasteles, seguidos de café y ponche. No podíamos haber comido mejor, aunque nos hubiésemos hallado en nuestra casa, y resultó un banquete divertido y magnífico.

Habíamos tenido por la mañana aquel extraño tiempo pálido, con 5° sobre cero, que ya sabíamos era mala señal. Mientras estábamos comiendo soplaron algunas fuertes ráfagas de viento; pero la tempestad no estalló hasta la noche, bajando el termómetro hasta 19° bajo cero: nunca habíamos sufrido parecida tempestad. Por la mañana del día 3, aumentó la fuerza del viento hasta 30 metros por segundo, y algunas ráfagas sueltas alcanzaron aún más velocidad. Se rompió la tapa de la caja del termómetro; el viento se llevó la gorra de Akerlund y se partió el asta de la bandera al ras del techo. El día siguiente disminuyó el viento paulatinamente, de modo que á la noche todo estaba de nuevo tranquilo, aunque el frío bajó hasta 30°.

Ofreció el mar aquel día un magnífico espectáculo: el hielo se había roto y grandes trozos flotaban sobre el



Estación invernal en Snow-Hill. (21 de Febrero de 1902).

Valle de Ravín cerca de la estación invernal.

agua. Por encima de las recientes aberturas, grandes y pequeñas, se veían elevarse hermosas columnas de vapor de agua, que, más caliente que el aire atmosférico, se congelaba inmediatamente, pareciendo que el mar hirviese y despidiera vapores, como una vasija sobre el fuego. Este fenómeno nos pareció singularmente hermoso bajo la luz de los rayos solares.

El día 5, por la mañana, vino Bodman á decirme que había hallado á Neger, uno de los perros de Falkland, muerto en la perrera á mordiscos por los otros. Después de Jim y Tom, era de nuestros perros el que tenía un instinto más vivo é independiente, y todos sentimos su pérdida.

El relato cronológico de nuestra campaña de invierno, con todas las tempestades que tuvimos que soportar durante él, sería demasiado monótono. Sólo quiero hacer una reseña de la experiencia que adquirimos sobre las tempestades durante aquellos meses. La tempestad que descargó el primero de mayo, fué como el comienzo de un período, que á duras penas debe haber otro parecido en ningún lugar donde hayan vivido seres humanos. Primeramente tuvimos algunos días durante los cuales pudimos trabajar fuera de casa y continuamos los preparativos para nuestra invernada. Yo había hablado con Bodman de mi deseo de hacer, durante algunos días extraordinarios, observaciones magnéticas en mayo y junio, y después que hubo aceptado mi pensamiento de ayudarle en los trabajos necesarios para ello, acordamos que el 8 de mayo comenzaría el primero de esos «días voluntarios». El tiempo fué por la mañana tranquilo y hermoso, y me encaminé al ventisquero, donde clavé una hilera de cañas de bambú que debían ser

medidas y observadas lo más á menudo posible, y en una caja de madera enterrada en el hielo metí un par de termómetros para averiguar la temperatura á diferentes profundidades. Cuando hacía buen tiempo, constituían estos paseos uno de los entretenimientos más agradables de nuestra monótona vida. Mientras los sucesos siguen su curso regular, resulta distraído salir de la vivienda, acompañado únicamente por los fieles perros, para soñar en cosas lejanas contemplando el mar ó hacer atrevidos planes para los trabajos de exploraciones futuras.

Al día siguiente de mi visita al ventisquero pareció que hasta los mismos perros conocían que venía el mal tiempo. En un abrir y cerrar de ojos nos encontramos rodeados de torbellinos de nieve que nos cegaban. Eran las tres cuando nos refugiamos en la estación y comenzaba la tempestad. Por la noche observamos por vez primera un fenómeno singular, que se repitió más tarde durante las más fuertes tempestades: la atmósfera estaba como saturada de electricidad y se veía fuera, cuando estaba obscuro, un reflejo deslumbrador alrededor de los dedos y de las viseras de las gorras, y dentro de la sala repartía el aparato registrador del anemómetro tan fuertes golpes, que no era agradable tocar sus partes metálicas. No era fácil encontrar la causa de aquel fenómeno, pero yo he oído decir que durante algunas tempestades, en el desierto, la atmósfera cargada de arena se halla saturada, como aquí, de electricidad, y la explicación del fenómeno tendría tal vez que buscarse en la presencia de granitos de nieve, secos, levantados por el huracán.

A las diez, la tempestad era tan imponente, que á duras penas pude llegar al observatorio magnético, donde debía hacer una observación.

Para poder doblar la esquina de la vivienda tuve que andar á gatas y descansar un momento contra la pared de la casa. Cuando tuve que adelantar más, en vez de ir directamente contra el viento, que me quitaba completamente la respiración, me desvié un poco hacia un lado,

Neger, uno de los perros de Falkland.

pero fuí cogido por el huracán, que me llevó hacia donde quiso sin poder contrarrestar su furia. Después de muchos esfuerzos logré llegar al valle, donde busqué los invisibles restos de lo que algún día fué pasadizo á través de la nieve. Sólo quedaban sus huellas coronadas por un surco, alrededor del cual la nieve había sido barrida por el viento. Pero me fué imposible aguantar

en mi lucha contra la obscuridad y la tempestad. El tiempo que me restaba para la observación era demasiado escaso, y por consiguiente no tenía más remedio que volverme á casa sin poder hacer nada. A media noche practiqué un nuevo ensayo. Aunque reinaba todavía el mismo tiempo y la fuerza del viento era de unos 30 metros por segundo, y fuí revolcado repetidas veces durante el camino, logré por una casualidad llegar al observatorio. Sin embargo, encontré demasiado poco práctico continuar en tales circunstancias las observaciones, no sólo por su incomodidad y peligros, sino, sobre todo, porque serían inseguras y se corría el peligro de echar á perder los instrumentos, cosa que ante todo debía evitarse. Hasta después de la madrugada no amainó la tempestad.

Las dos semanas siguientes fueron frías y desapacibles; hubo numerosas tempestades, pero también disfrutamos algunos días hermosos, que nos permitieron dar fin á varios trabajos pendientes. Habíamos empezado á prever las tempestades: rara vez nos equivocábamos al anunciarlas.

Un día en que el barómetro descendió rápidamente y nos preguntábamos cuál sería su consecuencia, se levantó Ekelöf animado por el deseo de hacer observaciones meteorológicas durante un par de horas, además de su guardia de noche, tan sólo para anotar en el diario los cambios atmosféricos anexos al comienzo del huracán. Aquella vez no sobrevino, sin embargo, ninguna tempestad, pero en cambio estalló algunos días después con gran fuerza.

Extractaremos algunos párrafos del diario relacionados con el estado del tiempo.

«*22 de mayo.*—El tiempo, aunque no del todo malo, era frío y sin sol; por la mañana tuvimos fuerte viento, que fué aumentando gradualmente y no hubo medio de hacer nada útil en la cumbre de la montaña. Bodman empezó á levantar una choza de nieve para poder determinar las variaciones magnéticas absolutas; Jonassen se entretuvo también en trabajos fuera de casa.

«*Domingo, 25 de mayo.*—Era el día de la fiesta nacional argentina y lo celebramos con una comida extraordinaria. Hubiera yo de buena gana brindado por la Argentina con Sobral, si éste no hubiera sido tan abstinente en materia de bebidas. El viento, que por la mañana había tenido una fuerza de cerca de diez metros, aumentó por la tarde, en que tuvimos un verdadero tiempo de agua; la luna se dejaba ver un poco de vez en cuando, de modo que al exterior hacía bastante claridad. Tuvimos un tiempo pésimo; durante varias semanas no habíamos visto el sol, y á excepción de dos horas durante el día 24, no habíamos tenido un momento tranquilo; hay que confesar que el clima es aquí malísimo.

«*28 de mayo.*—Empezábamos á creer que amainaría el temporal de nieve y que lucirían unos cuantos de esos días excesivamente hermosos que suelen venir ordinariamente tras las nevadas. Pero no sucedió así: aumentó más el viento durante la noche.

»Tenía yo que estar de guardia desde las cuatro, pero me despertó á las tres el fragor de la tempestad. Creo que se oían más los ruidos exteriores en el rincón nordeste, donde estaba situado mi cuarto. Durante el día no se comprende del todo lo malo ó peligroso del tiempo, pero de noche, cuando todo está quieto

y está uno acostado solo en su cama, ó levantado de guardia, es casi inaguantable el continuo bramar del temporal.

»El cartón y las cuerdas baten contra las paredes, toda la casa tiembla y no es posible arriesgarse á salir un instante. Sólo un ruido se oye en torno nuestro: el de la tempestad y el viento chocando contra las paredes de la vivienda y con cuanto se opone á su paso. Todo es obscuridad; no se distinguen los objetos más cercanos á nuestra vivienda. La nieve caía finísima y arrastrada por el vendaval formaba remolinos en el espacio.

»La ventisca es uno de los fenómenos atmosféricos que desempeñan en estos aborrecibles climas un papel más importante. También durante esta borrasca despidió chispas el aparato registrador del anemómetro; hasta el papel recorrido por su punta estaba electrizado y fué atraído por objetos metálicos situados cerca.

»Un compañero tuvo el acierto de comparar nuestra casa con un ferrocarril, comparación que no fué del todo desacertada. El temblor producido por el huracán era tan fuerte en la casa, que el agua que se encontraba en un recipiente sobre la mesa se agitaba como si hubiese terremoto: resonaba la tapa de la chimenea, crujían las maderas y oscilaban las ventanas; las puertas se abrían y cerraban, dejando entrar ráfagas heladas y espeso vapor de agua condensado; todo esto hacía recordar el desvencijado coche de un tren rápido marchando sobre un defectuoso camino de hierro.

«*30 de mayo.*—La tempestad continuó con fuerza; por la mañana teníamos 4° bajo cero en la sala, pero durante el curso de la mañana el tiempo mejoró algo.

»Es muy notable la diferencia que existe entre una

Brecha escarpada del ventisquero de Snow-Hill hacia el mar.

fuerza de viento de veintiocho metros y veinte; con el primero no se puede estar derecho; con el último es difícil dar un paso sin caer á tierra. A las tres, teníamos aún dieciséis metros, y á las ocho, compareció Akerlund quejándose del «maldito hornillo» que no quería encenderse porque no hacía tiro la chimenea.

»A mí me pareció aquello imposible, pero mirando el papel del anemómetro quedé sorprendido: no había en él marcado nada. Pensé que debía estar descompuesto; salí á verlo y me encontré, con gran sorpresa, con que había calmado el aire por completo y teníamos el tiempo más hermoso y sereno que podíamos desear.

«*31 de mayo.*—Lució el sol después de largo eclipse, y la mañana fué hermosa, agradable y tan limpia y clara que no sé con cuál compararla. Veíanse de un débil color azulado violeta el horizonte y la isla de Cockburn, punto medio entre nuestra estación y el horizonte visible. El cielo presentaba un matiz azul obscuro y sobre él pasaban largas fajas de nubes que resplandecían matizadas de colores purpúreos.

»Era sorprendente el contraste entre estos vivos colores y los pálidos é indescriptibles matices del horizonte. Las tierras blancas y azules que tan fuertemente se destacaban sobre los territorios obscuros de las cercanías, extendíanse hasta la muralla de hielo que circundaba á Snow-Hill.

»A las diez, poco más ó menos, brilló un punto rojo en el horizonte y en forma de columna de fuego que se elevaba derecha, apareció el sol, que á causa de la refracción nos parecía una llama de fuego ancha, chispeante y movediza. Rodeábanla relucientes rayos de vivos colores irisados. Paulatinamente tomó el sol su aspecto ordina-

rio, y la luna, que hasta el último momento fué visible en el cielo como una estrecha hoz, desapareció á nuestra vista.

»Jonassen montó nuestro mareógrafo. Yo me fuí con Sobral al ventisquero y me entretuve disponiendo mis termómetros. Cuando bajamos, cerca de las tres y media, empezaba ya á obscurecer. Nuestros compañeros estaban sentados á la mesa; sólo faltaba Ekelöf, que había salido por la mañana.

»Al principio no me inquietó su ausencia; pero cuando ví, á las cinco, que no había vuelto y que había casi completa obscuridad, me inquieté y subí con Jonassen á la loma para averiguar si le había ocurrido alguna desgracia. Cuando llegamos arriba, era ya de noche y á duras penas podíamos encontrar el camino.

»Logramos, sin embargo, llegar á la otra parte de la isla, donde llamamos y gritamos, pero como no oímos ni vimos nada, dimos la vuelta y llegamos felizmente otra vez al pie de la loma, desde donde pude oir en seguida la voz de Ekelöf, que había venido por otro lado y llegado á la estación inmediatamente después de nuestra salida.

«*1.º de junio.*—La noche pasada fué tan tranquila como el día; no sopló el menor viento; pero hacia la una, se corrió como un velo sobre el cielo y poco después estalló de repente la tempestad. Felizmente el cambio ocurrió cuando nadie se encontraba fuera, donde no hubiera sido fácil aguantar un tiempo parecido.

»Desperté apenas empezó la tempestad á zarandear la casa, y aun no había podido conciliar el sueño, cuando á las cuatro me llamó el despertador para el servicio. La fuerza del viento era de unos veinte metros; la nieve

caída no había comenzado aún á ser agitada por el huracán, de modo que la luna y una pequeña parte del cielo estrellado se veían á través de la diáfana atmósfera y las lomas cercanas presentaban un gris espectral con sus vagos contornos.

«*5 de junio.*—Desde principio de mes tuvimos sin cesar un viento cuya fuerza era de más de veinte metros por segundo: la temperatura varió entre 25 y 30° bajo cero; pero el día 5 hizo buen tiempo, señalando, á pesar de todo, el termómetro 25° bajo cero, temperatura que en Europa habría llamado seguramente la atención.

»Quise subir al ventisquero, vestido con ropas especiales para el viento, de una clase de que nos servíamos en tales casos (*), provisto además de gorra, guantes y anteojos. Las pesadas ropas, el duro camino, la tempestad y el llevar cubierta la nariz hacían casi imposible la respiración, y todo el día sentí malestar á causa del cansancio. Era imposible trabajar fuera con aquel tiempo, aunque debíamos haberlo hecho durante algunas horas para concluir la instalación de nuestros mareómetros, pero no quise ndicárselo á nadie cuando tampoco á mí me hubiera gustado hacerlo.

«*7 de junio.*—Después de cierto tiempo puede uno acostumbrarse á todo, pero nuestra vida era aún harto penosa y lo fué durante largo tiempo. Un consuelo, aunque pequeño, era el poder considerar nuestra vida como un record. La frase de Jonassen, «parece que nos divertimos», produce ahora risa general, así como «nuestro tren rápido para adelantar con velocidad abrumadora». La fuerza media del viento durante las últimas veinti-

(*) Traje de lona delgada que protege contra el viento y se compone de pantalones y abrigo con capucha, todo de una pieza.

cuatro horas, fué mayor que durante ningún otro día de todo el mes.

«*8 de junio.*—Por fin, hemos disfrutado de un tiempo apacible y relativamente soportable, lo suficiente para salir y examinar los daños causados por la tempestad, que fueron por cierto de bastante importancia para nosotros. Un barril con hielo había sido arrastrado por el viento y lo encontramos metido entre los bloques de la orilla.

»Sufrimos una sensible pérdida: el viento había arrastrado nuestro bote mayor más de veinte metros hacia la orilla, arrojándolo después sobre el otro bote y empotrándolo entre unas rocas cubiertas de hielo, donde quedó con la quilla al aire, con un costado casi destruído, así como el banco de remar y las planchas del fondo; los remos habían desaparecido, hasta las planchas de cinc de revestimiento estaban arrancadas y diseminadas. Lo más extraño es que había estado siempre colocado al abrigo del viento, y no podía explicarse cómo pudo ser arrancado de su sitio.

»Después subí al ventisquero, desde donde presencié á la puesta del sol un cuadro magnífico. Al sur extendíase una faja de color rosa pálido; al este, sobre Snow-Hill, una nube obscura azul violeta, parecida á un cielo de agua de color pronunciado; al norte, una nube de color gris, y debajo una banda matizada de amarillo pálido y violeta rojizo, que cortaba transversalmente la bahía, donde se extendía una ligera niebla parecida á un velo mágico, cuyas finas puntas se internaban en nuestra isla.

»Se levantaron algunas ráfagas de viento y la niebla se elevó hacia el nordeste, obscureciéndose y tomando

un color entre violeta y carmín, parecido al humo de un gran incendio.

»En la otra orilla veíase la montaña Haddington envuelta en remolinos de nieve que avanzaban amenazadores hasta la llanura, y diez minutos después estaba yo mismo rodeado de un polvillo de nieve que pasaba los huesos. Una hora más tarde, la fuerza del viento era ya de veintisiete metros, y el termómetro había descendido á 32° bajo cero.»

«*9 de junio.*—El recuerdo de mi patria me persiguió constantemente durante todo el dia; no era fácil en aquellas condiciones sujetar los pensamientos, y la imaginación vuela sin querer, ansiosa de substraerse al espectáculo desolado de la realidad.

»Lógicamente había que esperar tales días durante una exploración polar de tan larga duración; pero aquel seguramente fué el peor que habíamos pasado hasta entonces. No era que los acontecimientos en sí mismos presentasen nada digno de mención: era la reunión de todas esas contrariedades que parecían sumarse para hacernos imposible la realización de nuestros proyectos.

»Llegaba uno de esos días de guardia voluntaria para las observaciones magnéticas, y yo había prometido hacerla hasta las cuatro de la mañana siguiente, porque Bodman había pasado una noche pésima de observación. Cumplí, pues, mi turno sin novedad alguna, y cuando me disponía á descansar, llegó Jonassen arrastrando á Castor moribundo.

»Se había peleado con los otros perros, y aunque no tenía ninguna grande herida visible, su aspecto denotaba gravedad. El médico declaró que tenía un pulmón destrozado é intentó curarle algunas dentelladas que presen-

taba en el cuello, pero ya se veía que no era posible salvarlo. Sentimos muchísimo lo ocurrido, pues aquel perro era el mejor de todos, y sin duda el de más valor de los de Falkland que quedaban. Respiraba cada vez con más dificultad, pues sus pulmones debían estar llenos de sangre. Debíamos, con todo, darnos por con-

La caja de hielo después de la tempestad.

tentos de que no nos hubiese ocurrido á ninguno de nosotros desgracia alguna, pues no comprendo cómo hubiéramos librado en aquellas circunstancias.

»A las cinco había muerto el perro y fué examinado por el médico. Era casi incomprensible cómo podían haberle causado tales heridas sus compañeros: en este caso, como cuando la destrucción del bote, casi estábamos por pensar que todo era obra de brujería.

»La tempestad llegó aquel día á tal grado de violencia, que nunca la habíamos conocido tan fuerte. Decidí esta vez no suspender las observaciones, pero era una locura

Nuestro bote mayor había sido llevado por el viento á lo largo de la orilla donde se había deshecho contra las rocas.

con tal tiempo salir uno cada hora, y me limité á tomar observaciones á las diez, á las doce y á las dos: Bodman empezaría á las cuatro. Ya á las diez soplaba de firme el huracán; según el anemómetro, su fuerza media era de treinta metros y medio. Arrastrándome por el suelo pude hacer mis observaciones, lo que hubiera sido imposible si no hubiese conocido perfectamente los accidentes del camino. A media noche indicaba el anemómetro una fuerza de viento algo inferior y esperé que mejorara el tiempo, pero fué en vano. El observatorio temblaba, y casi daba miedo oir desde dentro crujir el techo y dar las cuerdas formidables golpes contra las paredes. Uno de los quinqués se cayó de su sitio; lo colgué y encendí de nuevo y volvió á caer al suelo. La temperatura interior era de 25°, lo que no es agradable cuando, después de agotadas todas las fuerzas para llegar, se ha de estar haciendo incesantes observaciones. Cuando al regresar, arrastrándome, intenté doblar la esquina, una ráfaga de viento me cogió impulsándome violentamente, aunque me hallaba tendido y bien afianzado en la nieve con manos y pies. Por último, pude pararme y evitar que el huracán me arrojase declive abajo.

»Hacia la una paró de repente el anemómetro registrador: según vimos después, había sido roto por la tempestad; es decir, que la cruz con las aletas giratorias había sido arrastrada por el viento. No tenemos, por lo tanto, ninguna de las observaciones de aquella noche. El estado del tiempo pareció mejorar algo por la mañana.

«*10 de junio.*—Tempestad y más tempestad, aunque había disminuido algo el viento.

«*12 de junio.*—Hacía bastante frío, pero el viento era

nulo. Por la mañana dí un paseo sobre el hielo en busca de un barril de pan que había sido arrastrado por el viento y que Jonassen no pudo hallar. Parecía cosa de magia: por último lo encontré cerca de los botes. Se había formado una alta acumulación de nieve en la prolongación del ventisquero de Snow-Hill. Una gran cantidad de piedrecitas había sido arrastrada sobre el hielo; Bodman pesó una de las mayores y encontró que su peso era de treinta y seis gramos.

»Entonces acabó aquel período de tempestades que, en verdad, era ya intolerable.

»La fuerza media del viento, desde el 27 de mayo al 10 de junio, fué, incluyendo las horas tranquilas, de unos dieciocho metros y seiscientos centímetros por segundo; mientras que la temperatura media fué de unos 25°.

»Recordamos la comparación de nuestra vivienda con un tren en marcha, que es muy característica; pues no hay otra diferencia que, en vez del tren, es el aire el que se mueve y corre ante nuestra vista, y se verá que si hubiésemos sido arrastrados con aquella velocidad del viento, hubiéramos recorrido durante medio mes 24.000 kilometros, es decir, hubiéramos podido hacer una visita á Suecia y casi estar ya de regreso.

»Atravesamos un período de relativo buen tiempo, á veces bastante caluroso, de modo que podíamos estar en casa con las puertas abiertas, y figurándonos que lo mismo podía ser medio verano como medio invierno. Habíamos llegado al característico día del solsticio, y los días se alargarían poco á poco.

»Nos dispusimos á celebrar este día, y ya el 23 por la noche hicimos un pequeño festín, casi como el de Navidad. Comimos pez palo y gachas, y encendimos bujías

de Navidad ante cada cubierto. La fiesta principal debía celebrarse el día siguiente, en que hicimos la comida más espléndida de cuantas disfrutamos durante nuestra permanencia en aquel lugar. No puedo resistir al deseo de mencionar el menú: había sobre la mesa fiambres extrafinos, dos clases de licores, coles, tortuga, carne adobada de buey con patatas, panochas de maíz cocidas, pájaro bobo en gelatina con arroz, asado de vaca con coliflor, puding de fruta, confitura con queso y galletas.

»Por lo demás, como no hay alegría completa, aquel día no pasó sin percance. Nuestro mejor perro de Groenlandia, Suggen, se puso enfermo y revolcábase presa de convulsiones sin que nadie comprendiese la causa. Hubiera sido una contrariedad perder aquel perro, precisamente cuando tanta falta teníamos de ellos.

»Por fortuna, al día siguiente, nos comunicó Jonassen la buena noticia de que el perro había arrojado una masa peluda. Sin duda se había dado un banquete con desperdicios de pieles. Quedaba así explicada la causa de la indisposición y era de presumir que curaría.

»Esta clase de perros son tan voraces, que jamás se ven satisfechos.

»Por este tiempo arreglamos el mareómetro, que me había dado tanto que hacer durante el período tempestuoso. Debían efectuarse con él varias observaciones de hora en hora, durante un mes y á una distancia de unos trescientos metros de la casa, lo cual exigía un nuevo servicio de guardia. Bodman y Sobral encargáronse, como siempre, de las mañanas, y Akerlund del servicio de madrugada; el resto de las veinticuatro horas estaba dividido por igual entre los cuatro compañeros peritos en la materia y Jonassen; de esta manera nos tocaba de

guardia cada cinco noches, por turno, haciéndola de un tirón hasta las cinco de la madrugada. Cuando hacía buen tiempo, este quehacer nos ocasionaba poca molestia; pero cuando soplaba el huracán pasábamos noches pésimas.»

Dejo otra vez hablar al diario:

«*3 de julio.*—Para hacer las observaciones en el mareómetro usamos el llamado traje de viento, con capucha y gorra y una especie de bufanda para abrigarnos el rostro. De esta manera nos defendemos ventajosamente contra las inclemencias atmosféricas.

»Sin embargo, siempre penetra un poco el viento, y á pesar de llevar resguardada la cara y usar guantes de mucho abrigo, no se pasa una noche de guardia sin que al día siguiente se noten más ó menos sus efectos. Se necesita un cuarto de hora para hacer la observación á la intemperie, advirtiendo que en primer lugar se ha de empezar por desalojar la nieve aglomerada en la abertura del hielo.

»Lo primero que debíamos hacer era señalar un camino para bajar el declive desde nuestra loma hasta la orilla, pues con el viento que soplaba frecuentemente y la nieve que se arremolinaba no se podía ver la orilla. Cuando se lograba ver desde lejos el sitio donde estaba el bote medio internado en el hielo, que constituía nuestra señal de tierra, era sólo cuestión de poder adelantar entre las salientes masas de hielo, caminando sobre las grandes extensiones cubiertas de hielo liso, donde á veces la fuerza del viento no permitía ni estar de pie.

»Era bastante difícil encontrar el mareógrafo, y á esta dificultad debe añadirse la lectura; y si se apaga la linterna precisamente cuando se llega, hay que empezar de

nuevo la tarea. Cuando la lectura está hecha viene lo peor de todo, el regreso á casa contra el viento. Dedos y cara duelen de frío, y lo peor es que los ojos son azotados violentamente por los granitos de nieve fríos y cortantes.

»Era una suerte para nosotros que, en realidad, no podíamos perdernos fácilmente; pero á veces teníamos que dar muchos rodeos, y Bodman me vió una noche, con la linterna en la mano, volver trepando por la pendiente, y ya cerca de casa, creyendo haberme equivocado, volver otra vez á desandar el camino, aguantando la tempestad para enfilar la casa desde otro punto.

«*5 de julio.*—Se presentaba una magnífica noche, tranquila y estrellada. Bien abrigado, me llevé una piel de reno y la extendí sobre el hielo, al borde del agujero donde hacía mis observaciones con el mareógrafo. Estuve tendido largo rato, contemplando el cielo con sus estrellas tan extrañas para nosotros: la cruz del Sur y el Centauro sobre el zénit. Vi también muchas y magníficas estrellas errantes, que en su veloz carrera dejaban brillantes líneas de luz en el firmamento. Abstraído en mi contemplación soñé en la lejana patria.

»A las siete empezó á verse un ligero tinte rojizo en el horizonte y amaneció; el contraste entre el cielo todavía obscuro y sereno y el horizonte claro, presentaba para mí un nuevo cuadro, una aurora totalmente distinta de cuantas había visto. A las ocho de la mañana regresé á la vivienda y me dispuse á acostarme.

«*14 de julio.*—Cesaron de nuevo las observaciones sobre la marea, que habíamos proseguido durante cuatro semanas. En cambio, esperaba que fuese posible realizar un corto paseo en trineo para empezar los trabajos que

tenía intención de llevar á cabo en las cercanías de la estación.

»Después de las tempestades, que casi sin interrupción se habían sucedido, esperaba poder ahora contar con buen tiempo. Pero empezó un mes que, no sólo por sus tempestades, sino por su intenso frío y fuerte viento, fué tan desagradable como el período anterior. Desde el 15 al 24 de julio, tuvimos siempre tempestad y arreciaba el frío. Mientras tanto, me había preparado para el viaje en trineo, y cuando abonanzó el tiempo decidí emprenderlo el día siguiente.

»Además de Sobral y de Jonassen, había designado á Akerlund que debía acompañarnos, para probar hasta qué punto podría ayudarnos en tales trabajos, por si más tarde, en otra más larga excursión, tenía que reemplazar á alguno. Debíamos, durante nuestro viaje, pasar el estrecho del Almirantazgo y llegar á la tierra opuesta, que á mi parecer ofrecería gran interés zoológico. Podría también llevar á cabo algún trabajo cartográfico, estudiar los ventisqueros y sacar fotografías. Mi objeto principal era probar nuestro equipo para una expedición invernal y hacer varios experimentos. Para esto había preparado cuidadosamente el viaje y llevábamos las provisiones pesadas con exactitud y de acuerdo con el plan que había formado para nuestra futura expedición.

»Al despertar, el tiempo estaba tranquilo por completo y el termómetro señalaba —31°. Teníamos mucho qué hacer y no podíamos salir hasta mediodía. Yo estaba equipado con ropa interior de lana recia, pantalones de gamuza, calcetines de lana, zapatos de piel de reno y las ropas ordinarias de frisa, cuyo indumento consideré más que suficiente para el estado del tiempo reinante. Nuestro

Varias veces hundióse en anchas aberturas y era cosa de ir con cuidado.

equipaje, que no era muy pesado, fué cargado sobre un trineo arrastrado por los cuatro perros groenlandeses y por Kuzze, el perro amarillo de Falkland. Este último perro había merecido desde un principio nuestra confianza, y al utilizarlo se había visto que era el más inteligente de los que nos quedaban.

»Aunque marchamos con bastante velocidad, no llegamos hasta mucho después de la puesta del sol al campamento levantado en la bahía, en la parte interior del cabo Hamilton. Uno de los trabajos más desagradables de las jornadas, era tener que arreglarlo todo diariamente para acampar, cuando con tal tiempo llegábamos calientes y sudados después de la marcha.

»Akerlund había probado por primera vez servirse de la cocina sistema «Primus» fuera de casa, durante el frío invernal, pero yo tenía que ayudarle. Este no era tampoco trabajo fácil: los objetos metálicos quemaban como si estuvieran candentes á causa del frío. Antes de acostarnos disparamos un par de cohetes, según lo convenido con nuestros compañeros, para saber si se podían ver desde la estación. Desgraciadamente quemaron muy mal por estar húmedos y haberse helado, pero con todo logramos encender una luz de bengala azul, que se consumió toda y fué perfectamente visible, según supimos después, por los que estaban en casa.

»Debió ser muy singular el brillo de este fuego artificial en aquel desierto, y no hay que extrañarse que los pobres perros corrieran asustados.

»Habíanse llevado mis compañeros, por cama, el acostumbrado saco que podía contener tres personas, mientras yo por mi parte ensayé un nuevo método: dormir vestido con traje de piel de reno; me puse calzado y

guantes de vellón, pero habiéndomelos quitado un momento y no recordando en qué sitio los había dejado, no pude luego encontrarlos en la obscuridad. Aunque aquella noche era muy fría, experimenté que esta manera de dormir era buena, sobre todo disponiendo las cosas algo más prácticamente de lo que lo hice entonces. Me desperté temprano, y como nadie parecía dispuesto á moverse, me levanté y me puse en seguida á preparar el almuerzo, lo que constituye á tales horas uno de los menos agradables trabajos, bajo una temperatura de —35°.

»Emprendí aquel día una larga excursión á la bahía, donde visité el gran ventisquero, muy interesante por la variada estructura del hielo, que se presenta en Snow-Hill, como en todos los ventisqueros abovedados de su tipo. En lugar de aparecer en capas horizontales, encuéntrase el hielo de la misma manera que en ventisqueros comunes en las regiones montañosas, compuestas de masas salientes azuladas.

»A las cuatro regresé al lugar del depósito, y después de comer, no tardamos mucho en ir á dormir. Todo estaba en reposo alrededor nuestro, y esperaba que amaneciese una agradable mañana; sólo interrumpía la quietud de la noche el crujido del hielo que á intervalos producía la marea. Debajo de nuestra tienda todo estaba en silencio; pero nadie, y mucho menos los que compartían el saco de dormir, podían descansar: de repente oí un lejano y prolongado ruido. Temí en seguida una tempestad del sudoeste, aunque deseaba convencerme de que aquel ruido era producido únicamente por movimientos de las masas de hielo que se disgregaban.

»Los perros se instalaron de una vez contra el toldo; Jonassen los llamó, pero se interrumpió en seguida gri-

tando: «Ya está aquí.» Llegaba, en efecto, la tempestad, que empezó á rugir sacudiendo nuestra débil tienda, uno de cuyos palos cayó de pronto á impulsos del excesivo peso que soportaba, combinado con el de la nieve y los perros y la fuerza inusitada del viento. Probamos en vano á permanecer tranquilos. Yo me hallaba realmente mejor situado que los demás que estaban á punto de perecer sofocados. Por último, no pudo Jonassen aguantar por más tiempo y vióse obligado á salir fuera.

»No era mi traje muy á propósito para resistir semejante tiempo, sobre todo desde que la piel de reno se había humedecido con la nieve; pero aunque daba la espalda á la pared de lona que combatía el viento, no sentía un frío excesivo. Tal equipo, sin embargo, no sería suficiente si tuviéramos que permanecer inactivos durante algunos días con un tiempo peor si á mano viene.

»Afortunadamente no fué la tempestad de larga duración, y por la mañana empezó de nuevo á despejar el tiempo. Sirviéronme de lección todas estas peripecias, y después de haber dejado algunas provisiones en un depósito, por si acaso tuviéramos necesidad de volver á visitar aquella costa, emprendimos el regreso, y antes del obscurecer estábamos otra vez en la estación invernal, donde llegamos con un tiempo siempre frío, pero con viento menos fuerte.

»El día más frío fué el 6 de agosto, en cuya mañana llegó á adquirir el viento más de veinte metros de velocidad, la temperatura señaló 35° bajo cero; descendió más todavía por la tarde, y por la noche entró Bodman con un frasco de mercurio que se había helado, formando con el cristal un bloque coherente: llegó el frío á los

41° 3' bajo cero, soplando á la vez un temporal que recorría cerca de 14 metros por segundo.

»Al día siguiente di algunos paseos por la llanura para probar la influencia del tiempo llevando puesta ó quitada la pelliza de invierno. Nunca experimenté tan claramente como entonces lo útil que era tal prenda: á través de ella no penetraba el frío, pero sin tan excelente abrigo quedábase uno inmediatamente helado. Era casi imposible ir con las manos desnudas; tampoco podíamos prescindir de abrigarnos la cara, porque cuando se iba en contra del viento, los ojos se nos cegaban.

»Pronto calmó el viento, pero el frío siguió también el día siguiente. El día 8 subió la temperatura de repente á 11° bajo cero, haciéndonos la misma impresión que si hubiera llegado el verano; y cuando salí del cuarto, donde teníamos 20° sobre cero, con la americana desabrochada apenas noté diferencia de temperatura.»

Del día siguiente escribí en mi diario lo que sigue: «El 9 de agosto volvió á bajar la temperatura: predije que tendríamos tempestad y mi presagio se cumplió pronto. En la mañana de hoy nos ha envuelto densa niebla, y el termómetro ha llegado hasta 4° bajo cero, lo que da una diferencia de 37° en dos días; después ha aumentado el frío, y al mediodía ha soplado un fuerte viento del sudoeste que de repente se convirtió en un tremendo huracán, con frío intenso. Por la noche tenemos de nuevo 30° bajo cero. El día 10 fué, en cuanto al tiempo, el más desagradable que tuvimos durante toda nuestra campaña antártica; la fuerza media del viento, durante las veinticuatro horas, fué de unos veintisiete metros y medio por segundo, y la temperatura media fué de 31° 1' bajo cero. Felizmente no duró mucho el mal tiempo, y ya á

la mañana siguiente pudimos salir de nuevo á buscar los objetos que se había llevado el viento, entre ellos el techo del observatorio astronómico, cuyos restos se encontraron más allá del sitio donde estaban los botes: había sido llevado hasta allí por los aires y roto contra las rocas.

»Este tremendo temporal pareció ser el último del invierno, pues si sufrimos aún muchas y duras tempestades, antes de que llegase la primavera, no volvieron á presentarse este conjunto de tempestades y fríos continuados.»

Isla de Ross y montaña de Haddington.

CAPITULO XII

Los días empiezan á alargarse

Pesca de focas y vida animal durante el invierno.—La vida dentro de casa. – Un paseo con obstáculos en trineo. – Tiempo de resaca en medio del invierno.—Preparativos para algunas expediciones en trineo hacia el sur.

No hay que sorprenderse de que la vida animal se alejase, durante el invierno, de un país donde el clima era tan poco grato. Mostrábase la Naturaleza, ora revuelta ó sosegada, á nuestro alrededor, y difícilmente se puede experimentar una impresión más abrumadora que la producida por esa sucesión de fuertes tempestades y de días enteramente tranquilos, cuyas extremas variaciones eran capaces de matar todo germen de vida.

Resultó, por consiguiente, un día de verdadero júbilo el 4 de julio, cuando, durante una pequeña excursión en trineo para hacer un sondeo en el estrecho, encontré detrás de un glaciar uno de esos agujeros que las focas

tienen abiertos para poder salir á respirar á la superficie del agua; á su lado veíase claramente el rastro de una foca que había estado allí poco antes.

«Pronto podremos saborear carne fresca, y tal vez encontremos peces,» escribí en mi diario, y comuniqué en seguida aquel descubrimiento á mis compañeros; pero, desgraciadamente, tardaron en realizarse mis esperanzas.

Jonassen, que era el que más deseos tenía de comer carne fresca, se interesó mucho por mi descubrimiento, y daba todos los días que el tiempo lo permitía un paseo sobre el hielo: intentó pescar, pero no obtuvo buen resultado.

El día 12 de agosto escribí en mi diario: «Bodman y Ekelöf han salido hoy de excursión para pescar focas, pero no han podido ver ni siquiera rastro de ellas. Tengo que aguantar amistosas burlas por los datos que comuniqué, y se han puesto de moda esas singulares focas que conocen el modo de hacerse invisibles.

»Pero esperemos que el tiempo mejore, y entonces ya veremos si salen de sus agujeros.»

Después nos demostró la experiencia que ni en inviernos fríos se puede confiar en esta caza, sobre todo durante los meses más obscuros, pero pronto tendríamos ocasión de verlas. Efectivamente, el día 18 de agosto tuvimos, después de tan largo período de frío, un hermoso y templado día. Estaba en casa, ocupándome de los trabajos preliminares para la futura expedición en trineo, cuando Bodman llegó corriendo de la costa, diciendo que había visto una foca.

En medio de la bahía, hacia el estrecho, á unos cinco kilómetros de la estación, había una gran montaña de

hielo embarrancada, que por su forma hacía recordar una iglesia con su torre alta, y que, con la isla de Cockburn, era cuanto rompía la monótona superficie del mar. No habíamos llegado nunca tan lejos durante el invierno; pero Bodman había hecho una larga caminata y visto al animal en cuestión. Ekelöf apresuróse á buscar la escopeta; yo cogí la pistola Maüser, y juntos nos encaminamos rápidamente en busca de carne fresca.

A cierta distancia vimos encima del hielo dos masas obscuras que pronto nos cercioramos de que eran dos focas; eran de color verde gris, con pocas manchas, cabeza pequeña y nariz ancha y protuberante. Cuando nos acercamos levantaron la cabeza, moviéndose de un lado á otro para ver á tan inesperados visitantes, sin que mostrasen tener el menor miedo, y así pudimos acercarnos á su lado y matarlas de dos tiros.

Quedamos satisfechos de nuestra caza, que nos procuró carne fresca para nosotros y buena y abundante comida para nuestros perros, que no estaban muy bien alimentados.

Por de pronto, nos contentamos con abrir las focas y cortar algunos de los mejores pedazos, pues hubimos de regresar á buen paso, huyendo de la fuerte tempestad del sudoeste que amenazaba. Llegados á casa, supimos con sorpresa que también Jonassen había encontrado otra foca al sur de la estación, y la había matado en el mismo agujero con un arpón, pero no pudo arrastrarla sobre el hielo, y marchó después con Akerlund y los perros para conducirla á la casa.

No es menester decir que aquel día estábamos completamente satisfechos. Por la noche comimos chuletas de foca, que por cierto, según consta en mi libro-diario,

parece que no respondieron á las esperanzas de los que tenían más deseos de comer carne fresca, lo que probaba evidentemente que poseíamos excelentes conservas y buenos comestibles, pues no hay duda que la carne de foca frita con manteca y bien preparada, resulta una comida suculenta.

No fueron las focas los únicos ejemplares del reino animal que observamos durante el invierno, sino que vimos dos veces cormoranes ó cuervos marinos, y en mitad del invierno, durante nuestro paseo en trineo, encontramos uno posado en la misma cerca del depósito.

Fuera de estos, el *pagodroma* era el único pájaro que parecía poder aclimatarse en aquellos parajes durante aquella época.

Aunque procuramos por todos los medios idear trabajos útiles fuera de casa para distraernos, pasamos forzosamente gran parte de tiempo, durante aquellos largos meses, encerrados entre las cuatro paredes de nuestra vivienda. Resultaba aquel modo de vivir muy especial, y difícilmente puede comprender el que no lo haya experimentado, lo que significa estar un invierno entero sin poder salir de un territorio tan limitado, estando además condenados á una sociedad tan reducida: una expedición en buque, por larga que sea, es mucho más agradable.

Suele, sin embargo, ocurrir que las personas cuyas relaciones sociales han sido superficiales, al encontrarse reunidas después accidentalmente en persecución de un fin común, llegan á intimar sin darse cuenta, llegando un momento en que parece que su trato y conocimiento data de toda la vida, y en cuanto á nosotros, no perdíamos ocasión para estrechar más nuestra amistad, cele-

Vista de las alturas al norte de la estación. A la izquierda aparece la cumbre de basalto en medio de la elevación sin hielo y la abertura del valle donde está la estación; á la derecha sobresale un trozo de la isla de Lockey.

brando en cuanto podíamos los días festivos, ó inventándolos con cualquier pretexto.

Durante los demás días cada cual cuidaba de sus menesteres, y con los trabajos que pesaban sobre nosotros y nuestros apuntes y memorias, no tuvimos nunca necesidad, durante aquel invierno, de acudir á los naipes ni á otras distracciones análogas.

A causa de las guardias de vigilancia nocturna que habíamos de hacer, eran muy irregulares nuestras horas de descanso, y por lo general, la mayor parte del día, siempre estaba alguno de nosotros en cama descansando. Esto no se lograba siempre, porque, como es sabido, no se puede dormir cuando se quiere, y cuando invertíamos las horas de sueño, por haber dormido durante el día, después de una guardia de vigilancia, no era tan fácil luego coger el sueño por la noche. Al principio teníamos puertas en nuestros dormitorios, pero fueron substituidas por cortinajes con objeto de aislarnos más, aunque las paredes eran tan delgadas que se oía de un cuarto á otro lo que se decía. No había otro remedio que acostumbrarse al ruido y hacerse el sordo á toda conversación entre nuestros compañeros.

El mismo teniente Sobral, que era el que más participaba de nuestra compañía, habíase amoldado á nuestras costumbres, y empleaba todos sus momentos de ocio en estudiar el sueco: Bodman y él cambiaban sendas lecciones de conversación y aprendían rápidamente sus lenguas respectivas. Sobral se sirvió para este estudio de un método muy especial: del periódico satírico *Strix*. Frases tales como: «¡Qué diablo, Pepe!» ó «¡Anda, chico!» resultaban más tarde, cuando emplearon el sueco como idioma corriente, de una fuerza cómica irresistible.

Echábamos mucho de menos los periódicos, y como mejor número del programa saqué después de la comida, al celebrarse la fiesta de mitad de invierno, otra colección aun no leída de *Strix*. Entonces pude recordar la indiferencia con que á veces caía en mis manos, en otras ocasiones, un periódico cualquiera, y que ahora, en nuestro forzoso aislamiento, hubiéramos devorado, ansiosos de noticias.

Llevábamos algunos ejemplares antiguos, que seguramente fueron leídos y releídos poco á poco, hasta que, por decirlo así, nos los sabíamos de memoria; pero, á pesar de todo, nos parecía que toda aquella rancia crónica del día era algo presente é interesante.

Por lo demás, no solíamos conversar de tales cosas entre nosotros para no apesadumbrarnos. Entonces recuerdo que escribí en mi diario: «que tenía la impresión »de que nos acostumbraríamos tan perfectamente á este »modo de vivir, que no sentiríamos necesidad de cam»biarlo.»

Este modo de pensar encerraba, sin embargo, bastante exageración, lo cual no puedo por menos de confesar, después de una larga experiencia.

Estábamos bastante satisfechos con nuestra casa. Habíamos puesto poco á poco todo en orden, empleando el espacio cuanto era posible y poniendo estantes en todos los sitios libres, habíamos conseguido colocar perfectamente todos nuestros utensilios. Las mayores incomodidades nos fueron causadas por los períodos calurosos que de vez en cuando substituían las tempestades y el frío; pues entonces se derretía el hielo depositado en las paredes, formando en el suelo con la nieve y la arena un charco, á través del cual debíamos pasar casi vadean-

Descuartizando la primera foca.

do. La humedad causó bastantes deterioros: las cajas que estaban junto á las paredes se desencolaron de tal modo, que cuando las quisimos levantar, cedió la parte superior, quedando el fondo sumergido en la masa de hielo.

El suelo estaba siempre húmedo á causa del goteo del techo, y también entre el techo y el tejado se había formado hielo que al derretirse caía sobre nosotros, y los que dormían en las camas superiores debían emplear mil medios para librarse del baño. No era siempre agua lo que goteaba; había arriba varias botellas y tarros cuyo contenido también se heló, rompiendo los envases: el remojón resultó menos desagradable cuando al examinar el líquido que caía, se vió que lo que llovía de arriba era vino tinto. A lo menos esto nos consolaba, recordándonos que teníamos abundantes provisiones y que no debíamos apurarnos por la pérdida de alguna ó algunas botellas. En cambio, era muy desagradable recibir á veces una ducha de tinta negra ó el lento goteo de algún ácido venenoso de los que usan los fotógrafos, que en distintos frascos teníamos en el desván.

Por lo demás, era tan corriente que se rompieran botellas de ese modo, que Akerlund excitó la admiración de todos cuando un día, á primeros de julio, enseñó una botella de grosella en almíbar que no se había roto, lamentando que no quedasen más de esa golosina que se conservaba sin derramarse.

En cuanto al arreglo de nuestra comida, ya hemos hablado de ello tantas veces, que apenas me atrevo á insistir. El *menu*, por las noches, se hizo paulatinamente irregular y fué substituido casi siempre por *kojs*, nombre empleado generalmente para indicar los platos que se

componen de restos de comidas anteriores, aderezados con patatas ó verduras. Había *kojs* de carne, de pescado, legumbres, etc., mezclas de que no gustábamos mucho, por lo cual se convino en que una noche por semana inventase el cocinero algún plato nuevo para variar la comida, lo cual no era fácil tarea, pero nos proporcionaba comunmente algunas agradables sorpresas.

El pequeño paseo en trineo de julio fué tan sólo una preparación, y después del regreso empecé á trazar el plan de una larga expedición. Basándome en la experiencia adquirida del verano anterior, calculé que podíamos esperar el «Antártico» después de mediados de noviembre, fecha extrema hasta la cual teníamos tiempo para tales excursiones. Nos quedaba, á pesar de todo, sin movernos de allí, mucho qué hacer, gran parte del cual podía llevarse á cabo al llegar un tiempo más benigno.

Hacíame esto dudar si debía decidirme á hacer un viaje á otras regiones que ocuparía mi actividad durante toda la primavera. A primeros de agosto escribí en el diario lo que sigue:

«Me preocupa bastante cómo dispondré el viaje en trineo; si tuviéramos siquiera suficientes perros, no titubearía en realizarlo, pero disponiendo sólo de cuatro ó cinco animales aptos, y siendo nuestro grupo de invernantes tan reducido, que apenas podía escoger quien me acompañase, por hallarse repartido entre todos el trabajo de las observaciones; habríamos de interrumpirlas ó hacerlas incompletas. Por otra parte, uno de nuestros más importantes propósitos consistía en investigar si era realmente aquella la tan cacareada tierra de Grahaam, si constituía, en fin, tierra coherente ó era un grupo de

islas, hasta donde presumíamos que se extendía, pues si nos esperaba una temporada de hielos en las mismas condiciones que el verano anterior, nos sería imposible realizar estos trabajos desde el buque.»

Todo lo que conocíamos acerca de esta costa, era científicamente muy interesante, y sería bochornoso que

Ekelöf en su cuarto de trabajo estaba ocupadísimo.

un grupo de invernantes se estacionase allí todo un invierno y no se dedicara á obtener más conocimientos que los que cualquier expedición de buques puede alcanzar de pasada.

Habíamos, pues, de hacer todo lo posible para examinar aquellas regiones, y en el caso de no poder llegar muy al sur, según mis deseos, no nos faltaría trabajo

en qué ocuparnos ni brillantes resultados que alcanzar. Estaba convencido desde el principio de que, si queríamos penetrar muy al sur, más allá, por ejemplo, de donde Larsen llegó en 1893, debíamos contar en nuestro camino con uno ó varios depósitos, situados tan al sur como fuera posible, para poder completar nuestras provisiones. Como, sin embargo, nos había sido imposible dejar ninguno durante el verano anterior, á excepción del que se instaló durante el viaje en bote, no había más remedio que, por medio de un paseo preparatorio en trineo, la expedición principal tratase de realizar lo necesario en tal sentido.

Mi intención era, pues, hacer cuando pudiese un supremo esfuerzo para instalar un depósito semejante en las islas de las Focas, aunque era evidente que con las actuales condiciones de tiempo, el viaje resultaría difícil y peligroso, por lo que aguardé á que terminase el peor período del invierno.

Quería ponerme en camino con Sobral y Jonassen, tan pronto como fuese posible, después de mediados de agosto, fecha en que se podía esperar que hubiese terminado el peor período del invierno.

Por desgracia presentóse desde un principio una serie de contrariedades, que no cesaron hasta que nuestros planes cayeron por tierra. Una de las perras de Groenlandia tuvo en agosto cachorros, que nos serían tal vez de alguna utilidad en lo sucesivo, pero que por entonces nos privaban de poder utilizar á la madre, aunque hubiese aumentado nuestra colección de perros, y cuando el 26 de agosto todos los preparativos estaban hechos, sobrevino un accidente que impidió que uno de los perros pudiese seguirnos en el viaje.

Para tirar de nuestro equipo sólo disponíamos, pues, contando con Kusse, de tres perros. En tales circunstancias no era prudente prolongar el primer viaje hasta la isla de las Focas; además, á mitad de septiembre, debíamos comenzar los preparativos para el viaje principal: nos era, pues, imposible intentar la instalación de depósito alguno. Debíamos tener presente también la marcada diferencia de clima entre aquellas regiones y las del norte, sobre todo, calculando que las tempestades nos obligarían á menudo á permanecer inactivos la mitad del tiempo, por lo que era necesario llevar un aprovisionamiento bastante más nutrido.

Partimos, por fin, el día 30 de agosto, con intención de ir primeramente hacia el depósito establecido durante el mes de marzo, para examinar si era necesario desenterrarlo ó convenía trasladar parte de sus existencias más al sur, pues pensaba yo, en caso de necesidad, emplear como lugar de depósito alguna gran montaña de hielo. Aunque al emprender el viaje no era nuestro equipo demasiado pesado, como solamente contábamos con tres perros para el arrastre, á pesar de todos los esfuerzos no podíamos llegar al depósito antes de comenzar á obscurecer: nos faltaba recorrer algunos kilómetros cuando hubimos de instalar nuestro campamento provisional en sitio bastante abrigado, detrás de un gran montón de hielo.

Hacía frío, pero el camino era magnífico y el tiempo hermosísimo. Me detuve un momento para examinar el gran ventisquero que desemboca detrás del cabo Hamilton, el mismo que en marzo nos puso en tan grave peligro.

El hielo estaba igual: veíanse algunos depósitos muy

grandes de lodo y arena, que seguramente se habían formado en su superficie durante las épocas de deshielo, seguidas de largos períodos en que la nieve no se había derretido. Había visiblemente allí más vida que en las cercanías de nuestra estación, pues encontramos á menudo huellas de pájaros y de focas.

En un agujero, cerca del camino, vimos una foca que

Un paseo de noche por las cercanías de la tienda.

estaba disfrutando su glacial elemento y que levantaba la cabeza, resoplando al pasar nosotros.

Por la noche nos visitó nuestro irreconciliable enemigo, la tempestad, y durante todo el día siguiente nos vimos obligados á quedarnos bajo la tienda. Hacía bastante frío; el termómetro señalaba, dentro, 30° bajo cero, y Sobral, que esta vez ensayó un traje de pieles que él mismo reformó á su gusto, tuvo poco frío. Conversando de varias cosas pasó el tiempo rápidamente.

La mañana siguiente, 10 de septiembre, hacía por fortuna otra vez un tiempo apacible; pero al salir de la

Estábamos bastante satisfechos de nuestra vivienda.

tienda tuve una decepción que contribuyó mucho á variar la ruta de nuestro viaje. El único de los perros que vi era Kusse, que estaba medio enterrado en la nieve; los otros dos habían desaparecido y de nada sirvió el llamarlos.

Habíamos cometido una gran imprudencia al desatarlos, pero como nunca se habían escapado, no podíamos prever que lo hiciesen ahora: su deseo de reunirse á sus compañeros debía haberles hecho seguir nuestro rastro hasta la estación. De ir en su busca nos hubiera costado á lo menos dos días, pudiendo además sobrevenir alguna tormenta todavía más duradera que la pasada.

Estábamos ya en el mes de septiembre, y no había más remedio que renunciar al deseo de establecer un depósito al sur. Debíamos concentrar todos nuestros esfuerzos y disponer lo necesario para la excursión principal en trineo.

Abandonamos, pues, nuestra tienda, metimos en las mochilas los objetos que debían dejarse en el depósito y nos encaminamos á pie hacia él. Encontramos todo, afortunadamente, en el mismo estado en que lo dejamos medio año antes, sin que el depósito hubiese sido cubierto de nieve durante el invierno. Después de haberlo puesto todo en orden, continuamos caminando cada cual por su lado: yo hice una larga excursión hacia el cabo Foster, y estuve todo el día estudiando atentamente el hielo y las condiciones del terreno, escogiendo muestras de las distintas capas bajo las rocas verticales, de las cuales caían de vez en cuando enormes bloques de piedra que rompían el hielo.

Ya obscurecido y cuando mis compañeros empezaban á inquietarse, regresé á la tienda, que iluminada interior-

mente y transparentándose su pared de nieve, presentaba un aspecto extraño.

El día siguiente emprendimos nuestro regreso, durante el cual no tuvimos más remedio que arrastrar nosotros mismos el trineo, porque Kusse más nos servía de estorbo que de ayuda. Siete horas necesitamos para recorrer una distancia de unos veinte kilómetros, con una carga total de unos ciento treinta y cinco kilos de peso. Cansados como estábamos, era el mayor esfuerzo que podíamos hacer, y á pesar de todo, estaba satisfecho de los resultados de nuestro viaje, pues ahora podía basar sólidamente mis cálculos para la expedición larga proyectada en trineo.

Habíamos fijado como día de salida de la expedición en trineo hacia el sur, el primer día apacible que amaneciese después del 20 de septiembre.

Trabajamos mucho en aquellos días: hacía un tiempo invernal, aunque no tan frío como antes. A mediados del mes tuvimos un período que, bajo el punto de vista meteorológico, fué muy singular. Las variaciones de tiempo previstas eran: ó bien tempestades del sudoeste acompañadas de bajas temperaturas, ó borrascas con tendencia á cambiarse en vientos flojos del nordeste. En cambio, tuvimos durante más de una semana muy fuertes vientos seguidos de un calor inusitado, como jamás lo habíamos sentido en aquellos parajes.

El día 16 de septiembre ascendió la temperatura media á cerca de 2° sobre cero, y aquellas veinticuatro horas fueron las más calurosas, no solamente de todo el tiempo transcurrido hasta entonces, sino del primer año, incluso el verano. Pero era aún más extraño que ya en aquella época del año, que debía considerarse como

ormando parte del invierno, empezase á romperse el hielo sobre un mar despejado, en tal extensión, que veíamos agua libre tan lejos como alcanzaba nuestra vista hacia el norte y el sur. Más tarde recordábamos este extraño fenómeno, cuando durante el llamado verano nos

Jonassen con uno de los perros groenlandeses.

paseábamos día tras día sobre la meseta, contemplando sin cesar el mar cerrado por masas compactas de hielo. Si el «Antártico» hubiese estado listo para marchar, hubiera ya en septiembre podido ponerse en comunicación con nosotros.

La experiencia adquirida durante estos días ejerció mucha influencia sobre nuestros planes futuros, porque

nos enseñó que podíamos esperar agua libre al empezar el verano, y por lo tanto, seguro auxilio; nos convencimos además de la imposibilidad de efectuar viajes en trineo sin tener un bote sobre el hielo, que podía romperse tan fácilmente.

Merece citarse entre los acontecimientos de estos días la aparición de magníficas nubes matizadas con los colores del arco iris, que coronaron el monte Haddington. Estas nubes, que se ven muy raras veces, ofrecen gran interés, porque se encuentran á tal altura en la atmósfera que pueden verse aún varias horas después de la puesta del sol, lo que hace que, sumergida ya en la obscuridad la tierra, brillen todavía en las cumbres los hermosos colores del arco iris. Dos veces presenciamos este fenómeno, que debía relacionarse indefectiblemente con las especiales condiciones del tiempo.

El viento continuaba siendo tan violento, que nos hubiera entorpecido grandemente á haber emprendido entonces nuestro viaje; así y todo, nos molestó bastante durante los trabajos que debíamos realizar para prepararlo, y que habiéndolos de efectuar á la intemperie, hubieran sido aún más penosos en el caso de sobrevenir un tiempo más frío. Cuando nos hallamos listos para la marcha, había cambiado otra vez el tiempo, y diariamente se dejaban sentir furiosas tempestades.

El día 24 pareció que el tiempo iba á mejorar, y confiando que podríamos marchar al día siguiente, los compañeros que se quedaban en la estación habían dispuesto una pequeña fiesta para despedir á los que íbamos á partir en trineo.

Desgraciadamente no pudimos emprender aquel día nuestro viaje, pues se levantó uno de los acostumbrados

huracanes del sudoeste, que duró cuatro días sin interrupción. La nevada no era muy fuerte al principio, pero pronto aumentó la fuerza del viento; una espesa nube alrededor del ventisquero hizo que á lo largo de la llanura se arremolinase la nieve en entrelazadas bandas largas y delgadas que se retorcían como serpientes, recordando as temblorosas espirales del humo. Soplaban fuertes ráfagas de viento que arrastraban piedras, y al chocar contra las paredes de nuestra vivienda con más fuerza y á mayor altura que de ordinario, rompieron los cristales de una ventana.

Este cambio del tiempo nos produjo muy triste impresión, pues nos causaban mucho más perjuicio las tempestades ahora que durante el invierno. «No me sería muy grato permanecer aquí otro invierno seguido», recuerdo que escribí entonces en mi libro-diario. Los días transcurrían lentos y pesados, aunque estaba muy ocupado trabajando en completar del mejor modo posible las instrucciones destinadas al personal del buque y de la estación y en vigilar el equipo. El tiempo pareció mejorar algo, por fin, y el día 29 por la mañana logré subir hasta la meseta más elevada, desde donde pude contemplar el cambio que habían sufrido los alrededores. Todo presentaba de nuevo un aspecto invernal, y no veíamos ante nosotros señal alguna de agua libre.

Llegó la noche tranquila y despejada; el barómetro estaba alto; sin vacilar más, acabamos de ultimar los preparativos para emprender el día siguiente la expedición en trineo, decidida hacía tanto tiempo.

Vista de uno de los desfiladeros del valle cerca de la estación. Al fondo se ve la montaña Haddington.

CAPITULO XIII

La expedición de 1902 en trineo

La primera semana.—Preparativos, plan y equipo para nuestro viaje hacia el Sur.—Dejamos la estación.—Estado del hielo en la bahía de Larsen.—Llegada á la isla de Christensen y descubrimiento de la gran meseta de hielo.

Por fin, llegó el día tan deseado en que, después de estar aprisionados durante un largo invierno, pudimos comenzar un viaje de exploración en toda regla, libres, al parecer, de obstáculos. Todo iba á ser nuevo para mí; no me faltaría trabajo verdaderamente pesado, pero esto sería preferible á los largos días de tempestad y obscuridad invernal pasados en nuestra estrecha cabaña, y cualquiera que fuera el resultado, siempre compensaría los esfuerzos empleados.

Durante dos meses había estado ocupado en los preparativos de este viaje, trabajo en que me ayudó Jonassen

que reformó los dos trineos y sus equipos. Con el pequeño trineo rectangular, hecho según el modelo de Nansen y forrado de seda, que no era utilizable á causa de las tempestades que debíamos prever, había construído otro cuadrado, ligero y cómodo, que usaríamos en adelante durante nuestros viajes y que respondía bastante bien á su objeto. Había preparado los utensilios que debíamos llevar y confeccionado diez grandes bolsas de lona para encerrar provisiones, de las dimensiones necesarias para poder colocarlas transversalmente en el trineo. Arreglé, además, para la expedición muchos otros objetos que podíamos necesitar más adelante. Sobral tuvo también mucho qué hacer; yo trabajé en el arreglo del instrumental científico y contribuí á la preparación de provisiones. Las raciones fueron pesadas y empaquetadas para que ocupasen el menor espacio posible, quedando satisfechos, bajo este punto de vista, de los resultados obtenidos.

Además, dediqué parte de mi tiempo al plan del viaje y en conexión con él á las instrucciones para los que quedaban en la estación. Primeramente pensé que hubiera sido hasta cierto punto ventajoso haberme decidido á llevar un solo compañero y un solo trineo; pero, por otra parte, comprendí que conociéndose tan deficientemente las condiciones locales, debía tener cierta importancia para nosotros que la expedición se compusiera de tres personas y dos trineos, y la expedición fué dispuesta con arreglo á este criterio. Sobral y yo debíamos, tirando de uno de los trineos, marchar á la cabeza, mientras Jonassen seguiría con el otro y los cinco perros, pues los cuatro groenlandeses estaban afortunadamente otra vez en disposición de prestar servicio.

Deseaba, en el caso más desfavorable, estar fuera cuando menos sesenta días, y no siendo posible transportar todo lo necesario para tanto tiempo, decidí llevar el pemmican necesario para los perros solamente para tres semanas, confiando en reemplazar lo que faltase matando en el camino focas y pinguinos.

Es costumbre inveterada, y de las más importantes, cuando se trata de viajes como el nuestro, procurar en lo posible no regresar por el mismo camino, ó cuando menos hacer por todos los medios menos difícil y más corto el regreso. Para lograr este resultado, hacer la vuelta más atractiva y poder retardar el regreso lo más posible, había dejado orden en la estación de que el «Antártico» partiese el día 23 de noviembre hacia el sur para buscarnos cerca de la isla de Christensen, pues consideré muy probable que el buque llegase antes de aquella fecha. Estábamos, pues, entonces, sin duda alguna, en condiciones favorables para llegar con nuestra expedición á un grado muy extremo de latitud sur.

Encuéntranse en mis escritos datos acerca de las disposiciones que debían tomarse en el caso de que el estrecho del Almirantazgo se abriera á la navegación antes de nuestro regreso. La dirección de la estación fué encomendada á Bodman, que recibió también encargo de hacer del mejor modo posible observaciones regulares durante nuestra ausencia, lo que, con personal tan reducido, debía causarle un considerable aumento de trabajo.

Para estar levantado á tiempo, quedé de guardia en el observatorio meteorológico desde las cuatro de la mañana.

El tiempo era hermoso y tranquilo, sin ser demasiado frío. Al empezar viajes como el nuestro hay siempre

mucho qué hacer, hasta el último momento, porque es imposible completarlo todo de antemano, y tan largo viaje exige que no se olvide la menor cosa, cuya falta puede tal vez influir más tarde no sólo en el bienestar, sino hasta en la vida de los expedicionarios.

Tomamos un buen almuerzo y después nos fotografiamos todos en grupo. Se engancharon los perros al trineo, tomándose más abajo, en los hielos, nuevas fotografías de los que nos marchábamos; bebimos una copita de Oporto, se cambiaron los últimos apretones de mano y partimos minutos antes de las doce.

Nuestra primera dirección fué el depósito situado cerca del cabo Hamilton: allí debíamos completar nuestras provisiones y embalarlo todo con perfecto orden. El viaje se efectuó por terreno que conocíamos perfectamente, protegidos por la muralla de hielo bajo la cual teníamos costumbre de pasearnos todos los días; y pudiendo ver aún durante un rato á nuestros compañeros que quedaban en la estación. Casi toda la carga fué puesta en el trineo de los perros, lo cual no molestó á nuestros animales que se mostraban más ágiles que nunca, como si presintiesen la importancia del trabajo que comenzábamos, y arrastraron el pesado trineo con la misma ligereza que si se tratara de un juguete.

No tardamos mucho en engancharlos también al otro trineo, sin que este aumento de peso les impidiese continuar á buen paso.

Al pie de una montaña de hielo del ventisquero y casi en el mismo sitio donde había descubierto en otra ocasión el primer agujero de foca, había uno de estos animales de gran tamaño calentándose á los rayos del sol. La tentación era demasiado fuerte y decidimos detener-

nos para apoderarnos del animal. Después de logrado, y prosiguiendo nuestro viaje, aunque no creía yo que hubiese gran peligro para ninguno de nuestros grupos, iba pensando en las probabilidades que nos favorecerían para coincidir con la llegada del «Antártico» al punto prefijado.

No sospechaba entonces que tendríamos que pasar juntos aun más de un año antes de concluir nuestras exploraciones.

El hielo, dentro de la bahía, era liso y muy consistente, por cuyo motivo los perros tiraban de los dos trineos con tal velocidad que casi nos obligaban á correr para seguirlos. Detrás del cabo Hamilton empezaba el hielo á estar más cubierto de nieve, circunstancia que ya había podido observar durante todas nuestras excursiones por aquel sitio. Aunque con ello el camino empeoraba, no dejamos de llegar á las seis al depósito, después de haber traspuesto la última y elevada muralla de hielo.

Ante nosotros presentábase ahora hasta donde podía alcanzar la vista, hacia el sur, hielo libre, abierto y sin ningún obstáculo, y detrás del cabo Foster, mostrábase á nuestros ojos una estrecha faja, *nuestra tierra deseada*, hacia la cual había vuelto tan frecuentemente la vista durante los días serenos. Al ponerse el sol se cubrió todo el cielo de un purpúreo velo, y una faja brillante y luminosa se extendía en el horizonte.

«¿Qué será de nosotros?—escribí en mi libro-diario.—¿Encontraremos allá lo que buscamos? ¿Encontraremos algo que llene nuestras aspiraciones, ó nos procurará tan sólo desengaños aquella reluciente faja que se nos presenta con tan halagüeño aspecto?»

Empezó durante la noche á soplar el viento, pero sin molestarnos demasiado.

«Casi tendré calor, durmiendo vestido: me parece que me voy á aligerar de ropa si el tiempo sigue así,» escribí en mi diario.

Al despertarnos entrábamos en un nuevo mes, durante el cual íbamos á emprender nuestros trabajos en territorio desconocido. Me levanté temprano y tomé una taza de chocolate, después de lo cual nos pusimos todos á arreglar las provisiones. Como era esta la última vez, durante largo tiempo, en que debían sobrarnos víveres y combustible, hicimos un copioso almuerzo; queríamos también preparar abundante comida para los perros, pero no lo logramos satisfactoriamente, porque no estaban acostumbrados á comida seca.

A las doce habíamos concluído nuestros trabajos y los trineos estaban cargados. Emprendimos el viaje hacia el hielo liso á través de grietas, puentes de nieve y murallas de hielo. Entonces empezábamos nuestro verdadero viaje de exploración. El aprovisionamiento llevado al salir del depósito estaba repartido del modo siguiente: el trineo delantero que no había sido reforzado y del que tirábamos Sobral y yo, estaba cargado con la tienda y sus palos (doce kilos); un saco para dormir con dos mantas de guanaco (diecisiete kilos); otro saco para dormir de Sobral, junto con su equipaje personal (catorce kilos); dos pequeños sacos de provisiones (treinta kilos); además, patines, una pala y un hacha para el hielo y una pequeña mochila con los instrumentos que podían necesitarse durante la excursión, entre ellos un sextante: el peso total, incluso el del trineo, llegaba á noventa kilos.

El segundo trineo, bastante reforzado para poder

Los que se van.

llevar su pesada carga, era arrastrado por cinco perros, con la ayuda de Jonassen, y llevaba lo que sigue: una caja de madera con unos veintiséis litros de petróleo, una hornilla sistema «Primus», platos, tazas, cucharas, cucharón, etc.; sesenta cajas de fósforos encerrados en varios estuches de hoja de lata, seis grandes piquetes de hierro para la tienda, ochenta metros de cuerda de sondas para trepar por los ventisqueros, cuatrocientos centímetros cúbicos de espíritu de vino para la hornilla y trescientos centímetros cúbicos de coñac (en todo unos cuarenta y ocho kilos); una mochila con mi equipaje particular, que se componía de una muda de ropa interior, un par de *skallas* (zapatos de piel de reno que gastan los esquimales), un par de medias de piel de foca de Groenlandia, un par de patines, abrigos, una pistola maüser con cuarenta cartuchos, un neceser de costura, películas fotográficas, una brújula prismática, una mesa para trabajar con su estantería y papeles, dioptros, mapas, un nivel de mercurio, bujías de estearina, etc., en total catorce kilos. La mochila de Jonassen, que contenía un equipaje parecido (once kilos); un saquito con guarniciones para los perros, material necesario para reparar la tienda, equipajes y una vela de trineo envolviendo nuestro botiquín, que se componía de algodón, tiras de gasa, atropina, sulfato de cinc, sublimado, calomelanos, ácido salicílico, tintura de yodo, opio, fenacetina y vaselina bórica (seis kilos); un saco de lona con provisiones ya pesadas, calculadas para una semana, de diferentes artículos (veinte kilos contando el embalaje); un saco de pemmican para los perros (veinte kilos), y por último, cuatro sacos de provisiones, que pesaban en conjunto unos noventa kilos.

El contenido total de este trineo pesaba, pues, unos doscientos veinte kilos.

Hasta nuestra llegada al hielo casi hizo calor; el sol brillaba y todo respiraba la mayor calma. El camino no era muy bueno; estaba cubierto todo de una espesa y molesta capa de nieve, afectando frecuentemente la forma de pequeños montículos bajos, que seguían poco más ó menos la dirección de la costa y que cortaban nuestro rumbo. Estos montículos tenían la misma forma que los que se designan en las regiones polares boreales con el nombre ruso de *sastrugi;* su cara expuesta al viento era lisa é inclinada, mientras que su costado contrario acababa verticalmente.

La diferencia de peso de los dos trineos era notable, y me extrañé mucho ver que los perros arrastraban su carga con mayor facilidad que nosotros. Aunque me esforcé mientras pude en marchar rápidamente, pronto tuvimos que descansar cada media hora para reparar las fuerzas.

En cambio, los perros no podían marchar tan despacio como nosotros, y Jonassen tenía que subir muchos ratos al trineo esperando que le alcanzásemos. Esta actividad de los perros estaba en abierta contradicción con lo que la experiencia me había enseñado hasta entonces; de haberla previsto, hubiera probablemente tomado otras disposiciones que no podían adoptarse entonces, y cargar todo nuestro aprovisionamiento en el trineo de los perros hubiera sido seguramente demasiado.

Proseguimos la marcha durante unas seis horas y levantamos después nuestra tienda al abrigo de una gran mole de hielo.

La noche era hermosísima y sosegada; la luz de la

luna llena iluminaba fantásticamente el paisaje, y para disfrutar de la bonanza del tiempo, dimos un largo paseo después de comer y antes de meternos en nuestros sacos-camas para dormir.

La relación del viaje durante los días siguientes está hecha en mi diario:

Día 2 de octubre.—Por la mañana había refrescado la

La montaña de Christensen vista desde la meseta.

temperatura, pero no hacía viento. Trasladamos uno de nuestros sacos de provisiones al trineo de Jonassen, con lo que se aligeró más la marcha. Aunque la temperatura no pasaba de 10° bajo cero, el sol calentaba algo y ni el menor soplo de viento nos molestaba.

—Paréceme la temperatura exactamente igual á la de Buenos Aires, cuando aprieta el calor durante el verano —observó Sobral, humorísticamente.

Adelantábamos con gran dificultad; había sobre el hielo mucha nieve seca como harina, y teníamos que

salvar sin cesar nuevos montículos *sastrugis*. La diferencia de temperatura entre la cálida luz del sol y el frío ambiente, influyó mucho sobre la epidermis de nuestros rostros que comenzaba á caer en escamas, mientras que los labios se nos hinchaban y agrietaban.

Lo que más nos atormentaba, sin embargo, era la sed que padecíamos; la aplacamos algo con pastillas de limón y trozos de manzana, pero su efecto era de corta duración y tuvimos que detenernos una vez para derretir un poco de nieve con que saciar la sed, pero tampoco esto nos dió gran resultado. Nansen refiere que durante su viaje entre los hielos sufrió poco la sed antártica, y explica esto diciendo que tenía ocasión de beber cuanto quería mañana y noche. No estoy conforme con él, sobre todo careciendo de agua durante las comidas. Cuando el tiempo es frío y el viento fuerte no se tiene tanta sed, á menos de que se trabaje demasiado; pero si hay que andar mucho y el cuerpo se humedece de sudor, no creo que se pueda evitar la sed de ningún modo, y en nuestras circunstancias debía llegar á su más alto grado.

A pesar de esto, nada podía disminuir nuestro entusiasmo. La admirable y filosófica conformidad con que sobrellevamos nuestra situación, se pinta perfectamente en el siguiente rasgo:

—Venga media cerveza—gritó el sediento Sobral.

En seguida, como jefe de la estación, contesté:

—Aquí no se sirve nada.

La respuesta no se hizo esperar.

—Entonces ¿por qué demonio paramos aquí?

A las dos habíamos pasado el cabo Forster y mirábamos con curiosidad é interés el nuevo panorama que teníamos delante. Sin cambiar en nada de aspecto la

costa de la tierra Haddington, daba la vuelta y presentaba ante nosotros una bahía que se extendía en dirección al norte, hasta donde nuestra vista alcanzaba (*).

Al otro lado estaba limitada la bahía por una alta tierra montañosa cubierta de nieve, con cumbres escarpadas en forma de pirámides que sobresalían entre la nieve: presentaba, además, un largo cabo saliente formado por una gigantesca masa informe.

En este territorio habíamos visto, desde la cubierta del «Antártico» antes que nadie, el día 20 de enero, la continuación de la tierra del Rey Oscar.

Después de ocho horas de marcha, hicimos alto á las seis de la tarde. Encontrábame más cansado que de ordinario, y para que no lo notaran al participar de los demás trabajos, encendí el hornillo y antes de haberse montado la tienda me puse á derretir nieve para tener agua potable. Después del calor del día se sintió por la noche bastante frío, aunque no marcaba el termómetro más de 17° bajo cero. Los perros ladraron bastante durante la noche, y al levantarnos observamos á Amager que había abierto un saco de pan y se había comido parte de él. Era aquel día el 3 de octubre y debíamos decidir el rumbo que convenía tomar. Según se desprendía de los mapas, debíamos ya desde donde nos hallábamos, en un día sereno, ver la isla de las Focas; pero nosotros no distinguíamos nada en aquella dirección: sólo veíamos al sudoeste un pequeño punto confuso y reluciente, que tanto podía ser una montaña de hielo como una tierra: entonces decidí dirigirnos hacia aquel lugar. Hubiéramos preferido tomar un rumbo que pasase

(*) Veíamos la desembocadura del canal grande del Príncipe heredero Gustavo, que examinamos minuciosamente un año después durante un paseo en trineo.

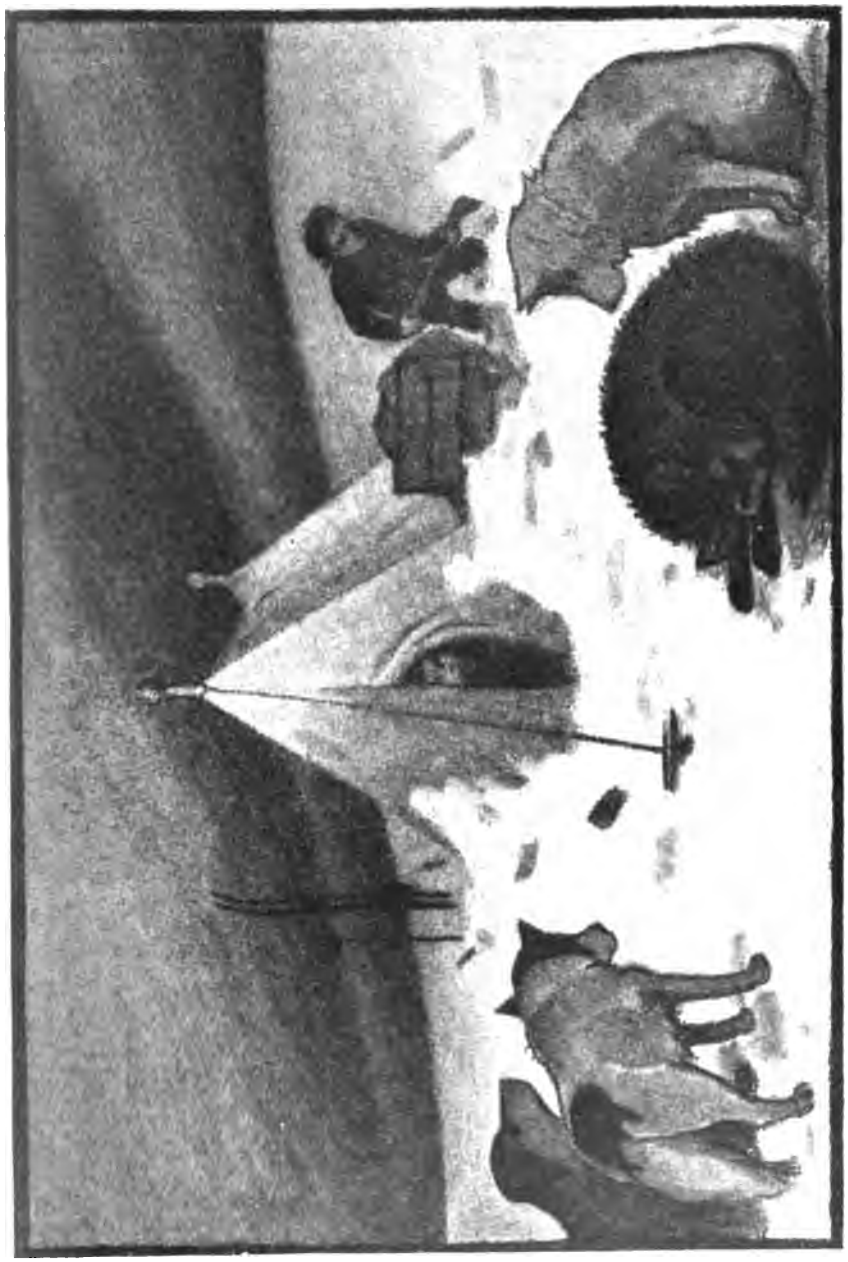
más cerca de la tierra del Rey Oscar, pero como esta se extiende tanto hacia el oeste, seguirlo equivalía á abandonar toda posibilidad de internarnos en dirección al sur y significaba un plan del todo contrario al acuerdo tomado de dejar la primera relación de nuestro viaje en la isla de Christensen.

Continuamos nuestro viaje sin que nos molestase el viento, pero dejábase sentir más calor que el día anterior, y como el sol estaba oculto entre las nubes, hacía que la temperatura fuese más sofocante. Aunque los anteojos para nieve eran muy incómodos, tenía que emplearlos entonces. Quizá porque la malla de los lados era poco tupida, se llenaban, al andar, de vapor interiormente, que al helarse, obligaba á limpiarlos muy á menudo; pero era una molestia imposible de evitar, á trueque de perder la vista.

Era bastante difícil, bajo esta luz deslumbradora, hacer rumbo directo sin desviación ninguna, porque á veces divisábamos montañas de hielo, más que semejantes, iguales, que cerraban el horizonte esfumado é inseguro.

Pronto hicimos alguna variación en nuestro rumbo y nos dirigimos hacia un punto obscuro muy lejano que nos pareció ser una tierra.

El hielo era completamente liso y Sobral lo comparó acertadamente con los pampas de la Argentina. Puede decirse que no había vida animal en aquellos lugares; el día anterior aun habíamos visto un grupo de siete grandes focas que tomaban el sol sobre el hielo y muchos pájaros habían volado á nuestro alrededor cerca de tierra; luego sólo observamos un par de petreles de las nieves *(pagodroma-nivea)*.



Después de una borrasca.

4 de octubre.—Al empezar el crepúsculo aparecía á nuestra vista una masa que creímos fuese una nueva isla, pero al amanecer nos cercioramos de que era una montaña de hielo que dejamos atrás á medio día.

Empezamos, en cambio, á adquirir el convencimiento de que el punto obscuro que veníamos observando era realmente una tierra, seguramente una de las islas de las Focas. Alentábanos tener un objeto hacia el cual dirigir la marcha porque la luz solar nos desviaba de nuestra dirección; por otra parte, el día era magnífico: se veían sobre la tierra del Rey Oscar pesadas nubes amontonadas; una ligera neblina se extendía sobre sus cumbres; veíase alrededor del sol una media luna de color granate y las nubes afectaban la forma de largas y grandes tiras.

Podíase pronosticar que tendríamos viento, pero el tiempo mejoraba visiblemente de día en día, y no podíamos menos de estar muy satisfechos del clima que disfrutábamos.

5 de octubre.—Tuvimos, como vaticinamos, viento del sud-sudoeste y cayó bastante nieve lo que nos obligó á suspender la marcha: no nos quejamos, sin embargo, necesitábamos un día de descanso y además era domingo. No me cansé durante las últimas marchas como durante las primeras. Me acostumbraba paulatinamente á ellas, aunque de todos modos se me hacían bastante fatigosas. Pensé entonces en una frase del profesor Öhrval sobre el cansancio, que dice que el cerebro es el órgano que más pronto se cansa; puede suceder así; mas no creo que sea posible marchar y arrastrar peso en lugares como aquellos en que nos hallábamos, sin una gran fuerza de voluntad que nos era indispensable si queríamos seguir adelante; pero no era lo mejor estar quietos como enton-

ces; esto también nos impacientaba y nos preguntábamos hasta cuándo duraría aquella pasividad.

6 de octubre. — Afortunadamente gozamos hoy de buen tiempo y cargando en los trineos nuestros utensilios, hicimos una marcha de más de ocho horas.

7 de octubre.—Antes de las nueve empezamos la marcha; debíamos llegar, sin duda ninguna, á la isla durante el día; queríamos marchar rápidamente para permanecer en ella cuanto nos fuese posible.

Cuando se ha viajado durante una semana entera sobre el hielo, se desea pisar tierra firme y cambiar de comida: esperábamos comer carne en las islas de las Focas.

Nuestra marcha fué de pronto interrumpida por un suceso nuevo aun para nosotros.

Ya desde el depósito había visto algo parecido á una muralla de hielo; al llegar cerca de ella, cerraba nuestro paso una profunda hendidura que en los sitios más estrechos tenía cosa de medio metro de ancho y que era forzoso salvar para seguir nuestro camino. Franqueámosla con fortuna sobre un delgado puente de hielo, pero al cuarto de hora de marcha llegamos á otra grieta, bastante más ancha, donde se hundió tanto el trineo de los perros, que todos tuvimos que trabajar para sacarlo; yo también me chapucé en la sima de nieve mojándome por completo y perdiendo mi costoso pedímetro, pero como noté en seguida la pérdida, pude afortunadamente encontrarlo en el agujero. Delante de nosotros teníamos ahora la isla parecida á una imponente cúpula de nieve sostenida por una masa de rocas en forma de columna.

Tan pronto nos parecía tan cerca que podríamos llegar en dos horas, como se nos antojaba estar sumamente lejos.

Esto último era lo cierto: pronto pudimos convencernos de ello al ver al pie de la columna de rocas una obscura línea horizontal; empezábamos á ver la tierra baja. Marchábamos tan de prisa como nos era posible, pero tardamos mucho en conocer que íbamos acercándonos. Al anochecer hicimos un último esfuerzo; nuestro trineo fué enganchado al de los perros, Sobral ayudó al arrastre, y yo eché á andar rápidamente durante más de una hora; al principio todo iba bien, pero los perros concluyeron por cansarse y para llegar debíamos contar solamente con nuestro esfuerzo. Podríamos haber acampado allí donde estábamos durante la noche, pero por una parte temíamos la tempestad y por otra esperaba yo que nos ahorraríamos el día siguiente, si lográbamos llegar á nuestro destino durante la noche: en caso contrario nos veríamos obligados á retroceder un buen trozo. Después de haber caminado durante más de once horas, conseguimos, mucho después de la puesta del sol, llegar por fin al hielo liso y sin nieve al pie de la isla.

Tuvimos que buscar nuevo camino, antes de poder levantar nuestra tienda que plantamos en el paraje más á propósito.

8 de octubre.—Decidimos quedarnos todo el día en la nueva tierra. ¿Pero era realmente nueva? No parecía estar indicada en los mapas, pero creía conocer el lugar en que nos hallábamos.

Detrás de aquella tierra con sus rocas desnudas y su manto de nieve veíase una alta cúpula que se extendía hacia el sur tan lejos como la vista alcanzaba, y que hacía recordar en todo á Snow-Hill. Debía ser la isla de Robertson: en tal caso era evidente que habíamos llegado

á la de Christensen y que la lejana pirámide que se divisaba en el nordeste, era la isla que Larsen llamó pilón de azúcar de Lindenberg; detrás aparecían las verdaderas islas de las Focas. Todas eran más pequeñas de lo que indicaba el mapa, que por lo demás, no discrepaba mucho.

Lo más importante de nuestro descubrimiento consistió seguramente en el estudio que hicimos de la naturaleza de aquellas tierras.

Tan pronto como me fué posible di un paseo con Jonassen: trepando á la montaña por terreno muy escarpado y abriéndonos á menudo paso entre la nieve, llegamos á una hermosa meseta de forma semi-circular situada á unos 65 metros sobre el nivel del mar y que probablemente era un antiguo cráter. Continuamos después subiendo por un terreno menos escarpado pero bastante incómodo hacia la cumbre, de 300 metros de altura.

La montaña está formada en su totalidad por lava y toba, pero ninguna erupción volcánica había tenido seguramente lugar desde mucho tiempo atrás.

Desde este lugar contemplamos con un interés, fácil de comprender, cuánto se extendía á nuestro alrededor. Del pie de la montaña arrancaba una muralla de hielo que se prolongaba á lo lejos cuánto se podía ver en aquella dirección, y más allá, la isla de Lindenberg, de cuya importancia no me di cuenta en un principio. Jonassen, aunque más desconfiado que yo, y menos dispuesto á creer en la exactitud de los mapas, fué el primero que se dió cuenta exactamente de nuestra situación.

Todo lo que teníamos delante, al oeste y al sudoeste, todo lo que rodeaba las islas de las Focas, forma una sola é importante masa de hielo; en una palabra, las islas

de las Focas no son islas ni serán jamás habitadas por focas. Aunque desde arriba parecía baja la muralla de hielo, era evidente que entorpecería nuestro viaje que debía efectuarse salvándola, pues hacer rumbo al este de la isla de Robertson equivaldría á renunciar á toda clase de estudios y exploraciones geográficas en tierra.

Empecé en seguida á medir distancias y llevé á cabo otros trabajos: Jonassen, por su parte, regresó á la orilla dispuesto á cazar focas para comer, pues aunque no se hallaban en las islas de su nombre, no faltaban allí.

Toda la noche habíamos oído furiosos ladridos de Basken, que demostraban que debía haber encontrado algún animal.

Según lo que vimos más tarde, había logrado matar una foca pequeña, cuya cabeza estaba ya separada del tronco.

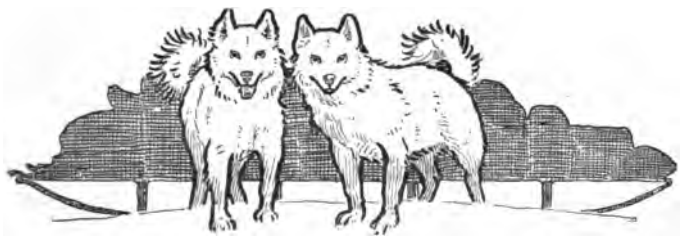
Encontramos entonces algunas focas jóvenes, pequeñas y preciosas, de piel clara y suave, redondas como una bola, que mamaban aún. Cuando yo llegué habían matado ya una de éstas; los perros estaban tan hartos que apenas podían moverse y Jonassen se entretuvo en freir buenas tajadas. Debo confesar que nunca, durante mis viajes por regiones civilizadas, me gustó tanto un plato como éste. La carne no tenía el menor gusto á aceite, ni el fuerte sabor que suelen conservar los animales de las regiones antárticas, incluyendo los pájaros: quizás la media dieta de la semana anterior influyese en nuestra apreciación. Sobral permaneció largo rato en la orilla para comprobar nuestra situación (*).

(*) Según sus observaciones, nos encontrábamos á 65° 4' latitud sur y 56° 3' longitud oeste. La longitud del camino que habíamos recorrido durante siete días representaba unos 140 kilómetros.

Después de comer di un buen paseo para examinar el borde del recién descubierto ventisquero. En principio lo creímos inaccesible por completo, pero después de caminar un par de horas en la dirección de la isla de Lindenberg encontré, por fin, un sitio por donde esperaba que podríamos subir con nuestros trineos.

Tenía intención de dejar en la isla Christensen algunas provisiones de escasa importancia, que podríamos recoger á la vuelta si pasábamos por los mismos parajes; pero no un depósito completo, que nos quitaría la posibilidad de verificar el regreso más cerca de la tierra del Rey Oscar. Depositamos una carta con la relación de nuestro viaje en un tubo bien tapado, colocándolo en sitio visible. El próximo lugar, donde pensaba después dejar noticias nuestras, era el cabo Framnäs; veremos si fué posible.

La choza de invierno en la bahía de la Esperanza.



CAPITULO XIV

Expedición en trineo de 1902 hacia la tierra del Rey Oscar.

Ascensión á la meseta de hielo y continuación del viaje. - Nuestras costumbres diarias durante el viaje.—Largos días de marcha.—El período de las tempestades.—Pasos difíciles. - Un día desgraciado.

Día *9 de octubre.*—Soplaron de madrugada algunas ráfagas de viento que nos obligaron á permanecer en nuestros sacos-camas hasta las siete, hora en que me levanté apresuradamente: tratábase de sacar provisiones para una nueva semana y de concluir el arreglo del depósito. Nuestro trineo se aligeró ahora notablemente: lo que quedó para arrastrar se componía únicamente de los dos sacos de dormir, los patines para nieve, la pala, la mochila, varios instrumentos y otros pequeños objetos, que pesaban entre todos, incluso el trineo, unos cincuenta kilos. También el trineo de los perros se había aligerado algo por el consumo de las provisiones.

Nunca sentimos tanto el sol como cuando comenzamos á caminar aquel día á lo largo de la muralla de hielo, entre las innumerables montañas de esa materia que se hallaban ante ella. Necesitamos tres horas y media

de marcha hacia atrás para encontrar un sitio por donde franquear la muralla sin peligro, trepando á lo largo de una grande acumulación de nieve que se había formado en su base al abrigo de una enorme montaña de hielo. Llegados arriba, descansamos aprovechando la ocasión para hacer una taza de chocolate. A las cuatro de la tarde habíamos llegado, por fin, á igual altura que la de nuestro punto de partida de aquel día. Dirigimos nuestro derrotero hacia la más oriental de las elevaciones sin hielo: en un principio nuestro camino subió bastante.

Empecé el viaje sobre el hielo de tierra con la mayor incertidumbre respecto á las dificultades que debíamos encontrar, pero hallamos por fortuna el hielo magnífico, uniforme, cubierto de nieve dura, casi sin *sastrugi*, y sobre todo sin grietas, que era lo que más temíamos. Llegamos poco á poco al punto más elevado y después fuímos bajando despacio, para pernoctar cerca de la extensa falda de la montaña hacia la que nos habíamos dirigido durante el día.

Aunque ya había obscurecido, di un paseo y llegué hasta dos puntas negras y desnudas que presentaban las alteradas formas de una masa de lava hirviente en estado de liquefacción que se hubiera endurecido de una vez. No se puede llamar, propiamente dicho, un volcán á esta montaña, á la que yo puse el nombre de elevación oceánica. El tiempo fué muy poco tranquilizador durante la noche, pero por esta vez nos libramos de tempestad. Atravesamos un período de tiempo excepcionalmente bueno: en once días tan sólo tuvimos una tormenta.

Esta circunstancia fué muy favorable y debido á esto pudimos adelantar tanto, precisamente durante las jornadas que pesaba más nuestro equipaje.

Aquel día debía terminar nuestro período de fácil avance.

La mañana siguiente hice una nueva visita á la cumbre de la montaña antes de proseguir nuestro camino, después de lo cual bajamos con los perros al galope por el escarpado declive, costando grandes dificultades á Jonassen evitar una desgracia. Al llegar al hielo liso hicimos rumbo en dirección á la próxima elevación sin hielo, pero cuando ya estábamos cerca, estalló de repente una tempestad del sur, cayendo densa nieve. Volvimos hacia la punta occidental más cercana de la tierra en busca de abrigo, y logramos llegar á ella después de una dura marcha con la tempestad de frente. Al llegar encontramos á lo largo de toda la ladera de la montaña una profunda zanja, un hundimiento del hielo causado por la fuerte concentración del calor solar sobre la obscura pared de la montaña. Tales hundimientos son muy característicos, á lo menos en la parte norte de las elevaciones libres de hielos de aquella región: una vez formadas, el viento las conserva llevándose la nieve, que de otro modo se depositaría indefinidamente.

Como esperábamos, encontramos abrigo en el valle, y nos propusimos llevar hasta allí nuestros trineos. La pendiente era alta y escarpada; mientras yo estaba buscando un lugar donde podríamos hacer alto, Jonassen se impacientó, y marchando hacia el lugar donde estaban los perros y el trineo, comenzó á bajar directamente por el declive de hielo. En el borde más escarpado volcó el trineo que, con Jonassen y los perros, cayó en la excavación.

Asustado corrí hacia aquel lugar, no abrigando esperanza de que Jonassen se salvara, sin que por lo menos

se hubiese roto una pierna ó un brazo. Lo extraño fué que ni él ni los perros se hicieron el menor daño: lo único que necesitó reparación fué una de las latas de petróleo que perdía mucho líquido.

Montamos en seguida nuestra tienda y permanecimos en el valle durante aquel día. Era para mí muy interesante estudiar aquella pronunciada elevación sin hielo del Castor, donde teníamos nuestro depósito. La elevación estaba formada por una especie de toba de un color claro, y de tal matiz que casi creí encontrar allí petrificaciones. La vegetación era la más rica que había visto en parte alguna desde las islas de Shetland meridional, y consistía en numerosas especies de musgos, líquenes de roca de hermosos colores y una suerte de alga verde.

Recordando el accidente ocurrido á Jonassen, concluí aquel día mi diario con las siguientes palabras: «Sin más desgracias pasó este día; veremos lo que sobrevendrá después.»

Tenemos en nuestra expedición sobrados motivos para estar inquietos. ¡Ojalá no encontrásemos más dificultades en nuestra empresa!

Preséntasenos ahora ante nosotros un terreno completamente desconocido, donde nadie sabe qué sorpresas nos esperan.

Hicimos rumbo hacia el sudoeste, por donde esperaba llegar hasta la tierra firme, pero debo hacer constar que en un país como aquel de ventisqueros, era muy poco probable que encontrásemos comida para los perros, sin lo que desaparecía la posibilidad de prolongar el viaje como yo hubiera querido.

Por la noche la temperatura descendió bastante, y nos parecía extraño que no estuviésemos aún acostum-

brados al frío, pero debía consistir probablemente en que teníamos la piel abierta y escocida por el sol y el aire en todas las partes descubiertas, lo que nos tornaba más sensibles.

El día siguiente comenzó también desapaciblemente. Nuestro primer cuidado fué subir á la alta muralla de

Nuestra tienda en la elevación sin hielo del Castor.

nieve que une las elevaciones de Castor y de Hertha. Llegados arriba, no pudimos divisar nada á causa de la niebla que se extendía sobre las capas bajas. Debíamos por medio de la brújula hacer rumbo al sudoeste, cuya dirección esperaba encontrar libre de obstáculos.

Bajo este punto de vista tuvimos suerte; los trineos resbalaban sobre un suave declive, y un poco de viento que nos empujaba favoreció nuestra marcha. Por la tarde empezó á derretirse la nieve, y poco á poco presentóse la tierra del Rey Oscar en toda su extensión hacia el sur, dirección en que parecía concluir en algunas cum-

bres inclinadas y aisladas bastante lejanas. El viento del norte había aumentado poco á poco durante el día: en vista del tiempo que disfrutamos hacía días, empezamos á sospechar que quizás el viento del sudoeste no era, durante aquella época, peligroso.

Por eso, al llegar al sitio elegido para depósito, nos ocurrió la idea de instalar por una vez nuestra tienda con la entrada en dirección al sur, lo que fué una imprudencia, tanto más cuanto que debíamos esperar alguna tempestad. El barómetro había descendido, y por la noche observamos aquellas magníficas coloraciones que siempre eran un mal presagio; nubes negras é irregulares descansaban sobre la tierra, cuyas montañas sobresalían como libres porciones de los Alpes; mientras la tierra interior alta estaba envuelta en su totalidad por la niebla y el horizonte resplandecía con sus colores rojos como la sangre.

Cuando ya estábamos dentro de la tienda refrescó el noroeste bastante, pero cesó muy pronto; hubo cerca de cinco minutos de absoluta calma, después de los cuales se oyó de repente un ruido á lo lejos y al poco rato un viento impetuoso, que en seguida reconocimos ser *el mismo*, conmovió la tienda. Esperábamos que fuese un chubasco pasajero, pero no fué así, sino que aumentó cada vez más, haciendo bastante frío dentro de nuestra tienda, donde penetraban el viento y la nieve por la abertura. Felizmente resistió al viento nuestra vivienda, hasta que por la mañana tuvo Sobral que salir para hacer las observaciones meteorológicas.

Entonces entró el viento con tal fuerza, que fué imposible volver á cerrar la entrada; tuvimos que levantarnos al instante y cambiar la orientación de la tienda, lo

que pudimos lograr sin necesidad de sacar nuestros efectos. Después hicimos café y nos metimos de nuevo en los sacos-camas.

Teníamos sopa de garbanzos para comer, pero había caído, no se sabe cómo, petróleo en ella y tuvimos que dársela á los perros, que se habían acostumbrado á estar junto á nosotros durante las comidas, no haciendo caso de golpes ni de gritos, con tal de comerse lo que les tirábamos.

Por la noche disminuyó el viento y pudimos dedicar al trabajo los tres días, que fueron los más pesados entre todos los de nuestras largas marchas, pero que resultaron de los más prácticos del viaje en cuanto á los resultados obtenidos. El frío era picante y siempre teníamos viento contrario que nos molestaba mucho.

Para que se tenga una idea clara y exacta de nuestra vida durante el viaje en trineo, quiero dar aquí el relato detallado de uno de aquellos días: en aquel grado de latitud había luz casi toda la noche, pero ninguno de nosotros se levantaba antes de las siete.

Era costumbre que yo fuera el primero en dejar la cama é hiciese el almuerzo.

En aquellas circunstancias resultaba bastante pesado tal trabajo; las ropas, que paulatinamente habían sido penetradas por la humedad y el sudor, se endurecían al contacto del aire cuando salíamos del saco caliente. Antes de poder soltar los botones de la puerta de la tienda se quedaban completamente heladas las manos, de modo que tan pronto como nos era posible las teníamos que cubrir con guantes para calentarlas. «Hace demasiado frío para hacer la comida,» recuerdo que acabé una página de mi diario con estas pocas palabras

que encierran muchos recuerdos, porque no constituye un placer ni mucho menos ir sacando con los dedos helados y rígidos por el frío, todo lo necesario para encender el hornillo y poner encima la cazuela llena de hielo.

El *menú* del almuerzo era siempre idéntico: el plato principal, pemmican; seiscientos gramos hervidos formaban una espesa sopa, parecida á engrudo, pero cuyo importante valor alimenticio notábamos en seguida. Seguía el café, hecho con cuatro cucharadas grandes, hervido en una cazuela; pasteles de carne, manteca y azúcar: con esta ración pasábamos sin sentir hambre.

Cuando me tocaba á mí arreglar la comida, Jonassen se encargaba de desarmar la tienda, cargar y enganchar el trineo grande.

El otro trineo era generalmente puesto en orden por Sobral.

Entre nueve y diez empezaba la marcha, que era muy rápida, parando á lo más una vez cada hora, aparte de los casos en que teníamos que hacer observaciones. Todo dependía de la velocidad con la cual Sobral y yo podíamos conducir nuestro trineo, toda vez que los perros á veces se cansaban. Cuando habíamos andado así durante nueve horas, empezábamos á buscar un sitio á propósito para descansar, llano, cubierto de nieve que no fuera demasiado blanda ni demasiado dura, y cuando lo habíamos encontrado nos dirigíamos á él con nuestros trineos, que se colocaban á cada lado de la tienda, que se fijaba en la nieve con piquetas de hierro y cuerdas sujetas á los mástiles del pabellón, ó bien con dos cañas de bambú horizontales, y en último caso se amarraba á los trineos.

Lugar de incubación de los cormoranes en la isla de Cockburn.

Jonassen montaba la tienda y lo ponía todo en orden, dando luego de comer á los perros.

Mientras tanto yo empezaba, ayudado por Sobral, á hacer la cena. Esta era bastante más ligera que el almuerzo, y variaba entre una sopa de lentejas ó de garbanzos, chocolate con pan y mantequilla, y pasteles ó jamón alguna vez. Así que habíamos cenado se extendían los sacos para dormir. Jonassen y yo nos metíamos en el gran saco de piel de reno; nos quitábamos la americana poniéndonosla debajo de la cabeza, lo mismo que los zapatos que llenábamos de paja para que no cambiaran demasiado de forma cuando se helaban por la noche. Teníamos cada uno una manta de guanaco que nos poníamos alrededor de la parte superior del cuerpo, suplemento muy ventajoso, porque estas mantas pesan muy poco y resguardan perfectamente del frío: con ellas quedábamos independientes el uno del otro, de modo que el que quería, por ejemplo, tener la cabeza destapada, podía hacerlo sin molestar al otro.

Sobral llevaba su propio saco de dormir, que era más pequeño y construído de lona y una triple capa de fieltro. Era menos caliente que el nuestro, y para no tener frío le era preciso acostarse vestido.

El que llevábamos durante el día consistía en un traje de frisa y doble ropa interior de lana. En la cabeza llevábamos una gorra de piel, en las manos guantes, en los pies medias y calcetines de lana con mezcla de cabellos humanos y calzado de piel de reno, llamado *skallar*. Cuando soplaba la tempestad era de rigor ponerse más ropa de lana, pero yo no tuve nunca necesidad de hacerlo, pues mientras se está en movimiento se siente poco el frío.

Durante cada uno de aquellos días dimos, según el pedímetro, 50.000 pasos, lo que equivale á unos 35 kilómetros. No hay necesidad de decir que hicimos durante aquellos días muchas observaciones nuevas.

El lejano paisaje montañoso, al que nos íbamos acercando cada vez más en dirección oblicua, debía considerarse como desconocido. Delante de nosotros estaba el territorio que Larsen llamó montaña de Jason, que por lo que pudimos alcanzar con la vista, estaba formada como la isla de Robinson, por una cúpula de hielo coherente, de cuyo borde salen unas elevaciones insignificantes libres de nieve.

Lo más interesante de todo era la extraña meseta de hielo sobre la que caminábamos. Todavía no me había formado juicio exacto respecto á si era viejo hielo de mar el que pisábamos, aunque la ausencia de quebraduras y montañas de hielo demostraba lo contrario. Científicamente mirado, si tal apreciación no fuese cierta, era de todas maneras la más verosímil. Que aquel hielo de mar difería notablemente de otros conocidos en diferentes lugares, nos lo enseñó la experiencia en días sucesivos.

Fácilmente se explica que nuestra marcha fuese tan rápida, pero aunque nuestras cargas se habían reducido poco á poco, era evidente que esto se debía en gran parte á la gran ayuda que nos proporcionaban los perros. El que haya tenido ocasión de hacer comparaciones, no titubeará un solo momento en reconocer las ventajas que ofrece durante una expedición el servirse de perros en vez de hombres para el arrastre. Se siente hacia esos fieles auxiliares, durante tales circunstancias, una atracción y simpatía tanto más viva cuanto más solitario se encuentra uno: no se puede dejar de admirar cuán pa-

cientes son para arrastrar día tras día su pesada carga. Era, contra lo que esperábamos, Kurre el que arrastraba más peso, aunque en cuanto á fuerza no podía compararse con los groenlandeses, demostrando que debían considerarse los perros de Falkland sumamente útiles para los paseos en trineo.

En general, no se mostraban nuestros perros tan

Finalmente logramos encontrar un sitio para el toldo regularmente abrigado entre las rocas.

vigorosos como al principio. Por la noche tenían un hambre tremenda, se tragaban en un momento su ración de cerca de medio kilo de pemmican, estando en seguida dispuestos á robar al más débil, teniendo nosotros ocasión de confirmar frecuentemente la veracidad del viejo refrán: «cada cual es dueño de su inferior.»

Jonassen cuando, por ejemplo, estaba de mal humor porque no marchaban las cosas según sus deseos, hallaba bien pronto ocasión de hacerlo pagar á Suggen ó á otro de los perros. Momentos después aquel se arrojaba

sobre Basken, perro fuerte y grande como éste; Basken, reconociendo con su maravilloso instinto su diferencia de rango y demostrando el más profundo respeto á su jefe, quejábase lastimosamente y se echaba en tierra pidiendo perdón, mientras Suggen permanecía cerca gruñendo y enseñando los dientes. Pero apenas este se había alejado, poníase aquel de nuevo en pie y mordía á los demás perros ó al pobre Kurre, que arrojaba de su puesto, quitándole la comida y mortificándole continuamente.

Citaré algunas impresiones de los días siguientes consignadas en el diario:

El día 17 de octubre sobrevino, por fin, una verdadera tempestad; estuvimos en nuestros sacos, sin poder hacer otra cosa que tener paciencia. El día 16 nos dimos un hermoso banquete para celebrar, según lo convenido, el aniversario de nuestra salida de Suecia: tomamos un poco de chocolate hecho con agua de nieve que se trajo á la tienda y mantequilla con pan; para cenar tuvimos pan seco y chocolate.

Durante un momento pareció que el viento se apaciguaba, y á través de los copos temblorosos de nieve, pudimos ver las cumbres elevadas y agrestes de la tierra del Rey Oscar, revestidas de un magnífico color dorado; mientras que en el nordeste la luna llena brillaba en un cielo de color plomizo, presagio de que el día siguiente no sería muy bueno.

No tardó mucho el viento en llegar al máximum de su fuerza, y el día siguiente amaneció de nuevo muy tempestuoso, no quedándonos más recurso que descansar.

Por cierto que, cosa extraña, siempre, tanto despierto como dormido, estaba pensando en comer, pero no en

nuestros frugales alimentos, sino en buena comida, en los banquetes de que antes había disfrutado, ó que en lo sucesivo podía disfrutar. Especialmente soñaba en celebrar una buena comida cuando estuviésemos de vuelta á la estación.

Y lo más notable era que casi había perdido el paladar, y cuando debía buscar entre nuestras provisiones un paquete de sal, me veía obligado á consultar á los demás para asegurarme de que no era azúcar. Parecíame que tantas sopas calientes como tomábamos siempre habían quemado mi boca.

Por la noche aclaró de nuevo el tiempo y esperamos que mejorase mucho más el día siguiente. Para obtener un resultado práctico del viaje había que adelantar la marcha con rapidez. Debíamos proseguir fiados en la suerte y en nuestra buena voluntad; tiempo tendríamos durante el regreso para poder examinar minuciosamente las regiones descubiertas. Por eso decidí dejar allí entre los hielos el pequeño trineo con todo el equipaje de que podíamos prescindir, y seguir adelante provisto de víveres tan sólo para ocho días.

18 de octubre. – Por la mañana el viento sopló de nuevo fuertemente y creímos vernos obligados á suspender nuestra marcha, pero luego se apaciguó un momento y pudimos andar hasta mediodía. Pronto refrescó el viento, pero de todos modos resultó el viaje bastante más cómodo y rápido con un solo trineo. Continuamos adelante sin tropezar con dificultad alguna, pues hasta los perros nos seguían dócilmente.

Mi intención era llegar á la más lejana de las cumbres montañosas que se veían hacía el sur. Comprendí que se necesitaban dos días. de camino para llegar, y esperaba

que aun tendríamos un tercer día de buen tiempo para proseguir nuestra exploración con patines.

Ibamos á concluir nuestro viaje: hasta entonces habíamos dudado si nos encontrábamos sobre hielo de mar ó sobre hielo de ventisquero; pero entonces encontramos algunas grietas que nos demostraron que se trataba de lo último. Con ello se desvanecían todas nuestras esperanzas de encontrar focas para aumentar nuestras provisiones.

Apenas acabábamos de convencernos de que nos encontrábamos en terreno franco, cuando un impedimento inesperado vino á entorpecer nuestra marcha en aquellas circunstancias. Muy cerca de nosotros empezaba á levantarse una larga muralla que salía de la tierra occidental para desaparecer hacia oriente, donde probablemente se encontraban con ella las masas de hielo que rodean la montaña de Jason. Podíamos conocer á distancia que nos veríamos obligados á subir á una alta meseta de ventisqueros que no era lisa como el hielo que habíamos pasado.

Aumentó, además, el viento contrario, y nuestras ilusiones de poder hacer una larga marcha se vieron desvanecidas, aunque logramos salvar la muralla de hielo, por cuya parte baja se pudo finalmente subir. Llegados arriba, encontramos un terreno que era para mí completamente nuevo, aunque no era muy raro en los ventisqueros árticos. A distancia de una milla sueca, aproximadamente, estaba el hielo partido formando profundas grietas, que afortunadamente, en su mayor parte, estaban cubiertas de puentes ó bóvedas de hielo bastante resistentes.

Es muy desagradable tener que avanzar con rápida

Las llamadas rocas de Ekelöf en la parte noroeste de la isla de Snow-Hill.

marcha, sin tiempo para hacer reconocimientos, por un terreno desconocido del todo, con riesgo de precipitarnos á cada momento en alguna sima de tal profundidad, que hallásemos en ella nuestra tumba. Marchábamos sobre débiles puentes de hielo, bordeando abismos insondables de varios metros de ancho. Algunos de los puentes eran de tan poca resistencia que á veces el pie los atravesaba, y repetidas veces me hundí hasta mitad del cuerpo, sobre todo en una ocasión, en que creí pagar cara mi falta de cuidado. Habíamos pasado después ya la región peligrosa, y antes de poder darme cuenta de que comenzaban á presentarse hendiduras, me sepulté hasta los hombros. Afortunadamente pude colocar el bastón de través y salir de la grieta, apoyándome en el borde fijo de hielo. El trineo y los perros, que estaban ya cerca de mí, no pudieron parar hasta que estuvieron casi en el centro de la sima, por lo cual Jonassen se hundió también. Gracias al trineo, que por suerte quedó atascado y al que pudo asirse, logramos salvarle mediante el esfuerzo de todos.

Aquella grieta era bastante profunda para habernos tragado juntamente con el trineo, sin que dejásemos rastro alguno.

Poco después respirábamos tranquilos al llegar á hielo más firme. Habíamos tenido que cambiar nuestro rumbo con dirección hacia la montaña más cercana, para evitar que nos cogiese la noche en aquellos peligrosos lugares.

Caminamos al principio por un ligero declive que nos hizo perder de vista el punto á donde nos dirigíamos; después subimos una larga pendiente, y por último, continuamos andando sobre un hielo liso, duro y azul, con muy poca nieve, hasta llegar al pie de la montaña, que alcanzamos á las seis de la tarde.

Habíamos tenido durante todo el día viento sudoeste, que nos daba de frente, pero entonces estábamos en sitio abrigado. No nos preocupamos mucho en elegir el lugar de parada, y armamos nuestra tienda sobre el hielo al pie de una punta de roca saliente y ennegrecida por el tiempo, rota por el frío en enormes bloques. Se comprenderán fácilmente mis impresiones y el afán con que procuré alcanzar aquellas rocas de la costa oriental de la tierra firme antártica, no pisadas aun por el hombre.

Las capas del terreno eran de porfirita con muchos trozos informes de una roca más negruzca incrustados en ella. Hubiera preferido encontrar alguna otra capa característica de algún terreno geológico, pero me consolé pensando que quizás la encontraría en otro punto.

19 de octubre.—Los domingos parecían ser nuestros días de Ticho-Brahe, condenados á inmovilidad forzosa; éste fué el peor de todos, aunque estuviese muy contento al escribir mi diario, pues habíamos alcanzado el principal objeto de nuestro viaje.

No debíamos poder hacer en los días siguientes nada provechoso. Al introducirnos en los sacos para dormir, parecía el tiempo bastante tranquilo, pero á las doce y media estalló una violenta tempestad, y observamos pronto que el punto donde habíamos plantado nuestra tienda no reunía buenas condiciones. Muy cerca de nosotros había una honda zanja entre las rocas, y el hielo era parecido al que hallamos en nuestra parada, cerca de la elevación del Castor.

Habíamos ya pensado por la noche buscar abrigo allí, y á las cuatro de la mañana, como viésemos que no amainaba el temporal, nos levantamos bajando á la hondonada con nuestros utensilios. Después de bastantes

esfuerzos, pues la tempestad arreciaba precisamente en aquel momento, cuando creíamos que la fuerza del viento iba á disminuir, logramos ponernos en salvo levantando nuestra tienda en el sitio que nos pareció más abrigado.

Estaba yo ocupado en arreglar los últimos detalles de la instalación, cuando oí quejarse á Jonassen, que se había alejado hacía un rato, y comprendí que le había sucedido algún accidente. Entró en aquel momento, pálido y sosteniéndose apenas, diciendo que casi se había roto el brazo izquierdo con un gran bloque de piedra que transportaba para sujetar la tienda: había resbalado sobre el hielo, liso y sin nieve, y por un milagro podía contarlo.

Pronto se le hinchó el brazo, poniéndosele completamente amoratado. Nadie de nosotros podía prever la gravedad de las consecuencias de aquella desgracia que me entristeció profundamente: aun en el caso más favorable, sería imposible que Jonassen pudiese utilizar el brazo en trabajos pesados durante el tiempo que estuviésemos ausentes de la estación.

No pudimos estar mucho tiempo tranquilos en el nuevo refugio. La tempestad recrudeció alternando fuertes golpes de viento con breves instantes de calma. No era nada tranquilizador tener que estar quietos sufriendo las sacudidas del huracán, que hacía temblar nuestra débil tienda: el viento parecía querer arrancarla del suelo. Procuramos resignarnos con la esperanza de que mejorase el tiempo, pero en vez de esto la tempestad llevaba trazas de no ceder.

Salí en busca de algunas piedras para sostener la lona y traté de ver si podía encontrar un sitio más abrigado.

Las ráfagas de viento eran tan violentas, que continuamente me arrojaban sobre el hielo: no se podía encontrar ningún otro abrigo, viendo lo cual, me metí otra vez en el saco esperando que el tiempo mejorase.

La furia del huracán siguió aumentando; á las doce se rompió la tienda, no quedando otro remedio que salir todos de ella lo antes posible. Ayudados por el viento empujamos nuestro trineo sobre el hielo, entonces completamente liso por haberse llevado el viento la nieve que lo cubría.

Tratábase ahora de encontrar abrigo al otro lado del peñasco, donde habíamos acampado primeramente: si el intento no era feliz podían nuestras existencias correr serios peligros; mas logróse felizmente hallar un refugio. Llegaban á él por ambos lados las ráfagas del viento, pero sin tanta fuerza. Jonassen, expuesto al viento, cosió la tienda, no lográndolo sin que se le helasen los dedos; Sobral y yo trabajamos mientras tanto entre las rocas: construímos una pequeña plataforma en el hielo y arreglamos con piedras una planicie bastante grande para servir de base á nuestra tienda.

A las seis todo estaba concluído y pude empezar á preparar la comida. ¡Qué bien nos sentó poder meternos de nuevo en nuestros sacos, después de comer, para dormir tranquilamente!

CAPITULO XV

La expedición en trineo de 1902

El regreso.—Se decide volver.—Vista al sur desde nuestro punto más meridional.—Rudo período de tempestades.—Otra tempestad.—Nos hallamos de nuevo sobre el hielo de mar.—Una larga noche.—Llegada á la estación invernal.

Los acontecimientos antes descritos nos sirvieron de lección y nos impulsaron á regresar á la estación lo antes que fuera posible. Se presentaron, sin embargo, reunidas muchas circunstancias que dificultaron esta decisión: las profundas y numerosas grietas que hacían imposible la continuación del viaje á no gozar de muy buen tiempo, el montañoso terreno que se extendía delante de nosotros, el período de tempestades que nos sorprendió, y por fin, el creciente agotamiento de nuestras provisiones.

Aquella misma noche los perros habíanse apoderado del saco donde se conservaba la corta cantidad restante de pemmican destinado á su alimento, y se habían comido no sólo el contenido sino parte del saco, un par de arreos y nuestro látigo. Además de esto, obligaba á emprender el regreso otras circunstancias: nuestra tienda estaba rota, y sobre todo temíamos por Jonassen, del

estado de cuyo brazo lastimado no podíamos dejar de ocuparnos.

Si nuestros pertrechos hubiesen estado completos, nada me hubiera importado perder un día más ó menos, pero en nuestras circunstancias toda inútil tardanza era un peligro, y no debíamos pensar sino en regresar y buscar de paso el trineo que habíamos dejado tras nosotros.

Tal vez hubiera intentado, á pesar de todo, efectuar un día más de marcha hacia el sur, pero no lo hice, esperando poder examinar fácilmente este terreno con el buque durante el verano.

No habíamos pensado nunca poder acabar entonces todos los trabajos planteados durante la expedición en trineo; pero tenía, hacía mucho tiempo, el pensamiento de cuando hubiera regresado el «Antártico», explorar la comarca que rodeaba al monte de Jason: con el conocimiento de la región ya adquirido, no nos sería difícil penetrar en trineo hacia el sur, durante un par de días, para poder examinar la tierra firme en su parte meridional.

Estaba, á pesar de todo, plenamente decidido á no regresar sin recoger algún fruto de nuestro avance hasta aquel punto meridional, y pensaba, si el día siguiente era hermoso, hacer una excursión con patines de nieve, llegando tan al sur como fuera posible. Desgraciadamente no cesó la tempestad, aunque perdió parte de su fuerza; sólo pudimos por la tarde dar un paseo por la montaña, á cuyo pie habíamos instalado nuestra tienda, y que llamé en mi libro-diario: «*Nunatak Borchgrewinks.*»

La ascensión no resultó muy penosa, aunque hacía un fuerte viento que arremolinaba la nieve. Desde arriba

Tierra del Rey Oscar á 65° 45' de latitud sur.

se gozaba de una vista bastante extensa. Debía limitarme á hacer algunas observaciones geológicas que ofreciesen especial interés en lo que se refiere á los numerosos y por primera vez observados bloques que se hallaban en la cumbre, llevados allá en un tiempo en que el hielo debía tener un espesor superior al de ahora, á lo menos en 300 metros. Recogimos también muestras de la escasa vegetación (musgo) allí existente. Habiendo, por fortuna, serenado algo el tiempo durante el día siguiente, pudimos hacer desde la cumbre las deseadas observaciones. La tierra, que continuaba hacia el sur, parecía estar compuesta únicamente de puntos aislados: los más distantes de ellos no estaban muy separados de nosotros.

Si aquella tierra no acababa cerca, doblaba de fijo hacia occidente.

Debemos citar de un modo especial un pequeño estrecho que se extendía hacia el oeste entre dos altas montañas, tan lejos como nuestra vista alcanzaba: estaba lleno de hielo de ventisquero, y era completamente seguro que no se encontraría ningún estrecho navegable para buques entre el lado norte de la tierra de Luis Felipe y el Círculo Polar (*).

El tiempo no abonanzaba lo bastante para que pudiese pensar en una excursión hacia el sur, pero como estaba algo sereno y el viento era favorable, decidimos regresar á nuestro anterior campamento. El espectro de la tempestad nos siguió un buen rato, silbando y levantando remolinos de nieve delante de nosotros, mientras

(*) El estrecho citado recibió el nombre de Valle de Richthofen. Es interesante que la expedición belga observase en la costa occidental, precisamente á la misma altura, una cavidad tan honda que su límite no podía determinarse. Probablemente se verá en lo sucesivo que el nombre de tierra de Graham debe circunscribirse más propiamente al territorio del sudoeste.

nos dirigíamos velozmente hacia el hielo liso. Seguimos en cuanto pudimos nuestras anteriores huellas, que en su mayor parte se marcaban en depresiones de color de mármol sobre el hielo azulado, aunque á veces, en largas extensiones, habían sido borradas por la nieve recién caída.

Con su ayuda nos fué posible atravesar sin percances mayores la región de las grietas y llegar otra vez á la meseta baja de hielo.

También en ella procuramos seguir nuestros rastros, pero faltó poco para que no encontrásemos el trineo que habíamos dejado atrás y que estaba casi por completo cubierto de nieve. Pasamos la noche en aquel sitio y preparé provisiones para otra semana. Los perros tuvieron que contentarse, desde aquel día en adelante, con $^1/_4$ de kilo por día de nuestro pemmican.

Mi plan era seguir la tierra, durante el regreso, tan cerca como fuera posible. Se escogió como primer punto de dirección un cabo muy saliente, casi directamente situado al norte. Esperaba internarme por tierra para examinar la costa con más detención. Por fortuna disfrutamos el 22 de octubre de un hermoso día, único que tuvimos durante nuestro viaje, desde que salimos de las islas de las Focas hasta que regresamos á la estación. Sobral hizo una determinación completa del punto en que nos hallábamos (*), y Jonassen empleó el tiempo en componer una lata de petróleo que empezaba á dejar salir su contenido.

El viaje continuó con rapidez. Tenía yo los ojos enfermos, lo que me impedía ver bien las grietas del hielo, que á medida que avanzábamos tomaba ante nosotros un

(*) 65° 48' latitud sur y 62° 11' longitud oeste.

aspecto poco tranquilizador. Mis compañeros opinaron conmigo que estábamos próximos á un ventisquero. Entonces variamos insensiblemente nuestra ruta, y aunque no podía figurarme que el lugar adonde nos dirigíamos estuviese tan lejano, comprendimos que nos habíamos desviado notablemente.

El que llamé Cabo de la Esperanza iba resultando el

Vista hacia la tierra del Rey Oscar y valle de Richthofen desde nuestro punto más meridional.

Cabo del Desengaño. Antes del descanso del mediodía estuve á punto de caerme al fondo de una ancha grieta, pero no dije una palabra por no asustar á los demás.

Empezó el hielo á ser más escabroso, y á las cinco se tuvo que suspender inesperadamente la marcha ante una abertura de hielo parecida á un canal de unos veinte metros de anchura y otros tantos de profundidad; parecía continuar hacia el interior tan lejos como podíamos alcanzar con la vista. Esta abertura nos ofrecía gran interés, pues nos daba una clara idea de la estructura del

hielo. Observábase la misma magnífica capa que tan á menudo se presenta en las grandes montañas de hielo, lo que prueba que ha sido éste formado por nieve depositada durante largo tiempo en capas sucesivas, y que el de estas regiones es un hielo de transición entre el que se forma en los ventisqueros y el que constituye los hielos marítimos. Creo que las montañas de hielo antárticas no tienen necesariamente su origen en la tierra, sino que también pueden formarse sobre una base de hielo de mar asentado en parajes poco profundos y cercanos á la tierra.

Aquella grieta fué, pues, tan instructiva para nosotros, por lo que respecta á la historia de la formación del hielo, como molesta por lo que entorpecía nuestra marcha. Comprendimos, efectivamente, que en tales condiciones encontraríamos dificultades casi insuperables para poder llegar á tierra. Tuvimos que marchar hacia occidente casi durante media hora para poder atravesar aquella enorme grieta, sobre un débil puente de hielo, y cuando después quisimos proseguir adelante, vimos que habíamos entrado en una verdadera red de canales semejantes.

Para no tener que instalar la tienda en un terreno en que la más pequeña niebla nos impediría irremisiblemente adelantar después, emprendimos una marcha forzada, no interrumpida hasta muy entrada la noche.

Aunque había aún numerosas aberturas alrededor del lugar que elegimos para acampar después de larga jornada, la apariencia del hielo era bastante tranquilizadora.

23 de octubre.—Si hubiese mejorado el tiempo algún tanto, las numerosas grietas que cortaban el hielo no me hubieran hecho renunciar á dirigirme hacia la tierra,

pero con una niebla tan intensa, á través de la cual, el cabo, adonde hacía tanto tiempo que nos dirigíamos, sólo se dejaba ver de cuando en cuando, resultaba tal marcha imposible.

También era muy expuesto, en mi opinión, retener la expedición ante una vaga esperanza de poder continuar nuestra ruta al día siguiente. Con gran pena de mi corazón me vi, pues, obligado á encaminarme hacia el norte.

Al cabo de dos horas de marcha habíamos conseguido salir de la zona de las grietas y emprender de nuevo nuestro viaje hacia adelante, sin el temor de ver abrirse á cada momento un abismo ante nuestros pies.

Aunque nuestro trineo se había aligerado más, por haber trasladado los sacos para dormir al trineo de los perros, fué aquel uno de los peores días que pasé. Mis ojos, sobre todo el izquierdo, seguían peor á consecuencia del continuo mirar para hacer rumbo recto; el viento contrario, la luz del sol y la reverberación blanco-grisácea del hielo, son cosas más insoportables para la vista de lo que uno puede figurarse, y á pesar de que me serví tanto de lentes como de una gasa verde, no encontré ningún alivio. Intenté guiarme por los montones de nieve que el viento formaba, pero eran muy irregulares y se extendían en varias direcciones. Me parecía que todo giraba en un espacio blanco-grisáceo de límites indeterminados, como si lo que me rodeaba diese vueltas en un círculo uniforme. Nos desviamos mucho aquel día de nuestra ruta, pero de todos modos recorrimos un buen trozo de camino.

No empleé para nada el pedímetro, y apenas sabíamos dónde nos hallábamos cuando hicimos alto al llegar la noche.

24 de octubre.—Dolíanme los ojos de tal modo que me fué difícil dormir durante la noche. Estaba también resfriado: me levanté á las siete; el tiempo era el mismo que el día anterior, pero no pudimos permanecer en medio de aquel hielo liso. Después de haberme puesto atropina en los ojos y provisto de lentes y de un velo, supliqué á Sobral que tomase la dirección de la marcha, pues yo sólo debía tirar del trineo, que un momento después hubimos de colocar sobre el de los perros.

Era interesante ver como nuestros pobres perros arrastraban esforzándose el trineo, ahora más pesado y cargado. Bien se conocía, sin embargo, que Kurre estaba medio muerto y aquel exceso de peso acababa de aniquilarle; los demás tiraban del trineo con mayores ganas. Suggen, el más inteligente de todos, seguramente conocía que volvíamos hacia casa.

La marcha era también más penosa á causa de la mucha nieve caída durante la noche. Después de un rato Jonassen substituyó á Sobral en la ocupación de señalar el rumbo, pero á ambos les costaba mucho evitar desvíos demasiado grandes, y temiendo perder nuestra dirección suspendimos la marcha á las cuatro. Espero que tendremos en adelante mejor tiempo, pues el viento del sudoeste va en aumento.

26 de octubre.—No calmó el tiempo, se había concluído nuestra época afortunada y debíamos estar satisfechos con lo que habíamos conseguido realizar. En vez de mejorar el tiempo aumentó la intensidad del viento hasta convertirse en furioso temporal que duró dos días mortales, de los más penosos que tuvimos que soportar.

Yo no salí fuera de la tienda durante esos dos días; la nieve necesaria para la cocina se entró por la puerta

Levantóse un viento sumamente frío que nos hubiera impedido la marcha á no soplar de espalda.

con una pala; aunque no era muy limpio el procedimiento, no se podía hacer otra cosa, pues costó á Jonassen mucho trabajo sostenerse derecho cuando salió para arreglar la tienda, que no se mantenía muy sólidamente. Cuando la tempestad estaba en su apogeo y azotaba el viento furiosamente nuestro refugio, sin que apenas pudiéramos oir nuestras voces, empezó á rasgarse la lona por un extremo y saltaron los cierres de la puerta, á causa de estar muy tirantes por haberse hundido demasiado el palo central en la nieve.

A pesar de todo, nos dió tiempo para preparar la comida y engullirla de cualquier modo, antes de proceder al arreglo de la tienda. Quitamos el palo delantero, atamos la cuerda al azadón para hielo, hundido en la nieve, y estiramos la tela del pabellón poniendo encima montones de nieve.

No es fácil de este modo moverse con libertad ni salir de la tela; pero el sistema no deja de ser algo práctico, pues permite montar una tienda que resiste, por lo general, á las tempestades antárticas. Por este procedimiento pudimos estar acostados todo el domingo dentro de aquella especie de prisión y refugio, donde no podíamos movernos y donde la permanencia forzosa nos causaba una verdadera tortura.

Hubiera podido compararse nuestra situación á la de los enfermos atacados de fiebre: á falta de otro quehacer, mirábamos al techo y formábamos con las manchas de la tela extrañas figuras, cuya combinación nos evocaba mil extraños recuerdos y nos hacía formar toda clase de proyectos. No nos forjábamos grandiosos castillos en el aire, cosa en pugna con nuestro temperamento, pero pensábamos llevar á cabo un examen minucioso y pro-

fundo de los territorios desconocidos y muy interesantes que formaban nuestro campo de acción, examen que era deber nuestro realizar. A estar terminado entonces nuestro trabajo, nos hubiera sido difícil permanecer como Nansen en su cabaña de piedra, pues no nos parecía fácil acostumbrarnos á escuchar el bramido de la tempestad sin hacer nada útil, máxime teniendo en cuenta que nuestro depósito de provisiones se estaba agotando y nuestros pobres perros se desmejoraban más cada día á causa del frío y del hambre.

Era también desagradable tener que estar tan aislados. Sobral hablaba ya bastante bien el sueco, pero no lo bastante para sostener una larga conversación, y aunque él y Jonassen quisieran conversar no podían hacerlo á la perfección. Todos teníamos deseos de trabajar, pero obligados á permanecer inactivos, la situación se hacía tan difícil que no me era fácil levantar el espíritu de los compañeros.

27 de octubre.—Después de cuarenta y ocho horas de inmovilidad pudimos salir á las cuatro de la tarde; el tiempo había mejorado tanto, que empezamos á ver las islas de las Focas. Habíamos hecho un rumbo más occidental de lo que yo creía, y debíamos desviarnos bastante para llegar á la isla de Christensen, punto adonde debíamos ir forzosamente con el fin de procurarnos provisiones para los perros.

Marchamos durante cuatro horas: debíamos de haber continuado, pero tuvimos que pararnos para componer nuestra rota tienda, antes de que hiciera demasiado frío por la noche. No sabíamos cómo se presentaría el tiempo; el cielo mostrábase de color plomizo y la tierra estaba cubierta de espesos nubarrones.

29 de octubre. Confirmándose nuestros temores, aun tuvimos dos días de tempestad que, después de las horas de marcha, era lo menos agradable que nos podía suceder. Alguien, al leer esto, creería tal vez que podíamos estar acostados para descansar, evitando así los molestos trabajos de observación. El que así piense tendría que ensayar en persona nuestra agradable situación. No corríamos, sin embargo, ningún peligro; nos quedaban aún muchas provisiones que consumir antes de pensar en comernos los perros.

Todo el día 28 estuvimos conversando á ratos muy animadamente, contentos por haber podido arreglar la tienda antes de estallar la tempestad; pero el 29 transcurrió monótonamente en la ociosidad, sin otra distracción que escuchar el débil silbido de los torbellinos de nieve parecido al de la respiración, ó el fragor de la tempestad. Las sacudidas de la tienda hacíanse más violentas, y amenazaba romperse por todos lados.

El barómetro ascendía, y tal vez el día siguiente tendríamos buen tiempo. Afortunadamente nuestro presentimiento se confirmó y no necesitamos durante el resto del viaje permanecer parados á causa de la tempestad, aunque el viento del sudoeste continuaba tan fuerte á ratos, que era imposible avanzar mientras no cedía.

Logramos llegar hasta las cimas sin hielo de las islas de las Focas, donde el tiempo abonanzó bastante, permitiéndome completar el mapa; pero no pudimos llegar á la isla de Christensen antes del día 31, durante el cual, después de una larga marcha entre densa niebla que impedía vernos á corta distancia, ganamos el hielo de mar. No pudimos, desgraciadamente, estudiar el borde del hielo; nuestra mala suerte, que no nos economizaba nie-

blas ni tempestades, nos había acostumbrado ya á tales decepciones.

Al comenzar la tarde estábamos en nuestro antiguo emplazamiento, donde pasamos la noche para reparar la tienda, secar lo mejor que se pudiese nuestros sacos para dormir y procurarnos carne de foca para comer tanto nosotros como nuestros perros.

El mes de noviembre empezó sin cambio notable en la invernal temperatura que habíamos experimentado durante tan largo tiempo. Cuando me levanté á las seis para preparar el almuerzo, hacía un poco de sol. Los perros, después de la abundante comida con que el día anterior habían roto su largo ayuno, no tenían gana alguna de trabajar. Amager se había buscado con sus compañeros un rincón en la parte alta de las rocas. No logramos nada llamándolos, y tuve que seguirles largo rato por lugares casi inaccesibles, hasta que por fin pude hacerlos bajar á la orilla y emprender de nuevo nuestro viaje. Desde el hielo pudimos ver aún con magnífica claridad el último extremo de la tierra del Rey Oscar, la isla Christensen, las cumbres libres y la muralla de hielo. Si todo se hubiese visto tan claramente cuando marchábamos hacia el sur, nos hubiéramos ahorrado mucho trabajo.

Era sorprendente la diferencia entre el hielo de mar y aquel, sobre el cual habíamos marchado hasta entonces: estaba el último cubierto de mayor cantidad de nieve.

Jonassen, á su vez, enfermó de la vista, y aunque hicimos aquel día una larga marcha, no podemos decir que fuese una jornada agradable. Tampoco fué mejor el día siguiente: soplaba un viento fuerte y picante, y todo á nuestro alrededor estaba envuelto en la niebla, por lo

que durante la mayor parte de nuestra marcha tuvimos que andar brújula en mano. Había esperado hasta el último momento poder doblar hacia oeste y pisar una vez todavía tierra firme, pero fué imposible de todo punto.

Aunque no podíamos ver nada ante nosotros cuando hicimos alto por la noche, estábamos convencidos de habernos acercado en buen trecho á la estación.

Tuvimos al caer la tarde un singular encuentro caminando sobre aquel hielo liso y sin quebraduras. Vimos no lejos de nosotros una masa obscura y movediza que en un principio me pareció un ave colosal que se arrastraba sobre el hielo, sin que pudiese apreciar de momento otra cosa, pues en aquellas regiones, cuando el sol acaba de ponerse y una luz monótona y gris borra los contornos de las cosas, hay que esforzar mucho la vista bajo los lentes ahumados para determinar con cierta precisión lo que se mira. No se puede distinguir nada claramente; un petrel se convierte á veces en una libélula; una pequeña irregularidad del hielo parece otras una montaña inaccesible, y viceversa, los objetos cercanos y lejanos se confunden, y la visión sufre lamentables ilusiones. Pensé que fuera aquella masa movediza algún pájaro bobo imperial agachado, y por último, al acercarme, vi lo que era: una foca casi enteramente blanca, probablemente un cangrejero; sólo tenía alrededor de la nariz una mancha más obscura. Los perros corrieron hacia ella y nosotros los seguimos con el trineo, pasando muy cerca de la foca, que se paró para mirarnos con extrañeza, volviéndose frecuentemente cuando proseguíamos nuestro rumbo hacia el noroeste.

El pobre animal debía haber perdido su agujero y

buscaba agua. Parecía seca y flaca, y seguramente tendría que acostarse durante un buen rato extenuada por completo, antes de continuar su marcha.

Nuestra última é interesante jornada, descrita como sigue en el diario, tuvo lugar durante el día 3 de noviembre:

Cuando me desperté, el viento y los torbellinos de nieve azotaban aún el pabellón con tanta fuerza que no me decidí á levantarme. A las ocho pareció que el sol brillaba, y al mirar poco después hacia fuera, me quedé agradablemente sorprendido al ver ante mí, y al parecer muy cerca, la isla de Lockyer y la tierra que rodea la montaña de Haddington.

Hacía todavía mucho viento y nevaba bastante: las cumbres estaban ocultas por nubes, y Snow-Hill no se veía; pero ¿qué importaba? Debíamos conformarnos con las circunstancias, y el almuerzo, que se compuso de pemmican inglés, que no acabamos, un pequeño trozo de pastel con jamón y café, fué pronto despachado. Si hubiéramos sospechado que ésta había de ser la última comida sobre el hielo, seguramente la habríamos celebrado más tranquilamente.

Eran cerca de las diez cuando pudimos ponernos en marcha. En lugar de los zapatos de cuero, que una vez empapados de agua parecen estar fabricados de hojalata y hacen imposible el menor movimiento del pie, me puse por última vez los *skallas*—botas para nieve—llenas del resto de la hierba seca que poseíamos. Uno de los zapatos estaba en tan mal estado que pronto se llenó de nieve, pero el otro podía pasar, y sin ellos me hubiera sido casi imposible adelantar un paso.

El viento era bastante más fuerte que los días ante-

Rocas obscuras de la isla de Lockyer.

riores, y á no reanimarnos el sol, hubiera sido imposible emprender el viaje. Marchamos deprisa, los trineos casi volaban por sí solos y se nos presentaba la mejor de las ocasiones para emplear la vela únicamente.

La tierra aparecía ya despejada ya envuelta por la neblina, pero se podía hacer rumbo directo al cabo del depósito, donde teníamos la intención de recoger algunos artículos que habíamos dejado y que más tarde necesitaríamos.

Durante el día propuso Jonassen no hacer parada alguna sino encaminarnos directamente á casa, y más tarde, en otra ocasión, ir en busca del depósito. Se figuraba, sin duda, que el camino hasta la estación sería más corto de lo que era en realidad.

Como no tenía la menor prisa en mudar el depósito, y como también Sobral parecía bastante deseoso de llegar á casa el mismo día, me pareció interesante ver el resultado de tan larga marcha. Además, con un tiempo como el que hacía era muy desagradable pararnos, sobre todo ignorando lo que duraría el alto. Di, por consiguiente, orden de dirigirnos directamente á la estación, donde estaríamos seguramente á las nueve, según suponía Jonassen, que ya no las tuvo todas consigo cuando emití la opinión de que no llegaríamos antes de las dos de la madrugada, por bien que se presentasen las cosas.

A las siete pasamos el cabo sur de la isla Lockyer, grandiosa roca feldespática, agreste y obscura. De su parte superior salían casi perpendiculares dos ventisqueros que debían medir una respetable altura.

Pudimos ver, por fin, á través de los torbellinos de nieve, los territorios cercanos á la estación con la cumbre de basalto, libre de hielo, y demás lugares conocidos, lo

que naturalmente nos llenó de júbilo. Los perros apresuraron el paso al advertirles el instinto que se aproximaban al lugar de reposo, y Jonassen, que pudo subir al trineo, nos adelantó un buen trecho.

Pronto paró, sin embargo, y cuando pudimos alcanzarle, había sacado un trozo de chocolate del cual tomamos cada uno un poco, sin detenernos, pues el tiempo era demasiado crudo para pensar en hacer alto y comer.

Habíamos tirado del trineo más de diez horas y empezábamos á estar excesivamente cansados, precisamente cuando se veía claramente que si queríamos llegar á casa aquel día debíamos forzar muchísimo la marcha. Por eso pusimos nuestro trineo sobre el de los perros y los atamos juntos.

Sobral iba á un lado para mantener el equilibrio, Jonassen ayudaba á tirar y yo marchaba delante marcando el rumbo hacia la cumbre de basalto, y así continuamos nuestra marcha, apresurada por el viento de tal modo, que apenas podíamos alentar. A las nueve y media nos paramos un momento; habíamos dado un buen avance, y el viento y los torbellinos de nieve aumentaron de tal manera que nos ocultaban la tierra de Snow-Hill. ¡Quién pudiera intentar describir el magnífico cuadro que nos rodeaba aquella memorable noche!

Sobre nuestras cabezas se extendía un cielo despejado de un azul claro que poco á poco se obscurecía, en cuyo fondo las estrellas aparecían lentamente, primero Júpiter y Sirio y la Cruz del Sur, luego, delante de nosotros, la resplandeciente Orión. Muy lejos, hacia el oeste, había pequeños escollos, y hacia occidente reflejaba el cielo vivos colores morados, sobre los cuales se dibujaban acentuadamente los agudos contornos de la isla de Loc-

kyer, con sus puntas perpendiculares de roca, su cúpula de nieve y sus magníficas blancuras de los ventisqueros. Delante teníamos el cabo Hamilton y la roca de la Vigilancia, parecida á una torre con sus pintorescos relieves obscuros, que hacía mucho tiempo no habíamos visto. En la despejada atmósfera se cernían numerosos petreles de color más blanco que la misma nieve, tan suave y pausadamente, que difícilmente se hubieran podido distinguir á no ser por su pico y sus ojos negros.

A nuestro alrededor corría la tempestad con una velocidad de tal vez dieciséis ó diecisiete metros, silbando y resonando la nieve en vertiginosos remolinos.

En medio de esta inmensa Naturaleza se movía como el más insignificante punto nuestra pequeña caravana, dejando en la nieve una huella que pronto borraba la tormenta. Obscureció cada vez más y no se vió ya estrella alguna; solamente veíamos una larga extensión que tanto podía ser hielo como tierra.

De pronto divisamos confusamente una mancha grande y obscura, que debía ser la isla de Cockburn, y debíamos desviarnos entonces un poco hacia el este, mas al cabo de un momento de marcha nos hallamos ante la muralla de hielo. Era entonces media noche y la obscuridad era completa; estábamos sobre un hielo bastante desigual donde yo tropecé y caí varias veces. A menudo nos parecía ver una abertura en la muralla de hielo, pero era ilusión de la vista y nos vimos obligados á dar grandes rodeos.

Los perros empezaban á cansarse y nosotros no estábamos en mejor estado; pero no había otro remedio que seguir adelante: no había ya tiempo para descansar. Finalmente conseguimos doblar la punta de hielo, con lo

que quedaba vencida la última dificultad de nuestro largo paseo en trineo. Empezaban á observarse resplandores en el cielo y las nubes se presentaban coloreadas de violeta al amanecer.

Los perros apenas podían andar, pero desde que habíamos entrado en terreno conocido, intenté animarles corriendo un poco. Se había aglomerado mucha nieve sobre el hielo, y cuando nos acercamos á tierra, el terreno estaba tan cubierto por ella que apenas podíamos orientarnos; un último esfuerzo nos hizo llegar á la grande lengua de nieve; los perros echaron entonces á correr con una velocidad asombrosa, y por fin, á la una y media de la mañana, paramos delante de los últimos bloques de hielo de la orilla, frente á la estación.

Solamente se descargó lo más necesario del trineo y se llevó arriba á la vivienda. El pobre Kurre estaba paralizado; no se podía mover y cayó en la nieve cuando le quitamos sus arreos.

La casa aparecía ante nosotros aislada y obscura, pero cuando entramos en ella, nos recibieron de todos lados saludos de bienvenida, pronunciados primero por voces algo temerosas, que se volvieron alegres cuando nuestros compañeros supieron que todo había salido bien. Todos dejaron sus camas y pronto estaba la cafetera sobre la cocina «Primus».

Mi primer pensamiento fué dar cuerda al cronómetro; el segundo mirar el pedímetro, que señalaba 92,000 pasos. Después eché una mirada á mis compañeros de viaje, cuyo color azulado negruzco los hacía parecer más á indios que á seres civilizados.

Sobral, que se había dejado caer sobre una silla cerca de la puerta, dijo de repente que no se encontraba bien,

y un momento después cayó al suelo desmayado. Acudimos todos, le desnudamos y llevamos á su cama, donde pronto se reanimó. En el mismo instante observé que me empezaba á dar vueltas la cabeza y me apresuré á salir al aire libre. Tuve que apoyarme contra la pared de la casa y conseguí, después de grandes esfuerzos, dominar el ataque y pronto pude entrar de nuevo y sentarme á la mesa.

También Jonassen manifestó más tarde que había experimentado una singular sensación al encontrarse de nuevo en la atmósfera de la casa, á la que estaba ya tan desacostumbrado.

Tomamos dos tazas de café con pan criollo, manteca y carne de carnero, y bebimos además una increíble cantidad de agua. Nos pareció todo excelente; nuestros sueños y fatídicos presagios habían desaparecido como por ensalmo.

Estábamos, sin embargo, demasiado cansados para disfrutar de todo largo rato.

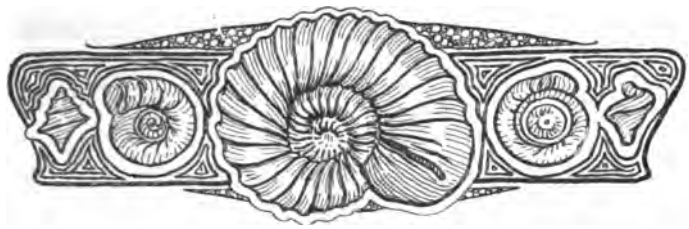
Conversamos sobre los más importantes sucesos ocurridos durante nuestra ausencia, y creí inútil pedir noticias del «Antártico».

Nada puede demostrar más claramente lo penoso que había sido nuestro viaje, como el cambio experimentado en nuestro peso: el día siguiente, antes del almuerzo, nos pesamos todos, resultando una notable diferencia entre nuestro peso actual y el de antes de partir. Yo había disminuido siete kilos, y en un solo día de permanencia en la estación gané, sin embargo, cuatro y el siguiente día kilo y medio; después experimenté pequeñas variaciones.

La distancia recorrida durante nuestra expedición

presenta en conjunto más de seiscientos cincuenta kilómetros.

Aunque no habíamos podido permanecer alejados de la estación por más tiempo, ni extender nuestro viaje tan lejos como yo hubiera deseado, á causa del mal tiempo de aquella época del año y de la imposibilidad de completar nuestro aprovisionamiento en la meseta de hielo, consideré, no obstante, que podíamos darnos por satisfechos con los resultados obtenidos. Habíamos descubierto una importante extensión de costa y probado así la unión entre la tierra de Luis Felipe y los territorios vistos por Larsen; la conformación del mapa de estas regiones había sido completamente rectificada por nuestra expedición. Habíamos hecho observaciones meteorológicas y biológicas, y sobre todo, recogido materiales de gran valor para el conocimiento de la geología de los terrenos recorridos. Solamente con la indicación de la grande planicie de hielo, puede considerarse ya merecedora del trabajo efectuado durante este viaje.



CAPITULO XVI

El verano

Nuevos trabajos y sus resultados.—Empezamos á esperar auxilio.—Algunos datos sobre nuestra vida durante el verano.—Viaje en trineo hasta la isla de Seymour.—Pájaro bobo petrificado.—Plantas fósiles.—Geología general de las islas.—El tiempo durante el verano antártico.—Navidad de 1902.

NINGUNO de nosotros pudo dormir bien la primera noche pasada en buena cama; mis pies estaban hinchados y doloridos, y tenía los labios agrietados é inflamados. Después de nuestra llegada me costaba mucho trabajo leer; las letras me bailaban ante la vista. Sobral tuvo una violenta irritación á la vista que le duró varios días.

Un párrafo del diario dice lo que sigue:

«Nuestro rostro, comparado con el de los que quedaron en la estación, presenta un color azulado negruzco; en el mío aparece una especie de escoriación alrededor de los ojos, á causa de las arrugas que se formaron cuando hacía muecas contra la luz. La barba se me había decolorado; hasta Kurre había cambiado completamente de color: su pelo, en vez de amarillo vivo, era, después del viaje, amarillo gris.»

En la estación no había ocurrido novedad importante mientras duró nuestra ausencia.

Durante el primer período cálido había empezado el inventario de las provisiones, que se interrumpió al comenzar el invierno, cuando sobrevino el fuerte período de tempestades: durante el resto del tiempo se vieron obligados, los que habían quedado en la estación, á permanecer dentro de la casa.

Cinco de los siete perritos de Groenlandia habían muerto, pero los dos restantes habían crecido y prometían criarse bien; fueron de grande utilidad para nosotros durante el año siguiente.

Me quedé varios días en casa para adelantar la curación de mis escoriaciones. El tiempo era mucho mejor que durante nuestra ausencia, pero todavía hacía frío y molestaba bastante el viento.

Visto en conjunto, marcaba nuestro viaje en trineo el período divisorio entre dos épocas diversas en la historia de nuestra expedición, épocas que apenas pueden compararse entre sí. La que ahora comenzábamos contrastaba con nuestra vida anterior: era ya el llamado verano, con sus benignas promesas, entre ellas la espera del «Antártico». Cuando acabase el verano, empezaría la obligatoria invernada.

Con anticipación empezamos á esperar la visita de nuestros compañeros, como se desprende de las siguientes líneas escritas en el diario el 7 de noviembre:

«Bodman y Ekelöf han subido á las alturas cercanas y nos comunican que se ve una estrecha faja de agua libre hacia el sudoeste, pero que el hielo es aún muy espeso por el norte. ¿Quién sabe cuándo llegará el buque en tales circunstancias? O arribamos en un año extraor-

dinariamente malo ó han tenido extraordinaria suerte nuestros antecesores. ¿Cuándo podremos ponernos en comunicación con el exterior? Bodman opina que el 20 de noviembre, pero otros que el 20 de diciembre, y los demás que el 20 de enero.»

El 18 de noviembre leí la relación de los exploradores belgas y sus trabajos realizados durante la primavera y el verano. Me fijé en la parte que refiere cómo diferentes miembros, con distinto criterio, señalaban también diferentes épocas para su liberación, que por fin llegó más tarde de lo que se habían figurado.

Había pasado un año desde que habíamos celebrado abordo del «Antártico» una especie de aniversario de nuestro primer desembarco en la isla de Seymour, en 1893. No creía yo entonces que había de estar encerrado en el mismo territorio, en pleno invierno, rodeado de hielo inabordable en todas direcciones. El frío era mayor que durante los últimos días, 12° bajo cero, y soplaba siempre el viento. Jonassen había llegado el día anterior á casa diciendo que en el norte el agua se había extendido y que estaba seguro de haber visto el aparejo del buque, cerca de Koppen (Cockburn), pero no era la primera vez que comunicaba tal noticia, y ahora nadie creía en ella.

Si el hielo debía abrirse para que el buque pudiera llegar hasta nosotros, había de cambiar el tiempo y soplar el viento en otra dirección. Admiraba yo á mis compañeros, que no demostraban la menor impaciencia.

No creo poder dar á conocer mejor el modo de vida en nuestra estación, durante aquel tiempo, que por medio de una continuada copia de pasajes de nuestro diario.

El día 5, Bodman y Ekelöf mataron dos megalestris,

que se estaban comiendo tranquilamente uno de los perros muertos. Tuve al principio invencible repugnancia en comer esas aves, pero luego que las gusté me agradaron mucho servidas en compota de manzanas; no tenían el menor gusto á aceite, y hacían recordar el sabor de la gallina, aun cuando su carne fuese más dura.

La vida animal que se mostraba á nuestro alrededor era por demás extraña. Se oían en el aire gritos, chillidos y graznidos cada vez que salíamos de casa. Producíanle pequeñas golondrinas con patas encarnadas, que ya vimos al llegar; grandes gaviotas dominicanas y algunos megalestris y cormoranes. En cambio, no había aún pájaros bobos.

9 de noviembre. - Bodman, que está poniendo en limpio su diario y acaba precisamente de leer sus notas sobre el mismo día del año anterior, me recuerda cómo celebramos con un sabroso ponche el 381.° aniversario del día sangriento de Stockholmo, día en que Skottsberg estrenó su traje de diez coronas, y en que Duse soñó que le habían robado su telémetro con su estuche, y se levantó á media noche para cerciorarse de que no se le había extraviado.

Al recordar estos detalles, aumenta nuestro deseo de volver á pisar la cubierta del «Antártico» y departir con tan excelentes compañeros.

Necesitando provisiones, especialmente patatas secas que empezaban á faltarnos, hubimos de recurrir al depósito. Cuando comenzamos á sacar petróleo de una de las cisternas donde lo teníamos almacenado, vimos con sorpresa que algunos envases contenían aguarrás, explicándose la equivocación que se sufrió al embarcarlos, pues los recipientes eran iguales á los del petróleo.

21 de noviembre.—Bodman, Ekelöf y Jonassen emprenden un paseo en trineo hacia las islas de Cockburn y de Seymour, para conocer la parte elevada de ésta, cazar y recoger huevos. Les acompañé hasta la parte sur de la isla Seymour, donde el resto del día me entretuve en trabajos zoológicos.

No regresaron hasta el día 25, sumamente satisfechos

El labo (megalestris), nuestro principal pájaro de caza.

de su excursión. Habían seguido la costa oeste de la isla de Seymour hasta la punta más septentrional que se veía desde la estación, continuando por una gran bahía, donde descubrieron una honda garganta que avanzaba á través de toda la isla. Luego habían ascendido hasta el punto más elevado que hallábase desprovisto de nieve.

Desde aquel emplazamiento tenían poco trecho que recorrer para llegar á la isla de Cockburn, donde levantaron la tienda casi en el mismo lugar donde desembarcó

Ross, sesenta años antes. La colonia de pájaros bobos era allí mucho menos numerosa que en la isla de Seymour, pero la clase de las aves en su conjunto era más rica y más variada, existiendo un gran espacio poblado de cormoranes. Estos construyen sus nidos mucho más perfectos que los pájaros bobos; son blancos, de forma semiesférica y suelen estar colocados á bastante altura. Interiormente están forrados de algas marinas encarnadas.

Los tres expedicionarios trajeron de la isla de Seymour una hermosa serie de fósiles, entre ellos algunas amonitas admirablemente conservadas.

También de la isla de Cockburn se sacaron muestras de capas geológicas compuestas todas de toba volcánica.

Como esto parecía concordar con los relatos dejados por Ross, pensé que no había allí nada importante que estudiar en materias geológicas.

Por esto no fuí yo quien hizo los valiosos descubrimientos geológicos que afortunadamente realizáronse allí antes de abandonar aquellas regiones.

Acerca de la vida en la estación durante aquel paseo en trineo, escribo en el diario lo que sigue:

«Mis compañeros habían tenido suerte á causa del tiempo y yo pude ocuparme aquellos días en trabajos cartográficos y otros de observación en la meseta. À pesar del frío, la nieve se derretía por todas partes, y había mucha agua entre los hielos de la orilla donde la blanda arena llevada allí durante el invierno reflejaba el calor del sol. Pero era necesario mucho más calor para deshacer todo el hielo.

»Sobral y Akerlund fueron atacados en estos días por el afán de cazar.

»Multitud de gaviotas dominicanas llegaron atraídas por los restos de carne arrojados á la orilla y después de un rato de tiroteo se logró hacerlas huir en unión de algunos megalestris. Aunque no tenían mucho acierto los tiradores, hay que tener en cuenta que tiraban con bala.»

De lo que escribí algunos días después se desprende que el resultado de la caza no era siempre malo: «mi crítica, decíanme, era por cierto algo precipitada.» Sobral mató un cormorán de colores diferentes á los de la clase ordinaria. Algunas gaviotas y golondrinas de mar fueron cobradas, y sobre todo, quedó en nuestro poder un crecido número de megalestris, que era sin duda nuestra mejor caza silvestre. Jonassen mató la pareja de una foca á la que Akerlund había dado muerte y las trajo ambas á casa, de modo que así teníamos también comida para los perros.

De la excursión en trineo nos trajeron también nuestros compañeros algunos cormoranes que después de asados nos gustaron muchísimo, y además bastantes huevos de pájaros bobos que probamos en seguida.

Esta clase de huevos resultan después de cocidos semitransparentes y azulados, la yema tiene un tono rojizo, pero en cuanto al sabor, no difieren mucho de los de gallina, y para nosotros constituían una magnífica variación en la comida.

La existencia de huevos no era suficiente y me decidí en seguida á hacer una nueva excursión en trineo á la isla de Seymour, no tan sólo con objeto de recoger más, sino para continuar nuestros estudios geológicos en el norte de la isla. Los últimos días de noviembre eran fríos y desapacibles, pero debíamos apresurarnos, si no que-

ríamos llegar demasiado tarde para la época de los huevos. Acompañado por Jonassen y Akerlund salí el 2 de diciembre. Sin grandes dificultades alcanzamos el depósito. Un poco más lejos, en el hielo, pudimos ver numerosos grupos de focas, reunidas por centenares. Montamos la tienda en una pequeña faja de arena, en la orilla, donde después de haber quitado algunas piedras obtuvimos un buen lugar para instalarnos. Akerlund marchó en busca de algunos huevos de pájaros bobos. Algunos de ellos se hubieron de tirar en seguida; los otros tenían aspecto algo sospechoso, pero aun así no nos disgustaron. Con un poco de café terminó nuestra comida, y después de terminada, salí, empezando mis trabajos de exploración. Me adelanté hacia el recién descubierto valle transversal, y en las rocas de la orilla, en su extremidad meridional, vi por primera vez lodo pizarroso gris que indicaba que el lignito no formaba los únicos restos de plantas fósiles de las regiones antárticas. Marché á lo largo del declive del valle á través de la isla, estudiando y recogiendo algo en todas las elevaciones, pero aunque encontré en todas partes rastros de plantas petrificadas, no logré, sin embargo, encontrar una sola que estuviese en buen estado para determinar su clase. Regresé por la noche al campamento, donde me esperaba una cena compuesta de fresco *beefteak* de pájaro bobo que me gustó muchísimo.

Después de haber visto durante todo un invierno una naturaleza semimuerta, me produjo una extraña impresión la exuberante vida aérea de aquellas regiones. Durante la noche, se oía el prolongado chirrido de los pájaros bobos que recordaba el grito de las ocas y el ruido de las anclas.

Vista del valle transversal, en el cual halláronse las petrificaciones de las plantas, con la isla de Cockburn al fondo.

Aplazo para mejor oportunidad el dar detalles acerca la vida de los pájaros. Habían sido muy maltratados por nosotros durante la anterior visita en trineo y no les salió mejor la cuenta ahora.

Entonces comenzaban á aprender aquellas aves que el hombre es un enemigo terrible. Los perros de Groenlandia tampoco se comportan mucho mejor con ellos. Por el gusto de hacerlos correr se metían á veces entre los grupos de pinguinos matando ó mordiendo á los que podían.

Cuando regresamos por la noche nos llevábamos trescientos huevos. Habíamos tirado bastantes de aspecto dudoso. Era aquel el período crítico de la recolección, y había que aprovecharlo.

Algunos pájaros bobos, á los que se habían quitado por segunda vez los huevos, habían huido al mar, no pareciendo por lo demás hacer mucho caso de las substracciones. Otros se quedaron tranquilos en su nido vacío, como si tal cosa, ó recogían huevos podridos ó rotos para incubar.

El ave que se había quedado en el nido no debía esperar muy tranquilamente á su pareja, sabiendo que se había dejado robar los huevos durante su ausencia.

El día siguiente, el 3 de diciembre, fuí temprano á la orilla pasando por el valle transversal hacia el cabo norte de la isla. Este forma allí una alta meseta, lisa y extensa. No subí esta vez, sino que me quedé en una planicie pequeña que estaba situada debajo, cortada por valles y sembrada de pequeñas y desiguales elevaciones de roca más dura.

Hice allí un descubrimiento muy interesante consistente en huesos sueltos fósiles, vértebras de algún animal

cuya clase no pude determinar por entonces. Difícilmente puede hacerse durante una expedición como aquella un descubrimiento más importante en su género.

Uno de los problemas más interesantes para el estudio de la geografía del tiempo pasado, es el concerniente al papel que desempeñaron las regiones sud-polares durante el período en que los animales superiores y las plantas de familias recientes empezaban á aparecer en la tierra, ó sea la última parte del período secundario á que corresponde el terreno cretáceo y la primera parte del período ó época terciaria.

La repartición de los organismos telúricos en el hemisferio meridional, presentaba muchas singularidades sobre todo porque formas íntimamente relacionadas aparecen en las tres partes del mundo, América del Sur, África y Australia, que en las actuales circunstancias no tienen entre sí ninguna relación terrestre.

Todo esto se explicaría mejor si pudiéramos suponer alrededor del polo una vasta extensión de tierra que en pasados tiempos hubiera estado unida con estas partes del mundo y por la cual hubieran podido extenderse animales y plantas de una parte á otra de la tierra. No podía existir prueba alguna de la exactitud de tal hipótesis antes de nuestra expedición: el hallazgo que acabo de indicar no pudo tampoco justificar su veracidad.

Prescindiendo de algunos huesos grandes aun sin clasificar, proceden casi todos los que yo encontré de un pájaro bobo bastante mayor que el más grande de la especie ahora viviente (el pájaro bobo *Imperial)*. Realmente, esta observación es de sumo interés por sí misma, porque con ella se comprobó que ya en una época tan remota (probablemente en el principio de la edad tercia-

ria) existía dicha especie en las regiones antárticas, aunque para el problema general, era naturalmente de mayor importancia lograr descubrir restos de mamíferos terrestres.

Debía hacer en este día memorable, otro descubrimiento que corrobora la hipótesis antes citada. Cuando

Sitio de emplazamiento en la isla de Cockburn.

volví al valle transversal continué buscando entre las rocas, fósiles de plantas. Busqué durante mucho rato, sin encontrar más que fragmentos, hasta que mis ojos dieron con un guijarro negruzco, grueso y duro, de una materia parecida á la toba, donde encontré, por fin, lo que tanto tiempo había buscado: numerosas hojas grandes y claras, aunque generalmente mal conservadas ó de difícil clasificación, pertenecientes á distintas clases de folídeas, coníferas y aspídeas. Difícilmente puedo expresar mi alegría en aquel instante. Parecía que un sueño me había

hecho escoger con preferencia estas regiones como campo de mi actividad y en ellas, precisamente en la isla de Seymour, había instalado la estación invernal, con una esperanza, cuya realización resolvía el problema de si nuestra expedición resultaría fructuosa.

Entonces nació en mí el deseo de encontrar petrificaciones de plantas terciarias de fácil clasificación. Inscribí como sigue en mi diario el hallazgo:

De la existencia de tales fósiles en estas regiones del extremo sur, sepultadas ahora entre los hielos, se deduce que han estado en otros tiempos cubiertas de frondosos bosques, en los cuales, tal vez, vivían grandes mamíferos. Nos parecía vernos trasladados de repente á aquellas remotas edades y en nuestra imaginación se nos representaba la pródiga Naturaleza vivificada por la sucesión de las estaciones.

Posteriormente, el profesor Nathovst, que había sometido nuestro material científico á un profundo examen, puso á mi disposición las figuras aquí reproducidas, y escribió una pequeña memoria sobre el hallazgo.

Después de una aclaración sobre el hallazgo de Larsen, y de consignar que el estado de conservación es tal que su determinación exige un trabajo concienzudo, escribe lo siguiente: «Tenemos á la vista tanto coníferas como folídeas y aspídeas. Entre las coníferas debe citarse una rama (fig. 3.ª) con hojas bilaterales colocadas de tal modo, que recuerdan el *Sequoias*, aunque un examen más detenido indica, que muy probablemente se trata de otra familia.»

Ofrece especial interés una grande hoja que, sin estar muy bien conservada, puede decirse que pertenece á una *Araucaria* del mismo tipo que la *Araucaria Brasiliensis*

sud-americana. Las hojas de las folídeas son relativamente estrechas y pequeñas, según su configuración, recordando las formaciones terciarias de la Europa central y meridional, y ciertos tipos de hojas sud-americanas (figs. 1.ª y 2.ª).

Debe mencionarse especialmente que encontré varios fragmentos de hojas de haya, *jagus,* que ya existían durante la época eocena en esta parte del mundo. Los aspídeos pertenecen á muchos tipos distintos, pero son fragmentarios, por lo que su determinación es muy difícil.»

El profesor Nathorst dice, finalmente, que encontrándose, como es sabido, hojas en el fondo del mar, lejos de tierra, no hay que considerar como enteramente comprobado que los arbustos en cuestión tengan su origen en la región inmediata. La misma observación puede hacerse también acerca de todos los hallazgos de arbustos terciarios en el terreno polar del norte.

Sin embargo, debe hacerse notar que parece poco probable que las hojas en cuestión hayan sido llevadas, por ejemplo, desde la América del Sur, aunque restos de arbustos pueden flotar muy lejos en el mar, siendo siempre más probable que tengan su origen en los terrenos cercanos. Además, se encuentran dichas hojas en un yacimiento de la orilla, por lo que es mucho más probable que hayan llegado de la tierra inmediata, tanto más que no se conoce, que yo sepa, ningún ejemplo del transporte contemporáneo de arbustos en gran cantidad á sitios lejanos.

Finalmente, la ganga parece ser aquí una toba volcánica, que debe haberse formado con relativa rapidez. Por esto, es probable que la importación desde regiones

muy lejanas haya podido ser continua y abundante, llegando á formar así un importante yacimiento. Es de especial interés el hallazgo de hayas y *araucaria*, porque estos vegetales aparecen también en las colecciones de la época terciaria antigua, que yo antes había observado desde el territorio de Magallanes; de modo que parece que estas familias, como los pájaros bobos, eran idénticos tipos antárticos. Falta ver hasta qué punto pueden nuestras colecciones apoyar la mencionada hipótesis errática, pero queda indudablemente demostrada desde ahora su probabilidad.

En esta relación deberían además citarse algunas comunicaciones sobre estas circunstancias geológicas.

Antes de nuestra expedición no se conocía del territorio antártico otros fósiles que el lignito y varios moluscos, que Larsen había traído del norte de la isla de Seymour. Con el auxilio de estos materiales no podía determinarse fijamente la edad geológica, pero el yacimiento se suponía contemporáneo de la época terciaria antigua. Fué, por lo tanto, sorprendente encontrar, á nuestro primer desembarco en Snow-Hill, numerosas amonitas que ya habían desaparecido antes de la época citada, debiendo estar representadas dos formaciones geológicas.

Con nuestras exploraciones resultaba ahora probado que estas islas fueron formadas por una serie de yacimientos coherentes, que resultan tanto más recientes, cuanto más al norte se encuentran.

Los más antiguos yacimientos que se hallan en los alrededores de la estación, pertenecen á la formación del terreno cretáceo central ó superior, y contienen muchas amonitas, moluscos y caracoles, así como esquinos y cangrejos.

Fósiles del período cretáceo, recogidos en la isla de Seymour y en la de Snow-Hill.

Las petrificaciones no están generalmente tan bien conservadas en Snow-Hill como en la isla de Seymour, donde también es mayor la riqueza en fósiles. También en la última isla se encuentran amonitas, pero pertenecen á otras formas, y parece más probable que su yacimiento es contemporáneo de la formación de la más pobre capa del terreno cretáceo.

En la parte interior septentrional de la isla faltan, sin embargo, amonitas, pero hay en su lugar muchas formas nuevas de moluscos, caracoles, braquíopodos, crinoides, etc., y es precisamente en estos yacimientos donde se encontraron los huesos fósiles del ave citada y hojas petrificadas. La misma formación que en la isla de Snow-Hill hay también en la parte norte del estrecho del Almirantazgo, en la isla de Ross, debajo de su formación principal y en la isla de Cockburn.

Las otras dos formaciones que contienen fósiles, una antigua y otra moderna, que Juan Gunnar Andersson encontró en dichas regiones, son mencionadas en otro lugar de este libro. La ciencia no se limita á exploraciones de la tierra en su forma actual, sino que quiere también saber cómo y cuál fué aquélla durante épocas remotas, entre otras razones porque los continentes actuales están asentados sobre las bases anteriormente trazadas, y porque para solucionar todas las grandes cuestiones sobre las causas de la repartición actual de los animales y plantas sobre la faz de la tierra, es indispensablemente necesario conocer, cuando menos, las más importantes nociones de la geografía física de los tiempos remotos.

Con el auxilio de las colecciones de fósiles que hemos recogido, podremos poco á poco formarnos una idea general acerca de la naturaleza de las regiones antárticas

desde la época jurásica hasta nuestros días. Debemos recordar que es una parte del mundo la que ahora se ha abierto para la exploración científica, parte del mundo que durante los citados períodos de tiempo de la historia del desarrollo de la tierra no era un desierto de hielo, sino una tierra productiva con extensas costas, donde quizás muchos tipos de animales y plantas que después se esparcieron hasta nuestras regiones, verificaron su primer desarrollo.

Había decidido volver á la estación la misma noche en que se hicieron estos descubrimientos, pero dudaba después entre hacerlo ó permanecer en aquel lugar durante algunos días.

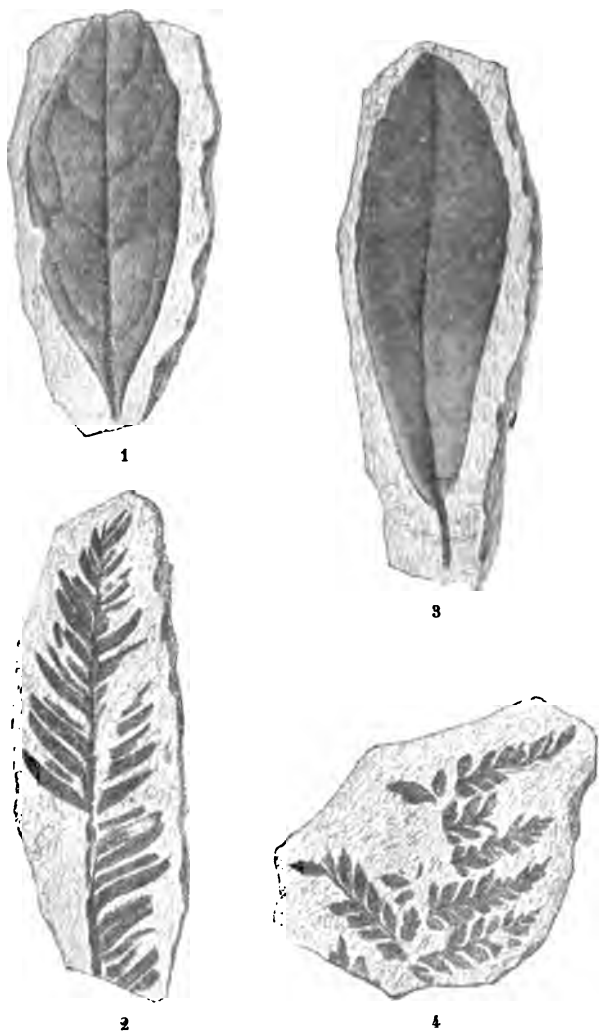
No tenía material alguno para la recolección de fósiles tan delicados; dentro de algunos días llegaría quizás el «Antártico» con nuevos recursos, y si esto no sucediese, dispondríase otro viaje en condiciones mucho más ventajosas. Recogimos, pues, nuestros enseres sobre el trineo y nos pusimos en camino.

No hacía mucho tiempo se consideraba que el clima antártico no permitía verificar las investigaciones minuciosas que requieren la formación de colecciones geológicas, pero felizmente logramos vencer toda clase de dificultades. Tuvimos que vadear grandes extensiones de agua, con ella hasta las rodillas. A causa de la irregular acumulación de arenas y lodo junto al hielo, se forman un número increíble de cavidades llenas de agua y separadas por estrechos bordes de hielo, que no es posible examinar.

Padecieron mucho los pobres perros que, enganchados al pesado trineo, se hundían algunas veces en charcas cubiertas por una delgada capa escarchada de nieve.

Dieron muestras aparentes de su descontento, siendo á menudo muy difícil hacerlos seguir adelante.

Era singular la diferencia que notamos en la estructura del hielo cuando llegamos al estrecho del Almiran-



Fósiles de plantas terciarias de la isla de Seymour (dibujo facilitado por A. G. Nathorst).

tazgo, donde el suelo estaba por todas partes firme é igual. Tanto Jonassen como Äkerlund, en lugar de verse obligados, como antes, á ayudar al arrastre del trineo, podían ahora alternativamente subir sobre él.

Consistía probablemente aquella diferencia en la circunstancia de que no había arrastrado el viento tanta arena sobre el hielo, aunque me cueste mucho convencerme de que esta explicación sea suficiente.

El sol se había puesto, pero teníamos delante un magnífico panorama á la luz de media noche, que se reflejaba clara y rosada sobre la montaña Haddington: las montañas de hielo resplandecían aún con la luz del sol que habían absorbido, y presentaban matices de blanquísimo mármol, cuyos bloques mostraban sus aristas singular y primorosamente cinceladas. El tiempo, hasta entonces frío y desapacible, comenzó á tomar un carácter más estival, si es que se puede hablar de verano en estas regiones, y sobre todo aquel año.

Sin embargo, yo no las tenía todas conmigo, porque ya son conocidas esas regiones hace tiempo por su falta de calor, hasta durante los meses en cuestión, y aquel año bajo este concepto era extraordinariamente malo. En todo lo demás deben las regiones polares compararse con las equivalentes del norte; pero se distinguen sobre todo de estas por sus veranos inclementes. Toda descripción referente á la naturaleza de las regiones sudpolares daría una idea incompleta de ella, si no se acentuase bien esta singularidad.

Teníamos, es cierto, días hermosos y serenos durante los que podíamos sentarnos con satisfacción sobre las cajas de madera, recostados contra la pared de nuestra vivienda, y tomar tranquilamente el sol; pero aunque la

temperatura de las capas superiores de tierra subió hasta más de 30°, como generalmente el termómetro señaló algunos grados bajo cero, y además teníamos casi á diario niebla y nieve, gozábamos un tiempo semejante al del invierno en nuestro país.

La tabla que sigue demostrará la temperatura media durante los tres meses de verano, comparada con los dos veranos más fríos que antes habían sido objeto de observaciones meteorológicas por la expedición Nansen, en su latitud más septentrional, y por la belga, con la de Godthaab, situada en Groenlandia, en la misma latitud que Snow-Hill, y con la del Lund:

	Snow-Hill 64° 22' lat. sur	Bélgica unos 71° lat. sur	Fram * unos 84° lat. norte	Godthaab * 64° lat. norte	Lund 55° 42' lat. norte
Diciembre	— 2,0	— 2,2	— 2,2	+ 4,0	+ 0,2
Enero	— 0.9	— 1,2	— 0,3	+ 6,0	— 0,8
Febrero	— 3,5	— 1,0	— 2,5	— 5,9	— 1,0

Vemos, pues, que este es el verano más frío que hasta la fecha nadie había sufrido (**), y por más que las expediciones belga y Fram pasaron la misma época del año entre los hielos compactos, la una á 70° latitud, la otra á 20° más cerca del polo, aparece una diferencia enorme entre el clima del verano ártico y el antártico. Por lo demás, demostraban esas cifras que el verano había sido más frío que el invierno en el sur de Suecia.

La temperatura sola no da, sin embargo, idea exacta de las condiciones de este país, pues debemos aclarar, con el siguiente ejemplo, otros puntos de vista que deben

(*) Meses de junio, julio y agosto.

(**) La expedición sudpolar inglesa ha tenido en la tierra Victoria, 13° de latitud más al sur, más frio aun en el mismo tiempo.

tomarse en consideración. Había yo colocado con anterioridad en el ventisquero una hilera de cañas de bambú para medir las variaciones en la altura del hielo, sin que aquella aumentase á pesar de la nieve que entonces cayó. El viento la barría á grandes distancias.

Durante el verano, en cambio, aumentó veinticinco centímetros, sin que hubiese variado sensiblemente, un año más tarde, cuando dejamos estas regiones.

De modo que hay que representarse un país donde el invierno es tan riguroso como en la Siberia occidental y tan tempestuoso que el menor copo de nieve es arrastrado, y donde el verano, ya á este grado de latitud, es tan frío como cerca del Polo Norte, aumentando la nieve en los ventisqueros precisamente en la época más calurosa del año. Teniendo en cuenta estos datos, se comprenderán las inmensas dificultades con que tropieza una expedición obligada á invernar 2° al norte del círculo polar, cuando los hielos no permiten penetrar á ningún buque.

El día 6 de diciembre fué uno de esos días en que tuve ocasión de hacer volar mi pensamiento muy lejos del sitio donde estábamos encerrados.

En el diario se leen las siguientes líneas:

«No había creído tener que pasar mi cumpleaños tan aislado como ahora, y lo mismo que mi pensamiento ha volado hoy hacia el norte, los pensamientos de mis allegados han venido á mi encuentro. ¿Cómo se hallan esos seres queridos y quiénes son los que ahora piensan en mí?»

Aquí todos procuran preparar lo mejor posible la celebración del día, y se han juntado varios *cocineros* para hacer un pastel, que aunque interiormente resultó

algo pastoso y crudo y olía á coñac, exteriormente estaba muy hermosamente decorado con bonitas cintas en que se leía: «Otto Nordenskjöld.—Smaland.—Snow-Hill.—33 años», y otros bonitos emblemas.

Lo que contribuyó, sin embargo á estropear el día fué

Nuestro festín de Navidad.

un impetuoso vendaval, que tal vez tendría por consecuencia alguna variación en el estado del hielo. Hice varias excursiones y medité una nueva expedición á la isla de Seymour, para comenzar los estudios que habíamos emprendido en aquel territorio.

Emprendí la marcha un día del mes de diciembre,

acompañado de Bodman, en dirección á la parte meridional de dicha isla. Nos fuimos por la meseta hacia la bahía donde nos esperaba algo que no sospechábamos.

En vez de hielo intacto, hallamos en la orilla algunas aberturas, en las cuales nadaba un grupo de cormoranes que al pronto nos parecieron ocas de las que abundan en los estanques de Suecia. Había partes de hielo que parecían extenderse hasta la tierra opuesta, pero habiendo encontrado debajo del hielo agua libre en la que se nos hundían los pies, consideramos prudente no proseguir nuestra marcha.

Podíamos tomar otro camino sobre el hielo del estrecho del Almirantazgo, pero la posibilidad de viajar en trineo hacia el depósito de fósiles de la costa oriental era cada vez menor, por lo cual volvimos á la estación.

Se acercaba rápidamente Navidad, la gran festividad del año. Habíamos limpiado el contorno de nuestra vivienda de gran parte de los desperdicios acumulados durante el largo invierno, verificando después la misma operación en el interior de la casa. Äkerlund estuvo ocupado durante aquellos días en la confección de los pasteles de Pascua y en otros preparativos culinarios.

La víspera de Navidad tuvimos un hermoso día de sol, cuya mañana dedicamos á nuestras tareas, sin que tampoco al mediodía celebrásemos extraordinario alguno. Sólo á la hora del café se tomaron las disposiciones necesarias para celebrar por la noche una verdadera velada de Navidad. La mesa fué decorada con banderas y con un ramo hecho con el material más adecuado que se pudo encontrar en la estación, con hierbas y paja de los

embalajes y restos marchitos y desecados del ramo de Navidad del año anterior. Se sirvió ponche azucarado, coñac, whisky, alajú, caramelos, mermelada, jengibre almibarado y confituras americanas regaladas por Mr. Stokes, especialmente para estas ocasiones. Bodman y yo habíamos adornado la pared del comedor con trofeos de banderas suecas y noruegas y una argentina hecha con papel de filtrar, gasa azul y papel de seda amarillo, decorando el resto con cintas y coronas de papel de diferentes colores. Colocamos también fotografías y algunos grabados de nuestra pequeña colección de periódicos ilustrados.

Doce bujías de Navidad, que Bodman había llevado, fueron colocadas en un marco de madera hecho exprofeso y que colgaba del techo.

No pudimos con todo lograr una verdadera impresión de Navidad; había para ello demasiada luz y un aspecto poco en armonía con la festividad fuera de la casa: faltaban parientes y amigos y todo, en fin, lo que forma el verdadero encanto de la velada.

Fué, sin embargo, aquella una noche agradable. La cena consistió, según la costumbre sueca, en pez palo, arroz con leche y pasteles con mantequilla. Cuando se sacó después el fonógrafo, que cantó el viejo salmo de Navidad, «Saludada sea la hermosa mañana», todos soñamos seguramente en cosas muy lejanas, aunque nadie expresara sus impresiones.

Me correspondió la vigilancia nocturna y no me fuí á acostar hasta las dos de la madrugada. El sol brilló entonces con hermosa luz sobre las cumbres de basalto, mientras que, igual que durante las horas nocturnas, la tierra del cabo Gage relucía con un reflejo purpúreo, y

el hielo y las montañas estaban aún sepultadas en la obscuridad. Tuve deseos de subir á las alturas para contemplar la salida del sol, pero, por fin, desistí de hacerlo. El tiempo era fresco y el termómetro señalaba 9° bajo cero.

CAPITULO XVII

Vana espera

Nuestras impresiones durante este tiempo.—Año nuevo de 1903.—Las tempestades de enero y su influencia.—Preparativos para una nueva invernada.—Recolección de grasa de focas para combustible.—Viaje en bote á la isla de Seymour.—Matanza de pájaros bobos.—Particularidades de la vida de los pájaros bobos.—El día decisivo.

Desde Navidad hasta año nuevo transcurrió el tiempo tan monótonamente como antes. Cuando el día era hermoso, subíamos alguno de nosotros á las elevaciones inmediatas, esperando divisar el buque.

El lugar ya mencionado, y que nos sirvió de torre de vigía por ser el punto más alto desprovisto de nieve de la isla, era la llamada cumbre de basalto, compacta mole de esta materia que corría á lo largo de la isla y que por su característica elevación sobresalía imponente, dominando los alrededores. A menudo pasábamos sentados

horas enteras entre aquellos obscuros y desnudos bloques de piedra, mirando hacia el mar. Lo que hizo más pesado este tiempo de espera, fué la creencia que abrigábamos de estar cercana la realización de nuestros deseos. El hielo estaba verdaderamente compacto, pero sabíamos cuán fácil era su repentina rotura, y cuando subíamos á nuestro punto de observación, no sólo esperábamos ver el agua libre de obstáculos, sino el mismo buque navegando á lo lejos en auxilio nuestro.

Huelga decir que esta espera influyó desfavorablemente en la marcha de los trabajos. Proseguimos, sin embargo, las observaciones con toda la regularidad de costumbre, pero nadie mostraba gran empeño en acometer largas empresas, ni mucho menos en realizar excursiones lejanas que pudiesen durar varios días. Debemos reconocer que muchos trabajos hubieran podido llevarse á cabo durante el mes de diciembre, si no hubiéramos esperado la llegada del buque durante el verano.

Nuestro modo de ser sufrió también con la incierta espera: fuimos atacados de una verdadera enfermedad nerviosa que varias veces se manifestaba en forma de violentas discusiones sobre los más fútiles motivos.

Sospechando la posibilidad de que nos viésemos obligados á pasar allí otro invierno, y aunque nada en concreto se podía prever, creí prudente insinuar la conveniencia de cambiar nuestra norma de vida para ahorrar las provisiones, pero como nadie parecía aún dispuesto á ello, resolví no abordar todavía esta cuestión aplazándola para más tarde.

Para formar una idea de nuestro estado moral, véase lo que escribí en el diario la noche de año nuevo:

«Nuestros pensamientos han volado muy lejos, aun-

que no tanto como se podía esperar en un día como éste. Los alrededores absorben toda nuestra atención, lo veo muy claramente cuando dirijo la mirada en torno mío. Un poco antes de las once resplandecía aún sobre la tierra del cabo Gage un reflejo purpúreo que se apagó de repente tomando todo un triste y frío aspecto de otoño; sólo se veía algún pequeño trozo de cielo azul entre las flotantes nubes. Pero así como el cielo volverá á despejarse, también mejorará nuestra situación.

»Hemos sido admirablemente favorecidos en todo por la suerte hasta hoy, y no debemos tener ningún recelo respecto al porvenir, que seguramente no se mostrará riguroso con los desterrados.

»Sería, sin embargo, un grave contratiempo no poder llevar á cabo ningún trabajo á bordo del buque y aun más permanecer encerrados aquí por tiempo ilimitado.

»Habíamos celebrado la noche de año nuevo lo mejor posible: hasta nos decidimos á disparar un par de cohetes; el primero retumbó como un cañonazo, pero el otro ni siquiera se dignó arder y ninguno de ellos tuvo alientos para surcar los aires. Los últimos momentos del año viejo me sorprendieron discurriendo por la orilla, pensando en la imposibilidad para el hombre de predecir su porvenir.

»Para hacer mis próximas anotaciones empezaría un nuevo libro. ¿En qué estado nos encontraríamos al acabar el nuevo año? ¿qué sucesos contendrán entonces aquellas páginas?»

El nuevo año 1903, empezó por cierto con un viento del norte bastante fresco que acrecentó nuestras esperanzas y aumentaron aún más, cuando el 5 de enero cambió el viento al sudoeste convirtiéndose en borrascosa tem-

pestad. Mis anotaciones fueron durante este tiempo poco seguidas; érame por muchos motivos difícil entretenerme en escribir diariamente, porque faltábame humor para expresar por escrito mis diversas impresiones.

La tempestad fué tan violenta esta vez, que me tuve que poner las ropas de invierno para ir por la noche á leer la escala del mareógrafo. Los impetuosos golpes de viento, el ruido de las cajas vacías y de las latas de conservas arrastradas por el vendaval, los torbellinos de nieve, la atmósfera obscurecida, todo ello me hacía recordar los pasados días en que estábamos acostumbrados á tales espectáculos. Acogíamos sin embargo ahora la tempestad de muy distinto modo que al principio.

El día 7, que fué hermoso y despejado, subimos todos á la cumbre de basalto. Al norte de la isla de Cockburn se divisaba un poco de agua libre, que continuaba al otro lado de la punta norte de la isla de Seymour, pero era únicamente una estrecha faja. Además, había entre los hielos algunas pequeñas aberturas al este de la isla, por lo cual, podríamos tal vez arrastrar algún trecho el bote encima del hielo y llegar con él al depósito. Al sudeste estaba el mar casi por completo libre de hielo hasta tan lejos como pude alcanzar con la vista á través de la caliginosa atmósfera. Aunque las circunstancias hubieran podido presentarse mejor, estábamos contentos al ver que el deshielo hacía rápidos progresos.

El 9 de enero empezó á soplar de nuevo un fuerte viento del sudoeste acompañado, los primeros días, por densa nieve, de modo que el horizonte á lo lejos estaba completamente cerrado. Nos hallábamos, sin embargo, satisfechos con cualquier viento que soplase; parecían todos favorables.

La cumbre de basalto.

Recibí, por consiguiente, un rudo golpe cuando Jonassen que, como de costumbre, fué el primero en subir á la cumbre, volvió diciendo que el hielo era muy compacto hacia el este.

No quedaba más recurso que tener paciencia y esperar en el porvenir. Fué una fortuna que ninguno de nosotros pudiese entonces sospechar que aquella tempestad daba el golpe de gracia á todas las posibilidades de recibir auxilios y que nuestro querido y viejo «Antártico,» aplastado por las masas de hielo que se agolpaban, quedaba convertido en un pecio abandonado á merced de las olas.

El verano estaba bastante adelantado y el estado del tiempo era tal, que no habíamos de pensar por entonces de ninguna manera en llevar á cabo trabajos importantes fuera de casa. La pérdida de nuestra última esperanza nos hizo meditar seriamente en cómo podríamos arreglar de la mejor manera lo necesario para hacer frente á la invernada forzosa que se nos venía encima.

No era ya tiempo de aguardar, sino de obrar, y tomé una rápida decisión.

Al primer día favorable debíamos hacer un viaje á la isla de Seymour para estudiar el estado del hielo y preparar una excursión en trineo que ahora debía evidentemente tener por objetivo la costa occidental. Después debía estudiar, de acuerdo con mis compañeros, un plan detallado para la nueva campaña, y empezar enérgicamente á procurarnos los medios de subsistencia necesarios para la invernada.

Se dió principio el día siguiente á la primera parte de este programa. Provisto de patines para hielo, salí con Jonassen por la mañana temprano hacia el norte. Se ha-

bía formado en la bahía entre las islas un pequeño mar libre de hielo, lleno de pájaros bobos y otras aves marinas: en la orilla había focas que tomaban el sol. Más hacia el norte entramos en una llanura de hielo, sembrada de aberturas recubiertas por nieve blanda, y rodeada de grandes moles de hielo muy agrietadas. Nos hubiera sido imposible penetrar allí con los perros, pero afortunadamente encontramos al regreso otro camino que, aunque más largo, corría por mejor terreno y del cual nos servimos después durante nuestra excursión en trineo. Continuamos nuestro paseo hasta llegar á la parte interior de la bahía sudoeste, donde nos separamos, y yo continué hacia el norte siguiendo la orilla, crucé la península baja que se adelanta hacia el oeste, y tuve, sobre el acantilado que se eleva casi vertical, á 30 ó 40 metros sobre el nivel del mar, un interesante hallazgo; había allí una infinidad de focas muertas y momificadas, algunas de ellas muy jóvenes, pertenecientes todas á la especie de los cangrejeros.

Era muy difícil suponer qué podía haber obligado á aquellos animales á internarse tanto en tierra y cuál fuera la causa de su muerte. ¿Tendría esto alguna relación con las cicatrices de grandes heridas que tan á menudo se observan en las focas precisamente de esta especie y que deben ser causadas por algún enemigo habitante entre los hielos? Debo también mencionar que además encontré pájaros bobos muy adentro de tierra á varios kilómetros de la costa. Durante una de mis ulteriores visitas á la isla de Seymour encontré uno aislado que estaba vadeando un pequeño río. Silbé y grité y contestó con su graznido, extrañándose, seguramente, mucho más de mi presencia que yo de la suya. Ya bastante entrada la noche, llega-

mos á casa y el día siguiente me ocupé seriamente con Bodman y Ekelöf de nuestra situación. Yo tenía intención de regresar en seguida á la isla de Seymour, pero en nuestra reunión se decidió que me quedaría en casa aun algunos días para llevar á cabo una reforma general en nuestra norma de vida y en el plan de nuestros trabajos. Preparé una proposición preliminar para disponer la co-

Bodman efectuando trabajos de observación magnética.

mida de nueva manera, después de haber efectuado un inventario de nuestras provisiones más necesarias y tomado algunas notas estadísticas. La cuestión del combustible era lo más importante.

Tuvimos absoluta seguridad de obtener buenas cantidades de carne de pájaros bobos y de focas, pero no nos quedaba el carbón necesario para cubrir las necesidades de un nuevo invierno, y no sabíamos qué resultado nos daría el consumo de grasa de foca como combustible.

Por estos motivos, decidíme, desde luego, á matar todas las focas que se presentaran y guardar sus pieles.

Para ahorrar el combustible dejamos de encender la estufa por la noche y nos conformamos por entonces con una taza de té hecho en la cocina «Primus.»

Antes de empezar seriamente nuestros preparativos para la invernada, quería hacer mi proyectado viaje, hacía mucho tiempo, á la isla de Seymour para llevar á cabo exploraciones geológicas, porque viniese ó no el buque, ofrecería ya aquel verano pocas ocasiones para trabajos científicos; además, debía estudiar la situación del hielo al norte y visitar la colonia de pinguinos para no perder la ocasión de procurarnos carne para el invierno.

No era posible poder llegar á la costa oriental en trineo, ni doblar sin gran dificultad la punta nordeste. No había, por lo tanto, más remedio que instalar nuestra morada cerca del punto donde últimamente habíamos desembarcado. Me puse en camino con Jonassen, llevando el trineo, el 16 de enero.

Nos fué muy difícil caminar sobre el hielo y como nuestra vivienda debía montarse cerca del extremo sudoeste, fué de larga duración nuestro viaje hacia la región que más me interesaba. Aquella misma tarde visité la colonia de pájaros bobos que por entonces había aumentado bastante con las crías. Intenté durante los dos días siguientes subir á la planicie superior situada al norte, pero tuve que desistir en mi empeño á causa de la densa niebla y contentarme con llegar trabajosamente al pie de las lomas donde había plantas petrificadas. Estudié la extensión y geología de los yacimientos, pero la gran distancia á que se hallaban sólo nos permitía llevar á casa colecciones relativamente insignificantes.

El 19 de enero regresamos á la estación, donde desde entonces empezamos á dedicarnos activamente á la caza

de focas. Jonassen tenía como especial ocupación el transporte de las pieles, mientras los demás cazaban. La especie que más abundaba alrededor de nuestra estación era la ya citada de Weddel.

Comparada con las especies del norte, es esta bastante grande y puede pasar de tres metros y medio de longitud, pero en aquel tiempo no estaban desgraciadamente las focas muy gordas.

Por fortuna abundaban; los días 19 y 20 matamos siete, cuyas pieles se prepararon convenientemente. Si añadimos á esto algunos megalestris, muertos durante aquellos días, y gran número de pájaros bobos, se comprenderá que era bastante abundante la caza en aquella época.

Sólo por excepción guardábamos entonces la carne de foca porque su transporte era demasiado costoso y preferíamos la carne de pinguino.

El 21 de enero hizo un día delicioso, casi tranquilo, con una temperatura que subió hasta 5° sobre cero. Izamos la bandera, y al comer nos bebimos la última botella de vino tinto francés. Subimos á pasar un rato sobre la cumbre de basalto, donde, á eso de la una, se oyó en dirección este un ruido parecido á un cañonazo seguido de diez ó doce estallidos sordos y lejanos. Probablemente alguna montaña de hielo se despeñaba en trozos, pero había demasiada niebla para que pudiésemos ver nada.

No podía menos de pensar cómo celebramos aquella fecha hacía un año, tirando cañonazos á bordo del «Antártico.»

En cambio, ahora, el mayor acontecimiento del día fué el hallazgo de una pequeña mosca en la mesa del comedor. Era seguro que la habíamos traído nosotros, pero

de todos modos aquel raro huésped llamó mucho nuestra atención.

Los días siguientes fueron los más calurosos de aquel verano, sin que por eso ni la temperatura máxima, ni la media igualasen á la que había reinado durante el invierno.

La noche del 24 tuvimos por primera vez desde mucho tiempo un verdadero viento fuerte del norte. Jonassen, que había subido á una altura para observar el hielo, bajó para darnos cuenta de uno de sus acostumbrados é imaginarios descubrimientos. La mejor prueba de que abrigábamos la esperanza de un cambio, era que en seguida estábamos dispuestos á creer sus relaciones, aunque tan á menudo se equivocaba. Con todo, el hielo se había separado algo, «estaba quizás en mejores condiciones que durante el mes de septiembre», escribí en el diario, pero esta variación no fué tan grande como deseábamos.

Se había abierto de nuevo una estrecha faja de mar libre á lo largo de la costa, de modo que, al parecer, teníamos probabilidades de llegar á la isla de Seymour en bote. Para no desaprovechar esta favorable circunstancia, nos decidimos á poner inmediatamente en práctica nuestro propósito de llevar el bote hasta el agua libre. Frente á la estación sólo había hielo entonces á lo largo de la orilla, y era imposible conducir el bote á remo hasta rebasar la cumbre de basalto. Hasta entonces sólo nos había servido durante algún tiempo para hacer algunas expediciones de recreo por los alrededores, pero ahora lo habíamos de arrastrar hasta el valle situado en la parte meridional de la isla.

Emprendimos la marcha el día 29. El bote iba tirado

Vista de la estación invernal; la cumbre de basalto se hace visible, pero sobre la planicie aparece una ligera niebla.

por cinco hombres y cinco perros. El camino resultó relativamente bueno; la carga se nos hacía ligera y los perros nos ayudaban perfectamente.

Recordamos expediciones anteriores, en las que los exploradores tuvieron que arrastrar, durante muchas millas, de la misma manera que nosotros, pesados botes sobre el hielo, y no podíamos dejar de admirar los penosos trabajos llevados á cabo por nuestros antecesores. No nos imaginábamos entonces la dificilísima marcha sobre el hielo, llevando pesados botes, que debía emprenderse dos semanas más tarde en otras regiones próximas á la nuestra.

Una vez conducido el bote, tratábase de realizar lo antes posible el viaje proyectado hacia la isla de Seymour, para completar nuestra existencia de carne. No quería, sin embargo, empezar el viaje más pronto de lo necesario; en primer lugar, para dar tiempo á que las crías de los pájaros bobos creciesen lo suficiente y no perecieran al faltarles los padres, y en segundo lugar para no tener necesidad de guardar la carne demasiado tiempo. La cuestión era verdaderamente importante; nuestro aprovisionamiento de combustible estaba en buen camino: habíamos llevado ya á casa dieciocho pieles de foca; teníamos abundancia de harina y choclo, pero nuestra provisión de carne era bastante reducida. Si hubiéramos sabido entonces lo buena que era la carne de foca, nos cuidáramos más de ella, pero entonces llamaban nuestra atención preferentemente los pájaros bobos.

Pronto presentóse de nuevo el hielo tan compacto, que no hubo medio alguno de viajar en bote, pero durante los días 4 y 5 de febrero tuvimos viento del nordes-

te que lo separó de nuevo de la costa. Como habíamos, durante los días anteriores, llevado la mayor parte de nuestro equipo á la orilla oriental, pudimos emprender nuestro viaje el día 6 por la mañana. Ekelöf y Jonassen me acompañaron en esta importante excursión, de que voy á dar cuenta extractando algún párrafo de nuestro diario:

«Dos compañeros remaron alternativamente, mientras el tercero llevaba el timón. El tiempo era nublado y desapacible, y no nos fué siempre fácil hacernos camino entre los trozos de hielo. Seguimos tan de cerca como nos fué posible el hielo firme que obstruía aún la costa y en cuya orilla había generalmente una faja de agua libre bastante ancha para nuestro bote. Vimos en el camino algunas focas, y una bandada de millares de comoranes pasó volando sobre nuestras cabezas en dirección norte, hacia el mar libre. Encontramos también más adelante pájaros bobos, subidos unas veces sobre trozos de hielo, nadando otras alrededor nuestro con su manera singular, como si volasen á ras del agua. Nos pasaron velozmente delante como si se apresuraran en llegar á sus nidos, para esperar nuestra visita. No conocían nuestras aviesas intenciones los animalitos.

Montamos nuestra tienda en la orilla, comimos algo y marchamos luego á visitar la colonia de aquellos pájaros. Era sorprendente lo mucho que habían crecido los polluelos; solamente algunos conservaban el plumón: la mayor parte lo habían perdido y estaban verdaderamente hermosos con su nuevo y elegante plumaje. Su color era más azulado y reluciente y tenían las plumas completamente blancas debajo del pico, lugar en que los viejos presentan color negro. Tampoco tienen los peque-

ños la membrana blanca que rodea los ojos de los viejos, y como sus ojos parecían completamente negros, ofrecían un aspecto mucho más agradable.

A veces me parecían semejantes á jovencillos que salían de un baile vestidos de blanco y abrigados en su pelliza. Otra comparación hice tiempo después, cuando vi un pájaro bobo con patas encarnadas que caminaba

La canoa se empleó antes para viajes de recreo en la estación.

vacilante cerca de un pequeño estanque guardando el equilibrio con ayuda de sus alas desplegadas.

No podía entonces dejar de pensar en una criatura vestida de blanco con los pies desnudos, que se mete titubeando en el agua, confiando ya en la fuerza de sus piernas.

Los mejores nidos están ya deshechos y sus piedras esparcidas, aunque todavía se ven á menudo pájaros viejos recogiendo guijas con el pico, siendo difícil averiguar si lo hacían para ordenar los contornos de sus vi-

viendas ó por costumbre maquinal. En esta época los pequeños permanecen preferentemente sobre las lomas, mientras que los viejos se instalan en la llanura, buscando la proximidad de la orilla.

No disponíamos de mucho espacio para contemplarlos: el tiempo era hermoso y no había motivo para aplazar nuestro trabajo.

Nos armamos de las hachas que nos servían para matar focas y empezamos la matanza. Difícilmente se puede formar idea de un trabajo más fastidioso.

Primero intentaron huir la mayor parte, aunque muchos de los más grandes y valientes que estaban cerca de sus pequeñuelos ó de centinela alrededor de los nidos, nos atacaron é hicieron frente, mas cuando vieron la imposibilidad de salvarse se rendían, y un golpe en la cabeza les hacía rodar por el suelo. A algunos tuvimos que destrozarles la cabeza para que muriesen, pues manando sangre por todas partes, se levantaban aún y trataban de huir arrastrándose por el suelo. Matamos en junto sesenta pájaros bobos, que después descuartizamos separando la parte de su carne que nos debíamos llevar, y al cabo de hora y media habíamos terminado el trabajo de aquel día.

Sólo lo imperioso de nuestras necesidades nos impulsó á realizar tal matanza, á la que no hubiera podido arrastrarnos ningún otro objeto, pues si es penoso en otras regiones tener que matar animales en gran número, es todavía más repugnante y odioso en aquellos parajes, donde aun no desconfían del hombre. Cuando alguien se les acerca, miran al intruso con ojos extraños y curiosos ó le atacan resueltamente, sin pensar siquiera en su inferioridad. Era poco agradable quitar la vida á aquellos

pobres pájaros que contemplábamos tantas veces y que en aquellas desiertas soledades se consideran casi como compañeros de fatigas.

Mucho habría deseado durante aquel verano ver regresar al «Antártico», pero nunca tanto como en estos días, y cuando por la noche sopló un fuerte viento del nordeste, me parecía un providencial aviso de que mis deseos se cumplirían y de que el buque llegaría para bien de los pájaros bobos, antes de que matásemos todos los que necesitásemos para nuestro aprovisionamiento invernal.

Habiéndose calmado el viento por la mañana, aprovechamos inmediatamente Ekelöf y yo la ocasión para dar un paseo sobre la alta planicie del norte con la intención de examinar el estado del hielo. Después de una larga marcha conseguimos llegar á una elevación en la punta norte de la isla, desde donde disfrutábamos una vista extensa. El hielo se presentaba lo mismo poco más ó menos, pero sólo hacia la isla de Joinville y tan lejos como podía alcanzar la vista. Tal como entonces se encontraba el mar, no podía abrigarse el pensamiento de que un buque como el nuestro pudiera penetrar entre los bloques. De todas maneras no se necesitaba mucho para que aumentase la disgregación de los hielos: y esto debía suceder pronto.

Durante la noche siguiente empezó á soplar una nueva tempestad del oeste sudoeste, que fué no sólo más impetuosa que la anterior, sino la más fuerte que habíamos tenido desde el invierno anterior. Tuvimos que permanecer todo el domingo dentro de la tienda y no pude salir hasta cerca de anochecido, hora en que marché hacia un punto elevado dentro de tierra, desde donde

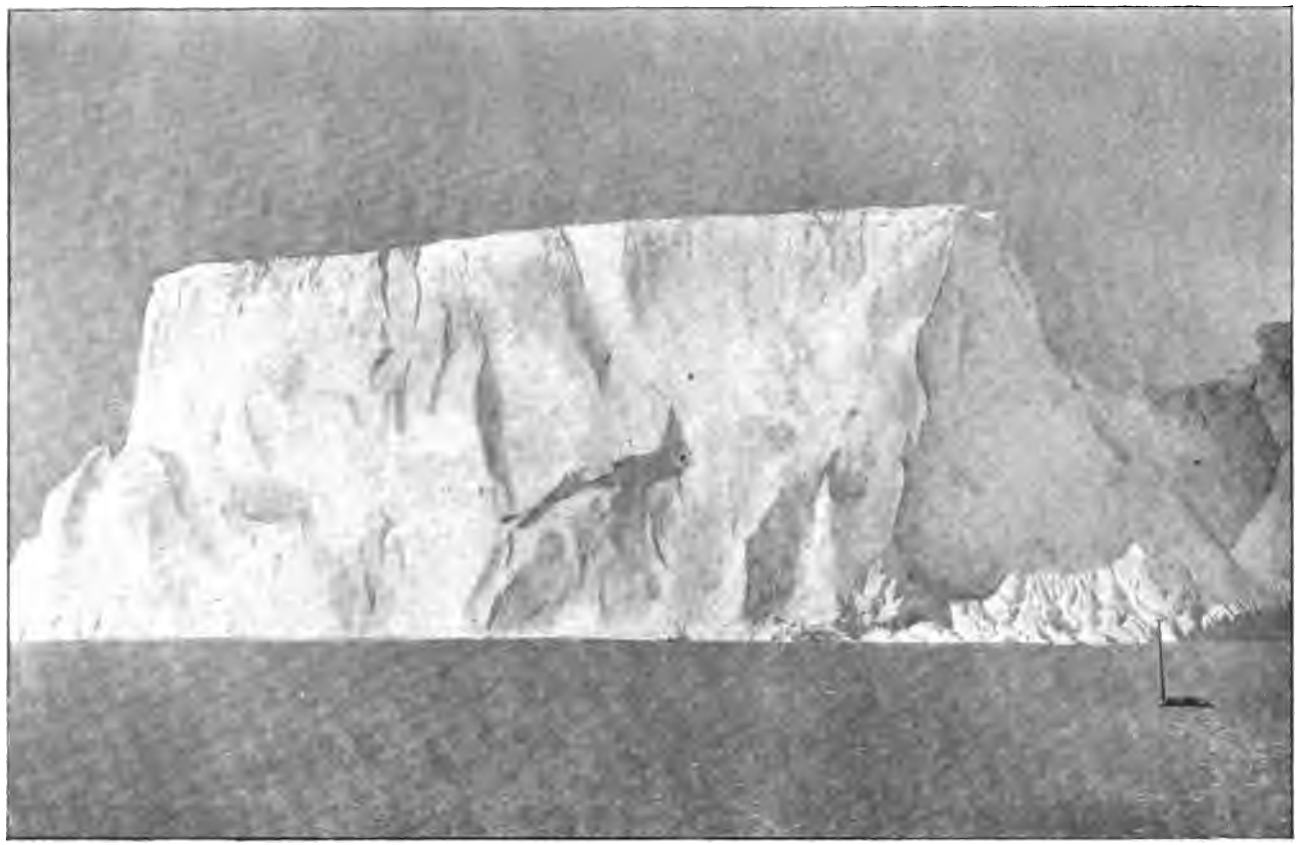
vi una gran extensión de agua libre. Toda la punta meridional de la bahía Erebus estaba sin hielo casi hasta la isla de Cockburn, y sólo en el horizonte veíanse aún por todas partes fajas de hielo.

Alegráronse todos mucho en la tienda, cuando yo regresé con tal noticia, y, de haber podido, hubiéramos celebrado el acontecimiento de buena gana. Decidióse al día siguiente continuar la matanza de pájaros bobos, pero conformándonos con el menor número posible, que se fijó en unos cuatrocientos.

No quiero narrar más detalladamente los trabajos verificados durante los días siguientes y las variadas disposiciones que durante ellos se tomaron. El viento era frío y tempestuoso; se notaba la proximidad del invierno. El hielo empezaba ya á unirse otra vez, y tuvimos además una impenetrable niebla que nos privó de toda vista á lo lejos. Aguantamos una nueva tempestad y se rompió otra vez el hielo, que formó entonces grandes masas flotantes. No teníamos nunca buen tiempo, y como el estado favorable del hielo no solía durar mucho, perdíamos la esperanza de ver arribar el buque.

Nunca olvidaré aquellos días de penosa incertidumbre, cuando, sin darnos cuenta nosotros mismos, en seguida que nuestras ocupaciones lo permitían, escalábamos alguna elevación para examinar si en el horizonte se veía nuestro «Antártico», que, ya por entonces, se había sepultado en la tumba de las olas á pocas millas de distancia.

Tampoco olvidaré mis marchas nocturnas por la orilla á la luz de la luna llena que brillaba entre nubes, ni olvidaré las tempestades, ni las focas, ni los pájaros bobos, que colocados en largas hileras parecían estar prontos



Gran montaña de hielo en el estrecho del Almirantazgo.

siempre á entablar conversación con el que se dignara aproximarse á ellos.

La colonia de estos animales, que tan oportunamente nos fué de valiosa utilidad, no era muy grande: yo calculé el número de los pájaros jóvenes en unos 2.500. Los viejos no se pudieron ver nunca reunidos durante aquella estación.

En un año tan malo como aquél, creo que no se puede calcular por término medio más que un polluelo por cada nido. El número de los viejos podría ser en tal caso de unos 5.000. Como ya he dicho, los pequeñuelos ya casi habían perdido el plumón, empezaban á menudo á ejercitarse en aprender á nadar reunidos en grupos, bajo la dirección de los más viejos. Se sumergían ya bastante bien, pero daban golpes en el agua con las alas, lo que demostraba su poca práctica. Entonces empezaban á ser abandonados por los padres que en crecido número entraban en un nuevo período de incubación.

Ekelöf hizo notar que estas aves pequeñas eran más sabrosas y estaban más gordas que las otras que por lo general carecían de grasa.

Los polluelos, sin embargo, apenas podían procurarse la comida ellos mismos que antes se la suministraban sus padres, pues supongo que tanto el padre como la madre cooperan á ello.

Los pájaros bobos pasan sus días poco más ó menos de la manera siguiente: por la mañana temprano van al mar, á menudo, en grupos, donde se sumergen y nadan, procurándose con bastante facilidad la comida que consiste exclusivamente en algunos crustáceos de la familia *Euphausia:* con la marea alta regresan aislados ó formando pequeños grupos. Suelen nadar debajo del agua

deteniéndose á chapotear entre los escollos, y salen á la orilla estirándose, sacudiendo el cuerpo y las alas y lanzando una especie de resoplido. No se apresuran para regresar á los nidos ó para ir al encuentro de los pequeñuelos que los esperan, formando grandes hileras, y se adelantan á menudo al encuentro de ellos, persiguiéndoles cuando éstos trepan sobre las escarpadas rocas. He presenciado en algunas ocasiones verdaderos asedios; los viejos huían á menudo velozmente hacia el llano, seguidos por uno ó dos pequeñuelos que chillaban y corrían tan aprisa como sus pequeñas patas lo permitían. Alguna vez he visto huir velozmente al viejo, mientras el polluelo se daba por vencido, pero generalmente se dejaba alcanzar el primero y entonces empezaba, acompañada de un incesante cacareo, la interesante y sencilla escena de dar el viejo de comer al pequeñuelo. Inclinaba aquél la cabeza y sacaba de su buche los cangrejos que había recogido; el pequeño, con el pico estirado y metido en el del padre, los tragaba con avidez, aunque no tan descuidadamente que no huyese en seguida al acercársele alguno de nosotros. Esta manera de dar de comer requiere mucho tiempo; después el pequeño vuelve generalmente á su nido y el viejo retorna á la orilla. Si dos pequeños se presentaban á la vez para comer, cada uno hacía lo posible para apartar al otro y comer solo, pero nunca observé serias peleas entre ellos. Es muy raro que los viejos den de comer á otros que á sus propios pequeñuelos. Algunas veces se les veía correr pidiendo comida indistintamente á otros pájaros, pero nunca vi claramente que lo lograsen. Estoy, sin embargo, convencido de que estas aves á menudo alimentan sin saberlo á los que no son sus hijos, pues su vida en común está en armonía con tal cuidado.

Es notable observar también que sólo en caso de apuro buscan su salvación en el agua, aunque sean atacados en la misma orilla: únicamente cuando se les persigue con mucha insistencia buscan en el agua su refugio. Sus esfuerzos continuos para trepar sobre las lomas prueban indudablemente que conocen perfectamente la

Entre los nidos hallamos un osario de pájaros bobos.

inmensa ventaja que les ofrece en sus luchas con sus semejantes el estar en lugar tan elevado como les sea posible.

El 12 de febrero matamos los últimos de los cuatrocientos pájaros bobos que habíamos resuelto llevarnos, pero durante los dos días siguientes el viento fué tan fuerte que no pudimos pensar en emprender entonces el regreso.

El día 14 por la noche, aniversario de nuestro desembarco en la estación, después de mi visita acostumbrada á la montaña de vigía, pude comunicar á mis compañeros la agradable noticia de que el hielo presentaba mejores condiciones que nunca. Marchamos el día siguiente dejando la tienda y el saco para dormir, por si nos viéramos obligados, por algún motivo, á regresar por tierra. El viaje en bote fué pesado, pues nuestra embarcación iba muy cargada con la masa de carne que llevábamos y teníamos mala mar con grande oleaje y resaca. La niebla era densa, de modo que solamente de vez en cuando veíamos la tierra; tuvimos además que atravesar durante largo rato entre una capa de escarcha helada y espesa, entre la que, á pesar de nuestros esfuerzos, parecía á veces que el bote no adelantaba absolutamente nada.

En la embocadura de la bahía del Almirantazgo no había cambiado visiblemente, á pesar de la tempestad, el estado del hielo, mas pudimos penetrar por fin por un pequeño canal que formaba el hielo hasta el borde del grande varadero.

Allí dejamos los pájaros que después recogeríamos y remando llevamos el bote al otro lado del cabo y lo sacamos á tierra en la parte del valle que forma el rincón nordeste de la isla.

A las tres de la tarde habíamos regresado á la estación, donde nos dijeron que no nos esperaban con un tiempo tan malo.

Procedimos en seguida á limpiarnos del lodo y la sangre que nos cubría y descansamos un rato al anochecer después de acabado nuestro trabajo.

La mañana siguiente, desde las cinco, me encargué de la vigilancia magnética para ayudar á Bodman, quien

me dijo que estaba tan ilusionado con la esperanza de que el buque llegaría el día siguiente, que quería descansar un poco para soñar con ello. Estas ilusiones seguimos haciéndonos los días sucesivos. Debíamos ante todo poner al abrigo lo antes posible nuestra valiosa provisión de pájaros bobos. Afortunadamente el día 16 hizo buen tiempo y fuí á buscar con Jonassen la primera carga del trineo; por la noche marchó él solo y trajo el resto de la carne. La alta marea se había llevado el grande varadero, de modo que nos fué bastante difícil poder llegar á la orilla con nuestras cargas. La misma noche estalló una nueva tempestad, primeramente del sud sudoeste y luego del oeste sudoeste.

Presumíamos que aquel viento podía deshacer el hielo acumulado los días anteriores y estábamos henchidos de las mejores esperanzas.

Bodman y yo escribimos varios relatos para dejarlos en la estación al partir, y discutimos como la cosa más natural, a manera de transportar convenientemente nuestros efectos; sin embargo, me extrañó ver el día 18 que la temperatura había descendido casi á 10° bajo cero, y cuando comencé mi guardia de media noche se presentó de golpe la certeza de que el verano había concluído. La tempestad, llevando en su seno compactas masas de nieve, soplaba tan fuertemente, que apenas se podía caminar frente al viento. Era una noche muy obscura, sin estrellas y tan intenso el frío, que casi se me helaron los dedos, cuando fuí á mirar los termómetros sin llevar puestos los guantes.

El viento prosiguió durante el día siguiente, aunque disminuyendo gradualmente en intensidad; por la noche no pudiendo resistir más me vestí con el traje especial

para días de viento y subí á la cumbre de basalto para decidir de nuestra suerte.

Lo logré en efecto: delante de mí se extendían grandes masas de hielo, como no se habían visto durante el verano: hielo por todas partes, al norte, al este, al sur y sumamente compacto hacia tierra.

Por primera vez me asaltó entonces seriamente el pensamiento de que en realidad tendríamos que quedar encerrados allí durante un año más. Un acontecimiento feliz, un milagro podía aún salvarnos, pero ningún esfuerzo podíamos hacer por nuestra parte.

Nadie podía tampoco prever la suerte que nos aguardaba, y sumido en mis pensamientos, sostuve en mi interior una lucha decisiva con mis temores. Desde la cumbre de basalto, donde me encontraba, acurrucado entre algunos desnudos bloques de piedra que apenas me abrigaban y defendían contra la tempestad, á la luz del crepúsculo que empezaba, observé los bien conocidos alrededores y el cielo cubierto de desgarradas nubes tempestuosas. Mi más triste pensamiento fué el recuerdo de los que nos aguardaban allá, en nuestras casas, y que durante un año más no tendrían noticias de nosotros. Para mí particularmente fué éste un día tristemente memorable, pues con él perdía toda esperanza de comunicarme en plazo cercano con los seres queridos que también en vano aguardarían noticias mías. Pero no podía hacer nada, sólo podía prometerme realizar cuanto fuese humanamente posible para lograr que el año siguiente llegasen buenas noticias nuestras á los que las esperarían un año más todavía. No fueron por lo tanto halagüeñas las noticias que llevé á mis compañeros cuando llegué á la estación. Aunque no vieron quizás la situación tan

Cajas para los termómetros y cabaña astronómica.

claramente como yo, quiero en estas líneas expresar á todos mi agradecimiento por el modo con que recibieron la nueva de tan grave contratiempo: nadie se quejó, nadie demostró desaliento, y desde entonces no se habló siquiera del auxilio hasta entonces tan esperado. Cuando hablábamos del porvenir era para deliberar cómo debíamos preparar y emplear mejor nuestro segundo invierno.

CAPITULO XVIII

El segundo invierno

Prosiguen nuestros trabajos para procurarnos provisiones.—Existencia de éstas.—Composición de la comida durante el invierno. —Tempestades de marzo.—Disposiciones para llevar á cabo los trabajos científicos. - Fiestas del medio del verano.—Verdadero tiempo de invierno.—Preparativos para viajes en trineo.

El invierno no empezó inmediatamente después de estas tempestades; febrero nos ofreció aún varios hermosos días, pero sólo muy penosamente hubiéramos ya podido ir en bote á la isla de Seymour. Por consiguiente, estábamos satisfechos de tener tan importante factor de nuestras provisiones, como era la carne de pájaro bobo depositada en la estación. Cien pechugas de estas aves fueron colgadas al aire libre que, con aquella temperatura, se conservaban admirablemente: la carne restante fué salada y puesta en barriles. Fué esta una previsión inútil que, como se verá luego, estuvimos á punto de pagar cara, pero nos faltaba la experiencia y salamos la carne, no atreviéndonos á exponernos al riesgo de que se estropease.

También continuó activamente la recolección de pieles de foca, cazando cuantos de esos mamíferos se nos presentaban en las cercanías, aunque, por lo general, tuvimos nosotros que ir bastante lejos para encontrarlas. Sólo un par de veces, durante todo el verano, llegaron cangrejeros hasta cerca de la estación. Depositamos las pieles una sobre otra en la orilla, y siempre que era menester, nos llevamos á la vivienda los cuerpos de las focas, principalmente para tener comida para los perros.

El día 23, Sobral había matado y despellejado una foca cerca de una pequeña montaña de hielo en la bahía. Los perros habían hecho aquel día varios largos viajes, por lo que necesitaban descansar, pero para no exponernos á que, en caso de tempestad, la piel se cubriera de nieve y se perdiese, decidí irla á buscar durante la misma noche en nuestro trineo arrastrado por fuerza de presión, que apenas habíamos usado en ningún trabajo. Había pensado que esta especie de trineo, no teniendo á disposición perros en suficiente número, sería conveniente para los transportes sobre el hielo liso y duro que esperaba encontrar, y encontré, en aquellas regiones; y por eso lo había mandado construir según mi propio modelo para la expedición. Para que fuera muy fuerte y seguro, tuve necesariamente que sacrificar algunas de las ventajas que generalmente ofrece el trineo arrastrado por fuerza de presión sobre el suelo; pero, aun con todo, considero que en principio es exacto y digno de atención para el equipo de expediciones polares, aunque se necesitan más ensayos para poder adoptar un modelo definitivo. Sobre todo, es de importancia averiguar la dimensión que se debe dar á los brazos, que en nuestro trineo eran demasiado cortos.

Con el nuevo trineo descargado marchamos aprisa, pero antes de que yo pudiese atar las correas, eran las nueve y empezaba á obscurecer. El cielo se cubría de magníficos colores; en el nordeste había un pequeño grupo de nubes bajas, separadas del horizonte por una faja azul que presentaba un lejano reflejo de agua y que tenía por arriba un color verdoso obscuro; estaban cercadas por una viva franja purpúrea que poco á poco tomó un tono pálido y lóbrego. La llanura helada se extendía monótona formando algunos escarpados, y todo estaba tranquilo y quieto.

Iba obscureciendo rápidamente cuando regresábamos, y por fin tuvimos que abandonar el trineo á corta distancia de la estación, porque no podíamos empujarlo más sobre las desigualdades del hielo. Era ya de noche y nos produjo una sensación muy agradable, cuando llegábamos, oir los ladridos de los perros y ver las luces que resplandecían á través de las ventanas de nuestra vivienda, impresión semejante á la experimentada durante las noches de invierno pasadas en el campo, allá á lo lejos, allende los mares.

La piel que habíamos traído ahora á casa, hacía el número treinta y tres de nuestro *stock;* en adelante pocas más podríamos almacenar, si no nos apresurábamos antes de empezar el invierno.

Quemamos como ensayo, en la chimenea, grasa y piel á la vez, y vimos que con una treintena de pieles obtendríamos el combustible necesario para hacer la comida y caldear la casa durante el invierno, sin tener que observar una extremada economía.

Debíamos naturalmente atender en sumo grado todo lo que se refería á provisiones para nuestro alimento. Lle-

nar completamente esta necesidad era cada vez de más interés para nosotros, pues no contábamos ya con gran parte de las provisiones que al principiar el invierno teníamos en la estación. Poseíamos conservas de carne de distintas clases, incluso pastel de sangre, jamón, etc., para setenta y cinco comidas (de seis personas): sal y carne seca para doce comidas; pescado para veinticinco; arenques para diez; ochenta kilos de garbanzos y judías, ciento cinco de verdura en conserva, ochenta y cinco de legumbres secas, ciento cincuenta de choclo de avena y cebada, setecientos de harina; veinte de galleta; sopa en latas para noventa comidas; veintiocho kilos de frutas secas; veinte de chocolate y cacao; seis y medio de te, diecisiete de café; ochenta de azúcar; ciento dieciocho de mantequilla y margarina; un barrilito y medio de compota de moras encarnadas; sesenta botes de leche condensada; cien paquetes de cebollas secas; postres para veinticinco comidas; cierta cantidad de grosella, almíbar y jarabes; especias de varias clases; una cantidad bastante importante de empanadas y sardinas; treinta y cinco kilos de pemmican; cuarenta de carne prensada y seis cajas enteras de provisiones para viajes en bote, suficientes para seis hombres durante dos semanas.

El cuadro que sigue indica la composición de las comidas que, según el inventario hecho, debía regir hasta fin de noviembre, en cuya fecha esperábamos haber recibido auxilio, ó en caso contrario, podríamos procurarnos una nueva provisión de huevos, pájaros, etc.

En aquella fecha debían quedarnos únicamente las citadas cajas de provisiones para viajes en bote, harina y choclo, un poco de pemmican y legumbres en conserva

El día más corto del año: se vislumbra el sol detrás de la isla de Cockburn.

y algunas provisiones que considerábamos más bien como pertenecientes á medicamentos que como víveres.

Véase la distribución de nuestras comidas durante la semana:

Domingo

Almuerzo: Puchero con colinabos.
Comida: Sopa, carne en conserva con verduras sazonadas.—Postres.
Cena: Sardinas y carne fiambre de pájaro bobo.

Lunes

Almuerzo: Gachas, en un principio con arenques y patatas.
Comida: Pájaro bobo con verdura seca.—Buñuelos con compota.
Cena: Empanadas y fiambres de pájaro.

Martes

Almuerzo: Beefteak de foca con verdura seca.
Comida: Embutidos ó pasteles de sangre.—Sopa.
Cena: Beefteak recalentado.

Miércoles

Almuerzo: Gachas.
Comida: Carne salada (más tarde pájaro bobo) con judías.—Fruta cocida.
Cena: Fiambre de pájaro.

Jueves

Almuerzo: Beefteak de foca.
Comida: Sopa de garbanzos con pájaro bobo salado.—Buñuelos y compota.
Cena: Beefteak recalentado.

Viernes

Almuerzo: Gachas.
Comida: Pájaro bobo con macarrones ó arroz.—«Sopa salada.»
Cena: Empanadas y fiambre de pájaro.

Sábado

Almuerzo: Beefteak de foca.
Comida: Pescado salado ó seco con verdura seca.—Sopa de chocolate.
Cena: Beefteak recalentado.

Además, se servía por las mañanas y tardes café, y por la noche te ó chocolate. Teníamos en todas las comidas mantequilla, primero tres veces y después dos diarias.

En un principio temíamos que la provisión de café sería insuficiente, lo cual habría sido una gran contrariedad; pero hirviendo bien por segunda vez el café obtuvimos dos veces al día, durante todo el invierno, un líquido bastante aceptable. En el papel esta comida no parece mala, pero era naturalmente muy poco variada. Tendré ocasión más tarde de volver á hablar sobre este particular y de estudiar los defectos que más se hicieron sentir.

No debe creerse que fuese únicamente el cuidado de nuestras necesidades corporales lo que en aquel tiempo nos ocupaba. Antes de nosotros no había hombre alguno pasado dos inviernos seguidos en parajes antárticos, y decidimos hacer todo lo que nos fuese posible para sacar el mayor partido de nuestra situación. Las observaciones meteorológicas debían naturalmente ganar mucho con esta estancia prolongada, y en tal sentido debíamos desvivirnos por alcanzar resultados cuya importancia remu-

nerase nuestros sacrificios. Además, casi todos los demás trabajos que habíamos efectuado, astronómicos, magnéticos, bacteriológicos, cartográficos, exploraciones del

Observatorio astronómico y cuadrante.

hielo, etc., adquirirían mayor valor al poder ser continuados durante más largo tiempo.

Nos esforzamos, desde un principio, en estudiar nuevos territorios y buscar medios para efectuar nuevas exploraciones y trabajos. Ekelöf, por ejemplo, comenzó

una serie de trabajos fisiológicos, que empezaron con estudios referentes á la intensidad visual para poder, en distintas circunstancias, apreciar los colores. Bodman instaló algún termómetro para apreciar la temperatura del hielo del mar á distinta profundidad, y empezó, además, teniendo por base el método seguido por el doctor Steenstrup, á construir un nuevo aparato para determinar la intensidad de los rayos solares. Para ello se hace obrar la luz sobre una tira de papel fotográfico, protegido por una cubierta de espesor variable, determinándose así la potencia lumínica del sol en diferentes días y horas. Este método fué de fácil empleo con los medios de que disponíamos.

A últimos de febrero y principios de marzo tuvimos un tiempo variable y á menudo tempestuoso.

El día 5 de marzo presentóse un fenómeno de la naturaleza muy raro en aquellas circunstancias: una verdadera lluvia. Habían caído, varias veces, algunas gotas sueltas; pero ahora duró el agua todo el día, y á ratos cayó con tal fuerza, que no se podía salir sin peligro de calarse hasta los huesos. El cambio atmosférico fué más brusco durante aquella noche. Bodman escribió en su diario, «que el invierno empezaría aquel día, á las siete y media de la tarde;» y esta predicción del meteorólogo se cumplió mejor de lo que él mismo se figuraba.

Empezó un período tempestuoso y frío que, según la experiencia que habíamos adquirido, debía considerarse como excesivamente malo para aquella época del año, porque durante el mes de marzo, á pesar de sus días calurosos y relativamente cálidos, señaló el termómetro, en un principio, una temperatura media de 11° 4' bajo cero, con un viento cuya fuerza era de trece metros y

medio por segundo. Fuera de uno ó dos días, la temperatura se sostuvo hasta últimos de mes.

Anoté en el diario, uno de estos primeros días, «que »no me disgustaba el período tempestuoso, pues de esa »manera se decidía definitivamente lo referente á nuestra »invernada.»

En un principio, el hielo fué realmente separándose de tierra, pero el agua se heló en seguida, y durante un período de tiempo tan corto no hubiera sido posible, de modo alguno, que un buque pudiese venir en busca nuestra.

El mes de abril empezó con hermoso tiempo; durante los tres meses siguientes reinó generalmente un intenso frío con tempestades relativamente poco frecuentes. Pude entonces empezar un trabajo que tenía proyectado hacía meses y que consistía en tomar una serie de sondeos y determinar cuál era la temperatura en el estrecho del Almirantazgo. Se vió, con todo, que la temperatura del agua á una profundidad de unos 130 metros era la misma en todas partes; no variaba durante el invierno, de 1° 9' bajo cero.

Aparte de estos sondeos, quería Ekelöf hacer otros relacionados con la bacteriología. Mientras estábamos trabajando juntos cerca de una abertura de foca, subió ésta á la superficie para respirar. Resoplando y echándonos agua á la cara, nos miraba con sus grandes ojos. Debíamos constituir un raro espectáculo para ella, que seguramente debía pensar que la abertura era suya y que debíamos estar contentos por su tolerancia, dejándonos instalar allí nuestro aparato de sondeo.

Por este tiempo se decidió de la suerte definitiva de los perros de Falkland. Cuando en febrero volvimos del

viaje de matanza de pájaros bobos, me encontré con una noticia que entonces me disgustó en sumo grado: tanto Kurre como Kain habían desaparecido, muertos, sin duda alguna, por sus compañeros. Los dos habían prestado buenos servicios; la muerte de Kurre, sobre todo, me apenó más, recordando los pesados trabajos de arrastre que, siempre incansable, llevó á cabo durante el viaje en trineo. Esperaba haberle otorgado su merecida recompensa á nuestra vuelta á regiones más benignas.

Al empezar el invierno quedaron tan sólo tres perros de Falkland, entre ellos dos de los cachorros, nacidos á bordo del «Antártico». Decidí hacer lo posible para salvar al tercero, que era un perro de compañía, muy vivo y cariñoso, que siempre estuvo en paz con los de Groenlandia, y por eso tenía la esperanza de que sobreviviría á aquel invierno. Respecto á los otros dos, debía, en cambio, matarlos, por muy desagradable que me fuese, después de haber sido estos animales nuestros fieles acompañantes en días buenos y malos durante tanto tiempo; pero era muy difícil encontrar suficiente alimento para ellos, y consideraba, además, una crueldad dejarlos vivir bajo el clima invernal, sin alimentación suficiente asegurada, sabiendo además que tarde ó temprano podían ser mordidos y muertos por los de Groenlandia.

Tampoco pudimos conservar mucho tiempo el último perro de Falkland que quedaba. Hice entonces una singular observación: lo mismo que en ocasiones anteriores, noté que antes de ser un perro muerto á mordiscos por los otros, parecía comprender lo que le esperaba, como si de antemano hubiera presentido su sentencia de muerte.

Un día de mayo desapareció el perro en cuestión, le

Garganta del valle entre el ventisquero de Snow-Hill y la tierra, al empezar el invierno.

busqué en vano durante mucho tiempo, encontrándolo por fin muerto entre unos bloques de hielo de la orilla. Mucho eché de menos á aquel animal, que me había seguido fielmente en todas mis excursiones y era de todos ellos el más noble, juguetón é inteligente.

A principios de abril estuvimos muy contentos por haber podido matar, en pocos días, nada menos que seis focas extraordinariamente grandes. Gracias á su carne, que se conservó bien, pudimos pasar gran parte del invierno sin comer tan sólo carne salada de pájaro bobo, y merced á sus pieles, que contenían bastante grasa, nos proporcionamos combustible para más de un mes, y pudimos durante todo el invierno prodigar la calefacción sin temor á la falta de combustible.

Estos primeros meses transcurrieron, por lo demás, muy lentamente. La perspectiva del largo invierno que apenas había empezado, nos sumió, precisamente durante aquellos días, en un aplanamiento moral fácil de comprender. Anhelábamos ver adelantar los días á pasos agigantados: los contábamos á medida que pasaban, siendo el servicio de vigilancia el que nos servía para computar el tiempo transcurrido.

Bodman y Sobral se habían encargado también durante aquel año de la verdadera vigilancia diurna, que comenzaba á las diez de la mañana, hora en que considerábamos entonces que acababa la noche. Al principio sólo podía, cada uno de nosotros, dormir tranquilamente cada cuatro noches; pero después encontramos más cómodo arreglar las cosas de tal modo que, aquel que había prestado guardia hasta la una, se levantase á las tres otra vez para hacer las observaciones que entonces debían efectuarse. Este sistema nos resultaba más benefi-

cioso para todos, pues la guardia nocturna hecha de un tirón resultaba en extremo aburrida y engorrosa, y de esta manera podíamos tomar parte todos en las observaciones magnéticas. Bien mirado, consideré, por mi parte, una ventaja el tener que desplegar aquel aumento de actividad durante una época del año en que, de todos modos, no podíamos llevar á cabo trabajos científicos de más empeño.

Poco á poco pasaban así las semanas. Al principio de mayo efectué un viaje en trineo á la isla de Seymour, para ir en busca de nuestra tienda, que habíamos dejado allí en febrero, y de la parte que podíamos aprovechar de las provisiones del depósito.

Llegaron las festividades de Pascua y Pentecostés, y por entonces escribí en el diario:

«Dejo libre á Akerlund que se le ocurre adornar la casa con hierba verde; mas, ¿de dónde la sacará?» Cuando en otros países había llegado el verano, empezaba precisamente para nosotros los meses de invierno.

Después de un intenso y prolongado frío, tuvimos algunos días excepcionalmente templados, de modo que pude emprender de nuevo mis trabajos de cartografía; pero aquel tiempo no duró mucho. El barómetro descendió rápidamente, y durante la noche del 3 de junio alcanzó el mínimum á que llegó durante todo el tiempo que allí pasamos, 708 milímetros. Al mismo tiempo se desencadenó un huracán que seguramente fué el más violento de los que habíamos sufrido, pero que por fortuna duró tan sólo algunas horas. Otra vez pudimos recordar lejanos días en que fuimos en busca de objetos arrastrados por el viento, como por ejemplo el techo y uno de los costados del observatorio, ó el vacío y

chapeado baúl de Sobral que, adosado á la casa y rodeado de hielo, hallamos más tarde bastante lejos de la vivienda.

Habíamos celebrado la mitad del invierno durante el año anterior, por lo que á nadie debe parecer extra-

La foca resoplando nos miraba desde su abertura.

ño que lo celebrásemos aún con mayor satisfacción aquel año.

Atravesábamos días obscuros, días de tensión nerviosa y vana espera, veíamos el triste aspecto del porvenir y nos preocupaban las difíciles situaciones que no podíamos prever. Pero con buena voluntad habíamos sorteado hasta entonces los acontecimientos con relativa fortuna. En adelante, cada día sería más claro que el anterior hasta que de nuevo llegase el verano.

Como he indicado, nos preparábamos para celebrar la fiesta del invierno, y descorchamos la víspera una botella de ponche, que era de las últimas que nos quedaban. Sería exagerado asegurar que nuestra situación de ánimo era alegre, pero sí tranquila y llena de esperanzas, pues sabíamos que dependía de nosotros principalmente el resultado final de nuestra larga espera.

Volvió á aparecer el fonógrafo y disfrutamos oyendo otra vez todo su repertorio; tuvimos para cenar aquella noche pez palo y gachas de arroz: después ofrecí cigarrillos, que había ganado durante la lotería de Navidad á bordo del «Antártico» en 1901, y que por cierto ahora sólo servían para deshacerlos y fumarlos en pipa. La comida del día de medio invierno se componía de diferentes fiambres, sopa, lengua, arenques con cebolla, pájaro bobo, una copita de licor preparado con alcohol destinado á las preparaciones, asado de pájaro bobo con judías, choclo de maíz, nuestro último puding de chocolate, ahora muy apreciado por su dulzura, y una pequeña copa de vino de Oporto. La fiesta no fué tan espléndida como el año anterior, pero en cambio disfrutamos mucho más que entonces.

Bodman tomó fotografías del sol el día que estuvo más bajo en el horizonte, precisamente en el momento en que salía tras la isla de Cockburn, que por un rato lo había escondido de nuestra vista, como si hubiese ocurrido un verdadero eclipse. A la una y cuarenta minutos de este día, el más corto del año, se puso el sol, pero á las tres podíamos aún leer los termómetros sin emplear el farol.

Difícilmente se puede observar mayor desigualdad en el estado del tiempo que durante aquellos años. El in-

vierno anterior fué en un principio bastante más frío, pero ciertamente menos tempestuoso; aunque un país en que la fuerza mediana del viento era de seis metros, debía naturalmente considerarse como tempestuoso. Fué para nosotros esta circunstancia bastante importante, porque con tal tiempo podíamos estar casi siempre fuera de la tienda, lo que hizo que las horas no nos pareciesen tan largas.

Algún compañero observaba, sin embargo, que había pasado el tiempo demasiado deprisa, probablemente en comparación con lo que había esperado; otros creían que las semanas transcurrían deprisa y los meses despacio; yo, por mi parte, no tenía clara idea de si el tiempo pasaba deprisa ó no; sólo sé que cuando volvía la vista al pasado, todo me parecía poco más ó menos á la misma distancia, ya hubiese sucedido un mes ó un año antes.

Sobrevinieron, naturalmente, algunas tempestades aisladas, pero éstas sólo nos hicieron pensar en que debíamos darnos por satisfechos mientras disfrutásemos, en general, de tan buen tiempo.

El diario me recuerda un pequeño incidente sucedido durante una de las frías mañanas tempestuosas de primeros de julio: los perros habían tomado la costumbre, en tales casos, de buscar abrigo en la glorieta, y durante la noche fuimos despertados, uno tras otro, por un prolongado y salvaje ladrido que partía de aquel sitio.

Finalmente, á uno de nosotros se le acabó la paciencia; se puso un viejo sobretodo y salió al exterior en plena tempestad, con el látigo levantado para arrojar de nuestra vecindad al alborotador.

Era uno de los perritos, que ahora tenía cerca de

medio año de edad, que estaba subido sobre las cajas y de vez en cuando lanzaba un prolongado aullido.

Al sentir un latigazo aumentaron sus quejidos, sin que hiciese nada para moverse, y al mirarlo atentamente, se vió que el pobrecillo estaba cubierto de hielo, y fué necesario ir en busca de un hacha para libertarlo. Desde entonces cojeó un poco, y corría como un desesperado cuando alguno se le acercaba.

Alrededor de nuestra vivienda tuvimos durante aquel invierno, como durante el anterior, muy poca nieve, pero en la prolongación del ventisquero de Snow-Hill se acrecentó notablemente, y hasta la garganta libre de hielo que antes había entre el ventisquero y la tierra, se fué llenando poco á poco de nieve en su mayor parte.

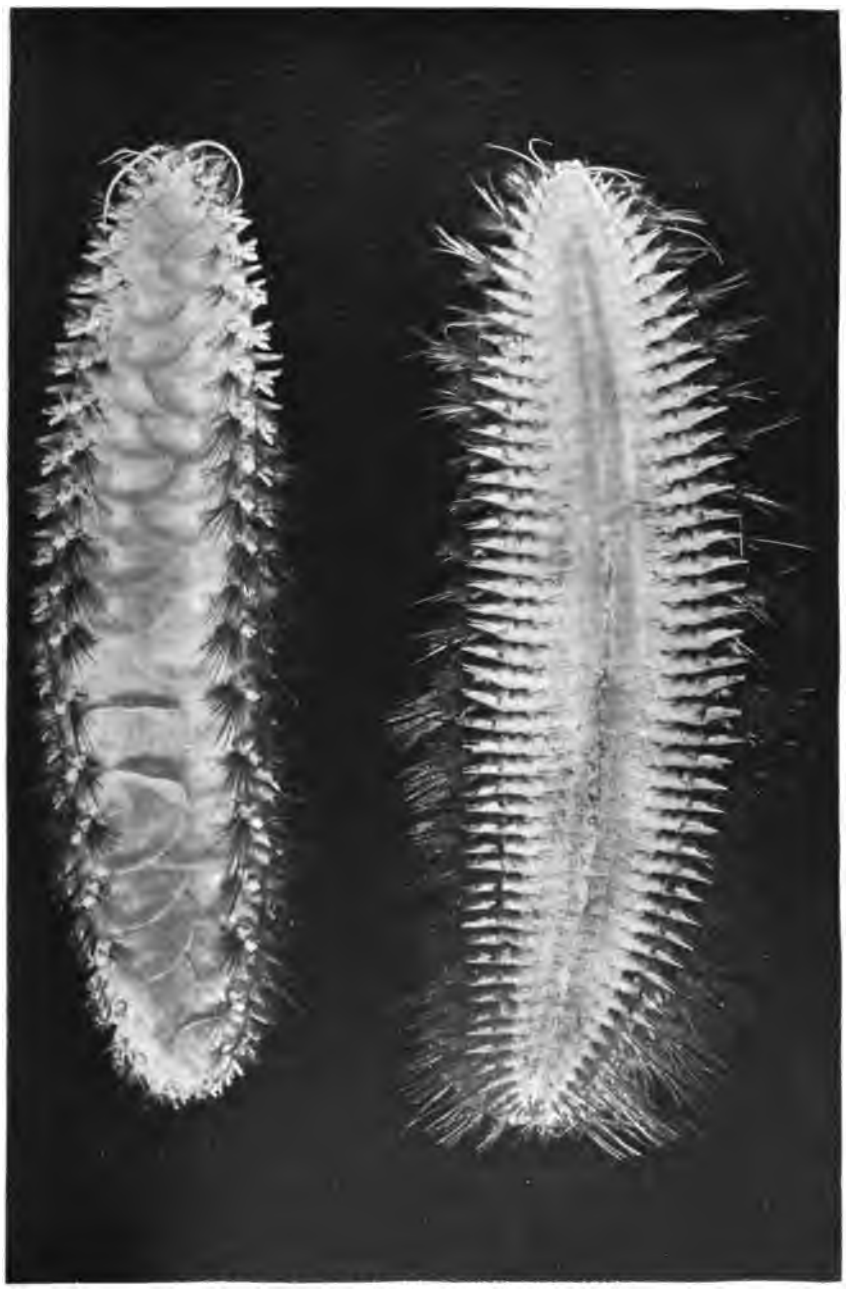
A pesar de la experiencia adquirida en todo el año anterior, fué completamente imposible vaticinar, durante aquel período, las variaciones del tiempo. Teníamos continuamente ante nosotros el fantasma de la tempestad, que seguramente debía estallar después de aquellos hermosos días, y nos pintábamos el intenso frío que entonces reinaría, puesto que ya al empezar el invierno, y á pesar de la ausencia de tempestades del sudoeste, se dejaba sentir con insistencia.

A mediados de julio comenzó la peor época de aquel invierno.

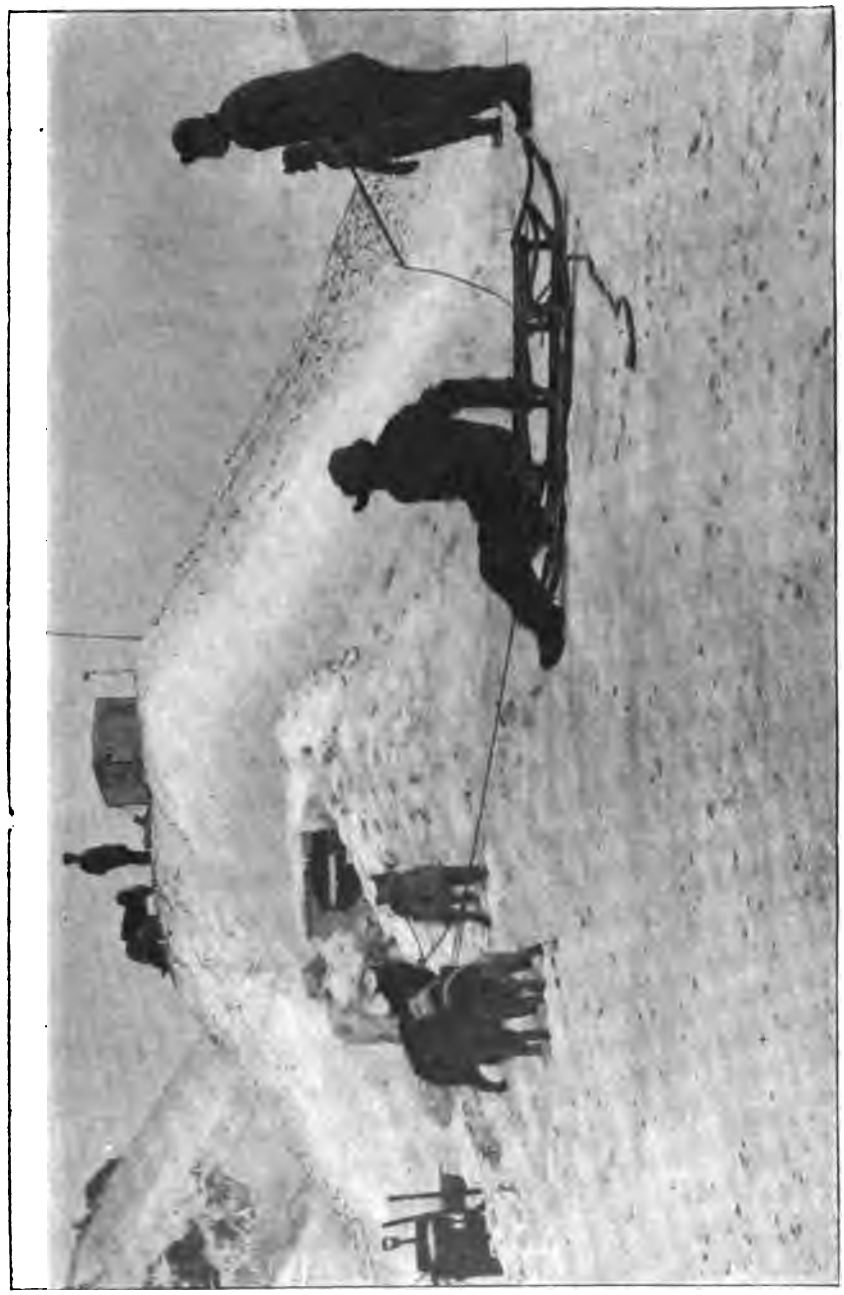
Por eso nos sorprendió grandemente que el día 17 de julio, después de una mañana durante la cual señaló el termómetro cerca de 30° bajo cero, cambiase en tempestad del norte, mientras la temperatura ascendía por la noche hasta 40° sobre cero. Sólo experimentamos una ó dos veces, durante los meses anteriores, una temperatura igual á ésta.

El iceberg resplandecía aún al reflejo de los últimos rayos solares.
Bahía de Sidney Herbert, á las nueve de la mañana del 10 de Febrero de 1902.

En la mesa de trabajo.



Laetmonice.
Nereida de los bancos de Shag-Rock á 160 metros de profundidad—reducción insignificante.



Término de una excursión en trineo.

Salimos de la casa y cuando llegamos á la altura pudimos ver que se habían formado extensas brechas en el hielo: oimos un grito bien conocido durante el verano, el del osífrago, y vimos volando sobre la estación un ave gigantesca ó un petrel, que los perros miraban continuamente y que de buena gana hubieran atrapado como apetitoso. Animáronse de nuevo las discusiones en nuestra pequeña reunión; se hacían hipótesis sobre las consecuencias que podía tener para nosotros aquel tiempo de verano, que según la experiencia adquirida llamábamos tiempo de septiembre.

Mis compañeros celebraban tan «hermoso calor», pero como á pesar de todo soplaba un viento demasiado fuerte, me pareció que aquel calor no debía satisfacernos mucho. Pero si era ventajoso para nosotros que el hielo empezase á deshacerse en aquella época del año, ó si vendría después una hecatombe tanto mayor, eran preguntas á que nadie podía contestar.

Dentro de casa, semejante cambio de temperatura ocasionó varias dificultades: el hielo blando que había en todos los rincones empezó á derretirse y el agua formaba un verdadero lago, principalmente en el cuarto que habitábamos Sobral y yo. Tuvimos que poner unos tablones para andar sobre ellos á fin de no mojarnos los pies. Hicimos una verdadera limpia en aquellos dos cuartos: se quitó el hielo con el hacha y se sacó en grandes baldes.

A tan caluroso día siguió un tiempo singular; el cielo estaba cubierto de nubes de color plomizo, y algunas más obscuras se amontonaban en el horizonte. La atmósfera estaba tan cargada de niebla y eran tales los remolinos de nieve, que no podíamos ver claramente el mar.

A las dos horas escasas desapareció de súbito el viento, y después de unos dos minutos de transición completamente tranquilos, sopló de nuevo repentinamente el viento del sudoeste, que hizo descender la temperatura hasta 20° bajo cero.

Confiábamos, durante aquel tiempo tan caluroso, que podríamos apoderarnos de alguna foca, cuya carne hubiera sido entonces muy apreciada, y habíamos seguido atentamente durante largo tiempo á uno de esos animales, acechándolo con la esperanza de que alguna vez saldría de su agujero. Pero con el repentino cambio de tiempo desapareció el animal; la abertura se llenó de nieve y se heló y perdimos su rastro por completo. Indudablemente se había dirigido hacia el agua libre, molestada por nuestra vecindad.

Aquel período cálido tan extemporáneo, fué tanto más de notar cuanto que, durante todo el mes siguiente, soplaron de vez en cuando por la mañana vientos del norte, acompañados siempre de grandes deshielos.

La diferencia de la temperatura media entre los dos años que pasamos en aquellas regiones es durante aquella época extraordinariamente grande: 12° bajo cero en vez de 28° bajo cero, y el 5 de agosto tuvimos una temperatura de 9° 3' sobre cero, temperatura la más elevada que ha sido observada en el territorio polar del sur, no sólo por nosotros, sino por todos los demás exploradores.

Si aquel tiempo se hubiese mantenido seguro, intentáramos empezar nuestros viajes en trineo á pesar de la brevedad de los días. Pero no fué así; sobrevenían á menudo intensas tempestades y borrascas que nos hacían aplazar indefinidamente nuestros planes. Tampoco quería

sacrificar nuestras escasas provisiones en viajes durante los cuales tal vez no podríamos hacer otra cosa que estacionarnos y permanecer encerrados.

El 20 de agosto, á pesar de todo, emprendimos un pequeño viaje hacia el depósito, situado detrás del cabo Hamilton. Nuestro *stock* estaba enteramente sepultado en la nieve, y constituyó un triunfo para Jonassen poderlo encontrar en tales circunstancias. Después de haberlo desenterrado llevamos una parte de él á casa, y lo demás se dejó allí para cubrir futuras necesidades. Tenía intención de continuar el regreso hasta el cabo Gage, pero sobrevino una tempestad al día siguiente, y como el 22 también parecía amenazar, volvimos á la estación, á la que afortunadamente logramos llegar antes de que se desencadenara el vendaval con toda su fuerza.

Concluyó por largos días el buen tiempo; el resto de agosto y todo el de septiembre fueron muy fríos y tempestuosos. No faltaron ciertamente algunos hermosos días aislados, durante uno de los cuales, el 6 de septiembre, tuvimos la suerte de matar dos focas, que nos proporcionaron no sólo alimento para nuestros perros, sino también cierta variedad en nuestra manutención.

Fué aquel un agradable paréntesis en nuestra vida invernal; desde entonces nos pareció haber pasado lo peor de nuestra invernada. Pero precisamente la segunda mitad de septiembre fué idéntica á la del año anterior: fué extraordinariamente tempestuosa, y aunque esperaba cada día poder emprender mi viaje en trineo proyectado hacía tanto tiempo, pasó el mes sin que lograse comenzarlo.

CAPITULO XIX

Disposiciones y manera de vivir durante el invierno

Nuestra situación al empezar el invierno.—La comida.—Estado sanitario.—Vestidos.—Cómo pasábamos el día.—Calefacción.—Camas.—Pensando en el porvenir.—Lo que echábamos de menos.—Devaneos.—Vivo deseo de trabajar.—Nuestros trabajos científicos.

Debo consignar aquí, á grandes rasgos, nuestro estado de ánimo y manera de vivir durante la segunda invernada, que tan inesperadamente nos vimos obligados á pasar en el mismo punto.

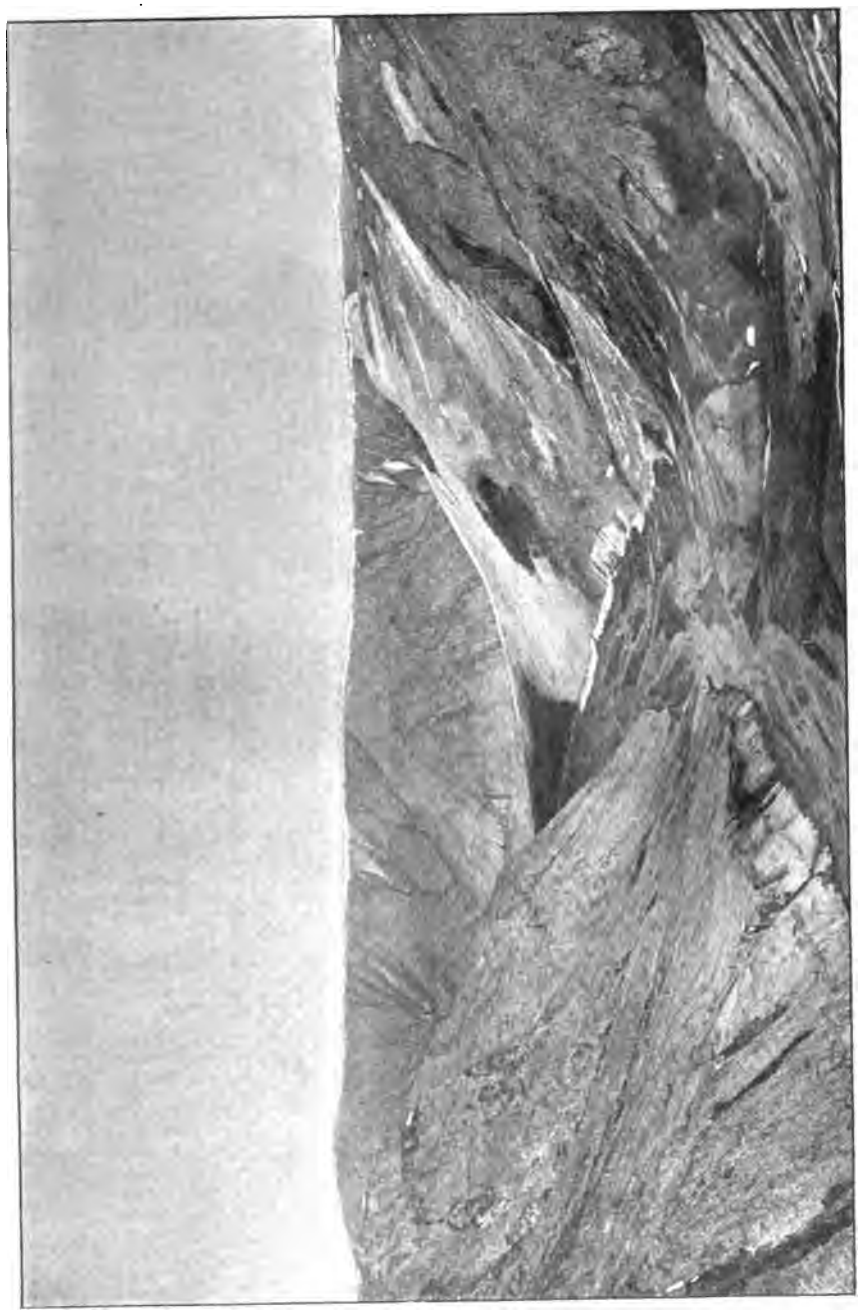
Es cosa tan común que expediciones polares hayan pasado tres y hasta cuatro años entre los hielos, que dos años no deben considerarse como un tiempo excesivamente largo. Pero se ha de tener en cuenta, antes de establecer comparaciones, que al principio todas las expediciones han invernado en la proximidad de colonias de

esquimales, y que el primer invierno que pasamos nosotros en aquellas regiones fué, seguramente á causa de las tempestades, más penoso que los pasados en las regiones del norte. Además, éramos muy pocos en número para hacer vida en común durante tan largo tiempo. Lo peor de todo era tal vez que no estábamos preparados en modo alguno para semejante eventualidad.

Si hubiésemos desembarcado conforme al plan concebido de antemano, de invernar durante dos años, no experimentáramos probablemente contratiempo alguno, pues hubiésemos comenzado por instalar nuestra estación invernal en un lugar más adecuado, ante la contingencia de tan larga estancia; hubiéramos llevado además seguramente bastantes más provisiones y muchos otros recursos de suma utilidad en tan ingrato clima.

Tal como los acontecimientos se habían presentado, aquellos cuatro meses de incertidumbre influyeron notablemente sobre nosotros, y cuando se confirmaron nuestros temores de un invierno prolongado, sentimos completa desconfianza en el porvenir; nos parecía que si habíamos podido engañarnos una vez de tal manera, no cabía ya esperanza alguna de auxilio durante el verano.

Anteriormente he dado cuenta de nuestra existencia de provisiones para el invierno. Las que habíamos destinado para el segundo año eran, por decirlo así, provisiones de reserva en cantidad menor de la que se tenía presupuestada, y que quedó mermada porque durante los primeros tiempos no habíamos sido bastante económicos. Además, debíamos reservar algo ante la eventualidad de una tercera invernada. Sobre todo se hizo sentir lo insuficiente de la existencia de algunos artículos que afortunadamente no eran de primera necesidad, y entre



Desfiladero oriental de la isla de Snow-Hill.

los que citaré especialmente el café y la leche condensada; por lo demás, no hubiéramos tenido razón de queja en lo referente á nuestra alimentación, á podernos procurar á menudo comida fresca. Habíamos, por desgracia, puesto en sal la mayor parte de la carne de pájaro bobo; en julio únicamente conseguíamos carne fresca de foca ó de pinguino algunas veces por semana, y aunque en agosto tuvimos la fortuna de coger una foca pequeña, nos vimos obligados á comer casi siempre, dos veces diarias, la muy salada, dura y correosa carne de pájaro bobo.

Precisamente la víspera del día que pudimos apoderarnos de algunas focas de Weddel durante el mes de septiembre, anoté en el diario que «sufríamos cruel dieta: pájaro bobo por la mañana, al mediodía y por la noche; además, al mediodía teníamos que pasar por lo que llamábamos sopa salada, es decir, una sopa de verduras secas, cocidas con carne salada de pájaro bobo.» Este régimen, en cambio, nos hizo recibir con mayor placer la carne fresca de foca.

Las verduras secas no nos gustaban al principio, pero pronto nos acostumbramos á ellas, y finalmente sentíamos no haber llevado más provisión. La carne de pájaro bobo se sirvió para mediodía, cocida ó frita, cortada en pedacitos, y por la mañana en forma de beefteaks, que por cierto no se freían, sino que se hervían en la sartén con un poco de agua y una chispa de mantequilla.

No probamos nunca la grasa de foca. Debo añadir que la carne de pájaro bobo no tiene mal sabor, á lo menos cuando es fresca. La sopa de garbanzos cocidos con carne de pájaro bobo, nos resultaba un magnífico plato. Podíamos poner en la mesa, dos veces diarias, galletas;

para las otras dos comidas teníamos pan hecho en casa. Nos quedaba bastante cantidad de harina, pero desgraciadamente habíamos llevado pocos polvos de levadura para hacer pan, por lo cual consideramos como una extraordinaria suerte el descubrimiento en aquel país estéril de una nueva manera para hacer pan. Cuando, á últimos de marzo, fuimos á emplear las últimas patatas secas, estaban negras y echadas á perder. Ekelöf estudió una muestra de ellas con el microscopio, y observó dentro unos organismos que se parecían á una esponja de levadura y que cultivó en una pasta preparada *ad hoc*, que durante algunos días dejó en una botella abierta, observando, por fin, que con aquella pasta se podía en realidad llevar á cabo una fermentación. A partir de este momento tuvimos durante todo el invierno verdadero pan de levadura, que nos gustó mucho más que el fabricado con los polvos. No estoy, sin embargo, muy seguro de que este pan no sea la causa de los dolores de estómago que á menudo sufrimos durante algún tiempo en la estación, pero nunca durante los viajes en trineo.

Teníamos también en abundancia choclos para las gachas, pero nuestra provisión de leche condensada era relativamente escasa. Las gachas eran, sin embargo, poco estimadas por nosotros.

Cuando fué muerto por sus compañeros, durante el invierno, uno de los cachorros ya crecido, propuso uno de nosotros freirlo para saber su gusto. Así se hizo, y por último, sólo Bodman y Sobral comieron de él. Lo encontraron todos muy correoso y duro, y sin embargo, alguno de nuestros compañeros pidió que le dieran lo sobrante para almorzar la mañana siguiente, en lugar de las gachas que entonces se servían.

Exceptuando los dolores de estómago anteriormente citados, fué, en general, nuestra salud excelente durante aquel tiempo. Hablaré más tarde del resultado de los experimentos fisiológicos á que se entregó el doctor. Podíamos considerar nuestro peso como medida de nuestro estado sanitario: regularmente nos pesábamos cada dos semanas. La mayoría sufrimos una lenta disminución de peso. Citaré, por ejemplo, nuestro peso en kilogramos el 14 de junio comparado con las cifras del mismo día un año antes:

	1903	1902		1903	1902
Nordenskjöld .	69	71,500	Sobral . .	65	69
Bodman. . .	63,500	67,500	Jonassen .	75	74
Ekelöf . . .	68,000	69,000	Akerlund .	65	62

No era solamente nuestra provisión de víveres lo que poco á poco tocaba á su fin. Las bujías de estearina que habíamos traído disminuyeron rápidamente, y antes de acabarlas separamos las suficientes para leer y anotar nuestras observaciones en los aparatos con el farol durante la noche. Afortunadamente teníamos suficiente cantidad de petróleo.

Lo peor era la cuestión de vestuario; aun teníamos prendas de ropa interior en número necesario, pero tanto éstas como las exteriores de uso diario empezaban á deteriorarse y llevaban grandes remiendos cosidos por todas partes. Así, teníamos que pasar grandes ratos con la aguja en la mano para componerlas como mejor podíamos. Afortunadamente no necesitábamos vestir, en aquellos parajes, con gran corrección, por lo que nadie echó de menos las ropas nuevas. Lo principal era que todo quedase lo más fuerte posible; se arreglaron, por ejem-

plo, las medias, echando plantas nuevas á un par con pedazos de frisa de la pierna de otras. Lo que se hallaba en peor estado de conservación era nuestro calzado, que pronto se gastó en nuestras correrías por los pedregosos alrededores desprovistos de nieve.

Nuestro remanente de suela estaba casi completamente agotado; las pieles de foca no se podían curtir y daban un material muy poco duradero; sin embargo, se fabricó con ellas una especie de calzado que difícilmente hubiera obtenido premio alguno en una exposición zapateril.

Nuestra vida invernal era aquel año tan monótona y pesada, que la descripción de un solo día la da á conocer perfectamente en su conjunto.

Aquel de nosotros que estaba de guardia por la mañana hasta las siete, despertaba á Akerlund que, á nuestra petición, se encargó con gusto de la observación de las ocho, de modo que podíamos descansar con tranquilidad un par de horas más, que durante el obscuro tiempo de invierno nos permitía dormir, á pesar del ruido que desde esa hora empezaba á sentirse. A las nueve éramos despertados los durmientes por un fuerte grito: «¡El almuerzo!» que nos hacía desenfundar de nuestros sacos-camas. Poco á poco nos presentábamos uno tras otro, pero sin prisa, y eran siempre las diez cuando, ya reunidos, nos disponíamos á almorzar.

Nos dedicábamos durante la mañana á toda clase de trabajos. Si el tiempo era bueno, preferíamos estar fuera; yo me iba casi siempre hacia el ventisquero ó hacia las alturas, y alguna vez verificábamos cortas excursiones en trineo.

Cuando soplaba la tempestad, nos entregábamos á la

lectura. Todo nuestro bagaje literario estaba leído y releído hacía tiempo; pocas cosas sentíamos tanto como el no habernos llevado mayor parte de la rica colección de libros del «Antártico». Yo mismo había traído muy pocos libros científicos, y tenía que contentarme leyendo lo que antes despreciaba, como libros de historia filosófica y cosas parecidas. Durante el primer invierno, con gran sorpresa nuestra, no nos gustaron las descripciones de viajes; pero en cambio, durante el segundo fueron leídas atentamente por todos nosotros. A veces nos ocupábamos también en distintos estudios, como cálculos matemáticos, y en particular Bodman estaba muy atareado con estos problemas.

A pesar de todo esto nos parecieron muy largas aquellas mañanas tempestuosas, interminables, pues lo que dificultaba todo trabajo variado en casa era la falta de espacio; sólo nos podíamos sentar alrededor de la mesa del comedor.

Comíamos á las tres y luego procurábamos dormir un rato los que estábamos de guardia durante la noche. Seguían, pues, á la comida un par de horas de quietud y tranquilidad, que podíamos emplear en trabajos minuciosos con más facilidad que por la mañana. Después llegaba la hora del café, único momento del día en que conversábamos amigablemente reunidos.

Desde mediados de julio empezamos, Bodman, Sobral y yo, á ocuparnos casi diariamente, durante un par de horas, en calcular la fuerza de las ráfagas de viento y formar tablas sobre las relaciones existentes entre la dirección del viento y otros factores climatológicos.

Según la época del año y el estado del tiempo y de nuestro ánimo, podíamos pasar los días de distinto modo;

pero casi, sin interrupción, transcurrían las noches de la misma manera.

Durante el primer año no habíamos acudido nunca al juego de naipes para distraernos, cosa de que nos alegramos, porque así nos gustó más durante el segundo año, sin que nos cansase aquel inocente pasatiempo que nos evitó muchas horas de aburrimiento. Jonassen y Akerlund se encerraban en su cuarto con una baraja, y los demás nos reuníamos casi todas las noches, desde las nueve hasta las diez y media, en el comedor para jugar al *whist* con preferencia. Si alguna vez los naipes han sido verdaderamente útiles á los hombres, fué seguramente en aquella ocasión; y puedo asegurar que, aun ahora, cuando veo alguna baraja, no dejo de experimentar cierta emoción.

No es seguramente fácil, al que no lo haya experimentado, comprender la gran influencia que ejerce en el ánimo y la huella que deja un hecho repetido con regularidad durante largo tiempo, cuando éste constituye el único recurso de distracción.

Mucho contribuyó á nuestro relativo bienestar el combustible de grasa, que nos dió un resultado admirable. Nos quedaba todavía bastante carbón, que no gastamos durante el invierno porque notamos pronto que la grasa era más ventajosa para nuestro objeto. Aunque la piel y la grasa se quemaban juntas, no producía por eso su combustión ningún olor desagradable; calentaba mucho más que el carbón y era mucho más fácil de encender; no había necesidad de cuidar de él, y siempre que sentíamos frío podíamos hacer fuego con poco esfuerzo.

Aunque rara vez pusimos lumbre por las tardes en la

cocina, tuvimos durante aquel invierno, dentro de casa, más calor que durante el anterior.

Aquel sistema de calefacción nos causó, con todo, alguna molestia. Era difícil poder consumir completamente todo el combustible en nuestro hornillo, y mientras se quemaba la grasa iba goteando á través de la

Una de las camas.

rejilla, por lo que tuvimos que colocar debajo de la chimenea una caja de metal de bastante cabida, que se vaciaba de cuando en cuando. No se podía con esto evitar que parte de la grasa cayera al suelo, en donde poco á poco se extendió, formando una masa pegajosa en la que se acumulaba el polvo y la basura, y aunque, sin razón, comparé un día nuestro comedor con un corral.

Estábamos, á pesar de todo, contentos de nuestra

pequeña vivienda, que no podía ser mejor, atendiendo á los medios con que contábamos para combatir la inclemencia del tiempo.

Cuando se concluyeron las bujías y se colgó una lámpara del techo de nuestro cuarto, escribí en el diario:

«La lámpara luce casi demasiado, porque no es agradable ver con esta fuerte luz la pegajosa techumbre revestida de nieve cristalizada, de humedad y de moho, de la que, además, cuelgan ropas y zapatos sucios. Los pobres cuadros están negros y rezumados, todos los utensilios oxidados, y la ropa de las camas empieza á romperse.»

Como una prueba más patente de los daños causados por la humedad en nuestra vivienda, véase lo que escribí:

«Aunque en nuestros camarotes bajos evitamos el goteo del techo, sufrimos, en cambio, la humedad del piso. Mis libros y papeles, que conservo en una caja puesta en el suelo, están húmedos y enmohecidos y dentro de pocas semanas estarán completamente destruídos, si no los saco frecuentemente al aire para que se sequen.

»Después de haber estado ausente algunos días, sentí un olor de moho, más fuerte que de costumbre, que partía de la cama. No habría podido suponer nunca que la tierra del piso fuera tan fértil: un garbanzo que había caído debajo de la cama había brotado y tenía, no solamente raíces largas de algunos decímetros, sino un largo tallo con pequeñas hojas sin desarrollar, aunque eran amarillentas por no haber recibido la luz solar.

»Cuando intenté sacar mis colchones para secarlos al sol, se vió que el de debajo no formaba más que una masa informe que no podía transportarse. No tenía más

remedio que conformarme con el colchón superior hasta el verano siguiente, si llegaba el buque. Hay que advertir que bajo los colchones había un fieltro grueso y encima descansaba el saco acolchonado para dormir; cubríame además con un gabán forrado de piel de guanaco, y así no se dormía muy mal, pues no dependía de la cama el que las noches resultasen largas y de insomnio.»

Eran muy variadas nuestras conjeturas durante aquel tiempo, y no podíamos por menos de hablar á menudo del auxilio que esperábamos, y cuando ciertas dudas atormentaban nuestro pensamiento, creíamos siempre que sería el «Antártico» el que volvería á buscarnos.

Nos preocupaba igualmente lo que nuestros compañeros habrían realizado durante aquel largo espacio de tiempo, si alguno de ellos había regresado á la patria. Aunque sufrimos la decepción de no ver aparecer el «Antártico» cuando le esperábamos, durante el difícil verano pasado, no podíamos imaginar que nuestro buque hubiese naufragado, creyéndolo imposible.

Sólo como objeto de discusión, conversamos alguna vez sobre la posibilidad de resolver con nuestros propios recursos la manera de abandonar nuestro destierro; pero llegamos en seguida á la conclusión de que tal cosa era enteramente irrealizable. Para poder, con alguna probabilidad de éxito, atrevernos á semejante intento, nos era preciso poseer un bote mucho mayor y de construcción muy distinta al que teníamos. Era mucho más práctico estudiar, llegado el caso extremo, si podíamos hallar nuestra liberación salvando el hielo durante el verano próximo, si se presentaba tan compacto como durante el anterior.

De sobra contamos con que nos sería extraordinaria-

mente difícil, durante el verano, andar sobre el hielo el largo camino necesario para encontrar un buque; pero yo creía, sin embargo, que si agotábamos nuestros recursos por completo, debía intentarse algo, antes que quedarnos completamente quietos é inactivos. Con la caza probable de focas durante el camino, con los perros para el arrastre y nuestro ligero bote, teníamos probabilidades de andar un buen trecho hacia adelante, y me parecía difícil que los obstáculos nos obligasen á retroceder inmediatamente.

Para el caso de que estuviésemos encerrados aun todo un invierno, tenía formado mi plan. Sin embargo, no lo comuniqué todavía á mis compañeros. Comprendí, por otra parte, que la vida común en circunstancias tan monótonas llegaría á ser intolerable, y para dar variedad á nuestros trabajos y que estos fueran más prácticos, pensé cambiar de lugar el observatorio magnético ó transportar algún material á la isla de Seymour y construir allá otra pequeña vivienda. De haber construído allí un observatorio permanente, desde la nueva estación hubiera podido dedicarme con más fruto á mis trabajos de cartografía y á explorar al propio tiempo con más detenimiento aquella isla singular. Hubiera sido además agradable y útil para todos visitar aquellos terrenos, lo que podríamos verificar alternativamente por grupos, y después de explorar durante unas cuantas semanas aquellos lugares, regresar seguramente con nuevo interés á la estación principal.

Afortunadamente no hubo necesidad de llevar á cabo tal ensayo.

Para que una vida tan aislada del mundo como la nuestra sea algo llevadera, se exige imprescindiblemente

que la unión entre los compañeros sea tan cordial como lo era la nuestra. Los intereses comunes que perseguíamos eran en este sentido los que más nos alentaban, y hasta en nuestros más sencillos pasatiempos presidía la más perfecta concordia.

La diaria monotonía, que jugaba principal papel, veíase interrumpida por alguna fiesta de vez en cuando, cuya importancia para nosotros no es necesario encarecer. Nuestras fiestas durante aquel invierno no fueron numerosas, pero las celebramos todo lo mejor posible. Ya referí nuestra comida de medio verano; además de aquella celebramos algunos cumpleaños. El de Ekelöf, el 12 de septiembre, fué el último de la serie, y se festejó con un espléndido banquete en el cual, además de fiambres, conservas y dulces, se sirvió carne de foca asada al horno con judías blancas, nuevo guiso que aun no habíamos ensayado y que fué del agrado de todos. Por la noche se sirvió ponche y repartimos tabaco: casi el último resto de nuestra provisión de ambas cosas.

A pesar de todo, nos sentimos á menudo tristes y abatidos, y hasta que hallamos á nuestros compañeros de la bahía de la Esperanza, no pudimos apreciar hasta qué punto anhelábamos saber nuevas del mundo y cambiar impresiones con otros hombres.

Echábamos de menos innumerables cosas, pero entre todas, las que más notamos su falta, eran los periódicos y los libros. Aunque la naturaleza ofrecía á nuestro alrededor gran interés y era verdaderamente admirable, á la larga su vista nos cansaba y abatía. Faltaba al paisaje la inexplicable alegría que le comunica el verdor de los campos y de los bosques. Aquella naturaleza tenía sólo la grandiosidad de la muerte; la falta de colores, la mo-

notonía de las blancas extensiones la hacían singularmente triste. El encarnado, el verde, el amarillo, en una palabra, los colores que más poderosamente impresionan la retina faltaban casi por completo: tanto fuera de casa como dentro de ella, sólo veíamos cosas blancas, azules ó negruzcas, y hasta los delicados matices tan característicos durante el invierno en aquellas regiones, que atraen la vista con una fuerza admirable, parece que encierran como una frialdad inanimada.

Muy significativos, por lo que pone de relieve la situación de nuestro espíritu, eran nuestros sueños, que nunca se sucedieron tan numerosos y vivos como entonces. Hasta los compañeros que acostumbraban á soñar excepcionalmente, tenían por las mañanas largas historias que contar. Todos estos sueños se relacionaban con el mundo exterior que se encontraba tan lejos de nosotros, aunque á menudo se ajustaban á las circunstancias del momento.

El más singular de estos sueños característicos fué el de un compañero que se vió trasladado al banco de la escuela para aprender á despellejar algunas focas en miniatura, construídas á propósito para la enseñanza. Comidas y bebidas formaban generalmente la base de nuestros sueños. Otro compañero que soñaba siempre con la comida, estaba muy contento cierta mañana, porque «aquella noche había comido tres platos»; Akerlund soñó con montañas enteras de tabaco, y casi todos con el buque: Ekelöf le vió navegar en aguas libres, haciendo rumbo con todo su velamen desplegado hacia una gran fonda que había brotado en la orilla. Además, hemos de citar otro sueño: llegaba el cartero con el correo y nos daba una larga explicación del por qué de su tardanza;

había dejado nuestras cartas en otro lugar, logrando sólo después de muchas molestias, recuperarlas.

Naturalmente, soñamos con otras muchas cosas imposibles, pero tanto en los sueños que yo tuve como en los que oí referir á los demás, la sobra de fantasía era manifiesta. Si todos aquellos sueños hubiesen sido anotados, hubieran seguramente ofrecido gran interés psicológico. Como puede fácilmente comprenderse, deseábamos entregarnos á aquellos sueños que ofrecían á cada cual lo que más deseaba.

Una cosa que antes que nadie eché de menos fué no tener un trabajo regularmente ordenado. Como puede verse por el relato anterior, era muy difícil lograr esto ni fuera ni dentro de casa. Jonassen, y sobre todo Akerlund tenían su ocupación fija de antemano, y las observaciones físicas exigieron á los compañeros peritos en la materia un trabajo igualmente repartido. Bodman y Sobral efectuaron varias determinaciones de longitud con el meridiano. Las observaciones magnéticas en las cuales tomamos parte todos, se hicieron, por regla general, cuatro veces cada mes.

La gran importancia de aquellas observaciones durante el invierno es evidente, en diferentes órdenes meteorológicos, teniendo en cuenta que tanto la expedición sudpolar inglesa como la estación argentina estaban en continua actividad, que la expedición escocesa trabajaba muy cerca de nosotros y que observaciones idénticas se efectuaban en la isla de Paulet.

Ekelöf y yo éramos los menos afortunados por la imposibilidad de podernos dedicar incesantemente á nuestros trabajos de exploración, y buscábamos el medio de compensar esta falta de ocupación. Además de tomar

parte en las observaciones corrientes, vigilaba Ekelöf el estado sanitario, recogía datos estadísticos sobre nuestros aprovisionamientos y, ante todo, se ocupaba regularmente de sus trabajos bacteriológicos, que dieron ya desde un principio interesantes resultados, y que se variaron después de muchas maneras para poder estudiar el modo de vivir de las bacterias en estas regiones.

Volveré, más tarde, á hablar de los trabajos fisiológicos.

Por mi parte, recogía fósiles en los alrededores, é hice con los poco apropiados instrumentos que tenía á mi disposición, una triangulación de la isla como base para una cartografía más exacta. Para este trabajo estaba absolutamente supeditado á las variaciones atmosféricas, y á menudo, cuando precisamente en la estación hacía buen tiempo, soplaba demasiado viento sobre la loma, impidiéndome realizar mi tarea.

Las exploraciones dieron, en Snow-Hill, resultados muy interesantes. Las series de temperaturas tomadas fueron mucho más completas que las del año anterior, y pude comprobar que la cantidad de nieve caída, aun durante un invierno como el que atravesábamos, aumentaba poco sobre la superficie libre de hielo; fué muy instructivo seguir el cambio de la nieve que vimos caer durante el verano del año anterior, según se hallase sobre hielo granuloso ó sobre una masa cristalizada. En cambio, resultó más difícil que anteriormente estudiar la estructura del hielo en la muralla vecina al mar que había sido, en parte, destruída, y en parte cubierta por las masas de nieve que se habían aglomerado sobre ella.

También tenía varios cálculos que acabar dentro de casa; pero así y todo no bastaba este trabajo para ocu-

Sobral hace una determinación de la altura del sol durante el invierno.

parme constantemente. Aun cuando el tiempo se sostenía bonancible, no eran bastante largos los días para poder llegar en mis paseos á territorios menos conocidos, y por eso deseaba la llegada de la primavera y del verano, época en que podría, durante mis excursiones en trineo, estudiar regiones nuevas y desconocidas. Esperaba, por otra parte, que el «Antártico» volvería y que aun nos quedarían algunos meses por delante para llevar á cabo mis proyectados trabajos de exploración de que ya hemos hablado.

CAPÍTULO XX

Descubrimiento del canal del Príncipe heredero Gustavo

Plan y equipo para el viaje en trineo.—Una excursión malograda.—La tienda destrozada por el viento.—Regreso á la estación.—Nuevo intento.—El canal del Príncipe heredero Gustavo; su naturaleza y sus alrededores.

No dudé ni un momento que debía también aquel año emprender un viaje en trineo, que ofrecía entonces para mí un gran atractivo, pues la naturaleza que me rodeaba no me era, como antes, desconocida; y además, el trabajo sedentario que había de hacer en la estación, según las circunstancias lo imponían, acabó por aburrirme y deseaba romper aquella larga monotonía. No dudaba acerca del objetivo de mi viaje. Me seducía la idea de hacer un nuevo ensayo con ayuda de la experiencia adquirida, para penetrar más al sur en la misma dirección que seguí el año anterior; pero este plan no parecía prometer el interés geográfico, ni científico propiamente dicho, que otro que yo había ideado durante el invierno. Estudiando el mapa de la costa en

que nos hallábamos, vi lo completamente desconocidos que eran los territorios cercanos al norte de la estación.

Las investigaciones geológicas podían obtener allí preciosos datos referentes á su geografía, pues había llegado, aunque sin poseer pruebas suficientes, á la convicción de que la bahía que descubrimos el año anterior, detrás del cabo de Foster, se unía con la ensenada posterior del cabo de Gordon por un canal que le atravesaba, y que ya quería explorar primeramente.

Este viaje en trineo tenía también otro objeto, que solamente podía realizarse durante el invierno. Como ya he dicho, en el caso de que se presentase el hielo tan firme durante el próximo verano como en el anterior, habíamos deliberado sobre la posibilidad de llegar hasta el mar abierto, para, en caso afortunado, encontrarnos con la ansiada expedición de auxilio. Para conseguir esto, era necesario reconocer primeramente el estado del hielo hacia el norte; había, además, dos lugares que me parecían muy adecuados para buscar noticias de la expedición de auxilio del año anterior y dejar cartas y relaciones para el caso de que un buque llegase allí antes que nosotros.

Resulta ahora curioso mi proyecto, si se medita que los dos puntos que tenía intención de visitar durante el viaje en trineo, eran precisamente la bahía de la Esperanza y la isla de Paulet, precisamente donde nuestros compañeros en triste soledad esperaban que llegase un tiempo propicio para intentar reunirse con nosotros. Mi plan de penetrar hasta allí sobre el hielo de mar, y en aquella época del año, era irrealizable, como pude experimentar más tarde. Era el proyecto tan peligroso, que á pesar de las ventajas indiscutibles que se podían obtener

realizándolo, mis compañeros me disuadieron de intentarlo.

De entrever probabilidad de éxito para obtener nuestra liberación, seguramente todos nos hubiéramos decidido de buen grado á hacer tal ensayo; pero aquellos últimos días del invierno, tan inseguros, aumentaban por una parte nuestras esperanzas, y por otra nos hacían ver claramente los peligros que un viaje en trineo sobre el hielo de mar podía ofrecer y cuyos resultados no compensarían el riesgo. Nuestra situación había cambiado visiblemente bajo muchos conceptos, desde el año anterior, para llevar á cabo excursiones en trineo.

Nuestros perros estaban bastante mejor; los cuatro veteranos del largo viaje anterior vivían todos, y en lugar de Kurre teníamos otros dos magníficos perros groenlandeses. Esta ventaja era relativa, porque Suggen, nuestro mejor perro, se había herido una pata con un hierro cortante; de modo que no sabíamos si podría aguantar un pesado viaje en trineo. Los cachorros no estaban todavía en condiciones de hacer largas jornadas, aunque nos eran muy útiles para llevar á casa la carne y las pieles de las focas muertas y los pájaros bobos.

Nuestros aprovisionamientos eran en su totalidad más deficientes que durante el año anterior. El más importante artículo, el pemmican, para hombres y perros, existía aún en suficiente cantidad, é igualmente podíamos contar siempre con nuestra sopa de lentejas para la cena. Respecto á los demás artículos debíamos observar una gran economía; pero nos quedaba, sin embargo, lo más indispensable para que pudiésemos disponer las comidas como el año anterior; sólo debíamos limitar bastante nuestro consumo de azúcar y de café.

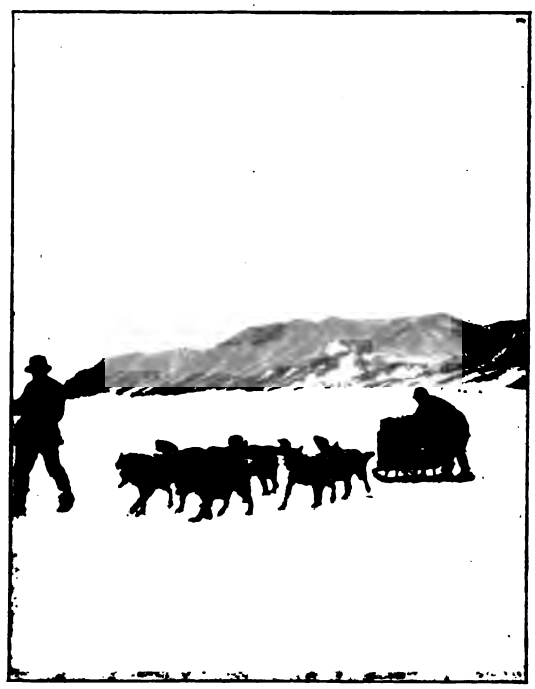
Modifiqué, pues, totalmente mis planes, teniendo en cuenta la experiencia adquirida durante el año precedente. Había visto entonces la inmensa importancia que tenía para nosotros disponer de suficientes perros, pues así no nos veríamos en la necesidad de arrastrar el trineo, que aun yendo ligeramente cargado resultaba muy penoso. Como no era práctico repartir nuestros cinco perros en dos trineos, me decidí á llevar esta vez sólo uno.

Teniendo en cuenta la disminución bastante notable, tanto en peso como en volumen, que resultaría en el equipo, consistente en ropa de dormir, provisiones, petróleo, etc., que necesitaríamos para tal viaje, resultaba suficiente uno de los trineos. Era posible que sólo tres perros podrían arrastrar durante un mes nuestro equipo, pero si ya en un principio encontrábamos el hielo desigual, les hubiera pesado más la carga seguramente, y corríamos el riesgo de retardarnos en el camino.

Para aligerar más aun el equipo y poder avanzar todo lo posible, aprovechando los días mejores, me decidí á dividir las exploraciones proyectadas en dos viajes. Durante el primero, en que Jonassen debía acompañarme, proyectaba, si el estado del hielo era favorable, dirigirme hacia el estrecho Antártico ó hacia la isla de Paulet. Después de nuestro regreso á la estación debía, tan pronto como me fuese posible, dirigirme á la bahía de Sidney Herbert, para estudiar más detenidamente la entrada que vimos durante nuestro viaje con el «Antártico» en febrero de 1902, y que probablemente era un estrecho cuya parte occidental esperaba poder estudiar durante el primer viaje en trineo. Sobral debía participar de esta segunda expedición.

Exceptuado su volumen y peso, era nuestro equipo

análogo al del año anterior; también esta vez nos llevamos la tienda de lona, el doble saco para dormir, la cocina sistema «Primus», tan sencilla como práctica, etc. En cuanto á las provisiones, estaban calculadas para cerca de treinta días completos, y el alimento de los perros



Emprendemos nuestro viaje en trineo.

para unos veinte. Además, me llevé unos dieciocho litros de petróleo, dos pares de patines para nieve y un *stock* bien surtido de ropas de reserva.

Para que pudiésemos llevar á cabo todo nuestro programa, era importante salir tan pronto como fuera posible. El mes de septiembre tocaba ya á su fin, y aun no

habíamos podido emprender la jornada, aunque el equipaje estaba pronto para ser cargado en el trineo el primer día hermoso que se presentase.

El día 28 de septiembre fué, lo mismo que los días anteriores, frío y tempestuoso: la fuerza del viento era de unos veinte metros. No parecía, por consiguiente, el día muy apetitoso, y dije por la noche á Ekelöf que me encargaba de la primera guardia de la noche, pues no necesitaba madrugar porque, de todos modos, no saldríamos aquel día.

Las circunstancias pueden, sin embargo, hacer cambiar los más firmes propósitos. Cuando me desperté á las seis, vi que la tempestad había cesado y que el tiempo parecía sereno. Me levanté inmediatamente para darme mejor cuenta del estado del tiempo, que vi era bastante favorable, aunque la temperatura era de unos 25° bajo cero y el barómetro no subía de 740 milímetros. Pero como nos había engañado muchas veces el barómetro, respecto á la predicción del tiempo, y la estación estaba tan adelantada, era nuestro deber no desaprovechar ninguna ocasión favorable.

Cuando vi, pues, que el tiempo mejoraba algo, no titubeé un momento; desperté á Jonassen y comencé á poner en orden nuestro equipo.

No quedaba mucho qué hacer, pero, como sucede siempre en tales casos, tenía que dar instrucciones y consejos, inventariar los artículos del equipo y empaquetar algunos pequeños enseres.

Después de haber tomado una taza de café como despedida, nos pusimos en marcha un poco después de las doce. Bodman, que llegó acompañándonos hasta la orilla donde nos despidió agitando el pañuelo, creyó ver una

foca sobre el hielo y le prometimos matarla, si era posible, y despellejarla por él.

Ekelöf se había colocado al extremo del varadero y sacó una instantánea cuando pasamos.

Ya antes de empezar nuestra caminata habían comenzado las nubes á levantarse por todas partes, y la montaña de Haddington estaba envuelta por la niebla. Bien mirado, debíamos haber adoptado más precauciones, pero una vez comenzada la empresa, no nos hubiera sido muy agradable vernos obligados á variar el plan. Nuestro primer objeto era arribar á la isla de Lockyer, donde esperábamos refugiarnos en el caso de que una tempestad se nos viniese encima. De allí debía continuar la marcha hacia el cabo Foster. Teníamos intención de no tocar el depósito del cabo Hamilton, que debía quedar como última reserva, en caso de deshelarse el estrecho.

Marchamos rápidamente sobre el hielo duro y liso, lindante á la estación, y sin dificultad ninguna podía ir uno de nosotros sobre la carga, mientras el otro marchaba delante marcando el rumbo.

Detrás del cabo Hamilton fué peor el camino; el hielo estaba cubierto de una capa de nieve de varios decímetros de espesor, helada en su superficie, pero de tan poco espesor, que tanto hombres como perros y trineo se hundían. La herida que tenía en la pata el perro Suggen se abrió á causa de los continuos golpes contra el borde del hielo, y el pobre animal dejaba tras sí manchas de sangre sobre la nieve.

Además, había empezado á soplar de cara un insoportable viento del sudoeste. No podíamos subir al trineo, antes bien, nos veíamos obligados á ayudar á los perros. Gracias á los patines pudimos, sin embargo, adelantar

con relativa facilidad, y á las seis hicimos alto al pie de la grande acumulación de nieve que habíase amontonado hacia la parte norte de la isla Lockyer.

Poco después de las once, cuando no bien acabábamos de dormirnos, se oyó un ensordecedor ruido lejano que se aproximó cada vez más, y antes de pocos minutos teníamos la tempestad encima. Rachas violentas de aire hacían temblar la tienda y arrastraba la ventisca masas de nieve que penetraban por los resquicios de la puerta. A la mañana siguiente seguía haciendo un tiempo insoportable y no podíamos pensar en continuar la marcha. Al desempaquetar los víveres que llevábamos, encontré que faltaba un saco de pan que contenía casi la mitad de la provisión que habíamos juzgado estrictamente necesaria.

Seguramente había sido olvidada por un descuido incomprensible al arreglar nuestro equipo. Si no queríamos regresar á la estación ó arriesgarnos á prescindir en parte de este importante artículo, no nos quedaba más remedio que desviarnos hacia el depósito cercano y llevarnos la existencia de pan en él almacenada. El día, aunque transcurrió lentamente, lo pasamos distraídos, porque siempre hay al principio de una expedición multitud de asuntos sobre qué conversar.

Habíamos elegido mal sitio para acampar: ahondamos en la nieve un profundo surco para colocar las camas, pero así y todo, sentimos aquella noche bastante frío, á pesar de estar encerrados en nuestros sacos. Tocamos también los inconvenientes de esta especie de camas para dos personas que han de permanecer inmóviles para no molestarse.

Habíamos esperado que el tiempo mejoraría, pero

durante el día siguiente (1.° de octubre), fué mucho peor. La atmósfera estaba completamente obscurecida por los torbellinos de nieve; el viento soplaba casi periódicamente en fuertes ráfagas, con intervalos de una calma asfixiante, parecida á la que reina en el punto medio de un ciclón; calma durante la cual, sin embargo, se oía á lo lejos constantemente el ruido rítmico de la tempestad, parecido al de una catarata ó al fragor de la mar agitada.

Por la mañana estaba el pabellón medio enterrado en la nieve.

Debíamos, pues, permanecer forzosamente en nuestros sacos.

Á media mañana, nos determinamos á levantarnos é hicimos nuestra comida dedicándonos luego á barrer la nieve y arreglar un poco dentro de la tienda para que la estancia en ella fuese todo lo agradable posible.

Nos acostamos de nuevo escuchando la tempestad cuyos embates eran terribles, cuando de repente, sin tiempo de prevenirnos, una ráfaga más fuerte derrumbó la tienda sobre nosotros.

La cuerda de una de las estacas se había desatado, y la tela se había roto por varias partes. Sin calzarme ni abrigarme bien salí imprudentemente de la tienda, y sin ponerme los guantes siquiera, arreglé las cuerdas mientras Jonassen buscaba lo necesario para coser desde dentro los desgarros. Estaba tan mal situada la tienda que había recibido todos los embates de la tempestad. El frío era intolerable en aquel descampado y según vimos más tarde había señalado el termómetro de la estación 25° bajo cero. El viento soplaba con tanta violencia, que difícilmente podía mantenerme en pie. Cuando salí de la tienda tuve que agarrarme con las manos desnudas en la nieve y después de haber arreglado como pude las cuerdas, mis manos estaban completamente heladas y con grandes esfuerzos pude mover los dedos. Los daños causados en la tienda eran considerables y tuvimos que auxiliarnos mutuamente para repararlos. Por fortuna conseguimos reforzar los cables y sujetar la tela lo suficiente para poder refugiarnos interinamente, quedando sin embargo, uno de los palos tendido y la parte delantera de la tienda en descubierto, por donde penetraba la nieve. En vista de tan difíciles circunstancias vimos que era necesario regresar á la estación antes de continuar el viaje. Esto era lo más acertado para reemplazar de paso las provisiones que habíamos consumido durante aquellos días sin provecho alguno y recoger el otro saco de pan que nos habíamos olvidado.

Además exigían larga reparación las averías de la tienda, que tal como había quedado estaba poco menos que inservible, pues además de que los desgarrones quedaron cosidos de cualquier manera, uno de los palos había acabado por romperse. Además, todo nuestro

equipo estaba mojado y helado por la mucha nieve que había entrado en la tienda.

Debimos, sin embargo, pasar allí la noche, y cuando á la mañana siguiente salí del pabellón que estaba entonces enterrado casi por completo en la nieve, vi que el estado del tiempo había mejorado bastante, aunque no hasta el punto de convidar á una marcha tan larga. El cielo se serenó á mediodía, hora en que nos dispusimos á partir.

Formamos con la mayor parte del equipo un depósito, siendo así muy ligera la carga que los perros debían arrastrar. De este modo fué menos penosa nuestra marcha hacia casa, y cuando estuvimos en las cercanías de la estación, pudimos subir algún rato en el trineo.

En tres horas y media recorrimos así cerca de treinta kilómetros que nos separaban de nuestros compañeros. Ekelöf fué el primero que nos salió al encuentro preguntándonos si había sucedido algo grave. Pronto estuvo todo explicado, y después de haber descargado el resto del equipaje, volvimos á nuestras antiguas ocupaciones.

Estábamos disgustados por el fracaso de nuestra expedición preparada con tanto tiempo, pero no había más remedio que conformarse. No servíamos además de gran cosa en la estación y nos propusimos hacer que nuestro descanso fuese lo más corto posible.

Durante el día siguiente pudimos acabar los trabajos más necesarios y me encargué de la guardia de noche para acabar de escribir mi diario, en el cual, entre otras cosas, se leen las siguientes reflexiones:

«Pocas veces me he sentido tan abatido como en este momento; considerándome poco menos que vencido por las fuerzas fatales de los elementos.

»Nuevamente sopla el viento nordeste; tal cambio constituye el suceso del día; ahora es cuestión de adivinar si sobrevendrá otra tempestad ó si ese viento será duradero.

»El hielo se ha desviado algo en la parte de mar cercana á la costa. En esta época del año podía constituir esto una agradable novedad, mas para nuestra excursión en trineo, tal estado del hielo no era ciertamente ventajoso.

»Precisamente para poder llegar tan lejos como fuera posible antes de semejante cambio apresuramos nuestra anterior partida.»

Durante la noche persistió el viento nordeste, y como la temperatura subió hasta cerca de cero, sin aguardar á más emprendimos la jornada. El viento se calmó en el transcurso de la mañana.

Nadie nos acompañó al ponernos en camino, ni solemnizamos la despedida para marcar el comienzo de la excursión en trineo más notable que se efectuaba durante nuestra permanencia en la estación. El equipo era ligero, y no tuvimos que apresurarnos para llegar á la isla de Lockyer; donde, en todo caso, teníamos intención de pasar la noche. Acampamos un poco más adentro del lugar donde últimamente habíamos pasado momentos tan desagradables. Al llegar tuve tiempo para efectuar una serie de medidas cerca del extremo de la isla. Á mi alrededor se cernían grupos de petreles que anidaban en la parte alta de la obscura y escarpada pared de basalto.

Se oía sin cesar el chirrido mortificante de estas aves palmípedas tan voladoras, semejante al graznido de los grajos.

Por la noche, sobrevino un viento bastante fuerte

pero caliente é igual, completamente distinto del de la otra vez.

Á la mañana siguiente había cambiado el tiempo de nuevo: teníamos niebla y nieve con poco viento del sudoeste. No era, sin embargo, muy fuerte y podíamos emprender la marcha sin riesgo. La nieve era bastante profunda pero estaba lo suficiente dura para que pudiese emplear los patines, y así, marchaba yo delante haciendo

Delante de nosotros se destacaba una singular isla de forma semiesférica.

rumbo, seguido de los perros que arrastraban el trineo. Algo al sur de la isla vimos en la nieve una masa negra. Hicimos rumbo hacia allí y encontramos una foca muerta con la cabeza metida en la nieve. Es de suponer que había muerto helada, pues verdaderamente habíamos atravesado un tiempo tan crudo, que hasta las focas perecían de frío. Poco á poco llegamos al cabo de Foster y doblamos la extremidad hacia la extensa bahía que vimos precisamente un año antes por primera vez.

El sol había calentado bastante el negro peñasco: la nieve estaba derretida y el hielo era azul y liso como un

espejo. Pasamos entre muchas grandes aberturas y vimos un rebaño entero de focas, el mayor de los que habíamos visto desde que dejamos el buque. Más tarde encontramos varios grupos semejantes en el canal. Llegamos felizmente á la bahía que penetraba hacia el interior por la parte este y estaba limitada por singulares moles rocosas elevadas y puntiagudas que llamé por su forma en el diario «Cresta del gallo». Fuera de la bahía veíanse grandes bloques de hielo aprisionados por el hielo de mar. Tenían probablemente su origen en alguno de los ventisqueros del interior y nos fué bastante penoso poder abrirnos paso entre ellos con el trineo. Escogimos el lugar que nos pareció más resguardado y nos dispusimos á acampar. Muy cerca había algunas focas y matamos una pequeña para comer nosotros y dar los desperdicios á los perros. La noche fué inquieta; como sucede siempre que los perros groenlandeses encuentran focas, oímos constantemente sus ladridos, mezclados con los mugidos dolorosos de la madre de nuestra víctima. Poco á poco y dando resoplidos había llegado arrastrándose hasta cerca de nuestra tienda de donde la hubimos de ahuyentar.

En vez de relatar detalladamente los sucesos de los siguientes días, doy aquí algunos extractos de mi diario:

«*6 de octubre.*—El día empezó nublado y ventoso, pero mejoró luego y fué magnífico.

»El camino ha sido bueno, pero el hielo es muy diferente del que encontramos durante la excursión en trineo el año interior; hemos encontrado muchas aberturas en el hielo que en otras partes formaba desigualdades y elevaciones. Se observa que es hielo de mar por las focas que encontramos; las desigualdades proceden probablemente de que este hielo no es tan viejo como el que pisa-

mos más al sur. Nos acordaremos de este día por el grandioso panorama que contemplamos: una gran extensión de mar que habíamos descubierto y que debía formar una bahía ó un estrecho, pues las orillas á larga distancia parecían acercarse. La parte de tierra que se extiende á nuestra izquierda es la continuación de la Tierra del Rey Oscar y se halla formada por una meseta de hielo alta y coherente que se destaca tanto mejor cuanto desde más lejos se la mira. Delante de ella surgen elevadas crestas parecidas á cumbres aisladas, algunas de forma piramidal muy pronunciada. Cerca del mar se veía á menudo una ancha y coherente faja de hielo.

»Completamente distinta es la naturaleza á nuestro lado oriental; la tierra presenta montañas de formas parecidas á las que vemos desde nuestra estación invernal; una alta y dominante pirámide de hielo se yergue solitaria, separada del mar por valles semicirculares hundidos entre paredes verticales de basalto negro y encarnado que avanzan hasta el mar. En el fondo de esos valles hay grandes masas de hielo y entre ellas sobresalen negras elevaciones rocosas. Las crestas puntiagudas y las cumbres forman los contornos de este cuadro antártico.

»Hemos pasado casi todo el día delante de una gran ensenada, la mayor que conozco en este territorio, excepción hecha de la bahía de Sidney Herbert. En el fondo baja desde el interior de la tierra una masa extraordinaria de hielo: no podemos ver aún cuál sea la extensión de esta bahía hacia el norte. Dejamos atrás una espaciosa isla situada en medio de la bahía (*) y acampamos en la parte de tierra firme resguardada por una roca alta en forma de obelisco.»

(*) Isla de Nil Persson y de Khöss.

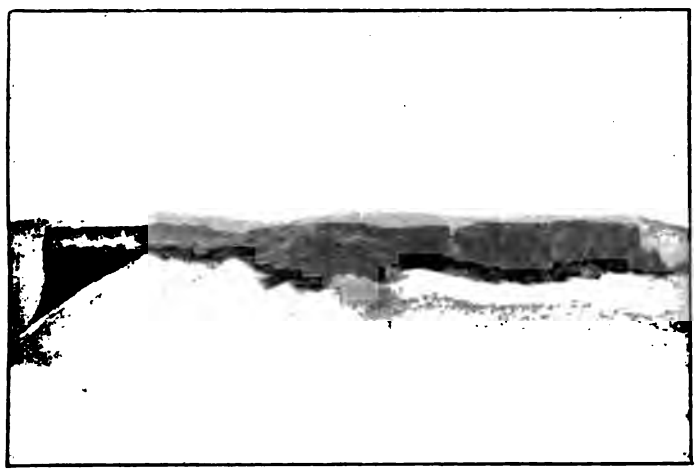
8 de octubre.—Dos días enteros hemos tenido que permanecer detenidos en el mismo lugar. El tiempo no puede decirse que verdaderamente sea malo, pero hace demasiado viento y la niebla impide ir adelante si no hay necesidad imperiosa.

En cambio, pude hacer algunas pequeñas excursiones. Fué interesante el hallazgo de una roca arenisca con restos de vegetales, que eran desgraciadamente incalificables. Sobre la piedra arenisca se extiende la gruesa toba basáltica, que también se encuentra en el estrecho del Almirantazgo. A juzgar por la formación geológica, parece posible que la montaña Haddington sea un antiguo volcán, hipótesis que también concuerda con su forma.

9 de octubre.—El día empezó con una pequeña aventura: no hallamos ninguno de los perros cuando salimos por la mañana. La tarde anterior habían acompañado á Jonassen en una excursión hacia el norte, y en el camino se habían entretenido con algunas focas, por lo cual sospechamos que estarían en aquel sitio. No había más remedio que fuera Jonassen en su busca, mientras yo verificaba una determinación del lugar y algunos otros trabajos. A las doce volvió mi compañero con los desertores y pudimos reanudar nuestra marcha. Después de aquella escapatoria mostrábanse los perros muy indómitos, y Kurre empezó á hacer de las suyas rompiendo con los dientes la cuerda de arrastre de Suggen y luego la suya, lo que ocasionó una larga interrupción en la marcha.

El día fué espléndido y el calor del sol se dejaba sentir como nunca lo experimentáramos en aquellas regiones. Me puse los patines porque había bastante nieve encima

del hielo. Mi vista se fatigaba y tuve que protegerla de algún modo; lo mejor era emplear las gafas consistentes sólo en una malla. Atravesamos una tras otra penínsulas salientes, separadas unas de otras por pequeñas bahías, y unidas á tierra por estrechos istmos. Las formaciones geológicas de aquellos terrenos debían ser muy intere-



Cabo de Lagrelius.

santes, y sería forzoso hacer alto para examinarlas antes de pasar á otras regiones.

Dirigimos la marcha hacia una pequeña isla singularmente formada, casi semiesférica (*), que recordaba mucho la isla de Rosamel. El hielo se prestaba en parte admirablemente para pasar sobre él; pero á cada ensenada seguía una faja de bloques de hielo muy frecuentes ahora. Por último, vimos que la tierra firme terminaba en una prolongada elevación de diez metros y medio de altura (**) y acampamos allí, detrás de una alta mon-

(*) Llamada de «Guillermo Carlson».
(**) Cabo de Lagrelius.

taña de hielo de las que abundaban en aquel lugar. La noche se presentaba tan espléndida como el día, que fué uno de los más animosos que pasé desde hacía mucho tiempo. Al este y al norte se extendía, bajo la luz encantadora del crepúsculo, la magnífica Tierra del Rey Oscar, con sus extraordinariamente blancos y relucientes ventisqueros, con sus erguidas crestas y sus puntas no tan altas ciertamente, por regla general, pero escarpadas y de singulares formas.

Allí tendría un alpinista perpetuo trabajo; muchas cimas se encuentran aisladas, pero en el interior se unen formando una alta y cerrada pared de montañas. Al nordeste se levanta la isla negra é informe de que he hablado, y más allá una lengua de tierra, que es lo único que cierra el horizonte por aquel lado, donde ha de decidirse la cuestión de si esto es ó no un estrecho. Al este se extiende la tierra cuya costa hemos seguido ahora tanto tiempo, con sus crestas multicolores y erguidas, que me recordaban paisajes que sólo había visto en Groenlandia. A mi alrededor elevábanse grandes bloques de hielo mal cubiertos de una capa de nieve recién caída, unos cuadrados y macizos como fortalezas, otros cortados en forma de bóvedas, de columnas, de pirámides, resplandecientes de azul y blanco. Sobre aquella naturaleza helada se extendía el cielo brillante de estrellas.

Apartado de la tienda para estar más á solas con la Naturaleza silenciosa, contemplé largo rato aquel cuadro de cuyas primicias no había disfrutado nadie hasta entonces.

Poco sospechaba en aquel momento que, á menos de unas jornadas de distancia, otros hombres observaban, tal vez á la misma hora, el territorio situado delante de nosotros, y que yo creí era aún más desconocido.

En pocos pasos retorné al lado opuesto de la montaña de hielo y me hallé de nuevo ante nuestra vivienda, silenciosa, bajo la luz de las estrellas. Los perros dormían en grupos alrededor de la tienda, que parecía representar allí el símbolo de la civilización y la cultura en medio de la Naturaleza desierta.

Confieso que en aquel instante sentí una gran satisfacción que recompensaba todos los afanes de la lucha.

10 de octubre.—Pasamos quietos todo el día á causa del tiempo nebuloso, y además, porque quería examinar la variada constitución geológica de los alrededores. Las capas de la orilla se componen de un conglomerado que no he visto antes en estas regiones, cubierto de toba volcánica. Me encaminé hacia la planicie prolongada que forma la terminación de la tierra hacia el sudoeste, pero la niebla no acabó de disiparse y no pude saber con toda certeza hasta dónde continuaba el estrecho.

Hoy hemos probado una nueva clase de pemmican, del cual había traído algunos paquetes. Es de preparación americana, y, según creo, de la misma clase que usó la expedición alemana. Era bastante aceptable, pero tenía un sabor particular que al cabo de algún tiempo acabaría por hacerle poco apetitoso.

11 de octubre.—Acabamos de realizar felizmente otra larga jornada, tal vez la más provechosa en descubrimientos de cuantas hasta ahora hemos llevado á cabo. El enigma referente á la geografía de estas regiones está descifrado. Hemos atravesado el amplio canal que separa de la tierra firme la extensa isla en la cual se encuentra la montaña Haddington. La única cuestión importante que todavía queda por resolver, es la de si este canal está unido con la bahía de Sidney Herbert, y por consiguien-

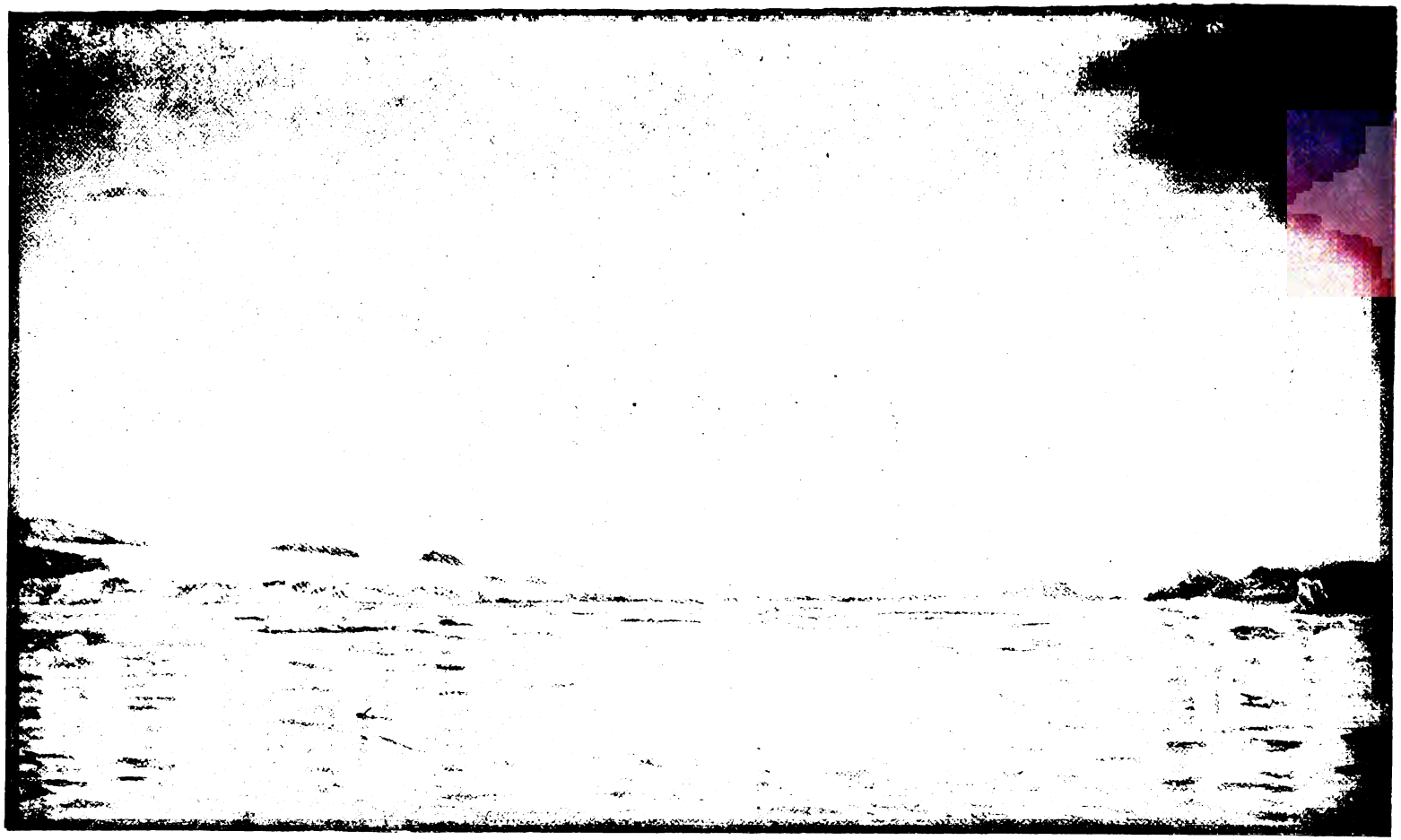
te, son dos islas las que hemos dejado atrás. No es imposible que sea así, y tengo la esperanza de averiguarlo durante la próxima expedición en trineo (*).

Al día siguiente duró bastante la niebla y no pudimos emprender la marcha hasta las diez. Pudimos ver entonces que la isla pequeña tiene una extensión considerable hacia el nordeste, donde se inclina rápidamente hacia el mar: presenta el terreno un aspecto sumamente accidentado, con sus rocas obscuras de basalto parecidas á enhiestas torres.

La parte norte de la isla mayor, presentaba poco más ó menos el mismo aspecto que las visitadas anteriormente, con sus numerosas bahías y poco elevadas montañas de suaves declives, que reflejaban á menudo variados colores. Vimos una, particularmente, cuya cima encarnada, por su parecido con la que existe en la isla noruega de Hästmannen, llamé con este nombre.

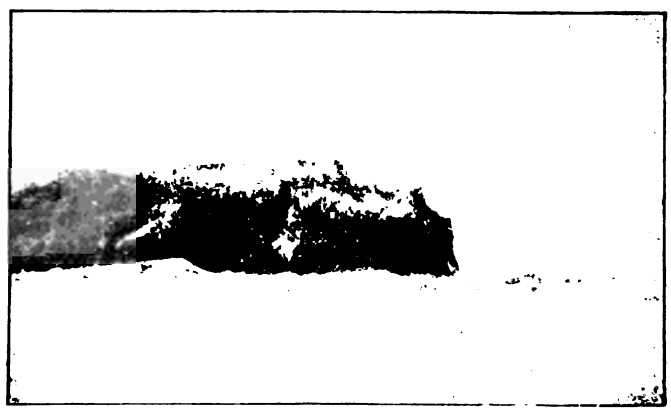
El hielo que cruzábamos era desigual y sembrado de numerosos bloques pequeños. No tenía idea formada sobre qué dirección era la más conveniente para nuestra marcha: caminamos al principio con rumbo al norte, sirviéndonos después de guía un cabo visible á lo lejos, situado al sur, que creía fuese el cabo de Gordon, pero por fin doblamos definitivamente hacia una alta isla situada en medio del estrecho. Podíamos ver desde allí que el mar, hacia el este, estaba abierto ante nosotros. Durante

(*) Este canal, que se bautizó con el nombre del «Príncipe Heredero», tiene un interés científico sumamente grande, y principalmente á causa de su analogía con las profundas cavidades que en varias partes de la Patagonia siguen la vertiente oriental de las cordilleras, separando la cordillera propiamente dicha, de una tierra alta más al este, la cual, lo mismo allí que aquí, está formada por materias volcánicas y sedimentos de nueva formación. Por su manera de ser, este canal se distingue bastante de los que hay en la costa occidental: el canal de Orleans y el de Gerlache. De las islas de la parte oriental del canal, llamé, á la mayor, con el nombre del descubridor de esta costa, isla de Ross, y á la pequeña, isla de Vega.



Puesta de sol en el estrecho del Almirantazgo.
13 de Febrero de 1902, á las ocho de la noche.—A la izquierda está situado nuestro cuartel de invierno.

la tarde pasamos una estrecha bahía muy entrante, contemplando en su fondo la montaña Haddington en toda su grandiosa magnificencia. De existir un estrecho que se interne en dirección á la bahía de Sidney Herbert,



Isla de Guillermo Carlson por su cara oriental.

debía ser cerca de allí, pero por el momento no tenía especial interés en averiguarlo.

Después de una marcha muy rápida, llegamos á las siete á la isla arriba mencionada, que era una roca colosal casi cortada á tajo, formada de toba encarnada con estrechas é irregulares vetas de basalto. Bandadas de petreles y gaviotas volaban alrededor de nosotros. Acampamos al abrigo de las rocas, donde por última vez debíamos pasar solos la noche.

CAPITULO XXI

Un encuentro inesperado

El día 12 de octubre.—Gunnar Andersson, Duse y Grunden.—Narración de sus aventuras.—Marcha hacia casa á través del estrecho y bahía de Sidney Herbert.—Penosa jornada sobre el hielo.—Llegada á la estación.

El día 12 de octubre amaneció como los días anteriores, con bastante niebla, pero no era difícil adivinar que pronto la dispersaría el sol. Jonassen se dispuso á preparar el almuerzo, mientras yo, en cuanto tomé un ligero refrigerio me interné en la isla, trepando por las escarpadas rocas, recogiendo durante un par de horas muestras de toba encarnada y extraños ejemplares de piedras, en su mayoría graníticas. Cuando hube penetrado más al interior, vi otra isla antes desconocida, mayor que aquella en que nos encontrábamos.

Recordé que el aniversario del descubrimiento de América caía precisamente en aquel día, y anoté el nombre de «Isla de Colón» en el diario.

Terminados mis trabajos, busqué un camino á lo largo de la orilla, entre los enormes bloques de hielo, que me llevara á nuestro campamento, donde me estaría esperando el almuerzo. Jonassen, entre tanto, lo había

puesto todo en orden para la continuación de nuestro viaje. El saco para dormir estaba arrollado, dispuesto para cargarlo al trineo, y todos los enseres pequeños empaquetados. Cuando no tenía qué hacer le ayudaba en aquellos menesteres; pero generalmente se encargaba Jonassen de todos estos detalles que, cuando el tiempo no apremiaba, le servían de entretenimiento.

Mientras tomábamos nuestro pemmican y un poco de café, conversamos sobre el plan que habíamos de seguir en el resto de nuestro viaje. Al norte teníamos muy cerca la costa sur de la Tierra de Luis Felipe, pero no consideré que fuese útil dirigirnos allí, sino internarnos aún más en dirección hacia la isla de Paulet. Tanto como alcanzaba la vista en aquella dirección se presentaba el hielo igual y entero; pero algunas nubecillas obscuras que flotaban al este indicaban que más lejos se encontraría agua libre: me sentí, pues, impelido á avanzar, y Jonassen me animó igualmente. Su fantasía se representaba el soñado depósito del «Antártico», sobre todo, porque esperábamos hallar en él una buena provisión de tabaco.

Nadie había echado de menos tanto como Jonassen este artículo, y ante la pequeña probabilidad de poder fumar á su gusto, no consideró entonces que tal vez exponía su vida.

Nuestra existencia de provisiones no estaba tan reducida que fuera obstáculo para la continuación del viaje, y no sé cuál hubiera sido mi decisión si la persistencia del buen tiempo y el suave viento norte que disfrutamos los dos días anteriores no me hubiese hecho reflexionar. Internarnos sobre el hielo de mar, lejos de tierra, sin llevar ni siquiera una canoa, nos exponía á riesgos que

no veríamos compensados con lo que pudiéramos descubrir. Cuando menos debíamos, antes de decidir definitivamente esta cuestión, estudiar en primer lugar el estado del hielo más al sur, por todo lo cual consideré más ventajoso dirigirnos á la tierra situada al sur de nuestro campamento, desde donde podríamos tal vez divisar libremente el cabo Corry y el de Gordon.

Era evidente que la costa en cuestión no aparecía en los mapas de que disponíamos, y no sabía aún con precisión dónde estaban situados los cabos indicados. Pero á una distancia no muy lejana, observé un promontorio obscuro claramente marcado y que atrajo mi atención cada vez que dirigí la mirada hacia él, como si una vaga sospecha me hubiese dicho que precisamente allí nos esperaba algo interesante.

Sin decidir, á pesar de todo, nuestro regreso, resolví primeramente hacer rumbo hacia aquel promontorio y después continuar adelante, hasta que se pudiese conseguir una clara idea del estado del hielo en la bahía de Erebus.

Empaquetamos los utensilios de cocina y las provisiones sobrantes, arrollamos la tienda y, después de colocarlo todo en el trineo, continuamos de nuevo el viaje.

El hielo está bastante igual; solamente de vez en cuando hemos de desviarnos de nuestro rumbo á causa de los bloques que forma en algunos sitios. Llevamos nuestra marcha ordinaria: yo delante con patines para nieve; Jonassen iba detrás con el trineo, que á veces debía empujar, mientras que en ocasiones podía subir en él cuando el estado del hielo se lo permitía. Para mis observaciones me era más ventajoso estar libre de los cuidados que exigían el trineo y los perros. Viajando en esta forma no

podíamos hablar durante las marchas, y cuando hacíamos alto para descansar un rato, me ocupaba generalmente en hacer anotaciones y tomar alturas con el sextante en los puntos más elevados. Llegamos por fin á la costa sur, acantilada, alta y abrupta, cubierta en sus capas superiores de toba porosa, sobresaliendo algunos bancos enteramente horizontales de materias volcánicas. Hacemos una de nuestras ordinarias paradas; en la orilla toma el sol un grupo formado por más de veinte focas, pero como nos quedan aún provisiones de carne fresca, las dejamos tranquilas.

Jonassen no olvida la conversación que tuvimos, y señalando las rocas que se elevan ante nosotros, recuerda sus sospechas de que no estaría muy lejos el codiciado depósito del «Antártico».

Aunque no participo de su opinión me guardo bien de quitarle las ilusiones. Proseguimos después nuestra marcha y llegamos en breve á las cercanías del promontorio, llamándome sobremanera la atención ciertas manchas obscuras que á mí me parecían movedizas. Bien podían ser piedras desprendidas, pero ello es que, poco ó mucho, tenían movimiento.

Jonassen, á quien preocupaba también aquello, no cesaba de preguntarme qué opinaba respecto á tan curioso descubrimiento. En esto nos habíamos acercado algo más, y entonces, fijándonos detenidamente, me persuadí de que aquellas manchas obscuras no eran piedras sino seres animados que se movían; tal vez pájaros bobos, aunque por su configuración no lo pareciesen.

Jonassen iba más lejos en sus sospechas y aventuró la idea de que bien podrían ser personas. Un grato presentimiento me asaltó y, sin esperar más, fuí hacia el

trineo y tomé los gemelos de campaña. Temblábame un poco la mano cuando los apliqué á mis ojos, temblor que aumentó cuando á la primera mirada me convencí de que realmente eran seres humanos, aunque sus siluetas se dibujaban confusamente sobre el fondo sombrío del promontorio. Enganchamos inmediatamente el trineo y nos dirigimos más que aprisa al encuentro de tan misteriosos visitantes, poseídos de la más viva emoción. Tan pronto me figuraba que íbamos á encontrarnos con los compañeros de la estación invernal, portadores de malas nuevas, como con los del «Antártico» que hubiesen conseguido arribar hasta aquellos parajes para prestarnos auxilio. Esta última hipótesis me parecía la más lógica. Rápidamente nos acercábamos á ellos. Distinguimos por fin claramente que eran dos hombres calzados con patines para nieve, que corrían de pronto hacia nosotros, y oimos un grito que, aunque débil, pude comprender claramente que era un «¡Hurra!»

Ni Jonassen ni yo contestamos. La aventura nos parecía increíble, tanto más cuanto que aquellos individuos que avanzaban á nuestro encuentro eran por demás extraños. Ciertamente que habíamos estado largo tiempo aislados en aquellos desiertos, pero no podía haber cambiado el mundo tan profundamente, durante nuestro destierro, para que desconociésemos á nuestros mismos semejantes, y aquellos hombres en nada se parecían á los compañeros del «Antártico». Los mismos perros parecían extrañarse de tan singular encuentro y demostraban su inquietud ladrando y moviendo las orejas. Jonassen me dijo algo que no comprendí entonces, pero luego supe que me había preguntado si debíamos prepararnos á cualquier eventualidad.

No sentía temor en aquel momento, pero mi pensamiento estaba ofuscado sin atinar la causa, mirando aquellos hombres negros como el carbón, vestidos de pies á cabeza de negro, con la cara negra y la cabeza cubierta con altas gorras, que tanto á Jonassen como á mí nos hicieron el efecto de sendas chisteras; tenían los ojos protegidos por extrañas antiparras, y los largos cabellos untados con grasa de foca, todo lo cual les daba el más singular aspecto.

Nunca había visto semejante muestra de civilización y de salvajismo; mis facultades adivinatorias quedaron paralizadas cuando me pregunté qué clase de gente podía ser aquella. Jonassen me preguntó si pertenecerían aquellos hombres á alguna raza antártica desconocida. Pero no había duda de que nos las habíamos con dos representantes de alguna expedición extranjera, tal vez de la de Bruce, que se servía de un equipo extremadamente moderno, distinto en todo de lo que podíamos imaginar á nuestra partida del mundo civilizado. No había que pensar en que fuéramos víctimas de una incalificable broma en forma de mascarada. Por fin, me encontré cara á cara con aquellos hombres enigmáticos. Jonassen se había quedado con los perros algo detrás de mí. Los desconocidos me tendieron la mano con un cariñoso «Buenos días» en castizo sueco.

—Buenos días - fué mi contestación.—¿Se sabe algo del buque?

—No—me contestaron.

Y añadieron:

—¿Qué novedades hay por la estación?

—Ninguna; todo marcha admirablemente.

Siguió un momento de pausa, durante la cual trabajó

mi cerebro inútilmente para formarme una idea clara de lo que pasaba. ¿Formaban parte de la expedición antártica, y no sabían nada del buque? Y si no procedían de una estación de invernada, ¿por qué se encontraban allí? En aquel momento pensé en la posibilidad de un naufragio, pero entonces, ¿cómo preguntan por el buque? Todas estas ideas pasaron por mi mente como un relámpago. Entonces uno de los desconocidos exclamó señalando á su compañero:

—El teniente Duse; y yo, Gunnar Andersson, en persona.

Sin volver de mi asombro y después de abrazarnos, añadió Duse:

—Intentamos reunirnos á vosotros el verano pasado, pero no lo pudimos lograr; esperábamos ser recogidos por el «Antártico», pero hemos tenido que pasar el invierno en una cabaña bastante más al norte y caminábamos ahora hacia vuestra estación.

Después de estas explicaciones estaba aún mi pensamiento tan preocupado con aquel singular encuentro, que no sabía qué contestar. Jonassen les dió algunos pormenores respecto á nuestra situación, y yo mismo acabé por hacerles un sin fin de preguntas.

La momentánea impresión de sueño había pasado, y me encontraba en plena realidad, pero de una realidad más singular de todo lo que mi fantasía hubiese podido soñar. ¡Cuántas veces, durante el largo destierro, despierto y soñando, había pensado en el primer encuentro con tan buenos compañeros!

Había pensado siempre en qué preguntas debería hacerles en primer lugar, reflexionando si se notaría alguna diferencia en nuestro aspecto, en nuestra manera

de presentarnos, si no habríamos perdido, en fin, ese barniz social que se adquiere con el trato constante en el mundo. ¡Cuán distintamente se había verificado todo! Entonces éramos nosotros los que podíamos brindar hospitalidad á los recién llegados, que nos recordaban á los negros de Australia, á una raza distinta de la nuestra.

Disposición nocturna del campamento.

Influyeron también notablemente en todos nosotros las impresiones producidas por la casualidad, pues aunque no había nada sorprendente para ellos en el encuentro, que debían prever, constituía una sorpresa agradable el habernos hallado cuando menos lo esperaban.

No sé si la escena relatada duró poco ó mucho, porque no me formaba idea clara del tiempo en aquel momento, y las preguntas se sucedían sin interrupción.

Granden, que era el tercero de los recién llegados, se

había quedado en el trineo, á corta distancia, haciendo la comida de los exploradores. Nos dirigimos todos hacia el sitio donde estaba, renovándose la serie de saludos y preguntas. Jonassen particularmente se despachó hablando á su gusto.

Nuestra charla fué interrumpida por la algazara de los perros. Durante todas estas escenas se habían mostrado muy inquietos y por fin echaron á correr con el trineo brincando sin que fuera posible detenerlos. Tuve que salir yo tras ellos para detenerlos y Jonassen hubo de interrumpir también su conversación para ayudarme á sujetarlos. Una vez conseguido, los desenganchamos del trineo, dejándoles en libertad y nos olvidamos por un momento de todo lo que nos rodeaba para escuchar el maravilloso relato de nuestros amigos. Como el hielo de mar se presentó cada vez más compacto durante el verano anterior, empezaron á temer que no fuese posible llegar con el buque á nuestra estación invernal, y el 29 de diciembre había salido del «Antártico» una expedición en trineo con el objeto de ponerse en comunicación con nosotros. Pero también se vió que este medio era imposible por lo que hubieron de regresar los expedicionarios á su punto de salida, donde esperaron en vano el regreso del «Antártico».

A principio de marzo se habían instalado en una cabaña de invierno hecha con piedras; sus provisiones estaban calculadas para nueve hombres durante dos meses, pero durante todo el invierno se habían mantenido principalmente con carne de foca y pájaros bobos, empleando grasa de foca como combustible. Afortunadamente no les faltó esta clase de alimentación, pero, por lo demás, habían vivido en tales condiciones que nos-

otros, á pesar de las deficiencias que diariamente hallábamos á nuestra manera de vivir, nos preguntamos con sorpresa cómo habían podido resistir tantas penalidades.

Tan grande fué mi impresión que durante un largo rato permanecí completamente absorto, compadeciendo á aquellos hombres generosos que habían tenido que sufrir tanto por nuestra culpa. Llegué á preguntarme si era humano acometer empresas que pueden conducir á tales extremos. Andersson se extendió en toda clase de explicaciones respecto al estado del hielo durante el verano y comprendí que con la poca experiencia que tenían al separarse del «Antártico», no les fué posible tomar medida alguna para evitar tales eventualidades y abrirse camino para reunirse antes con nosotros.

Poco á poco empezamos á hacerles preguntas sobre el mundo exterior, porque aun que hubiesen tenido que sufrir más que nosotros, su estancia entre los hielos databa de más reciente época, y podían contarnos los acontecimientos de todo un año y darnos las primeras noticias que durante nuestro destierro recibiéramos respecto á los acontecimientos ocurridos. El final de la guerra boer, la muerte de Zola, el fracaso del proyecto de sufragio en la cámara sueca, el tratado de paz firmado entre la República Argentina y Chile, la vuelta de Sven Hedins y la malograda expedición Baldwin, fueron, entre otras, las novedades que nos contaron.

Excuso añadir que menudearon las preguntas relacionadas con nuestra patria dedicando no pocos recuerdos á nuestros allegados y amigos.

Decidimos quedarnos durante aquella noche en el cabo del «Feliz encuentro». Los perros campaban por sus respetos; nuestras dos tiendas se instalaron una junto

á la otra; se izó la bandera sueca que yo llevaba arrollada en el trineo, y comimos juntos la primera comida hecha por Grunden. Consistió principalmente en conservas, y el color negro como el carbón de los trozos de azúcar con que endulzamos el café, fué lo único que nos recordó que los artículos que consumíamos no procedían de la despensa de la estación. Duse nos enseñó un gran paquete de pemmican preparado por ellos, especialmente para el viaje, con carne de foca frita, mezclada con grasa del mismo mamífero, manjar exquisito según nos aseguraron. Sin embargo, no nos dejamos llevar por tales elogios y apenas nos decidimos á probarlo.

Después de la comida, fueron Duse y Jonassen á matar una foca del grupo que habíamos visto por la mañana, mientras Gunnar Andersson y yo nos paseamos durante un par de horas por los alrededores conversando amigablemente. Por él supe entonces con toda clase de detalles cuánto les había ocurrido desde que dejaran el buque, recogiendo extensos informes respecto á las variaciones que presentara el hielo para saber en qué medida durante el verano próximo podríamos, con ayuda de la experiencia adquirida, intentar nuestra liberación haciendo desde la estación invernal un viaje en trineo, si antes no recibíamos auxilio de fuera.

Me enteré además de que ningún suceso desgraciado había ocurrido al «Antártico», é hice otras mil preguntas sobre los resultados científicos alcanzados por ellos durante la invernada. Era sorprendente cuanto teníamos que preguntarnos el uno al otro y tal vez porque aun estuviésemos dominados por la emoción de nuestro encuentro nos parecía que iba á faltarnos tiempo para hablar de todo. Celebramos aquel día con una cena

extraordinaria que empezó con una copa de ponche brindando con los nuevos compañeros á quienes agradó mucho aquella bebida confortante, pues no llevaban bebida alcohólica alguna en el trineo. Siguió la cena compuesta de un excelente *beefsteak* de foca frita con margarina, producto considerado casi como un lujo excesivo, sopa de guisantes que resultó excelente, y chocolate con pan y mantequilla danesa. A todos nos pareció un verdadero banquete, principalmente á nuestros convidados que se hacían lenguas de nuestra manera de condimentar los guisos. Como nuestra tienda era mayor que la otra, pasó Duse la noche con nosotros. El armatoste negro y completamente sucio de hollin y de sudor que servía á Duse de saco para dormir, formaba singular contraste con el nuestro que en más tiempo no había llevado tanto ajetreo. Una vez acostados estuvimos aún conversando largo rato. Duse fué quien se durmió primero, yo pensaba seguir su ejemplo, pero Jonassen estaba tan contento, que no cesaba de charlar. Hasta los perros estaban extraordinariamente excitados y ladrando y moviéndose no hubo medio de dormir tranquilamente aquella noche.

Mal podía sospechar entonces, mientras pensaba en la impresión recibida aquel día, que antes de transcurrir un mes había de experimentar otra mayor. Es difícil comparar ahora los sucesos pasados que tal vez por las circunstancias en que acaecían dejaban más profunda huella en el ánimo, pero es lo cierto que nunca olvidaré la impresión de esperanza y consuelo que aquel encuentro inesperado me causara. A pesar de la noche intranquila que habíamos pasado, quién más quién menos, madrugamos bastante.

Después de haber disfrutado durante todo el invierno

de inmejorable salud, Duse y Grunden sufrieron bastante á consecuencia de habérseles helado los pies. Fué la causa un brusco cambio de temperatura que se verificó el 7 de octubre, y necesitando entonces descanso y la asistencia de nuestro médico Ekelöf, decidimos por unanimidad suspender el viaje en trineo para ulteriores trabajos de exploración, lo que era también superfluo hasta cierto punto, por haber ya nuestros compañeros reconocido la región vecina. Además, entre otras cosas, habían observado agua libre de hielo tan cerca del cabo de Gordon, que era más que dudoso poder pasar por allí con el trineo. Habían averiguado también que la tierra donde entonces nos encontrábamos, era una verdadera isla y que realmente había un canal entre la bahía de Sidney Herbert y la gran ensenada que yo había observado el 11 de octubre. Esperábamos encontrar un buen camino para llegar á la estación, que además debería ofrecer interés para la cartografía de aquellas regiones, por lo cual decidimos regresar á casa lo antes posible. En cuanto á nuestro equipo, resolvimos llevar solamente lo que nos era absolutamente necesario, procurando cargarlo todo en el trineo de los perros. Dejamos en el campamento muchas cosas, entre otras, la provisión de carne de foca frita. Con las vituallas y objetos de más importancia teníamos intención de instalar un depósito en algún sitio abrigado cerca de la orilla.

Costábales trabajo á nuestros nuevos compañeros separarse de todos aquellos objetos que durante tanto tiempo habían constituído sus bienes más preciosos, sobre todo del viejo trineo que se llevaron del «Antártico» y que tantos servicios les había prestado.

Era el trineo fuerte, pero demasiado pesado para lar-

gos viajes. Pudimos también prescindir en parte de algunos otros artículos, entre ellos, del pemmican para los perros de que sólo nos llevamos lo estrictamente necesario para el regreso. Tardamos una hora todavía en acabar los preparativos necesarios para emprender la marcha. Como los perros tenían que arrastrar cerca de 350 kilos, mientras que nuestro trineo estaba tan sólo cargado con los pocos objetos que debían quedar en el depósito, nos quedamos algo rezagados, mas apenas enganchados empezaron los perros á marchar rápidamente. Andersson, Duse y yo, calzados con patines para nieve, alcanzamos bien pronto á todos. Grunden y Jonassen siguieron detrás con el segundo trineo. El tiempo era hermoso y calmo y el camino bastante bueno é igual.

Cuando doblamos hacia el sur dentro de la gran ensenada no encontramos más montañas de hielo ni desigualdades. Los perros, sobre todo los dos que nacieron en aquellas regiones, mostraban mucho miedo á los recién llegados; volvían tímidamente la cabeza é intentaban huir cuando se les acercaban.

Durante largo rato dudamos que existiese ningún paso al este de la bahía. El único sitio franqueable parecía hallarse hacia la parte opuesta de un cabo saliente que veíamos; pero cuando creíamos conseguir nuestro objeto nos persuadimos de que aquello sólo era una insignificante entrada de poca extensión. Por fin Andersson con sus patines para nieve se adelantó para reconocer el terreno, y después de breve marcha regresó lanzando un hurra y añadiendo que había dado con el paso. Pronto le atravesamos con los trineos y con vista libre hacia el este, acampamos al abrigo de una mole de nieve en la orilla norte del estrecho.

El panorama que se extendía ante nosotros era magnífico: hacia el nordeste veíase la gran ensenada que acabábamos de atravesar, al sur la colosal montaña de Haddington y al este el estrecho que en su parte media se ensanchaba formando una bahía semicircular, mientras que por la parte exterior estaba limitado por una lengua de tierra baja, muy extraña, islas y montañas. También pasamos aquella noche largo rato conversando, y conseguimos descansar mejor que la anterior.

Para dar cuenta del resto del viaje en trineo, dejo hablar el diario:

14 de octubre.—La mañana siguiente estábamos listos bien temprano; habíamos de aprovechar todo lo posible aquel hermoso tiempo, que no podía considerarse seguro. Podía sobrevenir el deshielo, que hubiera sido muy desagradable llevando tal impedimenta; además, se trataba de llegar á casa antes de que nuestros compañeros empeoraran de los pies. En la bahía interior adelantamos rápidamente. Andersson se adelantó con patines para nieve hacia la lengua de tierra donde hizo muy interesantes observaciones geológicas. Por un momento pensamos quedarnos allí todo el día para examinar minuciosamente aquel sitio, pero no estábamos equipados para efectuar los trabajos que debían hacerse, y además los motivos que acabo de citar me obligaron á seguir adelante, pues tenía intención de hacer un nuevo viaje á estas regiones. Fué muy penoso arrastrar el trineo sobre la lengua de tierra casi sin nieve. Por fortuna vimos al poco rato que la bahía estaba nuevamente lisa y abierta delante de nosotros y para celebrar el término de estas dificultades, acampamos al calor del sol y preparamos un poco de chocolate. Pronto veríamos que nos habíamos

Los tres desterrados de la bahía de la Esperanza.

equivocado de medio á medio al elegir tal vía. El hielo se derretía cada vez más, y aunque hubiera hecho frío, no hubiera probablemente aguantado un trineo tan pesado como el nuestro. Con aquel magnífico sol se hundía todo en la nieve y al poco rato se nos hizo muy pesado el andar hasta sin carga alguna y con los patines puestos.

Nunca había visto cosa semejante en estas regiones. El trineo avanzaba medio sepultado en la nieve, los perros se hundían sin poder tirar, ayudados por Jonassen y Grunden, que tenían que abrirse camino con nieve hasta las rodillas, de manera que adelantábamos con la velocidad de los caracoles. Para acelerar nuestra marcha se enganchó Andersson al trineo y Duse y yo nos cargamos cada uno nuestra mochila, mientras que Jonassen y Grunden continuaron tirando de una larga cuerda, pero aun así se vió que adelantábamos poco. Debíamos, pues, desistir de nuestra ruta trazada, y en vez de doblar el cabo Gage hicimos rumbo hacia tierra, donde también se nos presentó el camino bastante malo.

El sitio donde hubimos de acampar era pésimo; el hielo estaba cubierto de nieve y no se podían fijar bien los palos de la tienda, lo que era tanto más de sentir cuanto que mientras la instalábamos empezó á soplar el viento con fuerza. Afortunadamente era un viento cálido, aunque venía del sur; con todo, nuestra situación no era halagüeña, porque si arreciaba el vendaval podía llevarse la tienda.

De todas maneras estábamos animados y trabajábamos con verdadera fe y alegría, bromeando sobre las dificultades y riéndonos de las contrariedades: nadie quería encontrarse menos contento que los demás. Nuestro entusiasmo era semejante al de las primeras semanas

pasadas en la estación, cuando el porvenir se presentaba halagüeño por todos conceptos. Preparamos una buena cena y dormimos después profundamente, sin que el viento nos molestase mucho durante la noche.

15 de octubre. – Tenía vivos deseos de dejar en nuestro campamento parte del equipo, sobre todo los sacos para dormir y la tienda de los nuevos huéspedes, que debían adelantarse con los patines para llegar de día á la estación: después lo recogeríamos todo durante un nuevo viaje. A pesar de estos proyectos, como viera que Duse no se resignaba á abandonar su impedimenta, determinamos continuar la jornada llevándonos todo el equipo. La marcha se dispuso de la misma manera que el día anterior, con la sola diferencia de que Duse ayudó á conducir el trineo, mientras Andersson y yo aligeramos la carga llenando nuestras mochilas.

Avanzamos con bastante trabajo, pues á pesar de que calzábamos patines, nos hundíamos á menudo en la nieve.

Andersson se adelantó para ver si mejoraba el camino al llegar al cabo, pero como la nieve derretida por el sol comenzaba á pegarse á sus patines retrocedió pronto. Traté de hacer el mismo ensayo y logré con mucho esfuerzo llegar hasta el cabo, desde donde pude indicar por señas á los que me seguían que todo iría bien. Debíamos con todo sortear allí infinidad de grietas peligrosas, donde á veces el agua estaba sólo escondida por una ligera capa de hielo que se rompía con facilidad. Felizmente cuanto más adelantábamos más mejoraba el camino, y por fin, pudimos cargar en el trineo las mochilas que llevábamos á cuestas.

A poca distancia de la isla de Cockburn observamos que había agua libre y en el cabo Gage nos vimos dete-

nidos por enormes grietas, tanto más difíciles de rodear cuanto que en las inmediaciones se alzaban grandes bloques de hielo.

Encontramos allí muchas focas con sus crías, y mientras Andersson estaba observando una de éstas, la madre

Grunden al llegar á Snow-Hill. Grunden transformado.

le atacó por la espalda. Como estos animales suelen ser muy pacíficos y el ataque fué inesperado, con dificultad pude defenderle con el palo que llevaba.

Después que logramos pasar felizmente la grieta, bordeándola, nos encontramos de nuevo en el estrecho tan conocido del Almirantazgo. Estaba completamente helado y la marcha se nos hizo relativamente fácil, aunque á

causa del calor teníamos que descansar á menudo. Todos estábamos cansadísimos después de un día tan fatigoso y accidentado, y como no queríamos llegar á la estación de noche, levantamos por última vez nuestra tienda para pasar la noche.

Nos consideramos merecedores de una buena cena, que preparamos todo lo mejor posible, siendo obsequiados con un barrilito de arenques que nuestros huéspedes y amigos habían reservado especialmente para la última comida que verificásemos durante el viaje. Excuso decir que celebramos la novedad y nos parecieron riquísimas las sardinas.

16 de octubre.—Nos levantamos temprano: á las ocho habíamos almorzado y nos pusimos en marcha. El sol aun no había dejado sentir sus efectos sobre el hielo; de todos modos, había gran diferencia entre el que pisábamos ahora y el de los sitios por donde habíamos pasado durante los últimos días. Tal vez fuera debido á que el viento, soplando con más fuerza que de ordinario, había barrido la nieve sobre el hielo.

La marcha adelantó con rapidez; sólo nos faltaban un par de jornadas para llegar al término del viaje. Nos acercábamos á regiones más conocidas y podíamos ilustrar á nuestros compañeros respecto á los lugares notables en la proximidad de la estación.

Doblamos la gran montaña de hielo donde matamos las primeras focas y que tan á menudo habían sido objeto de nuestras cacerías. Paso á paso íbamos reconociendo los alrededores de la estación. Por fin, vimos en lontananza la silueta obscura de nuestra vivienda. El sol había derretido la superficie del hielo y marchábamos chapoteando en el agua, pero esto no fué obstáculo para retra-

sarnos, y por fin, dejando atrás los últimos bloques helados, nos internamos en tierra firme.

Miré el reloj, señalaba las once: la misma hora y el mismo día precisamente en que nuestra expedición, dos años antes, partió de Suecia.

Todo estaba quieto y tranquilo en la estación. ¿Será posible que nadie nos haya visto llegar? De repente se oyó el fuerte ladrido de los perros y bien pronto vemos que corren hacia nosotros, deteniéndose súbitamente ante los desconocidos. Sobral es el primero que nos divisa, y seguido de Bodman, se adelanta presuroso á nuestro encuentro. Duse le abraza y le saluda en correcto inglés.

En la fisonomía de Bodman se observa indescriptible sorpresa mezclada de alegre y temerosa incertidumbre; se ve claramente el trabajo de su cerebro. De repente Duse le toca en el hombro y le dirige afectuosas palabras en sueco. Bodman ríe de júbilo.

Entonces continúan los saludos y se cambian las precisas aclaraciones respecto al encuentro con los nuevos compañeros, mientras yo me apresuro á comunicar á Sobral la importante nueva para él de la paz firmada entre la República Argentina y Chile.

La unión entre las estaciones de Snow-Hill y la bahía de la Esperanza estaba realizada.

¿Qué contaré más de este día? Que fué celebrado con una fiesta, apenas hay necesidad de decirlo. Comimos de lo mejor que nos quedaba, sin llegar más que con el recuerdo á los banquetes de cumpleaños celebrados durante el invierno. Nos obsequiamos con un plato que nasta entonces no había probado: pájaro bobo imperial frito. Había sido cogido unos días antes cerca de nuestra

estación, y fué fotografiado y estudiado durante algunos días antes de ser muerto para aumentar con un plato especial la comida de tan señalada fecha.

Mientras se preparaba la comida nadie había perdido el tiempo. Akerlund puso el recipiente del café al fuego y mientras hervía, empleáronse todas las placas fotográficas que nos quedaban en retratar á los recién llegados. Después empezamos á buscar en todos los escondites, y aunque nos parecía un poco antes que nuestro guardarropa era bastante deficiente, logramos reunir varias prendas de reserva que salieron á luz, y pronto nuestros huéspedes tuvieron á su disposición ropas de toda clase. Comenzó después la tijera su bienhechora misión, y después que quedó el suelo sembrado de cabellos, procedimos á nuestro aseo personal en toda regla.

En un par de horas transformáronse los que parecían hombres primitivos, en correctos y limpios exploradores. Si su transformación nos causó sorpresa, no fué menor la que les causó á ellos mismos, y les dejaré describirla.

En los capítulos del segundo tomo relatará el doctor Andersson los detalles de su permanencia en el «Antártico» después de nuestro desembarco.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE DEL TOMO PRIMERO

CAPÍTULO I. . . . . Pág. 9

De Gotemburgo á Buenos Aires.—Despedida de la tierra natal.—Falmouth.—San Vicente.—Viaje á través de los trópicos.—Llegada á Buenos Aires.

CAPÍTULO II. 37

De Buenos Aires á las islas del Sur. Shetlands.—En Buenos Aires.—Personal de la expedición.—Fiesta de Navidad.—Islas de Falkland.—Estación argentina en la isla de los Estados.—Paso de Drakesundet.

CAPÍTULO III. 66

Primeros días en los hielos antárticos.—Islas del Shetland meridional.—Los pájaros bobos.—El cónsul de Orleans.—En aguas desconocidas.—Regreso hacia el este.

CAPÍTULO IV. 95

Nuestros trabajos en la costa oriental.—Estaciones de invernada en perspectiva.—En camino hacia el sur.—El hielo nos obliga á retroceder.

CAPÍTULO V. 127

Algunos apuntes sobre la historia de los descubrimientos.—La tierra antártica y su división: antártica oriental y occidental.—Dirk Gherritsz.—Guillermo Smith.—Palmer.—Morrell, Bellinghausen, Weddel, Biscoe, Dumont d' Urville y Ross.—Dallmann, Larsen.—Gerlache.

CAPÍTULO VI. 157

Viaje de descubrimiento en el mar de Weddel.—Discusión de varias proposiciones acerca de los trabajos que deben llevarse á cabo durante el verano.—El 21 de enero de 1902.—La vida á bordo del «Antártico».—Trabajos científicos.—Una montaña de hielo en vez de una nueva isla.—El hielo antártico.

CAPITULO VII. . . . . Pág. 183

Llegada á la estación invernal.—Vuelta hacia el oeste.—Preparativos para el desembarco.—Nuevo descubrimiento en la bahía de Sidney Herbert.—Costosa penetración entre los hielos.—Nuestra llegada á Snow-Hill.—Aprovisionamiento del grupo de invernantes.

CAPÍTULO VIII. 209

Primeras semanas pasadas en la estación invernal.—Nuestro desembarco.—Trabajos de construcción.—Primera tempestad sufrida.—Nuevas tempestades.

CAPÍTULO IX. 239

Un viaje peligroso en bote.—Excursiones á los alrededores.—Otro viaje en bote hacia el oeste.—Nuestra primera excursión en trineo.—Situación arriesgada.—El regreso.

CAPÍTULO X. 269

Esperando el invierno.—Concluyen los trabajos de construcción.—Investigaciones científicas.—Nuestra vivienda y su instalación.—Disposición de la comida.—Viaje en trineo á la isla de Seymour.

CAPÍTULO XI. 303

Tempestades y frios.—El primero de mayo.—Desagradable período de tempestades durante mayo y junio.—La mitad del invierno.—Observaciones sobre las mareas.—Paseo en trineo durante el invierno.—Nuestros días más fríos.

CAPÍTULO XII 337

Los días empiezan á alargarse.—Pesca de focas y vida animal durante el invierno.—La vida dentro de casa.—Un paseo con obstáculos en trineo. Tiempo de resaca en medio d l invierno.—Preparativos para algunas expediciones en trineo hacia el sur.

CAPÍTULO XIII. 363

La expedición de 1902 en trineo.—La primera semana.—Preparativos, plan y equipo para nuestro viaje hacia el Sur.—Dejamos la estación.—Estado del hielo en la bahía de Larsen.—Llegada á la isla de Christensen y descubrimiento de la gran meseta de hielo.

CAPÍTULO XIV. 385

Expedición en trineo de 1902 hacia la tierra del Rey Oscar.—Ascensión á la meseta de hielo y continuación del viaje.—Nuestras costumbres diarias durante el viaje.—Largos días de marcha.—El período de las tempestades.—Pasos difíciles.—Un día desgraciado.

CAPÍTULO XV. 407

La expedición en trineo de 1902.—El regreso.—Se decide volver.—Vista al sur desde nuestro punto más meridional.—Rudo período de tempestades.—Otra tempestad.—Nos hallamos de nuevo sobre el hielo de mar.—Una larga noche.—Llegada á la estación invernal.

CAPÍTULO XVI. . . . . Pág. 433

El verano.—Nuevos trabajos y sus resultados.—Empezamos á esperar auxilio.—Algunos datos sobre nuestra vida durante el verano.—Viaje en trineo hasta la isla de Seymour.—Pájaro bobo petrificado.—Plantas fósiles.—Geología general de las islas.—El tiempo durante el verano antártico.—Navidad de 1902.

CAPÍTULO XVII. 461

Vana esperanza.—Nuestras impresiones durante este tiempo.—Año nuevo de 1903.—Las tempestades de enero y su influencia.—Preparativos para una nueva invernada.—Recolección de grasa de focas para combustible.—Viaje en bote á la isla de Seymour.—Matanza de pájaros bobos.—Particularidades de la vida de los pájaros bobos.—El día decisivo.

CAPÍTULO XVIII 493

El segundo invierno.—Prosiguen nuestros trabajos para procurarnos provisiones.—Existencia de éstas.—Composición de la comida durante el invierno.—Tempestades de marzo.—Disposiciones para llevar á cabo los trabajos científicos.—Fiestas del medio del verano.—Verdadero tiempo de invierno.—Preparativos para viajes en trineo.

CAPÍTULO XIX. 519

Disposiciones y manera de vivir durante el invierno.—Nuestra situación al empezar el invierno.—La comida.—Estado sanitario.—Vestidos.—Cómo pasábamos el día.—Calefacción.—Camas. Pensando en el porvenir.—Lo que echábamos de menos.—Devaneos.—Vivo deseo de trabajar.—Nuestros trabajos científicos.

CAPÍTULO XX. 541

Descubrimiento del canal del Príncipe heredero Gustavo.—Plan y equipo para el viaje en trineo.—Una excursión malograda.—La tienda destrozada por el viento.—Regreso á la estación.—Nuevo invento.—El canal del Príncipe heredero Gustavo; su naturaleza y sus alrededores.

CAPÍTULO XXI. 565

Un encuentro inesperado.—El día 12 de octubre.—Gunnar Andersson, Duse y Grunden.—Narración de sus aventuras.—Marcha hacia casa á través del estrecho y bahía de Sidney Herbert.—Penosa jornada sobre el hielo.—Llegada á la estación.

ÍNDICE DE GRABADOS DEL TOMO PRIMERO

	Páginas
Compañeros de la expedición	4
Otto Nordenskjöld	6
La última despedida	10
En Sandefjord	12
Desde un lugar elevado	16
Algunos de nuestros visitantes en el puerto de San Vicente	17
El calor empieza á sentirse	21
Tipos de los trópicos	24
Vista de una calle de San Vicente	25
Sobre cubierta	28
Puerto de Buenos Aires	32
En territorio argentino	33
J. M. Sobral	40
El jefe en tortura	41
Port-Stanley	45
El gato del buque dando un paseo	48
Mapa que indica la ruta del «Antártico»	48
El «Antártico» en Port-Stanley	49
Bahía de desembarque en la isla de Año Nuevo	53
Vida animal en la isla de Año Nuevo	56
Avanzamos con brisa suave por un mar casi calma	57
Vista de la isla Nelson	65
Nuestro primer desembarco en los hielos antárticos	69
Una foca	73
La tierra de Danco cerca de la bahía Guillermina	80
Alrededor de los botes habíanse reunido millares de palomas del Cabo	81
Paisaje de nieve en la Tierra de Luis Felipe	81
Cabo Murray	84
Una vista del canal de Gerlache	85
Montaña de Bransfield	88
Cabo Roquemaurel	89
Un efecto de luz antártica	96
Vista del estrecho «Antártico» cerca de las islas Argentinas	96
Un cabo en la Tierra de Luis Felipe	101

Páginas

Los pájaros bobos conversaban á su modo durante el crepúsculo. . . . 105
Trozos de hielo diseminados y flotantes. 109
La bahía de los pájaros bobos en la isla de Seymour 113
Depósito en la isla de Seymour. 116
Cuanto más al sur llegábamos más compacto encontrábamos el hielo. . . 117
Entre los hielos flotantes se ven á veces formidables montañas de hielo . . 121
Iceberg antártico. 126
Sir James Ross 127
En la orilla, donde empezamos nuestros trabajos, rodeáronnos millares de pájaros bobos. 129
Hasta los perros bajaron voluntariamente sobre el hielo 137
Brindando por S. M. el Rey, el 21 de enero de 1902. 145
El último mapa de la Antártica occidental antes de las expediciones belga y sueca. 152
Entre los embarrancados bloques de hielo buscábamos paso hacia la orilla. 153
J. L. Andreassen. 148
H. J. Haslum. 158
Extracción de la red, balanza automática 160
Focas sobre el hielo flotante. 161
Se ve la supuesta isla, que resulta una gran montaña de hielo. 169
En el hielo flotante 173
Cautiva ver como el buque pasa entre los hielos. 177
Atracamos junto á un trozo de hielo para llenar las cisternas. 184
Grueso hielo compacto el 25 de enero 185
El iceberg resplandecía aún al reflejo de los últimos rayos solares. . . . 190
Es interesante observar que la bahía de Sidney Herbert está mucho más lejos de lo que marcan los mapas. 192
Vista del lugar de invernada con el «Antártico» y la isla de Cockburn al fondo. 193
Nuestros enseres fueron llevados á tierra 200
Nuestro primer ensayo para hacer tirar á los perros del trineo. 201
Subiendo al barril del vigía. 205
Sobre la colina se levantaron ya los postes de nuestra futura vivienda. . . 213
Había baja marea y grandes bloques de hielo habían embarrancado. . . 216
Bodman trabaja en la mesa del comedor. 217
Puesta del sol en el estrecho del Almirantazgo. 220
La primera comida en el comedor improvisado. 224
Estación invernal y jaula del termómetro 225
La casa-estación de Snow-Hill en construcción. 229
Corte transversal y plano del edificio 233
Los cachorros descansando. 237
Primeras tormentas. 238
Subimos un trineo para emplearlo en el ventisquero 240
Me vestí con prendas á propósito para resguardarme del viento 241
Una roca del ventisquero de Snow-Hill. 245
Aprovechamos la alta marea para salir más fácilmente con nuestro bote. . 248
Nieve depositada sobre los instrumentos del observatorio después de una fuerte borrasca. 249
Torreón y cabo de Hamilton. 256
Campamento sobre el hielo en la isla de Locker. 257
Observatorio magnético. 265
Caja del termómetro con el termógrafo y el higrografo. 272
Bloques de hielo fijos en la orilla. 273
Un rincón del comedor. 277

Páginas

De regreso. 281
Descansando sobre la nieve. 285
Akerlund en la glorieta. 288
Nuestros fieles compañeros. 289
De viaje en trineo. 296
Formación de hielo en la orilla. 297
Nuestro anemómetro. 303
Valle de Ravín cerca de la estación invernal. 305
Neger, uno de los perros de Falkland 309
Brecha escarpada del ventisquero de Snow-Hill hacia el mar. 313
La caja de hielo después de la tempestad 320
Nuestro bote mayor había sido llevado por el viento 321
Varias veces hundióse en anchas aberturas. 329
Isla de Ross y montaña Haddington. 337
Vista de las alturas al norte de la estación. 341
En la mesa de trabajo. 344
Descuartizando la primera foca. 345
Ekelöf en su cuarto de trabajo estaba ocupadísimo. 349
Un paseo de noche por las cercanías de la tienda. 352
Estábamos bastante satisfechos de nuestra vivienda. 353
Jonassen con uno de los perros groenlandeses. 357
Vista de uno de los desfiladeros del valle cerca de la estación. 361
Antes de ponernos en camino sacamos una fotografía de todo el personal . 364
Los que se van 369
La montaña de Christansen vista desde la meseta. 373
Después de una borrasca. 377
Nuestra tienda en la elevación sin hielo del Castor. 289
Lugar de incubación de los cormoranes en la isla de Cockburn. 393
Finalmente logramos un sitio para el toldo regularmente abrigado entre las rocas. 397
Las llamadas rocas de Ekelöf en la parte noroeste de la isla de Snow-Hill. . 401
Tierra del Rey Oscar. 409
Vista hacia la tierra del Rey Oscar y valle de Richthofen. 413
Levantóse un viento sumamente frío. 417
Rocas obscuras de la isla de Lockyer 425
El labo (megalestris) nuestro principal pájaro de caza. 437
Vista del valle transversal, en el cual halláronse las petrificaciones de las plantas. 441
Sitio de emplazamiento en la isla de Cockburn. 445
Fósiles de la isla de Seymour y de Snow-Hill 448
Fósiles del período cretáceo. 449
Fósiles de plantas terciarias de la isla de Seymour. 454
Nuestro festín de Navidad 457
La cumbre de basalto. 465
Bodman efectuando trabajos de observación magnética. 469
Vista de la estación invernal. 473
La canoa se empleó antes para viajes de recreo en la estación. 477
Gran montaña de hielo en el estrecho del Almirantazgo. 481
Pájaro bobo joven dando de comer á su cría. 484
Entre los nidos hallamos un osario de pájaros bobos. 485
Estación invernal en Snow-Hill. 486
Cajas para los termómetros y cabaña astronómica. 489
El día más corto del año. 497
Observatorio astronómico y cuadrante. 501

Páginas

Garganta del valle entre el ventisquero y la tierra, al empezar el invierno. . 505
La foca resoplando nos miraba desde su abertura. 509
Entre el hielo paleocrístico y el montón de nieve se formó un abismo. . . 510
Término de una excursión en trineo. 513
Desfiladero oriental de la isla de Snow-Hill. 521
Una de las camas. 529
Sobral hace una determinación de la altura del sol durante el invierno . . 537
Emprendemos nuestro viaje en trineo 545
Por la mañana estaba el pabellón medio enterrado en la nieve. 549
Pájaro bobo imperial. 552
Delante de nosotros se destacaba una singular isla de forma semiesférica. . 553
Cabo de Lagrelius. 557
Isla de Guillermo Carlson por su cara oriental. 561
Disposición nocturna del campamento. 569
Los tres desterrados de la bahía de la Esperanza. 577
Grunden al llegar á Snow-Hill 581
Grunden transformado 581
Nuestros compañeros recién encontrados á su llegada á Snow-Hill. . . . 582
Mapa del territorio Antártico Occidental por A. Duse y Otto Nordenskjöld. . 584

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3023399118
0 5917 3023399118